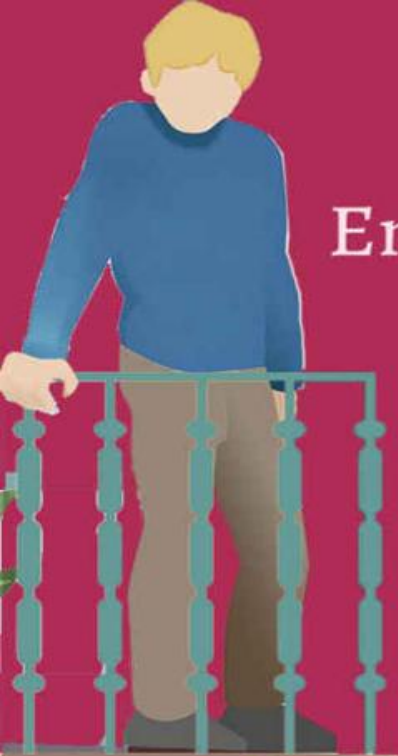


Un bebé
Una pandemia
Enamorarse del chico prohibido



SERÍA *una* CATÁSTROFE



NADIA M. FLÓREZ

Nadia M. Flórez

SERÍA UNA CATÁSTROFE

**Novela romántica contemporánea LGTB
de humor y crecimiento personal**

Amazon Kindle 2021

OceanofPDF.com

© Copyright 2021 by **Nadia M. Flórez.**

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización expresa, positiva y precisa de los autores la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo.

OceanofPDF.com

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1 ¿Hace falta paracaídas?](#)

[Capítulo 2 ¿Seguro que esto es una buena idea?](#)

[Capítulo 3 ¿Vas a ir a por él?](#)

[Capítulo 4 ¿Dónde te metes, vecino?](#)

[Capítulo 5 ¿Sigues teniendo hambre?](#)

[Capítulo 6 ¿Se ha quedado aquí mientras yo dormía?](#)

[Capítulo 7 ¿Entonces tú también te vas?](#)

[Capítulo 8 ¿Y ese chico que te acompaña?](#)

[Capítulo 9 ¿Eso es un chupetón?](#)

[Capítulo 10 ¿Te has enrollado alguna vez con Enzo?](#)

[Capítulo 11 ¿Te apetece jugar?](#)

[Capítulo 12 ¿No se lo has contado a Enzo?](#)

[Capítulo 13 ¿Te gusta la pizza con piña?](#)

[Capítulo 14 ¿Qué te han hecho?](#)

[Capítulo 15 ¿Quieres que te deje dormir?](#)

[Capítulo 16 Y ahora ¿qué?](#)

[Capítulo 17 Algo es mejor que nada](#)

[Capítulo 18 Más importante que mis estúpidos miedos](#)

[Capítulo 19 Así que esto es el orgullo](#)

[Epílogos](#)

Prólogo

¿Veis a ese tipo con la sonrisa boba en la cara?

Sí, ese que está tomando un descafeinado en su casa, en un saloncito con cocina americana, muebles de Ikea y un poster de The Walking Dead. El que tiene una mata de pelo castaño alborotado y cara de buena gente (es lo que le han dicho toda su vida, seguramente deben ser las pecas).

Si os fijáis un poco más, podréis distinguir un panel de corcho en el salón con muchas fotos impresas y colgadas con chinchetas: algunas de su alocada familia (en realidad, solo de su madre y sus hermanas mellizas), otras de su pandilla de toda la vida y unas cuantas en las que está acompañado de chicos muy guapos (sí, sus novios. O mejor, exnovios).

Por las imágenes, parece haber tenido bastante suerte en la vida, ¿verdad? Pero no siempre es oro todo lo que reluce.

Seguro que ya os habéis imaginado que ese soy yo, Samuel Medel: bueno más bien seré yo, dentro de un año, cuando cumpla 32 y me hayan pasado tantas cosas que mi vida dará un giro de 180 grados. Por cierto, desde pequeño odio la rima de mi nombre, así que prefiero que me llamen Samu o incluso Sammy, como me dice mi mejor amigo Enzo —Lorenzo, en realidad— que me conoce como la palma de mi mano. Somos prácticamente inseparables y es muy protector conmigo desde el instituto.

Su amistad con él será una de las cosas que va a cambiar, y muchísimo, en este año. Se me revuelve el estómago de ansiedad solo de pensar todo lo que me va a pasar en los próximos doce meses: ¿Que todo va a dar un vuelco con Enzo? ¿Que Estela, mi mejor amiga desde la universidad, va a desaparecer? ¿Que yo, que siempre he sido la inseguridad personificada, voy a tomar las riendas de mi vida? Inimaginable, vaya.

Y todo gracias a dos personas, que no esperaba que despertaran en mí esos sentimientos.

Pero no digo más. Pasarán muchísimas cosas este año hasta llegar a ser ese tipo de la primera imagen.

Hasta esta tarde de Julio en la que me termino el descafeinado, leyendo lo que alguien me ha escrito con rotulador en el antebrazo. Sonrío mientras

en mi móvil suena «Kiss me», una canción preciosa y alegre. Entonces decido volver a la cama, ebrio de felicidad.

Y allí nos dormimos los tres.

¡Dejad de imaginar cosas, que os vais a equivocar, seguro!

Todavía ni siquiera he comenzado mi historia. Tengo mucho que contar.

Todo arranca, irónicamente, en el lugar donde las historias suelen terminar: un cementerio.

OceanofPDF.com

Capítulo 1

¿Hace falta paracaídas?

Un año antes

Siempre me ha parecido irónico que el lugar que reservamos para la muerte se encuentre tan rebosante de vida: árboles y pájaros por todas partes, ramos de flores, arbustos que crecen con descaro entre las lápidas. Y todo aderezado por el movimiento de los insectos: moscas, gusanos, mariposas. Si te encuentras allí un día de sol, como nos sucedió en el mes de junio, toda esa energía hace que la muerte parezca algo inverosímil, un mal sueño.

—Ya está listo.

Pero cuando el sepulturero os dice a ti y a tu familia que ya está colocada la lápida definitiva de tu padre, todo se vuelve increíblemente real.

«Alfredo Medel Céspedes

1958–2019

Tu mujer y tus cuatro hijos te recuerdan»

Mis dos hermanas, mi madre y yo nos quedamos delante de la lápida, con un inoportuno abejorro dando vueltas a mi alrededor, por supuesto, porque yo siempre tengo el don de la oportunidad.

—¿Hay que decir unas palabras o algo? —preguntó Lucía, una de las mellizas. La otra, Lorena, acercó su silla de ruedas hasta la lápida, se quitó una chapita de la camiseta y la dejó junto a la corona de flores que había depositado mi madre. Era una chapa de Juego de tronos que decía: *Not today*. Tienen 23 años y son del lado friki de mi familia (en el que me incluyo, claro).

—Quizá podíamos cantar algo —sugirió mi madre.

—¿El himno del Atleti? —soltó Lucía, y le di un codazo—. ¿Qué pasa? No creo que papá escuchara ninguna otra canción tan a menudo como esa.

—Eso es cierto, —corroboró su hermana—, para algo tenía el carné. Tenía que aprovecharlo.

—Papá era muy de aprovechar las cosas, —confirmó Lucía, asintiendo pensativa.

—¿Se te ocurre a ti algo, cariño? —me preguntó mi madre; tras ocho meses para aceptar el fallecimiento de papá, había alcanzado lo que ella llamaba «serenidad»— Estás muy callado.

—*Extrañamente* callado —apuntilló Lorena.

Aunque mi cabeza era una ensalada de sensaciones, solo me encogí de hombros. La relación con mi padre no había sido tan sencilla desde que salí del armario como para que se me ocurriera algo que cantarle (*Girls & boys*, de Pulp, o *Firework* de Katie Perry eran las canciones que se me venían a la cabeza y el bailoteo con el que solía acompañarlas no parecía lo más adecuado). De todas formas, yo no soy muy de improvisar; no es casualidad que me dedique a la cocina, donde las recetas te dan el mapa que debes seguir al milímetro.

Fue allí en el cementerio, pensando en mi padre, cuando empecé a sentir un agujero en el pecho. Tenía la sensación de que mi historia con él se había quedado inacabada, sin desenlace. Cortada a la mitad, como una serie cancelada en la segunda temporada.

Inspiré profundamente, intentando absorber el calor del sol mientras en mi cabeza empecé a tener la sensación de que la vida era muy corta, muy imprevista y de que yo estaba perdiendo el tiempo. ¿Verdad? Porque a mis 31 años ya tendría que tener más claro hacia dónde iba mi vida. Digo yo. La madurez y todo eso. Me costaba respirar y, por un segundo, tuve miedo de que me viniera un ataque de ansiedad, aunque hacía años que no sufría ninguno.

Por supuesto, ese fue el momento en el que mi hermano mayor se decidió a aparecer. El estómago se me encogió nada más verle: en mi cabeza escuché a mi padre decirme, como tantas veces: «¿Por qué no puedes ser como tu hermano Pablo?»

—¿Dónde estabas, petardo? —le preguntó Lorena.

—¿Y Bea? —añadió Lucía.

Pablo se quitó la chaqueta y se acarició el pelo: el dios del cabello le había bendecido con un precioso pelo oscuro que siempre parecía peinado en lugar de los mechones desordenados de vulgar color castaño que nos habían tocado a mí y a mis hermanas. Esbelto y serio, era el niño bonito de la familia.

—Algunos tenemos trabajos importantes que no podemos abandonar, así como así —dijo, con un tono de superioridad insoportable— ¿Eso te has puesto para venir al cementerio?

Miró con asco mi camiseta oscura con una imagen del atardecer con dos soles en Tatooine, el planeta de Luke Skywalker; a mí me parecía muy elegante, sobre todo combinada con mi *blazer* negro.

—Yo, pues... es que, ehm... —mascullé. Mi hermano siempre me hacía dudar de todo. Y yo ya era una duda andante normalmente. ¿Era poco apropiado? Tampoco es que estuviéramos en el entierro, que fue hace ocho meses. Esto ya era puro trámite, ¿no? Y no había más que la familia. Empecé a sudar.

—Estábamos pensando si cantar alguna canción, hijo. —Mi madre nos tenía muy mimados a todos, pero sobre todo a Pablo, las cosas como son.

—Lo correcto es una oración. Sé que no somos muy religiosos, pero...

—«¿Muy?» —soltó Lorena, con ironía.

Mi madre y mi hermano, sin hacerle caso, rezaron un simple padrenuestro; mis hermanas y yo nos limitamos a guardar un silencio respetuoso solo interrumpido por el vuelo de los insectos.

Mi madre, al finalizar, se acercó a la lápida y acarició las letras. Le cogí el brazo para que sintiera calor humano; ella había sido enfermera y solía decirnos que esos gestos eran tan necesarios como las medicinas.

—Fue todo tan rápido... —murmuró finalmente.

Respiré hondo y un pensamiento se me vino a la mente: *la vida es un parpadeo*.

Cuando te dabas cuenta, estabas a punto de cumplir 32 años, soltero, y con la sensación de que tu vida no acababa de arrancar.

Mientras regresábamos a la puerta principal del cementerio paseando despacio por los caminos de gravilla, por mi cabeza revoloteaban los planes y propósitos con los que soñaba de niño. Algunos ya los había alcanzado (un trabajo con el que me ganaba la vida –daba clases de cocina en un instituto de FP– un pisito para mí solo en Chamberí, y buenos amigos), pero otros los veía lejanísimos: una pareja, una familia; eso que llaman «felicidad». No, más que lejanos, inalcanzables; como si no pudiera llegar a ellos por el sendero por el que estaba caminando, por muchos kilómetros que recorriera.

Y como parecía cada vez más improbable que me fuera a llegar por fin mi carta de Hogwarts, ahí mismo, con el corazón acelerado, me di cuenta de que tenía que hacer algo y hacerlo ya: no quería dejar más cosas inacabadas.

–¿Nos tomamos un café? –dijo mi madre al salir.

Nos sentamos en una cafetería cercana y allí removimos las cucharas en silencio.

–¿Sabéis? –dijo Lucía– Lo último que hablé con papá antes de que le diera el infarto esa noche fue que se había ido la conexión de internet y no podía subir a YouTube mi reseña del último libro de las *Crónicas de Spiderwick*. Me da mucha pena, –sacó su inhalador (sufre un poco de asma) y aspiró–, que las últimas palabras que me oyó decir fueran de enfado.

–Pues yo en mi última conversación le pregunté por su testamento –dijo Lorena, tomando su té.

–¡¡Hija, ¿qué dices?!! –exclamó mi madre, escandalizada.

–Mamá, no te espantes, ya sabes que desde mi accidente pienso mucho en la muerte– movió su silla de ruedas un poco para acomodarse mejor entre la silla de Lucía y la de mi madre.

–Sí, pero das miedo, hermanita –le dije–. ¿Te puedo preguntar por mi futuro?

–Tendrás un novio guapo y fantástico, no te preocupes, –me guiñó un ojo y yo me reí. En ese momento, un chico moreno, fornido, de 1’90 de estatura

y ojos azules entró por la puerta de la cafetería y se acercó a nuestra mesa.

—Hablando del rey de Roma... —murmuró mi madre por lo bajo, mirándome con mucha intención. No es ningún secreto que ella siempre había deseado que Enzo y yo fuéramos pareja.

—Hola, Enzo, ven, siéntate, —mi madre le señaló una silla vacía— ¿Cómo estás, cariño? Pídete un café.

Mi mejor amigo era como parte de la familia y solía estar en los momentos buenos y en los no tan buenos, igual que yo en los suyos. Repartió dos besos a todo el mundo.

—Bien, todo bien, ¿y vosotros? —respondió él, mientras levantaba la mano y pedía su café. Se sentó a mi lado y me dio una palmada en la espalda con su enorme mano. Es el mayor gesto de cariño que le he conocido jamás (los abrazos y eso no son lo suyo, pero para eso estoy yo, que me sobran y los reparto por doquier).

—¿Sigues saliendo con... ese chico? —mi madre entró a la yugular. Afortunadamente, Enzo sabía encajar las indirectas con una maestría que ya me hubiera gustado tener a mí.

—¿Con Daniel, mi novio desde hace nueve años? Sí, sigo con él, gracias —y sonrió, como todo un caballero. Punto, set y partido. ¡Qué envidia de su aplomo!

Ya le aclaré hace tiempo a Enzo que mi madre no era racista; realmente le daba igual que Daniel fuese medio japonés, como si hubiera sido Brad Pitt, rubio con los ojos azules, guapo y famoso. Ella seguía en sus trece de que Enzo y yo éramos perfectos el uno para el otro y nadie la sacaba de ahí, a pesar de que yo le había repetido mil veces que él no era mi tipo ni yo el suyo. A mí **me gustan más delgados, misteriosos y elegantes: soy más del Robert Pattison de *Crepúsculo*, que del Henry Cavill de *The Witcher* (no me matéis, ¿vale?). Y a él le ponen los desafíos: chicos cabezotas que no se dejan convencer tan fácilmente como yo. Daniel fue todo un reto: un chico muy inteligente y curioso, algo introvertido, tan sereno que calmaba el torbellino que era Enzo.**

—Pablo, —continuó Lucía—, ¿cuál fue tu última conversación con papá?

Mi hermano torció el gesto mientras tomaba un sorbo de su café bien negro.

—No me acuerdo, la verdad. Sería algo de deportes, de mi equipo de fútbol de la empresa, supongo.

Mi hermano, el deportista; el de las buenas notas; el de los premios escolares; el abogado que gana dinero; Pablo el Magnífico, el Perfecto. *No, Samu, deja de pensar en esas cosas. Tu familia te quiere: eso es lo importante.*

—Y tú Sammy, ¿cuál fue tu última conversación con tu padre? —me preguntó Enzo.

Mierda. ¿Qué estaba haciendo, se le había ido la olla? Las conversaciones con mi padre desde mis 24 años habían sido siempre algo tensas. Y Enzo lo sabía mejor que nadie, nos lo contábamos todo.

—A lo mejor no se acuerda —me echó un cable Lucía, cogiéndome la mano con cariño.

—Yo creo que os escuché, algo de tener hijos, ¿no?

Ya saltó mi madre. ¡¿Por qué?! Ay, dios, qué desastre.

En ese momento me di cuenta de por qué yo era tan bocazas y nunca lograba callarme nada: lo había heredado de ella. Dejé escapar un suspiro antes de responder:

—Sí, mamá, era la típica queja de papá... que por ser homosexual yo no iba a darle nietos.

—¡Qué tontería! —dijo Lucía—. Puedes adoptar, y además ¡a ti te encantan los niños!

—No por nada te dedicas a enseñar a chavales... —añadió Lorena.

No respondí ni seguí con el tema. Para qué entrar en contar nuestras continuas discusiones desde que le dije que era gay. Y eso que se decía progresista. Me noté el estómago encogido; no me gustaba recordarlo.

—Hay que joderse con el viejo —exclamó Enzo, súbitamente alterado— Perdona, señora Mar, pero es que...

—Te entiendo, cariño, no te preocupes. Mi marido podía ser muy cabezota, si lo sabré yo.

Resoplé y me volví hacia mi amigo, pero él ya había empezado a charlar con las mellizas de videojuegos.

Como casi siempre, Enzo terminó acercándose en su coche hasta mi casa. Se había puesto las gafas de sol para conducir y con su perfil de herencia italiana (nariz grande y con personalidad, pero atractiva) parecía un actor de cine europeo. Apretaba con fuerza el volante con ambas manos. Eso es que estaba preocupado por algo. Nos conocíamos a la perfección y nuestra amistad no había sufrido ningún bache en 18 años (salvo hace dos años en la boda de Nuria y Alberto, cuando sucedió aquello que nos descolocó por completo a ambos, pero solo tardamos un par de semanas en volver a la normalidad).

—¿Cuándo vas a sacarte el carnet? —Me preguntó, girando una rotonda.

—Quizá cuando pueda permitirme un coche eléctrico. —Me encogí de hombros—. Me las apaño muy bien con la bici y el transporte público, y es más ecológico.

—Ya se ve lo bien que te apañas —respondió él, girando en una rotonda—. ¡Como que tengo que llevarte a todas partes!

—¿Te molesta? —Tragué saliva. Oh, no, ¿se había enfadado de verdad? No me gustaban las discusiones y menos con la persona a la que consideraba mi mayor apoyo. Enzo y yo éramos como Bart Simpson y Millhouse, inseparables y complementarios, nos metíamos en los mismos líos, de los que me sacaba él, por supuesto.

Él me obsequió con una de sus sonrisas, que desarmaban a cualquiera (y el muy pillo lo sabía muy bien).

—Claro que no me molesta, Sammy, —me dio una palmada en el brazo y luego devolvió la mano al volante—, pero, ¿no te apetece ser más independiente?

—Mmmmmmm. —Realmente empecé a darle vueltas a la pregunta, porque no era nada sencilla. ¿Quería ser más independiente? ¿Qué significaba eso,

en realidad? A mí me gustaban estas charlas con Enzo en su coche y no me importaba que me llevaran... ¿Era eso algo malo? ¿O bueno? Mi cabeza echaba humo.

–Jajajaja, te lo tienes que pensar todo. Eres muy gracioso, pequeño, –se rio mi amigo–. No te preocupes, que mi coche está a tu disposición siempre que lo necesites. Y siempre que yo no tenga trabajo. O una cita con Daniel.

Aunque pasaba con él la mayor parte de su tiempo libre, Enzo no vivía con su novio, que compartía piso con otros dos informáticos de su trabajo (seguro que también bastante *geeks*, como él. En mi cabeza se pasaban el día jugando al Catán y diseñando apps que adivinaran qué personaje de anime eres. A mí me salió Krilín de *Bola de Dragón*).

–Te dejo en la esquina, ¿vale?

Asentí y Enzo acercó el coche a la acera. Abrí la puerta para bajar y me quité el cinturón.

–Eh, Sammy –me dijo antes de salir–, ya sé que la relación con tu viejo no era ideal, pero... joder, lamento su muerte y todo eso.

–Gracias.

Sabía que, viniendo de él, era una gran muestra de afecto. Había tenido que «hacerse duro» desde muy joven, cuando su padre se fue de casa y le dejó al cuidado de un hermano bastante más pequeño, Fabio, y una madre llorosa que ya no levantó cabeza.

Yo me encaminé a mi casa, dispuesto a pasar el resto del día viendo películas románticas de Netflix con un cubo de helado en las rodillas. Lo que venía siendo un domingo normal de mi vida desde hacía meses, vamos.

Recuerdo los días siguientes como en una bruma. La colocación de la lápida de mi padre me había dejado tocado y me había devuelto a las sensaciones que tuve cuando murió: pena, sobre todo, pero también una rabia escondida ahí, en el fondo del estómago, donde todo el mundo guarda la rabia (¿verdad?). Y el corazón acelerado por la emoción y el terror de saber que más me valía dar un rumbo nuevo a mi vida si quería aprovecharla y no arrepentirme más adelante.

Pero, ¿cómo se hacía eso, a ver? ¿Se busca en Google «cómo cambiar de vida»? ¿Se pide un crédito a Cofidis y se paga a plazos o cómo? Ay, dios, qué complicado era todo. Me puse «El diario de Bridget Jones» OTRA VEZ y lloré con ella cantando «All by myself».

La semana se me hizo eterna; seguramente porque la visita al cementerio me había vuelto a remover el dolor de la muerte de mi padre, y el dolor de mi vida con él. Menos mal que sabía que el viernes regresaría la normalidad: teníamos cita toda la pandilla en casa de Inés para celebrar su cumpleaños. Contaba las horas que faltaban y preparé con cuidado dos regalos para ella: aunque Inés había sido la última en incorporarse al grupo de amigos, le tenía un cariño especial. Era lindísima, todo corazón.

La fiesta empezaba por la tarde para que pudieran venir Alberto y Nuria con su niño pequeño, Otto, y continuaría de noche para que el resto de nosotros pudiéramos beber y charlar de cosas de adultos (o sea: de juegos, de pelis y de ligues). Eso del *adulthood* lo llevábamos un poco así como regular, pero oye, con esta economía, ¿qué queréis? Bastante que ya no vivíamos con nuestros padres y no les pedíamos paga. Al menos, no todas las semanas.

Cuando llegué a casa de Inés estaban ya allí Alberto y Nuria y otra pareja de compañeros del instituto de Inés con una niña. Dejé el paquete con el regalo de mi amiga en el suelo. Otto era un chiquillo encantador de dos años y medio, simpático y risueño, que no paraba de correr y que vino a saludarme como un torbellino:

—¡Tito Samuu! —Le cogí en brazos y le coloqué sobre mis hombros, como solía hacer cuando me quedaba de canguro con él.

—Menos mal que has venido —me dijo Alberto—, ahora a lo mejor tenemos cinco minutos para tomarnos una cerveza.

Mi amigo, al que conocí en la universidad, me dio un abrazo. Era un tipo majo, moreno con algunas entradas en su pelo rizado; muy simpático, de los que suelen unir a una pandilla.

—No te preocupes, yo me quedo un rato con Otto, ya sabes que lo adoro — Y exclamé para que me oyera el niño—. ¿Quién quiere volar un rato en el

Halcón Millenario? –Le di un paseo por el salón imitando el sonido de la nave.

–¡Yupiii!

Saludé de lejos a Inés, que charlaba con otros amigos. Su piso, que comparte con una compañera de trabajo, está lleno de pósteres de películas. Aunque es profesora de instituto, tiene un blog de cine con muchísimas visitas. Es un poco *influencer*, supongo (aunque ella misma no acababa de creérselo) y a veces la invitan a eventos y podemos acompañarla. Gracias a ella, Daniel -el novio de Enzo- y yo asistimos al estreno de *Interstellar*, un locurón.

Cuarenta minutos después, completamente agotado después de trotar con los niños a mis espaldas y de jugar al veo-veo y al pilla-pilla y a todos esos juegos de palabras que se repiten, el padre de la otra niña se hizo cargo de ellos.

Por fin me acerqué a darle mi regalo a Inés, un sobre que ella abrió con parsimonia, deleitándose en el momento.

Leyó el trozo de papel:

–«Vale por un diseño de 100€ para el logo de tu blog».

–Daniel me recomendó a un diseñador que conoce y no cobra mucho –le dije–, y como siempre dices que está un poco desfasado...

–¡Me encanta! Tus regalos siempre dan en el clavo. –Me abrazó y yo a ella. Qué linda; era la más cuqui–. Espero no avergonzarte mucho con mi tarta de cumpleaños, por cierto, es del Mercadona. No he tenido tiempo para ir a...

Levanté el otro brazo, que transportaba un paquete más grande y delicado. Mi amiga dio un chillido agudo. Lo desenvolvió sobre la mesa.

–¡Una tarta Red Velvet! Mi favorita. Jo, Samu, eres el mejor.

Volvimos a abrazarnos, y justo en ese momento llamaron al portero automático. Apareció por la puerta Enzo, seguido de Daniel, bastante más bajito que mi amigo (solo un par de centímetros más alto que yo, vaya), con sus inseparables gafas de pasta y una camiseta que decía «No soy friki, soy un mago de nivel 36».

Les di dos besos y me volví al grupito de Nuria y Alberto, que me ofrecieron una cerveza.

—Mira, tito Samu —me gritó Otto, enseñándome un borrón de colores que había dibujado.

Me acerqué y le pregunté qué era (una jirafa, por lo visto). Yo me senté en el suelo con él y dibujé mi versión del animal, no mucho mejor que la suya, la verdad, pero al menos tenía cuatro patas.

—Algún día vas a ser un padrazo —me dijo Nuria, la madre de Otto, sentándose con nosotros.

—¿Tú crees?

—¡Claro! No hay más que verte.

—¡Gracias! Pero en realidad me refería a si crees que podré.

—Es verdad que las listas de espera de adopción son largas en general, —Nuria se enderezó, adoptando una actitud casi profesional; era abogada y trabajaba en un gran bufete—, y muchos países no aceptan que las parejas homosexuales adopten a sus niños. Pero con paciencia...

—¿Largas como cuánto? —pregunté con cautela, dando un sorbo.

—¿Nueve, diez años? Lo bueno es que eres joven.

—¡¿Tanto?! —Solté la cerveza sobre la mesa. Ay, dios, qué desastre.

—Sí. Pero es lo que hay. La gestación subrogada es ilegal y además no es ético usar a mujeres necesitadas de dinero como...

—No, no, para nada. —La interrumpí—. Yo siempre tuve la vaga idea de adoptar, de hecho, me encantaría poder ayudar a algún niño o niña sin padres. Es que no sabía que era tan complicado, pensé que ya me informaría cuando tuviese pareja, pero claro, aquí estoy... —Mi voz bajó una octava.

—No lo digas con ese tono —dijo Alberto, que se había acercado a nosotros—, que estás disfrutando de la soltería y del tiempo libre.

—Bueno, si con eso quieres decir que no me como una rosca desde hace meses y que todas mis relaciones acaban pronto y mal... —Me reí con esfuerzo—. ¿Cómo... cómo se hace? ¿Tener lo que vosotros tenéis?

Se encogieron de hombros. Nuria tomó un sorbo de su cerveza.

—Pues ni idea, si quieres que te diga la verdad —contestó Alberto—. ¿Suerte?

—Entonces no tengo mucho de eso... —me quejé, en un tono más lastimero de lo que había pretendido.

—Bueno, para empezar, tienes la suerte de haberte liado con unos tíos que estaban buenísimos —se rio Nuria, y su pareja protestó en broma—. Yo te adoro, Alberto, cariño —se apresuró a decirle ella—, pero es que los novios de Samu son todos para tenerles en un póster en la habitación.

—Sí, —apuré mi cerveza—, guapísimos, pero luego siempre me dejan, o son infieles... o me dejan otra vez. Algo estoy haciendo mal.

Ella me dio un beso en la mejilla. Me acercaba peligrosamente a mi 32 cumpleaños y sentía que aún estaba esperando que mi vida comenzara.

Dibujé un ratito más con Otto y Enzo se acercó, acucillándose a mi lado y me puso la mano en el hombro mientras miraba mis dibujos y los del niño.

—Eres más bonito que todas las cosas, Sammy. —Me revolvió el pelo—. Qué mano tienes con los chiquillos.

Me ruboricé por el cumplido; mi amigo no era muy de soltar piropos, así como así.

—Desde luego, a nosotros nos está salvando la tarde, —añadió Alberto, sentado en un sofá con los pies en la mesita baja y disfrutando una cerveza. Daniel estaba a su lado, distraído con el móvil y Alberto le miró la camiseta de «soy un mago de nivel 36».

—Tío, lo de los videojuegos se os va un poco de las manos, ¿no? —Se rio.

Daniel se ajustó las gafas:

—En realidad, es una referencia a los juegos de rol.

—¿Juegas al... rol? —La voz de Alberto sonaba a punto de soltar una risa.

—Yo también he jugado, —comenté, al ver que a Daniel se le coloreaban las mejillas—, unas cuantas veces, cuando estaba en la uni. De hecho, Daniel dirige muy bien. Es mazo divertido, Alberto, ya verás. Cuando Otto crezca le preparamos una partida de *Dungeons & Dragons*.

Alberto se interesó por el tema y nos pusimos a charlar de cómo se jugaba y Daniel explicó los beneficios del rol para el desarrollo de la imaginación y la autoestima. En poco rato, le convencimos. Sonreí. *Frikis unidos, jamás serán vencidos*, pensé.

Cerca de las nueve, sonaba la banda sonora de *Pulp Fiction* en los altavoces del Iphone, y ya había en la mesa algunas botellas de vino y algo de licor cuando llegó Estela, que parecía arreglada para la Gala de los Goya, con un precioso vestido de fiesta con tirantes y unas sandalias de tacón.

Estela era la chica más segura de sí misma que he conocido: divertida, espontánea y además tocaba la guitarra y cantaba en su propio grupo de rock, *Everbliss*. Tenía actitud de rockstar y siempre iba vestida muy top (vaqueros de marca, botas y una interminable colección de sombreros y gafas de sol); con su melena rubia (teñida, por supuesto) y el tatuaje de una pantera en el hombro, hacía girar la cabeza de la mayoría de los hombres y de todas las mujeres.

—¡Por fin empieza la fiesta! —exclamó, con una sonrisa radiante.

—...Y esa es nuestra señal para irnos —dijo Alberto. Ya había pasado bastante de la hora en que solían acostar a Otto. Nos dieron un abrazo a todos y se despidieron. También la otra pareja.

Nos quedamos ya el *núcleo duro* de la pandilla: Inés, Enzo, Daniel, Estela y yo.

Abiertos todos los regalos, nos sentamos en los sofás, con bebidas en vasos de plástico. Yo abrí otra cerveza y tomé un trozo de tarta.

—Resulta que Ousmane, —estaba contando Estela, sentada en el sofá—, conoce a alguien que trabaja en una productora de tv y están preparando una serie para Netflix. Quiere intentar que venga a alguno de nuestros conciertos para ver si podemos meter una canción en la serie.

—¡Uau! —Aplaudí con ganas—. Eso es fantástico. Me alegro mucho por ti, cariño.

—Gracias, *amore*.

—Ousmane es el batería de tu grupo, ¿no? —preguntó Inés, algo ruborizada.

Ella asintió.

—¿Por qué? ¿Te gusta? —Le guiñó un ojo.

—¡No! —exclamó Inés, apartando la vista. Todos nos reímos.

—A Inés le gusta Ousma, a Inés le gusta Ousma, —empezó a picarla Enzo—. ¡Venga ya, tía, tienes que echar un polvo, que se te va a cerrar el chichi! ¿Cuánto tiempo hace, dos años, tres...?

—Sé bueno, Enzo, —le corté yo. Inés estaba completamente colorada.

—Por cierto, se han quedado poco rato Alberto y Nuria, ¿no? —dijo Daniel, cambiando de tema, cosa que le agradecí infinito.

—Perdona, Inesita, solo quería darte un empujoncito, mujer. —Se disculpó mi amigo y le palmeó el hombro.

Charlamos de nuestros amigos y de su hijo Otto. Pronto la conversación derivó en matrimonio y en hijos. Alguien abrió una botella de tequila y, salvo Daniel y yo, todos tomaron un chupito.

—No sé si yo me atrevería a ser madre —comentó Inés, sirviéndose un trozo de tarta en un plato de plástico.

—Yo ni loco —añadió Enzo, y se rio a carcajadas.

—Yo prefiero no cerrarme a las posibilidades de la vida— dijo Daniel. Sus ojos algo rasgados, herencia de su padre, se dirigieron hacia Enzo, pero este no pareció darse cuenta.

—Pues yo creo que sería divertido —opinó Estela, liándose un cigarro.

—Para ti TODO es divertido, —solté. Y mis amigos se rieron, incluso ella.

—Soy fan de la vida, no lo voy a negar —bebió un segundo chupito de tequila y encendió el pitillo, sentándose en el respaldo del sofá rojo de Ikea de Inés— De hecho, he estado mirando clínicas para congelar mis óvulos.

—¿En serio? —preguntó Inés, con los ojos muy abiertos. A mí también me sorprendió: nunca había pensado que tuviera instinto maternal, la verdad. Pero, a diferencia de mí (que siempre he sido el tipo más predecible del

mundo) Estela era muy de sorprender: cuando pensabas que ya la conocías, te daba un quiebro. Era mareante y adorable a partes iguales.

–Tengo casi 34 años, –contestó Estela–, estoy casi al límite de mi fertilidad.

–Pues a mí me gustaría ser padre, –confesé yo, quizá por primera vez ante mis amigos–. Desde siempre. Cuando jugaba con la Barbie y el Ken de mis hermanas, ya se quedaron embarazados.

Todos rieron, de nuevo. Por el nerviosismo de la confesión, que nunca había dicho en voz alta, me tomé un chupito, algo que no solía hacer.

–Lo comentaste el otro día con tu familia, pero nunca me habías hablado de ello –dijo Enzo, con un deje de resentimiento en su voz.

–No te lo cuento todo.

–Claro que sí, hablas más que un perdido cuando aparece.

–De todas formas, –me encogí de hombros– probablemente eso no pasará. La adopción en las parejas homosexuales es más complicada, me ha dicho Nuria. Y ya los heteros tardan unos 10 años...

Me había sentado en el sofá y apoyé la cabeza en las piernas de Estela, como solía hacer. Ella me acarició el pelo.

–Estoy pensando –dijo mi amiga, con voz soñadora–. Creo que tengo una idea. Una FANTÁSTICA idea.

–Oh oh–dijo Inés.

–¿Hace falta un paracaídas, como la última vez? –preguntó Dani, tomando un sorbo de su Coca-Cola.

–No, esta es de saltar sin red. –Apagó el pitillo y me miró con los ojos brillantes–. Samu, ¿y si tú y yo tenemos un hijo?

–¡¿Qué?! –pegué un respingo y me incorporé del susto.

–¿Qué? –exclamaron los demás a coro.

–¡Sí! ¡No tendríamos ni que esperar, podríamos hacerlo ya! –Exclamó Estela, bebiendo otro trago–. Cuanto más joven lo tenga, antes se recuperará mi cuerpo. ¡Sería un niño monísimo, inteligente y con talento para la música y la cocina! ¡Y lo que nos divertiríamos los tres!

Tal vez para ella era una broma, pero de repente vi una luz a lo lejos, una puerta que se abría, mostrándome un camino. Uno diferente, por el que no había pensado transitar. No todavía, al menos. Pero, claro, era una completa locura, ¿o no? ¿Un hijo? ¿Con una amiga? ¿Ahora? Ay, Jesús. El corazón empezó a latirme con fuerza, no sé si de emoción o de miedo. (Conociéndome, probablemente ambas cosas).

—Pero criar a un hijo es duro —murmuré con cautela.

—Pfff —resopló mi amiga—. Por favor, si la amargada de mi madre consiguió criarme, no puede ser tan difícil. Y mira, no he salido tan mal.

—...Lo dice una cuya relación más larga ha durado 24 horas —soltó Enzo.

Daniel y yo le dimos un codazo al mismo tiempo.

—Es curioso, —comentó Dani— el otro día justo salió un artículo en El País que decía que cada vez más la gente decide tener hijos con amigos en vez de con parejas.

Supongo que debí habérmelo tomado a broma, haber echado unas risas y haberlo dejado pasar. Era lo sensato. ¿Quién hace una cosa así? Por mucho artículo que hubiera leído Daniel, yo no conocía a nadie que lo hubiera hecho. ¿Y si luego yo tenía novio, pero él no quería hijos? ¿Y si Estela se mudaba a otra ciudad? ¿Y si estallaba la Tercera Guerra Mundial o llegaba el apocalipsis zombi, qué iba a hacer yo CON UN HIJO? ¡Ay, dios! Acallé mi mente y respiré hondo.

Quizá la muerte de mi padre me había afectado más de lo que quería aceptar. O quizá que estaba cansado de que mi vida no avanzara hacia ninguna parte. Si no, no se explica que llegase a considerarlo siquiera.

—¿Lo dices en serio? —pregunté a Estela, con el alma en un puño, ilusionado y aterrorizado al mismo tiempo.

—¡Sí! —respondió ella con seguridad y una amplia sonrisa— Ya sabes que yo no soy de tener novio. Yo pensaba usara un donante, pero ¡esto es mucho mejor! Tú y yo somos la pareja perfecta, y sin sexo, que eso estropea cualquier relación. Tú serías un padrazo. Yo la mami enrollada. Y tu novio nos ayudaría, como un tito cariñoso. La perfecta familia del siglo XXI.

—No tengo novio, —suspiré—, y quién sabe si la tendré algún día.

—¿Y ese Álex del que siempre hablas? —dijo Daniel. Me sonrojé: normalmente él no solía arrojarme así a los lobos.

—¡Eso, eso, Álex, *el divino Álex*! —gritaron mis amigos.

—Hace meses que se mudó a mi edificio y no ha pasado NADA DE NADA con él.

—Todavía —dijo Inés, levantando un vaso de cerveza.

—Ese es el espíritu —concordó Estela con su amiga, chocando los cinco con ella—. Samu, seguro que te lo ligas. No sé cómo lo haces, deben ser tus *gay vibes* o algo, pero siempre lo consigues.

—No os metáis con mi Sammy —dijo Enzo, sonriente—. Es muy lindo, divertido y tiene mucho encanto, joder.

Yo ya casi ni les oía. Me senté, con la cabeza bullendo a toda velocidad con la propuesta de Estela. Respecto a la pareja no podía hacer mucho más, sucedería cuando sucediera; pero en este tema, resulta que, de repente, sí podía. Podía tomar una decisión y provocar un cambio. Mi cerebro entró en *modo cafetera*. Los senderos. Las historias inacabadas. La lápida de mi padre. La vida es un parpadeo. ¿Y si...? ¿Y si...? Apuré la cerveza de un trago, como para infundirme un valor que yo jamás había tenido. Ay, dios. Ay, dios, ¿y si...?

Estela clavó sus ojos en los míos. Ella era intrépida y yo siempre planificaba todo y me cubría las espaldas. ¿Qué podía salir mal?

—Vamos a hacerlo, *amore* —exclamó mi amiga sonriente y empezó a dar saltitos sentada en el sofá—. ¡Di que sí, di que sí, di que sí!

Y yo, por supuesto, dije:

—¿Sí?

Enzo se atragantó con su combinado.

—¿Estáis borrachos? —preguntó mi amigo, quitándome la bebida de las manos y oliéndola. —¿Qué has bebido? ¿Esto era cerveza o absenta? Porque estás alucinando, Sammy.

—¿De verdad os lo estáis planteando en serio? —preguntó Inés—. Es una gran responsabilidad.

–Si es por eso...–dijo Daniel–. Samu es el hombre más responsable del planeta Tierra. Y puede que de todo el Sistema Solar.

Todos se rieron, pero yo no. Sentí una luz interior que me irradiaba por las venas, llenándome de energía. Como Goku cuando sale volando a punto de convertirse en Súper Saiyan.

–Es cierto, soy el más responsable del planeta. Podría salir bien, ¿no? Tendría que pensarlo, pero...

–¡¡Sííí!! –gritó Estela, levantando su gin-tonic–. Pero, *amore*, eso no quiere decir que te olvides de Álex. ¿De acuerdo? ¡Ve a por todas! Necesitamos un tito enrollado en esta familia.

Álex. El divino Álex tuvo mucho que ver en esa decisión atropellada y loca.

Quizá debí empezar hablando de él.

Capítulo 2

¿Seguro que esto es una buena idea?

Siempre he creído en los flechazos. Llamadme romántico, ingenuo o lo que queráis, pero creía que eran mágicos; que el universo nos había dotado de una intuición para encontrar a personas que se compenetran con nosotros.

Vale, mi primer flechazo no fue precisamente un éxito. Pero era un crío, sólo tenía 14 años, cuando me enamoré de Erik nada más entró en clase (alemán de nacimiento, ojazos verdes, serio y un hacha de los idiomas). No supe ver que era claramente hetero. ¿Quién no ha tenido un *crush* hetero en su juventud? (¿O varios?).

Pero los siguientes sí hicieron funcionar su magia: nada más entrar en la disco, con 21 años, una noche me crucé con Fran y me quedé embobado: era como un Capitán Jack Sparrow en joven, aunque definitivamente mayor que yo (efectivamente, tenía 29). Me llevó a su casa esa misma noche (vivía con varios compañeros de piso y un pastor alemán) y estuvimos juntos seis maravillosos meses.

Después vino Rodrigo y luego Fernando, y a los 26, Germán, y, por último, hace dos años, Víctor. No he llegado al año de relación con ninguno, pero los he disfrutado como si hubiera exprimido con cada uno el jugo de una vida entera.

Vale, todo esto venía por los flechazos y por Álex, que me hago un lío yo solo.

Fue Enzo quien le apodó «el divino» la noche que conté a mis amigos mi primer encuentro con él (porque era tan hermoso y etéreo que parecía flotar sobre las baldosas del recibidor de nuestro edificio).

Esa noche, pocos meses antes del cumpleaños de Inés y poco después de la muerte de mi padre, habíamos quedado en el Fuzz, donde íbamos algunos sábados a tomar una copa. Yo estaba entusiasmado hablando de mi nuevo vecino.

—Es bellísimo y perfecto como un ángel... No me habría sorprendido si hubiera alzado un dedo y hubiese aparecido un árbol de la nada.

—Pues ya podía hacer aparecer un Volvo, que es más útil —se rio Estela.

El bar estaba bastante lleno y de fondo sonaba *Time to pretend*, un clásico de MGMT. Nos habíamos pedido ya una ronda de cervezas que empezábamos a saborear.

—Álex, el divino —dijo Enzo, con retintín, tomando grandes sorbos de su bebida.

—¿Siempre tienen que ser *tan* guapos? —bufó Daniel—. Con lo sosos que son.

—Oye, muchas gracias. —Su novio le pellizcó en broma. Todos nos reímos. Era el rollo entre los dos.

—¿Y quién ha dicho que me pareces guapo? —dijo Daniel—. Nah, es broma. Yo no soy precisamente Chris Evans, —se rascó la nuca, avergonzado.

—¡Tú eres lindísimo, Daniel! —exclamó Inés, siempre apoyándonos—. Y, además, con ese aire exótico medio japonés...

Daniel se atragantó con su Coca-Cola. Enzo le cogió la mano.

—No le llares «exótico» que se enfada, —se carcajeó—. Y aunque el Capitán América te saca un par de cabezas, tú eres una monada. —Le besó en el cuello, haciendo que a Dani casi se le cayeran las gafas de pasta.

—¿Cómo es Álex? —Inés intentó cambiar de tema.

—Es como una tarta de Joan Roca —dije, después de pensarlo un poco—, elegante, delicado, e impresionante: nada fuera de su sitio.

Rememoré con voz ilusionada, recordando cómo nos habíamos cruzado mientras Álex dirigía a los tipos de la mudanza a su apartamento, una planta por encima de la mía—. Pelo rubio pajizo, ojos grises, con un destello de azul, manos grandes...

—Ya sabéis lo que dicen del tamaño de las manos, chicos, —bromeó Estela, guiñando un ojo.

—...Parecía un modelo —continué—, pero a veces lleva gafas, así que seguro que es inteligente.

—¡Toma prejuicio! —soltó mi amiga.

Daniel carraspeó, recolocándose sus propias gafas de pasta:

—Ahí tengo que decir que probablemente ha acertado. Hay estudios científicos que demuestran que las personas que llevamos gafas...

Enzo le cortó:

—Y de tipo, ¿qué tal es? Déjame que adivine: delgado, pero no esquelético, un poquito más alto que tú, pero no mucho, ¿no?

—Pues sí, exactamente así...—tragué saliva — ¿Cómo lo...?

Respondieron todos a la vez:

—¡Qué sorpresa!

—¡No me digas!

—¡No me lo esperaba para nada!

Había tanta ironía en el aire que casi podía recogerla a puñados con las manos.

—Muy graciosos.

—Dejad en paz a Samu, anda. —Inés se acercó y me dio un pequeño abrazo—. Todos tenemos un tipo, ¿no?

—Un tipo sí; una obsesión, no —respondió Enzo.

Me ruboricé. Menos mal que entonces Daniel cambió de tema:

—¿Cómo va tu grupo, Estela?

—Huy, ¡si no os lo he contado! Nos ha salido un bolo en Barcelona — Estela dio un trago a su gin-tonic, con una sonrisa radiante, porque su grupo estaba siendo cada vez más conocido. Yo también empecé a preguntarle detalles y así prosiguió la noche.

Desde ese momento, cada vez que nos veíamos, o en el grupo de WhatsApp, me preguntaban por «el divino» Álex. En ese mismo grupo de WhatsApp, yo iba comentando.

—Creo que es arquitecto, llevaba una carpeta de esas grandes, como de planos («interesante», dijo Enzo).

—Tiene un pequeño lunar sobre el labio superior. («¡Sexy!», comentó Estela).

—Me ha preguntado por mis Sketchers («¡Es gay!», dedujo Inés. «Qué topicazo», le respondió Enzo, «no a todos nos gusta la moda. Vale, a mí sí, pero a Daniel no le sacas de los vaqueros y las camisetas con mensajes»).

Era la primera vez que mantenía un *crush* durante tanto tiempo; normalmente mis novios los había conocido en bares o en festivales, o en quedadas con amigos, y solíamos charlar y gustarnos rápidamente. A Víctor lo conocí por Tinder, pero dejé de usarlo porque me agoté del «supermercado de la carne». Quería que el Universo nos uniera.

Y resultó que al Universo le gustaba cocinar a fuego lento.

Así que, medio año después de verle por primera vez, sólo sabía cinco cosas sobre él.

1. Se llamaba Álex Serra.
2. Era arquitecto en un estudio al que iba andando cada mañana (yo me lo encontraba sobre todo a la hora de comer, cuando regresaba a casa).
3. Vivía solo.
4. Reciclaba (eso molaba. MUCHO).
5. Se fijaba en los zapatos.

Y hasta ese momento habíamos cruzado palabras un par de veces: la de las Sketchers y otra vez, hace unos días, que me sujetó la puerta porque yo llevaba en brazos la Thermomix que había cogido prestada del instituto para hacer la tarta para el cumple de Inés. Mientras yo pasaba junto a él, dándole las gracias, él me preguntó:

—¿Cocinas?

—Sí. —Me limité a contestar torpemente, hipnotizado por sus ojos grises que recordaban a las nubes. Y eso fue todo. ¡Seré torpe!

¿Por qué no le dije que la cocina es mi profesión, que se me da muy bien, QUE LE INVITO UN DÍA a cenar?

Si el emoji del «facepalm» de WhatsApp se hiciese persona, sería yo, sin duda. Ay, dios. En cuestión de ligar, soy lo puto peor.

—*Todavía* puedes invitarle a cenar— me dijo Berlín cuando le conté a mis alumnos mi último encuentro con Álex, mientras terminaban una salsa Velouté. Berlín era uno de mis mejores alumnos, un chico espabilado y dulce de 19 años, con el cabello negro y rizado. En mi clase tenía a catorce.

Ese día yo estaba bastante distraído: era el lunes tras el cumple de Inés y seguía dándole vueltas a la propuesta de Estela de tener un hijo.

—Recordad que debéis dejar la *roux* rubia, casi blanca, para la salsa, —les indiqué a todos—. Marina, se te está tostando demasiado.

La chica apartó la sartén del fuego rápidamente.

—Lo siento —me miró con ojos grandes y tristes.

—¡No te disculpes! —La tranquilicé, sonriente—, estamos aprendiendo. Equivocarse es un paso necesario para llegar a hacerlo bien algún día.

Se puso de nuevo a la tarea y yo me acerqué a Berlín, que ya tenía la salsa mucho más avanzada, cómo no. Ese chico podía llegar a ser muy bueno, seguramente mejor que yo. En realidad, se llama Juan Alberto; sus padres emigraron de Ecuador, pero se hacía llamar Berlín por el personaje de la serie *La casa de Papel*, —ignoraba por qué, era un chico afable, nada que ver con el psicópata del mismo nombre de la serie—. Hablaba mucho conmigo todo el rato. Por sus preguntas, tenía la intuición de que quería charlar conmigo sobre su orientación sexual, pero no estaba seguro y quería respetar sus tiempos, así que nunca le había dicho nada.

—¿Qué me decías? —le pregunté—. Cuidado con el *fumet*.

—Estoy teniendo cuidado, mira.

Me lo mostró, y era excelente.

—Te decía que aún puedes invitar a tu vecino, cuando te lo cruces otra vez.

—¿Tú crees? —Me conmovía que intentara ayudarme... y al mismo tiempo me pareció una triste señal de lo patético que era yo en tema de relaciones. Desde luego, a él parecía irle bien. Al menos con las chicas; había salido ya con un par de la clase.

–Pues claro que lo creo. Te comes mucho el coco, chef.

Me reí con ganas. El chico no sabía cuánta razón tenía.

–Tú no te has enamorado todavía, ¿verdad?

Se ruborizó súbitamente y su mirada voló al otro extremo de la clase.

–No... no lo sé.

–Ya –dirigí la vista hacia esa parte del fondo del aula, pero no sé quién estaba en su punto de mira, había dos chicos, Mateo y Juanpe, y una chica, Sandra– Cuando te enamoras es distinto, más difícil.

–¿Por qué? –me preguntó el chico batiendo con energía. Yo me encogí de hombros.

–Hay más que perder, supongo.

–Chef, –me llamó uno de los chicos del fondo, Mateo, con pinta de *emo*, vestido de negro y con el pelo rapado por un lado y largo por el otro–. Creo que la he jodido, chef, no sé qué he hecho...

–Seguramente has añadido el *fumet* demasiado rápido, –me acerqué a echar un vistazo–. Déjame ver...

Pero en ese momento llamaron a la puerta del aula. Antes de darme tiempo a reaccionar, la puerta se abrió y la figura rotunda de Carmen, la directora, asomó por ella.

–Samuel, ¿puedes venir un momento?

–Claro, –asentí. ¿Qué querría ahora? Me acerqué con pasos indecisos y ella me hizo salir y cerró el aula.

–He visto tu petición de actividad extraescolar para este trimestre, –me soltó en voz muy alta (siempre hablaba así, como si estuviera en mitad de las gradas en un partido de fútbol y tuviera que hacerse oír) –¿Qué es eso de llevar a los chicos al restaurante de Masterchef? ¿Te parece eso algo cultural?

El estómago me dio un vuelco repentino. Odio las discusiones, desde siempre. Me hacen sentir pequeño, como cuando mi padre me reñía con siete años cuando pasaba por delante del televisor. Ante la mirada desaprobadora de Carmen sentí cómo menguaba de tamaño.

–Bueno –le dije–, pensé que podía ser estimulante, inspirador para ellos...

–Me parece una tontería, y, mira... si fuera barato, todavía. Pero tengo un presupuesto muy ajustado, ya te imaginarás, –empezó a caminar hacia la salida del instituto, y yo tras ella–, y tengo también mucha prisa. Vete pensando otra cosa, la junta no va a pagar por una chorrada como esa.

Se me cayó el alma al suelo y allí se esparció como un globo de agua que revienta. Enrojecí violentamente.

–De acuerdo.

Realmente, ¿qué más podía decir?

Volví en bici a casa. Aunque no soy un acérrimo defensor de mi ciudad (soy más fan de las ciudades pequeñas y coquetas, como Cáceres, Santiago o Tarragona), tiene algunos barrios encantadores y Chamberí, para mí, es uno de ellos. Las plazas, la vida en las calles. Había una librería en la esquina con una cafetería. Estoy enamorado de esta zona y tuve la suerte de encontrar un alquiler de un apartamento diminuto (o sea, un saloncito con cocina americana, baño con ducha y un único dormitorio con un balcón y tres macetas que es lo mejor de la casa) y que podía pagar con mi sueldo, aunque no me sobrase mucho. No tenía muchas necesidades más: Netflix, quedar con los amigos, un concierto de vez en cuando, comer. Y cocinar.

Y, además, gracias a ese piso había coincidido con Álex.

No me va el rollo de mantener amores platónicos durante varios meses, ya lo he dicho. Pero el divino Álex tenía algo especial. A lo mejor era bueno que le conociese tranquilamente (si es que cruzarme con él en el ascensor cuenta como «conocer», que probablemente no), y tardar en comenzar una relación, al contrario que mis novios anteriores (lo máximo que tardé en liarme con ellos fue una semana; el mínimo, 30 minutos). Interrumpí mis pensamientos: ya estaba soñando más de la cuenta... ¡Ni siquiera sabía si le gustaban los hombres! Mi instinto me decía que sí, pero no sería la primera vez que me equivocaba (ay, ese Erik, todavía me dolía).

Y, sobre todo, ni siquiera sabía si le gustaría yo.

Devolví la bici de alquiler a la estación y empecé a caminar hacia casa mirando los WhatsApp. Hubo uno que me sorprendió, era de Nuria, la novia de Alberto:

Nuria: *Samu, uno de mis compañeros del bufete es gay y le pregunté sobre el tema de la adopción y me ha contado que él mismo adoptó un niño con su marido. Me ha dicho que le encantará quedar contigo y explicarte todo el proceso y darte claves para ayudarte.*

¡Ohhh, qué linda era Nuria! No podía creerlo.

Le contesté rápidamente: «¡Me encantaría, mil gracias!» y sentí que el día había mejorado. Era una tontería, pero tener ilusión en poder cumplir un sueño animaba muchísimo.

Entré en mi calle. Eran las tres de la tarde y por las ventanas del vecindario se escapaba delicioso olor a cocido.

—Perdona.

Tragué saliva y miré hacia arriba: Álex era algo más alto que yo. Llevaba una chaqueta negra que le sentaba, uau... Se me quedó la boca seca. Casi nos tropezamos en la puerta de nuestro edificio, él salía y yo entraba (madre mía, ojalá haber tropezado de verdad y caerme sobre él).

—Pasa tú primero. —Logré mascullar.

Me quedé obnubilado con el ángulo de su cuello justo cuando tropezaba con su oreja (delicioso como todo él, por supuesto). Llevaba una bolsa llena de papel y cartón y otra con vidrios. Oh, Jesús: RECICLABA. Era simplemente perfecto.

—¿Vives aquí? —me preguntó, al salir por la puerta.

¿Cómo?

¡Ni siquiera me había reconocido! *Oh, dios mío, mátame, mátame ya.* ¡Si nos habíamos cruzado docenas de veces en los meses que llevaba él viviendo en este edificio! ¡Si se había fijado en mis Sketchers! ¿Qué era yo, el hombre invisible?

—Sí, ajá, vivo aquí —respondí, atolondrado— soy Samuel, del 3ºC.

Vale, estaba decepcionado, pero no era tonto. Había que aprovechar la oportunidad de presentarse al Chris Hemsworth de Chamberí.

—Álex, —sonrió—, 4ºA. ¡Hasta ahora!

Y, tan rápido como llegó, se fue. Yo me quedé mirándole como un tonto. Se desplazaba como si levitara sobre el asfalto. Como Légolas sobre la nieve. Etéreo y elegante como el más hermoso de los elfos.

Y yo me quedé en el recibidor del edificio, con las rodillas temblorosas, y lamentando mi suerte. Qué cachondo es el universo a veces.

Algo tenía que cambiar. Ya estaba cansado de esperar a vivir de verdad. A la mierda.

Allí mismo, aún en la calle, abrí el WhatsApp y le mandé un mensaje de voz a Estela:

—Lo he estado pensando: vamos a hacerlo. Vamos a tener un hijo. ¿Vale? Llámame.

Una vez metidos en la vorágine, el proceso fue bastante más rápido de lo que había imaginado: visita a la clínica de reproducción artificial, donde fingimos ser pareja (ni siquiera cuando Estela me llamó «mi cuchicuchi», pareció levantar sospechas; o quizá sí lo sabían, y les daba igual. No era ilegal, desde luego). Información sobre la inseminación artificial. Firmar formularios. Luego, análisis de fertilidad que salieron estupendos, claro, y la ginecóloga estupefacta de que no hubiéramos podido concebir «de forma natural» (¡Amiga, date cuenta!), aunque lo achacaron quizá a un aborto que había tenido Estela a los 20 años (*What?* Tenía que hablar con ella de eso en algún momento; quiero decir, si la pillaba con la guardia baja y con ganas de hablar en serio, cosa difícil) y finalmente, el día de la inseminación artificial.

Cuando entré en la consulta, la doctora Ugarte me llevó hasta Estela, que esperaba en una camilla con las piernas abiertas y en alto.

—Vamos a la aventura— me dijo mi amiga, guiñándome un ojo. Para ella todo era una fiesta, ojalá tuviera la cuarta parte de su confianza. Pero me armé de valor.

—A la aventura —respondí, intentando mostrar una seguridad que no sentía. Le agarré la mano, esperando que no notase cómo temblaba.

—Todo va bien, —nos informó la doctora—, hay un óvulo en el ovario derecho con más de 2 cm. —Miraba la pantalla del ecógrafo—, y la calidad de tu espermatozoides en el análisis era estupenda, gran movilidad. Hay excelentes probabilidades.

—Sólo falta tu aportación. —La enfermera me dio un botecito de plástico y me señaló una habitación donde podía «inspirarme» y «hacer el depósito» en la intimidad. Estaba llena de revistas porno.

Heterosexuales, claro.

Estaba tan nervioso cuando cerré la puerta y me quedé solo que no sabía si iba a poder hacerlo, pero respiré hondo. *Tranquilo, Samu, esta es la parte más fácil, en realidad*, pensé. Saqué el móvil y busqué un vídeo en Pornhub. Encontré uno en el que uno de los chicos se parecía a Álex y, mientras lo veía, fingiendo que era él se me empalmó. Menos mal. Me desabroché el cinturón del vaquero y me bajé los pantalones: el deber me llamaba.

Al menos el primer paso era placentero.

Dos semanas después, Estela se iba a hacer la prueba de embarazo en mi casa.

Ella estaba convencida de que se había quedado embarazada porque, al día siguiente de la inseminación se durmió la siesta de dos horas más pesada que había tenido nunca y porque había tenido un antojo de gambas. Pero Estela es muy de tener antojos, la verdad. Realmente no había manera de saberlo.

Había pedido a Enzo que estuviera presente porque no me veía capaz de afrontar el resultado. ¿Cuál de ellos, me diréis? ¡Cualquiera de los dos! Si salía negativo, me agobiaría que no hubiera salido bien y si salía positivo, estaríamos embarazados y empezaríamos UNA FAMILIA... en fin, el ataque al corazón estaba asegurado. Debería haberme comprado un desfibrilador por Amazon, vaya.

Mi amigo se presentó a las nueve y media, con Daniel. Eran inseparables y, para mí, eran *#goals*. Mi pareja favorita en el mundo entero.

—Soy incapaz de decir tres palabras seguidas delante de Álex —le conté a Enzo, para distraerme de los nervios—. Debe pensar que soy imbécil.

—Pero si preguntó si vivías aquí... Chaval, eso es que quiere saber si te va a volver a ver. Abre los ojos —contestó mi amigo y cogió una bolsa de patatas fritas—. Eres tan torpe en estas cosas que resulta encantador.

—O quizá quería asegurarse de que no era un ladrón —opinó Daniel—. ¿Qué tal tienes el portátil, va lento?

Se lo pasé para que me borrara los archivos pesados y buscara virus. Era muy práctico tener un colega informático, también me enseñaba a usar programas y me pasaba trucos de algunos juegos de la Playstation.

—La verdad —mascullé, tomando unas patatas—, es que no sé qué hago pensando en ese hombre ni en nada, si mi vida puede estar a punto de cambiar por completo —sentí un pequeño mareo y me senté yo también junto a ellos, con el corazón acelerado.

Lorenzo me miró con ternura.

—Mira que eres lindo, —dijo—, estás asustado como un pollito temblón.

—¿Seguro que esto es una buena idea? —le pregunté, apretando los dientes de los nervios.

—Seguro —contestó sin mirarme siquiera, comiendo con la boca abierta.

—¿Por qué?

Siempre había confiado más en su criterio que en el mío. Mi amigo se giró hacia mí:

—Porque cuando hablaste de ser padre aquel día, en el cumpleaños de Inés parecías... entusiasmado. No te he visto con los ojos tan brillantes desde la final de Masterchef 7.

—Es que ganó Aleix —respondí muy serio, posando la mano sobre mi corazón—; se lo merecía muchísimo.

—Y el chaval también estaba que crujía. Pero eso no cambia que aquel día estabas emocionadísimo. Oye, no tienes cerveza, ¿verdad? —Había

abierto mi frigorífico— Bajo a por una en un segundo.

Me quedé con Daniel, que me explicó que me acababa de instalar un programa de limpieza de archivos temporales:

—Es una forma eficiente de dejar más espacio libre en el portátil y que no se te cuelgue, como te ha pasado varias veces.

Pero yo no podía prestar atención. Mi cabeza estaba en otra parte.

Sonó el portero automático y me levanté a abrir. Al cabo de unos minutos, Enzo y Estela entraron riéndose, él llevaba una botella de cava en la mano y una caja con seis botellines en la otra. Cerré la puerta: Estela estaba aquí. Y eso significaba que el Predictor también. Ay, dios mío.

—Tío —soltó Estela—, acabamos de subir en el ascensor con un tío *guapérrimo*, chaqueta color verdemar...

—Tirando a rubio, delgado, pero fibroso... Es Álex, ¿verdad? —completó Enzo.

—Seguramente...

—¡Uau!

La exclamación de Estela lo dijo todo.

—¿Tan guapo es? —preguntó Daniel, levantando la vista de mi portátil.

—Tengo que reconocer, —Enzo se sentó en una silla junto a él—, que Samu tiene un gusto exquisito. Es... —hizo el símbolo del «chef kiss».

Su novio resopló, un poco de broma. Entendía que se sintiera un poco amenazado: Daniel era un chico interesante, sin duda, pero Enzo llamaba mucho la atención con lo grande que era y con ese rostro anguloso, que siempre resultaba atractivo porque sonreía mucho y era muy pícaro.

Pero, ¿en qué estaba pensando?

—Estela, ¿lo has traído?

Ella sacó el *Predictor* de su bolso de charol azul cobalto, a juego con sus botas de cuero. Tragó saliva.

—¿Vamos a ello? —dijo, alegremente. Y señaló a Enzo—. No abras esa botella hasta que vuelva del baño. Si no estoy preñada quiero la primera

copa. Estas dos semanas de sequía han sido las más largas de mi vida.

—Pues si estás embarazada, te quedan ocho meses y medio sin beber, —le recordó Daniel.

—Ya, ya... pero no haber bebido si no lo estoy habría sido estúpido. ¿Vienes, Samu, *amore*?

Tenía el cuerpo rígido. Una voz dentro de mí susurró: *Todavía no, dile que espere*. Era absurdo, lo sé, porque deseaba que esto sucediese, pero también sabía que si salían dos rayitas toda mi vida iba a dar un vuelco. El corazón se me paró un momento. Respiré con ansiedad. Menos mal que vino Enzo a sujetarme (como casi siempre).

—Anda, tía, vete tú que a Sammy le va a dar un infarto.

Sentir sus brazos sosteniéndome me confortó un poco. Pensé que sería capaz y de repente... todo me daba vueltas. Me fijé en mis amigos durante unos minutos: Daniel en el ordenador, con las gafitas y su tatuaje de Capitán América en el brazo, Enzo tomando patatas y cerveza directamente de la botella, debatiéndole a su novio cualquier tontería. Estela, que ahora saldría y se sentaría a echarse unas risas con nosotros...

—Deja de pensar tanto. Tómate una cerveza.

Accedí. Es difícil negarle algo a Lorenzo. Lo sé desde que le conocí en clase con 13 años y me pidió mis rotuladores para terminar la tarea de dibujo técnico. Es una cualidad que tiene. No sé qué vio en mí: tal vez es esa necesidad de ser siempre el líder, y de ayudar a los débiles. Después de que tuvo que sacar adelante a su familia, y con la madre que tiene (su foto debe aparecer en el diccionario al lado de la palabra «victimismo»), normal que sea tan protector. Sigo pensando que salió del armario aquel día delante de toda la clase para que Hugo Gavilán y sus colegas dejaran de burlarse de mí llamándome «mariquita». Con él no se atrevían: les sacaba una cabeza.

—Ay, señor, esto es una completa locura —mascullé, con la garganta cerrada. Ni la cerveza me entraba.

—Y que lo digas, joder —confirmó mi amigo.

—Se supone que tienes que animarme, ¿no? —Yo estaba literalmente sudando de nervios.

—Las locuras no tienen por qué ser malas, Sammy, lo que pasa es que no estás acostumbrado a hacerlas.

—Además, tu sueles ser muy previsor. Seguro que tendrás planificada cualquier eventualidad—añadió Daniel.

—Eso es cierto, tengo dos cuadernos llenos de notas, listas y consejos que he encontrado en Google. —Conseguí tomar un trago, finalmente—. Pero, ¿y si algo se sale de los cálculos?

—Pues le echamos huevos, —soltó Enzo, poniéndome la mano en el hombro—. Estamos aquí si hace falta, Y alguna vez tendrás que aprender a improvisar sobre la marcha, pequeño, —sonrió—. A mí me encanta.

—Te encanta porque siempre te sale bien, eres como... la anti-ley de Murphy.

Se rio y apuró la cerveza de un sorbo.

—No, Sammy, —siguió sonriendo de medio lado, con ese encanto suyo—, es al revés. Me sale bien porque lo he hecho muchas veces. La fortuna sonríe a los valientes. —Me guiñó un ojo—. Y deja de preocuparte por tu vecinito.

—¿Álex? ¿Por qué, crees que sí que le gusto? —sentí un atisbo esperanza aleteándose en el pecho.

—Ni idea, —me soltó mi amigo, brusco como siempre, tomando un sorbo de cerveza y mirándose con cariño—. Lo que creo es que mereces mucho la pena, Sammy, y si ese tipo no se da cuenta, ya llegará el hombre perfecto para ti. Seguro que está más cerca de lo que crees y no tardará mucho, no tengo ninguna duda.

Noté un calorcito de ternura y emoción ante las palabras de Enzo. Menos mal que siempre estaba ahí para mí; sin él me sentiría perdidísimo.

—Hablando de dudas, ¿cuál es el mecanismo específico del Predictor? —preguntó entonces Daniel, que siempre era muy curioso.

—Si sale una raya, —contesté yo, automáticamente—, es que no está embarazada. Si salen dos, es que sí.

—Humm, —se rascó la barbilla—. ¿No sería más fácil que si no está embarazada no saliera nada de nada? Me parece confuso.

—Sale una raya para que sepas que no está estropeado... —Me callé, porque de repente me di cuenta de que me castañeaban los dientes.

Justo entonces se abrió la puerta del baño.

Los tres miramos hacia Estela, que se acercaba a pasos lentos, con el palito de Predictor en la mano.

—¿Qué es, joder? ¿Estás embarazada? —preguntó Enzo. Pero seguía callada, algo raro en ella.

Mi mente iba a toda velocidad.

«No está embarazada, mierda, yo quería que lo estuviese».

«¡No! Mejor que no lo esté, puedes seguir con tu vida, tu vida está muy bien, así podrás ligar con Álex».

«¿Y si Álex es hetero o pasa de ti? Si no está embarazada, no tendrás un bebé, y deseas un bebé».

«Pero un bebé es algo frágil que hay que cuidar, ¿y si la cago? ¿Y si se me cae y se le rompe una pierna?»

¡¡Basta!! Acallé mi mente de un portazo.

Estela depositó suavemente el palito del Predictor sobre la mesa. Todas las cabezas se acercaron a él, la mía incluida.

Dos rayas.

Dos. Putas. Rayas.

Lo vi todo negro. Y me hundí, me hundí pesadamente, como un bloque de cemento en el océano.

—¿Qué ha pasado?

Observé tres pares de ojos preocupados sobre mí: los azules oscuros de Enzo, que reconocería en cualquier parte, los del *eye-liner* de Estela y los negros de Daniel.

—Te has desmayado —me dijo Enzo—. ¿Estás bien?

No me acordaba de lo que había ocurrido. Pero estaba en mi casa, con mis amigos: a salvo. Respiré tranquilo.

Un momento... algo regresó a la bruma de mi cabeza.

–Felicidades, Samu, estamos embarazados –se rio Estela.
Oh, dios mío. ¿Y ahora cómo iba a conseguir salir con Álex?

OceanofPDF.com

Capítulo 3

¿Vas a ir a por él?

Una de las primeras cosas que aprendes cuando te quedas embarazado es a medir el tiempo en semanas. 26 semanas habían pasado desde la noche del *Predictor* y 24 eran las que tenía el bebé. Seis meses, para entendernos.

Ya guardaba una colección de ecografías bajo el cristal de la mesa del salón, una detrás de otra, donde se veía cómo iba aumentando de tamaño, desde la lentejita del primer mes, hasta ese momento actual, en el que era como una papaya. Y ya mi vida había cambiado muchísimo.

No habíamos querido saber el sexo del bebé, así que sería una sorpresa. Si era niño, habíamos pensado llamarle Lucas, Enzo (siempre me ha gustado el nombre de mi amigo) o Atreyu, como el protagonista de *La Historia Interminable*. Si era niña, barajábamos Olivia, Daniela y Leia, como la princesa. Las sugerencias frikis eran más, por supuesto, y dudaba mucho que Estela se dejase convencer. Pero ahí seguían, en competición.

¿Qué había pasado esos seis meses?

Bueno, mi apartamento era pequeñito y ya estaba atestado porque ya había una cunita de colecho, un carrito con capazo, algunas bolsas de ropa de los primeros meses del hijo de Alberto y Nuria. Y peluches. Una montaña de ellos. Cada uno de mis amigos había querido dejar un detalle, y algunos de mis alumnos también.

Habíamos decidido que al principio el bebé podría vivir aquí y Estela dormiría en mi cama y yo en el sofá cama; su piso era un estudio loft (palabra elegante, en mi opinión, para describir un zulo de 25m² casi sin luz). Más adelante ya pensaríamos; probablemente tendríamos que mudarnos los tres a un piso con dos habitaciones. Los ingresos de Estela no eran muchos: trabajaba de profesora sustituta en una academia por las tardes y ganaba algo con los bolos del grupo, pero, para qué engañarnos: no daba para más que para comprarse pedales para la guitarra o ropa para tocar en los conciertos.

¿Cómo no había pensado en esto? Tener un bebé era carísimo y mi sueldo no era para tirar cohetes. Ay, señor. Y mis amigos me llaman Mr. Previsión.

Y tenía ya una lista de todas las cosas que teníamos que conseguir aún. Más de una veintena, entre ellas, mantita y ropa de primera puesta, biberones, moisés, mochila de porteo, medicinas...

Me entraban sudores fríos.

—¿Qué consejos te ha dado tu madre, Sammy? —Me preguntó Enzo— Ella ha tenido cuatro hijos, nada menos, y ¡dos gemelas!

—Mellizas —le corregí.

Estábamos en el *Siempre Azul*, un local de conciertos pequeño, que estaba empezando a llenarse. Faltaba aún más de media hora para que tocara el grupo de Estela, *Everbliss* y un grupo más, cuyo nombre no recordaba (y francamente me daba igual). La DJ estaba pinchando The Verve.

—En realidad, todavía no le he dicho nada a mi familia —confesé a mi amigo, tomando un sorbo de mi cerveza. Enzo flipó.

—¿Por qué?? —preguntó, con la cara desencajada de la sorpresa.

Eso me preguntaba yo, por qué. Me encogí de hombros. Sabía que mi madre sería un gran apoyo. Y mis hermanas se lo tomarían a broma, pero nada más. Y ya no estaba mi padre para decepcionarle, como tantas veces en el pasado (recuerdo sus miradas tristes que me dolían muy adentro, allí donde guardaba la sensación de que mi padre no estaba cómodo con quién era yo y nunca lo estaría).

Pero estaba Pablo. Y mi hermano mayor a veces parecía mi padre reencarnado. Ay, dios.

No se lo dije a Enzo. De todas formas, no podía retrasar más lo de contárselo a mi familia, era... absurdo. Si dejaba pasar unas semanas más iba a aparecer por casa de mi madre ya con un bebé bajo el brazo. ¡Solo me faltaba provocar otro ataque al corazón en la familia!

Llegó Daniel justo en ese momento; traía a un amigo del curro.

—Juanma, este es Enzo, mi novio, y este es Samu.

Nos dimos los dos besos de rigor. Él me miró con... interés.

Intenté hacerme oír por encima de la música del local y de la gente que ya casi había llenado el local.

—¿Eres informático? —le pregunté. Era lindo, supongo, pelirrojo con pecas. No parecía un *nerd* como Daniel, con sus gafas y sus aficiones frikis (o sea, que yo también lo soy, a mucha honra, pero él había jugado al Warhammer, eso de las figuritas que se pintan, y eso ya es *frikismo* nivel dios).

—Qué va —contestó Juanma— trabajo en administración.

Misterio aclarado.

—Voy a pedir una copa —nos dijo—, ¿queréis algo?

Le mostramos los vasos para indicarle que ya estamos servidos y, en cuanto se fue, Enzo me echó uno de sus *brazacos* por el hombro y me gritó:

—Hoy mojas, nene. Olvídate ya de ese vecino guaperas por muy *divino* que sea.

—Juanma está aquí para olvidar a su ex, —Daniel le lanzó una mirada reprobatoria—, rompieron hace dos semanas. No necesita complicaciones.

—Necesita follar y aquí mi amigo Sammy está disponible.

—Mira que eres bruto, Enzo. —Le di un capón de broma, aunque no pude evitar sonrojarme.

Menos mal que apareció Inés: ahora podíamos charlar de otra cosa. Por ejemplo, del embarazo y el bebé. ¡No, de eso tampoco! Quería olvidarme del tema. Así que elegí un tema distinto rápidamente.

—¡Qué ambientazo! Esto está *a full*. No sabía que tanta gente conocía al grupo de Estela.

—Es por su Instagram —me dijo Inés, quitándose la chaqueta.

Estela había lucido su embarazo en varios vídeos en directo tocando para sus fans y había tenido bastante éxito. Una madre roquera. Ay, dios. ¿En qué lío me había metido y había metido a mi hijo?

Respira, Samu, respira. Y bebe cerveza, pensé.

Di un larguísimo trago. Y después otro.

–Ya suben los músicos, –nos señaló Inés, pero no era el grupo de Estela todavía.

Volvió en ese momento Juanma, el amigo pelirrojo de Daniel, con su copa y la chocó con mi vaso.

–Salud –me guiñó el ojo. Hum, se veía que alguien quería pasar página de su ruptura.

El sonido de la batería interrumpió la frase que le iba a decir y el grupo empezó a tocar; el volumen era atronador. Algunos chavales se pusieron a bailar cerca de nosotros y decidimos tácitamente irnos a la parte de atrás del local.

Allí conseguí charlar un poco con Juanma: era simpático, pero no le gustaba *Star Wars*, ni *Star Trek*, ni ninguna *Star*; ni tampoco *Stark*, porque no había visto *Juego de Tronos*. Ni pelis de zombis, ni *The Big Band Theory* o *La mansión de Hill House*. ¡Ni siquiera había visto *La casa de papel*! Lo intenté con las pelis románticas, mi otra pasión, o con la música, pero nada: le gustaban el deporte, iba al gimnasio a menudo y no asistía a un concierto desde que estaba en el instituto.

Enzo me lanzaba miradas asesinas cada vez que le preguntaba algo al chico y veía mis caras de decepción ante su respuesta.

–...Y por eso las dominadas son mucho mejores que las flexiones para los músculos dorsales y los bíceps, –me estaba contando Juanma, aunque yo no había abierto la boca en 15 minutos–. Voy al servicio.

Yo casi respiré de alivio, pero dos segundos después ya tenía a Enzo echándome la bronca:

–Sammy, no tiene que pasar el jodido examen de *frikilandia* para que te lo folles, joder. La gente también puede ser atractiva aunque tenga otros intereses, lo sabes, ¿verdad? Tiene un buen culo, es mono, ¿no? Pues ya está.

Daniel bufó a su lado.

–¿Y a ti qué te pasa?

–Mira que eres básico, Lorenzo. «Mono, un buen culo, y ya». ¿Eso fue lo que pensaste cuando ligaste conmigo hace nueve años?

Huy, ¿Y esto? Inés y yo intercambiamos miradas... ¿debíamos involucrarnos? ¿O hacer como si nada? Sí, mejor esto último. Bebí otro trago de cerveza.

—Te recuerdo —le respondió Enzo, dando dos pasos hacia él—, que fuiste tú el que te acercaste a hablar conmigo.

—Ya sabes que en ese momento me interesaba otra persona, —Daniel bebió de su Coca-Cola—, tú estabas ahí de casualidad.

Casi pude ver cómo la ira le burbujeaba a Enzo en el estómago. Ahí se iba a armar pero gorda.

—Vale, yo soy básico, ¿pero ¿tú qué eres, el rey del tacto? —Una pareja cerca de nosotros se les quedó mirando—. ¿Tienes *siempre* que recordarme que no te habías fijado en mí en aquella fiesta de la universidad, joder? Sammy, recuérdale cómo llegó y me sonrió y me dijo: «Tu cara me suena». ¡La frase para ligar más antigua del mundo! Seguro que el puñetero Adán se la dijo a Eva.

—Yo no sé usar tácticas de esas: era la realidad, tu cara *me sonaba*... Habíamos coincidido en un cumpleaños la semana anterior.

—Chicos, —me metí entre los dos—, no pasa nada. No voy a ligar con este chaval, yo no soy como tú Enzo. Y tú, Daniel... jo, con lo calmado y lógico que tú eres, podrías recordar que estáis juntos porque sois muy diferentes. ¿Qué os pasa hoy?

¡Mierda! No podía ver esto. Eran mi pareja referencia y solían compenetrarse estupendamente.

—Venga, —intervino Inés, agarrando a Enzo por el brazo—, hoy es el concierto de Estela. Estamos aquí por ella. Mirad, ahí se acerca.

Llegó hasta nosotros con la guitarra en la mano y la barriga abriéndole camino entre la gente.

En el escenario el cantante anunció que iban a tocar «la última».

—Alejad esa cerveza de mí, que no respondo —soltó Estela. No estaba llevando muy bien lo de no beber alcohol, la pobre. Le acaricié la cabeza con cariño.

—¿Te pido una *Sin*? —le preguntó Inés, siempre solícita.

—Me da arcadas. —Hizo una mueca de desagrado.

—Pobrecita, —la abracé y le di un beso en la mejilla. Las hormonas debían ser terribles si conseguían poner de mal humor a Estela.

Por fin regresó el pelirrojo forofo de las dominadas (o sea, Juanma) a nuestro grupito.

—¡No veáis la cola que hay en el servicio! Un poco más y llega hasta la puerta de la calle.

—¿Este quién es? —preguntó Estela, echándole un vistazo de arriba abajo— Es mono.

—¿Lo ves? —me dijo Enzo, con un codazo—. Aprende de Estela.

El chico se colocó en nuestro círculo pegado a mí. Literalmente pegando mi brazo al suyo.

—Ah —dijo Estela, entendiendo rápidamente—. Qué pena, yo tengo las hormonas por las nubes y soy menos exigente que Samu.

Juanma nos miró, despistado.

—¿Qué?

—Nada, nada —dijeron Daniel y Enzo al mismo tiempo. Se miraron y se rieron. ¡Menos mal!

Distinguí de repente a un chico negro entre el gentío.

—¡Ousmane! —grité al batería de la banda de Estela, y le hice señas para que se acercara a nuestro grupo. Atravesó la muchedumbre y me ofreció la mano.

—¿Qué tal? Samuel, ¿no?

—Ajá. Sí. Nada, quería desearos buen concierto. Por cierto, recuerdas a nuestra amiga Inés, ¿verdad?

Le señalé a mi amiga, que se ruborizó rápidamente. «Sutil, muy sutil, Samu», me susurró Enzo, riéndose en mi oído. La verdad es que entendía a Inés: el chico era alto y algo desgarbado, pero guapo y con un aire misterioso muy atractivo.

–Encantado –dijo Ousma, dándole dos besos y contemplándola con atención.

–Bueno, Romeo, nos toca subir al escenario. –Estela arruinó el momento tirando del brazo de su batería. ¡Mierda, qué lástima!

–¿Estás bien para subir, cariño? –le pregunté a mi amiga, cogiéndola de la mano. Realmente se la veía muy cascarrabias– No debes estar demasiado estresada, no es bueno para ti ni para el bebé.

–Ya lo sé, *papá*, –se burló ella, y luego me dio un abrazo que me hizo notar la barriga con nuestro hijo dentro–. Estoy bien, ya sabes que tocar me relaja.

Se soltó. Hizo un gesto de despedida con la mano y empezaron ambos a caminar entre la gente hacia el escenario.

–Gracias por el intento, Samu –me dijo Inés en voz baja–, pero me parece que no soy su tipo.

–No sé de por qué dices eso. Para empezar, no lo hemos visto nunca con una chica.

–A lo mejor es gay –murmuró, pensativa.

–No lo es. –Le aseguré. ¿Gay y que no le hubiera lanzado siquiera un vistazo a Enzo? Inconcebible. Y nos callamos porque ya empezaba el concierto.

La verdad era que, cuando subió al escenario, Estela estaba radiante bajo los focos. Lucía el tatuaje de su brazo y su melena rubia le caía por los hombros. Llevaba un vestido elástico y estrecho de manga corta y la guitarra le quedaba un poco combada por culpa de la barriga.

–¡Buenas noches, muchachada! –dijo por el micrófono con confianza–. Yo soy Estela y esto es *Everbliss* –señaló a su bajista, un chico con gafas, otro guitarrista con una acústica y Ousmane a la batería, que ese día llevaba escobillas.

–En este concierto vamos a hacer algo especial: un semiacústico para sonar a un volumen más bajo, por razones... evidentes. –Señaló su barriga y el público se rio y le silbó–. Acercaos al escenario. Quiero que esto sea un acto íntimo. Como hacer el amor. –Guiñó el ojo y la gente le hizo caso.

Tenía un magnetismo difícil de resistir, siempre había sido así. Y siempre me había encantado eso de ella. Ahora mi hijo podría heredarlo, así como su talento musical. Yo siempre he tenido un oído enfrente del otro y mi magnetismo se reducía a una colección de imanes de los superhéroes de Marvel que tenía en la puerta del frigorífico. Me alegré de que fuese su madre y de todo lo que podría aprender de ella (por ejemplo, a tener seguridad en sí mismo, eso difícilmente iba a aprenderlo de mí).

Cuando empezaron a tocar, efectivamente el volumen no tenía nada que ver con el grupo anterior, pero la gente guardó un respetuoso silencio o empezaron a hablar en voz muy baja. La canción, *You're not an angel*, era un indie tipo Bon Iver que quedaba fantástica con su voz algo ronca.

El público aplaudió a rabiar y yo me emocioné también.

—Voy a pedir una ronda de cervezas —les dije a mis amigos—. ¿Queréis?

Enzo y Juanma asintieron, y este dio un paso adelante:

—Voy contigo.

—No, no hace falta, disfruta del concierto, —me apresuré a responderle—, que te perdiste ya mucho en la cola del baño.

No le di tiempo a decirme nada más: les dejé y fui a por las bebidas. Salvado por la campana. La verdad es que no me gustaba mucho, y... vale que no follaba desde hacía tiempo, pero NO.

Y, además, ya llevaba bastante pasando de los hombres y me estaba sentando estupendamente. Me sentía más sereno y centrado en lo importante: mi familia, mi trabajo, mis amigos y, sobre todo, mi futuro hijo. (*Claro, y todas las pajas que te haces pensando en Álex son porque estás «pasando de los hombres»*), dijo una vocecita en mi cabeza. Sí, tengo una de esas, ¿quién no?)

Distinguí un hueco en la barra, entre varios tíos y, como yo soy algo bajito (1'72, pero cerca de la media, que conste), conseguí colarme sin dificultad.

—¡Tres cervezas! —Le pedí a la camarera que está en el tirador tirando un par. Ella asintió y le dejó los dos tubos al tipo que había a mi lado, un chico rubio y elegante. Que se volvió hacia mí. Que me miró y me dijo:

—Hombre, el vecino del tercero.

El corazón me dio un vuelco: era Álex. El *divino*. En el concierto de Estela.

A mi lado.

Adiós, serenidad. Fue bonito conocerte.

—Hola, —conseguí articular—, sí, soy yo.

—¿También vives aquí? Te encuentro en todas partes —me dijo, sonriendo y clavándome la mirada: sus ojos, bajo las luces del local, parecían miel derretida, igual de sabrosa y de ardiente. Pude notar cómo me subía la temperatura. Al sonreír se le marcaba una arruguita en la comisura de los labios que deseé acariciar (soy muy fan de las arruguitas, me parecen muy sexis. Menos mal, porque voy dejando atrás la juventud a velocidad crucero).

Vale, tienes que responder, Samu, pensé.

—Soy amigo de la cantante —dije, finalmente—. Vamos a tener un hij...
emmm

Cierra el pico, Samuel Medel. No necesitas contarle algo tan personal y tan cortarollos si ni siquiera habéis tenido una cita. Si ni siquiera sabes si le gustas.

—¿Qué? —me preguntó Álex. Frunció el ceño un segundo, solo un segundo, y me observó con curiosidad, esperando mi respuesta. Era tan perfecto que me estaba mareando. Cogí aire:

—Soy Samuel, Samu.

No era mi primera metedura de pata con un chico guapo, *tbh*. Mi experiencia me decía que tenía que reaccionar en plan «aquí no ha pasado nada».

—Ya me lo dijiste, no me suelo olvidar de los nombres de las personas interesantes —respondió él. ¡Uau! ¿Yo, interesante? Y, ante mi asombro, acercó su rostro al mío para darme dos besos.

Fue como si el tiempo se ralentizara. En esos tres o cuatro segundos pude oler su colonia, notar que llevaba al menos 48 horas sin afeitarse (y le

sentaba de maravilla) y que tenía un pequeño lunar bajo el ojo derecho.

No me dio uno de esos besos pijos en el aire: sus labios tocaron mis mejillas, decididos, ligeramente húmedos (¿sería así hacer el amor con él? Me estremecí solo de pensarlo). Estábamos muy cerca, casi noté el calor que emanaba de su pecho y descubrí que mi cuerpo encajaría perfectamente entre sus brazos; mi cabeza se podría esconder en el perfecto hueco de su cuello. Para siempre.

—Son veinte euros. —La camarera me plantó los tres tubos de cerveza, rompiendo la magia en un instante. Saqué un billete de cincuenta la cartera, se lo di y esperé pacientemente el cambio.

Cuando me volví, Álex se había ido.

Creo que me había dicho algo como «Luego nos vemos» pero entre el sonido de la música y pagar a la camarera, no me enteré bien.

Le localicé fácilmente, estaba entre el público del centro de la sala, atento al concierto. ¿Debía acercarme? Vi que charlaba con un grupo de gente. Uf, no, mejor no. Mierda. ¿Cómo había dejado que se me escapara? Era mi mala suerte. Mi maldita mala suerte. (*Sí, vale, si quieres llamar así a tu legendaria torpeza para ligar, adelante*, dijo mi vocecita. «*Oh, cállate*», respondí yo. Sí también le respondo, ¿quién no?).

Al regresar a mi grupo y repartir las bebidas, me coloqué estratégicamente entre Enzo y Daniel, para decirles en voz baja:

—Acabo de encontrarme con Álex.

—¿El divino? —exclamó Lorenzo y varias personas del público se vuelven hacia él y le chistaron— ¿Aquí? —continuó en un volumen más bajo— ¡Joder! Qué buena suerte. ¿Vas a ir a por él?

—Frena el tanque, —le cortó Daniel, con voz ronca—, que no todos son como tú, directos a lanzar un ataque termonuclear.

—Me he quedado en blanco, queridos. —Les confesé—. Me ha dado dos besos para saludarme y creo que le he dicho cinco palabras en total.

Lorenzo me sonrió y me revolvió el pelo con cariño:

—Tú siempre te cortas mucho con tus *crushes*... es parte de tu encanto, pequeño, no te desanimes. ¿No vas a hacer nada, entonces?

Me encogí de hombros y no le miré a la cara porque estaba decepcionado y triste. Meses esperando tener una oportunidad y ahora...

—Es posible que sea hetero —soltó Daniel entonces, ajustándose las gafas—, estadísticamente es lo más probable.

—Le ha dado dos besos a Sammy —dijo Enzo—, POR SUPUESTO que NO es hetero.

Vi que, a su lado, Juanma, escuchaba con atención y curiosidad. No pretendía que se enterara, pero ya qué se le iba a hacer.

—A lo mejor no es para ti, Samu, —intentó consolarme Inés, acariciándome el hombro—. Yo creo que, si te resulta tan difícil, no debe ser una persona compatible contigo. Con la persona adecuada todo debería ser fácil...

—No te enfades, Inesita, pero quizá tu experiencia en el tema no es la más grande del mundo.

Daniel y yo los que le dimos un toque en el hombro a Enzo al mismo tiempo. Era verdad que Inés llevaba años sin pareja, pero es inteligente y lo que había dicho lo era también.

—¿Qué pasa? —exclamó él— Lo he dicho de forma amable. —Bufó y añadió—. A mí me parece que lo que pasa es que el amor exige que le echas huevos —sugirió entonces mi amigo.

Un intercambio. Eso me gustaba. Eso lo podía entender. Dar algo para conseguir algo. Luchar para alcanzar la cumbre. Hacer algo que nunca había hecho: ir a por todas.

—Pues voy a echárselos. —Me remangué, mientras el corazón me latía a toda velocidad— ¿Tienes tu petaca?

Sabía que mi amigo solía traer una llena de vodka a estos eventos. Me la pasó y le di varios tragos. Y empecé a toser como si se me fueran a salir las amígdalas por la boca. No estaba acostumbrado a beber alcohol tan fuerte.

—Yo creo que me convence más la teoría de Inés... —dijo Daniel, preocupado.

—Y a mí —concordó Juanma. Por supuesto que a él le convencía más. Pude verlo en su mirada de carnero degollado.

Con los ojos rojos, bebí un poco de cerveza hasta que me recuperé. Valor. Intercambio. Vamos allá.

—¡Suerte! —Enzo apoyó su mano afectuosamente en mi espalda, y después me susurró al oído— Recuerda que eres mucho más lindo de lo que piensas.

Respiré hondo. Lancé una última mirada a mi amigo, que me seguía con los ojos: tenía mucha suerte de que siempre estuviese ahí para mí.

Pero en ese momento me tenía que centrar Álex. Caminé hacia el centro del local, donde creí distinguir su cabeza. Y allí estaba. La movía al compás de la canción del grupo de Estela: esta la conocía también, era *Rebel without a pause*, y en ella cantaba a dos voces con la bajista. Era un mediotiempo muy dulce con un solo de bajo.

Me abrí paso entre la gente. Ya estaba justo detrás de él y el corazón me tamborileaba como la batería de la canción. Sus hombros anchos, su cuello ancho y sexy y los vaqueros que le marcaban el culo y las piernas me dejaron paralizado. ¿Qué le iba a decir? «Oye, si te gustan los tíos, podemos quedar alguna vez». O sea, NI DE COÑA podían esas palabras salir de mi boca. Para nada.

Yo siempre había sido el tipo patético que se deja querer hasta que ellos mueven ficha y te tiran los trastos. (Es un papel duro, pero alguien tiene que hacerlo).

—Si os ha gustado, —estaba diciendo Estela por el micro—, podéis comprar nuestro vinilo en la mesa junto a la entrada y o descargarlo en nuestro *bandcamp*. ¡Hasta siempre!

Mierda, se acababa el concierto. La gente aplaudía. Álex aplaudía. Era ahora o nunca. ¡Valor, Samu! *Piensa que dentro de 100 años estarás muerto, serás solo un conjunto de motitas de polvo en el mueble bar de una señora mayor en bata.* ¿Qué importaría entonces haber sufrido el rechazo más vergonzoso de la historia por parte de un semidiós como Álex? Nada, ¿verdad?

Levanté el pie para acercarme... y lo volví a apoyar en el suelo. ¿A quién quería engañar? Ni siquiera la desintegración de mis moléculas conseguiría borrar ese bochorno del universo. Seguro que se quedaría

flotando en forma de ondas o algo así que descubrirían generaciones venideras. «Las ondas Samu», llamarían a las ondas de la vergüenza.

Que no. Que no podía acercarme a un hombre así y entrarle. Imposible. Me mordí el labio, mirando su precioso perfil. Si estaba escrito en el universo, ya se acercaría él a mí en otro momento, ¿no? Claro que sí. ¿Cómo iba a ir yo en contra del universo entero? Era absurdo.

Y en ese momento, sucedió. Un chico de pelo rizado le dijo algo a Álex al oído. Se apoyó ligeramente en su hombro, en su perfectísimo hombro. Y Álex se volvió y le comió la boca.

¡¡¡Noooooo...!!!

Me quedé helado, contemplando cómo el hombre de mis sueños le metía la lengua hasta el fondo a otro hombre que no era yo.

Pues sí que le gustaban los hombres.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, un dolor me palpitaba tras las cuencas de los ojos. Era como si una garra estuviera intentando arrancarme el cerebro desde dentro. *No vuelvo a probar el vodka de la petaca de Enzo.* Y menos con tanta cerveza. Y el whisky de después del chasco con Álex.

Me costaba mover el cuerpo, como si me hubiera pasado por encima un tractor. Cuando conseguí volver la cabeza me topé con algo. Cabello. Humano. Pelirrojo.

Oh, no...

El final de la noche volvió a mí en flashes. Regresé con mis amigos y fui simpático con Juanma y, cuando nos quedamos finalmente solos, él se lanzó (como suelen hacer, YA OS LO DIJE) varias veces. Yo le rechacé las dos o tres primeras, pero al final me lo llevé a casa. Vomité (no tengo mucho aguante con el alcohol, eso está claro). Follamos (o eso creo). No sé si llegamos a terminar o me dormí. Había una nebulosa, en la que también recuerdo a Estela muy contenta contándonos algo (¿sería del bebé? Dios mío, esperaba que no. Iba a ser un padre terrible si se me olvidaban las noticias de mi hijo por un polvo borracho).

Me levanté como pude sin despertar a Juanma y dejé puesto el café mientras me di una ducha rápida que me devolvió al mundo de los vivos. Saboreando el cortado en la cocina (lo más lejos posible del cuerpo del delito) me metí en el grupo de WhatsApp de mis amigos.

Yo: *Chicos, creo que ayer me acosté con Juanma (Facepalm)*

Inés: *Se ve majo, espero que lo pasarais bien. ¿Te gusta? ¿Vais a volver a quedar?*

Daniel: *Te dije que está en un momento vulnerable. Ya te vale.*

Enzo: *Ese es mi chico. ¿Ves cómo merecía la pena?*

Yo: *No merecía la pena para nada.*

Anoche no os lo conté todo.

Yo: *Vi a Álex comiéndole la boca a otro tío.*

(Daniel está escribiendo, Inés está escribiendo, Enzo está escribiendo...)

Daniel: *¿Revenge fucking? YA TE VALE.*

Inés: *Al menos tu Gay-dar te sigue funcionando. ¡Sí que le gustan los hombres!*

Enzo: *Pasa de ese mamarracho de tu vecino y vuelve a la cama con Juanma. ¿O se ha marchado?*

Yo: *No*

Enzo: *No se podía saber, jajaja. Tiene pinta de ser de los que se quedan a desayunar.*

Yo: *Quiero morirme del bochorno. Aunque el chaval se me tiró encima varias veces, y le rechacé unas cuantas, también os digo. Pero aun así... Y encima he perdido a Álex.*

Inés: *Igual lo de Álex era un rollo de una noche, ¿tú qué sabes? Anda, dramas, vente a desayunar conmigo y te animas.*

Yo: *He quedado con mi familia en un rato.*

Enzo: *¿Se lo vas a decir?*

Yo: *Sí. Qué remedio.*

Inés: *¿Qué le va a decir? ¿Le cuentas los polvos A TU MADRE???*

Sólo me faltaba eso para colgarme de un árbol.

Enzo: *Ahora te lo contamos, Inés. Suerte, pequeño.*

Yo: *Oye, ¿Y Estela? ¿Está bien? Me sale que no se ha conectado desde las 3 a.m.*

Inés: *Se fue tarde porque estuvo celebrando con el grupo la noticia. Pero tranquilo que no bebió y se fue en Uber a casita.*

Yo: *¿La noticia?*

Inés: *¿No te acuerdas? Había un ejecutivo de Netflix entre el público. ¡Van a incluir la canción «Rebel without a pause» en una serie!*

Uau. UAU. Eso era un notición. Y significaba también dinero. Dinero de verdad, de la música de Estela.

Definitivamente, a lo mejor no era mala idea que la madre del niño fuese roquera. Me di cuenta de que había tenido un nudo en los músculos de la espalda durante estos meses... y acababa de relajarse. Incluso respiraba mejor.

—Buenos días. Qué guapo estás por las mañanas.

Miré detrás de mí: era Juanma.

Oh no.

El nudo de la espalda volvió a formarse instantáneamente. Tenía que librarme de él.

Una hora más tarde estaba ya subiendo en el ascensor del piso de mi madre, la que ha sido la casa de nuestra familia desde hace 24 años; cuando nacieron las mellizas mis padres decidieron mudarse a esta zona de Carabanchel a un piso con más habitaciones (y una gran terraza, siempre han sido mi debilidad, aunque yo aún no me lo puedo permitir; al menos, no en mi barrio).

Fue fácil despedirme de Juanma, gracias a esta cita con mi familia. Enzo siempre me dice que me invente un compromiso para librarme de ellos por las mañanas, pero no se me da bien mentir. Lo paso fatal y se me nota.

Siempre he sido un buen chico.

Y por eso quizá mi padre siempre me pillaba y yo acababa siendo el blanco de todos los reproches cuando Pablo y yo, de pequeños, cogíamos chocolate del frigo o encontrábamos los regalos de Navidad en el hueco del mueble bar.

Abrí con mi llave la puerta y saludé al entrar:

—¡Ya estoy aquí! ¡Chicas, mamá!

No vi a nadie, ni las oía siquiera. El recibidor, con el paragüero junto al mueble de la entrada, el perchero con el abrigo de mi madre, y un cuadro de flores, me trasladaba siempre a mi infancia. Además, estaba el olor: una mezcla de pan, café, colonia de mi madre y fregasuelos de esos de pino. Olía a mi hogar. Me volví para cerrar la puerta y noté una mano sobre mi hombro.

—¡Dios! —Era mi hermano mayor—. Qué susto, Pablo. No sabía que ibas a venir.

El corazón se me iba a salir por la boca. Y sabía que no conseguiría tranquilizarme: lo había planeado para hablar solo con mi madre y mis hermanas. Y ahora estaba Pablo también. Mierda. Mi mala suerte. Mi PUÑETERA mala suerte.

(¿O quizá era el karma por no haber sido valiente y haberles contado la noticia a los tres meses, como se suele hacer? Sí, eso era, mi PUÑETERO karma).

—Hola, Samu, —me saludó mi madre con un beso, entrando de la cocina—, estamos en la terracita, hace muy buen día, —salía con unos bollos y una taza y cucharilla—. No te importa que haya invitado a Pablo y a Bea, ¿verdad? Hace mucho que no nos reunimos todos, desde...

Se le cortó la frase a la mitad, pero sabía cómo terminaba: desde que fuimos al cementerio a poner la lápida de papá.

Papá.

Su rostro me observaba, serio y solemne, desde uno de los portafotos del mueble de la entrada. Sentí un escalofrío de repente.

Salimos los tres a la terraza, que era grandecita, alargada, con el espacio justo para una mesita estrecha y unas sillas. Lo mejor era la vista, al parque de Vista Alegre, desde el quinto piso. Se respiraba paz.

Hacía fresco. Saludé a mis hermanas y a Bea, la mujer de Pablo, a la que vi poco favorecida. Siempre ha sido muy guapa; más que eso, impresionante. Cabello color caoba con las puntas aclaradas en una perfecta y actual *balayage*, de facciones simétricas, labios generosos y una figura excelente. Era la hermana pequeña de una compañera de la facultad de Pablo. Llevaban casi diez años casados. Una eternidad.

Me serví café de la cafetera y tomé un donut (los habría traído Pablo, era tan pelota...). Mis hermanas no se los habían comido, seguro que estaban haciendo dieta otra vez. Tenían una figura curvilínea y preciosa, que quedaba de muerte con su bonita cara redonda y sus ojos grandes y castaños, pero ellas siempre querían perder peso. Qué rabia.

—Bueno, hijo —dijo mi madre, mientras ella tomaba una tostada—, ¿cómo va todo? ¿El trabajo bien?

—Sí, sí, el trabajo bien.

—¿Vas a llevar a tus alumnos al restaurante Masterchef como nos contaste? —preguntó Lorena.

—Ehhh, no, la directora... no quiere. Pero... —Dios mío, tenía que soltar ya lo del embarazo. Me estaba quemando en la boca, más que el vodka asqueroso de la petaca de Lorenzo— Escuchad, tengo que deciros algo.

Todo el mundo se me quedó mirando con curiosidad. Mi madre exhaló un gemido.

—¡Lo sabía! Sabía que era algo malo. Dilo ya sin rodeos, hijo mío, —me cogió la mano—. ¿Es SIDA?

Me atraganté con el café y empecé a toser. Pablo me dio unas palmadas en la espalda.

—¡No, mamá, POR FAVOR! Claro que no —parecía que, para mi madre, esa era la única enfermedad que podía coger y era muy cansado. Hasta

cuando pillaba un resfriado se preocupaba—. Estoy bien, por dios.

Se escuchó un suspiro generalizado y todo el mundo volvió a comer.

—¿Eres HETERO?? —preguntó Lorena, en broma—. Aunque no nos guste la idea, tendremos que aceptarte cómo eres.

—No, enana, —le di una colleja cariñosa—, sigo siendo *lo más* gay.

—¿Te vas a casar? —preguntó Lucía, mucho más romántica que su melliza.

—Nooo —Abrí los ojos como platos— ¡Si ni siquiera tengo novio, bien lo sabéis, que me preguntáis todas las semanas!

—Y te mandamos todas las semanas series de anime *yaoi* para que te inspiren —dijo Lorena.

—¿Viste al final «Yuri on ice»? —añadió Lucía—. Qué cuquis son Yuri y Víctor. Los amo.

—Técnicamente esa no es *yaoi*, Luci —dijo su hermana—, porque no hay sexo. Pero es verdad que molan.

Ni idea de por qué sentían esa responsabilidad conmigo. Yo tenía ocho años más que ellas, ¡debería ser yo quien les diese consejos de amor! Además, tampoco eran expertas en ligar, precisamente. Lucía llevaba una eternidad con su novio, Fer, nunca había estado con nadie más y Lorena, desde el accidente que la dejó en silla de ruedas (cuando Juanjo rompió con ella, el muy hijo de...), nada de nada.

—Lástima que no sea una boda, a esta familia le vendrían bien buenas noticias —dijo Pablo.

—Pues estamos de suerte porque son buenas noticias. —Percibí la sonrisa de mamá; esperaba que le gustase lo que iba a anunciar—. Voy a tener un hijo.

Entonces fue Pablo el que abrió los ojos al máximo.

—¿Qué QUÉEEE? —exclamaron a la vez mis hermanas.

—¡Qué bien, qué maravilla, voy a ser abuela! —dijo mi madre. Menos mal. Sus ojos brillaban con alegría y, de repente, su ceño se frunció y empezó a atar cabos — Pero... un momento, ¿cómo, cómo...?

–Es mío y de Estela.

–¿Estáis juntos? –Pude ver la sorpresa en el rostro de mi hermano, todavía ojiplático.

–Nooooooooo –Soltaba cada vez más oes en cada «no». Si seguíamos así iba a estar pronunciando oes media mañana.

–¡Enhorabuena!

–¿Es niño o niña?

–¿Ya tiene nombre?

–Oye, ¿y es seguro ya o todavía estáis en el primer trimestre?

Más tranquilo ante la buena recepción (general) me había apresurado a terminarme el donut y tomar un sorbo más de mi café medio frío. Tragué y contesté a todo:

–No sabemos el sexo, ni por supuesto el nombre. Queremos que sea una sorpresa. –Tomé otro trago de café– Estamos de 26 semanas.

Mi hermano había guardado silencio desde hacía rato, noté cómo se formaba la bola dentro de él. Si yo entraba en modo *cafetera*, mi hermano entraba en modo *apisonadora*.

Se le frunce el ceño y te deja congelado con un rayo de su mirada helada, detectora de errores.

–¡Seis meses! –exclamó mi madre–. Pero, hijo, ¿por qué has esperado tanto a decírnoslo?

Pablo, con los brazos cruzados, soltó un bufido.

–O sea, que vais a tener un hijo sin ser pareja. Y con tu amiga la roquera, que no es una mujer estable, precisamente. ¿Es que no podías haber pensado una idiotez más grande?

La apisonadora había hablado. Yo dejé escapar un suspiro.

–Yo... es que no es... o sea, Pablo, no conoces a Estela... La verdad es que... –notaba la vergüenza irradiando hasta mis mejillas.

Era increíble cómo me afectaba todo lo que me decía.

—Deja en paz a tu hermano, Pablo, por dios, y alégrate por él. —Le espetó su mujer, con voz amarga. La voz de quien tiene que soportar eso cada semana. O cada día. No me lo quería ni imaginar.

—Es una buena noticia, Pablo, y eso de tenerlo con su amiga es muy *top*, —dijo Lorena. Y mi otra hermana, sonrió y añadió:

—Y todos ayudaremos.

—¡Por supuesto! —exclamó mi madre, encantada— ¡Y la abuela la primera! Que fui enfermera en el paritorio del Gregorio Marañón tres años. Por cierto, —añadió con ojos brillantes—, yo también tengo noticias: me he apuntado a un grupo de senderismo y a clases de baile de salón.

—Qué bueno, mamá, —aplaudieron las mellizas.

—Yo estoy comprando ya en Amazon varios ebooks sobre bebés. ¿Tienes «Criar con apego»? —dijo una de las *mellis* con la vista clavada en el móvil.

Pero apenas la oí, porque mi mente seguía burbujeando las palabras de mi hermano y, cuando levanté la vista, noté su mirada reprobadora clavada en mi cara.

La mirada de papá.

Supongo que tenía problemas más importantes en los que pensar (como, no sé, ¿criar a un hijo?) pero se me revolvían las tripas cada vez que surgía un conflicto con él. O con cualquiera, la verdad. A veces parecía que nunca tomaría las riendas de mi vida. ¿Qué iba a aprender mi hijo de mí? Ay, dios, qué desastre.

Capítulo 4

¿Dónde te metes, vecino?

Por fin, tras diciembre y la Navidad, llegó mi día favorito de todo Enero: el día de la comida de bienvenida de año que Enzo y yo empezamos a celebrar cuando compartíamos piso en la universidad. Este año la organizamos el 24 de enero, poco después del concierto de Estela. Realmente nos daba un poco igual la fecha, siempre que estuviera dentro de ese mes: era solo una excusa para juntar a nuestras familias y animarnos a empezar el año con energía.

Y este año había mucho que celebrar: Estela y yo habíamos pasado los siete meses, y en teoría, en cualquier momento podría nacer ya nuestro hijo. ¡Ese mismo día, mientras saboreáramos mi famoso cordero al horno, Estela podría PONERSE DE PARTO! Ay, madre, solo de pensarlo el corazón me dio un vuelco y tuve que sentarme para calmarme. Literal que me iba a dar un ataque al corazón y un ictus al mismo tiempo, si es que eso era posible (con mi nivel de ansiedad residual, seguro).

Menos mal que en ese momento me llamó mi madre, bendita sea:

—¿Has salido ya de casa, Samu?

Miré la hora: la una y diez de la tarde.

—No, mamá, es muy pronto, hemos quedado a las dos y media y todavía estoy cocinando.

—¿Al final has hecho el cordero?

—Ajá, con guarnición de patatas y verduras. Y de postre, tarta de mousse de limón con galleta y arroz con leche.

—¡Me encanta tu arroz con leche! —exclamó ella con alegría casi infantil.

—Ya lo sé —le respondí, mientras comprobaba el horno de nuevo—, ¿por qué crees que lo hago?

—Yo voy a llevar empanada y una ensalada. Espero que no sea poco apropiado...

—Mamá, no es nada formal, no pasa nada.

—Bueno, ¡eso lo dirás tú! —Se emocionó—. Lorenzo y tú lleváis organizando esta comida de Navidad ya casi diez años. Ay, si fuerais pareja... —Ya empezábamos— estaríamos celebrando ya las Bodas de Aluminio. En fin. ¡El año que viene habrá una personita más!

El estómago se me revolvió de nuevo. Una *personita*. Que venía de mí. Y que yo tendría que cuidar para que no sufriese, no enfermase y no le pasase nada malo. ¿Y si se me caía y se me rompía? ¿Y si se me olvidaba una vacuna? ¿Y si me equivocaba al alimentarle y le envenenaba?

—¡Nos vemos en un rato!

La voz de mi madre me bajó a Tierra. Inspiré y espiré con calma, tal como me enseñó mi terapeuta hace años, cuando mi pico de ansiedad rozó los anillos de Saturno. Apagué el horno. Estaba en su punto: una docena de patatas en salsa me contemplaban mientras intentaba recuperar el aliento.

Para distraerme en la media hora que me faltaba hasta salir para casa de Lorenzo, entré en el grupo de WhatsApp que tengo con mis alumnos y leí sus mensajes. Tenían como tarea para las vacaciones preparar uno de los tres platos sugeridos para la cena de Navidad: habían hecho fotos y estaban comentando qué tal les quedaron. ¡Qué alegría! Estaba muy orgulloso de mis *minichefs*, no importaba cuál hubiera sido el resultado. Aunque me alegraba que la *vichisoise* de Berlín hubiera sido un éxito, no esperaba menos.

Introduje la comida en *tuppers*, me puse el abrigo, la bufanda y los guantes y, antes de salir de casa, entreabrí la puerta y miré hacia las escaleras. No se oían sonidos del cuarto piso, ni rastro de Álex. ¡Vía libre! Salí de mi casa.

Llevaba con ese ritual «ridículo», según Lorenzo y Estela, desde la fatídica noche del concierto, cuando me llevé el chasco del siglo con Álex. Aunque hacía semanas de aquello, no había día que no se me vinieran las imágenes a la cabeza: su cuello, su sonrisa y sus ojos invitándome a acercarme —o eso pensé, iluso de mí— y después, el chico del pelo rizado metiéndole la lengua.

Y aunque solo vislumbré esos segundos, muchas veces mi imaginación continuaba por su cuenta (ya habéis visto que se me dispara como un

cohete, en especial para anticipar todos los posibles desastres) y en mi mente podía ver cómo el chico le metía la mano en el pantalón y le cogía el culo y se frotaban el uno contra el otro y... me entraban náuseas solo de pensarlo.

Sólo le había visto un par de veces desde entonces y de lejos. Menos mal. No habría podido mirarle a la cara todavía. Aunque Inés y Enzo siempre me recordaban que pudo haber sido simplemente un rollo de una noche y Álex quizá estaba disponible. Y aunque la buena noticia era que le gustaban los chicos.

Sí. Ya. Vale. Ajá.

Pero había un chico comiéndole la boca. Y no era yo.

Ya en la calle, la avalancha de gente y de sonrisas típicas del sábado por la tarde me hicieron recobrar el buen humor. Además, nuestra comida de año nuevo con amigos y familia solía continuar con charla, juegos de mesa y comedias románticas hasta la noche. Uno de mis planes favoritos en el mundo entero.

A ver, yo disfrutaba una salida con amigos tanto como cualquiera, y más aún un concierto o un festival. Pero esto era más mi rollo, mi *comfort zone* máxima.

Cuando, a las dos y veinte, entré en el gran salón del piso de Enzo, aún no parecía haber llegado ningún invitado, pero el lugar ya estaba caldeado por la calefacción central. La enorme mesa central extensible, ya preparada, tenía 11 servicios de platos y cubiertos: ese año seríamos Enzo y Daniel, la madre de Enzo, la mía, mis dos hermanas, Estela con su barriga, Inés, Alberto, Nuria y su niño. El hermano pequeño de Enzo, Fabio (al que tuvo que cuidar casi como a un hijo), estaba de Erasmus en Irlanda. El mantel y las servilletas color marfil que Lorenzo guardaba para ocasiones especiales ya estaban colocados. Había un precioso centro de mesa con flores frescas. Mi amigo estaba al tanto de todo.

—¡Ya está aquí el segundo plato y el postre! —anuncié, cerrando yo mismo la puerta que alguien me había dejado abierta.

—¡Justo a tiempo, Sammy! —me gritó Enzo desde la cocina—, tu madre está a punto de llegar. Y la mía viene de camino.

Dejé las bolsas en la mesa y me quité el abrigo, la bufanda y los guantes, que coloqué sobre el sofá rojo que pronto se llenaría de prendas invernales de los invitados. Cogí los *tuppers* con los postres para guardarlos en la (también enorme) nevera.

—¡Huele muy bien! —Distinguí olor a verduras al acercarme a la cocina.

—Gracias. —Fue la voz de Daniel la que me contestó, y cuando entré le vi removiendo una olla; llevaba un delantal que decía «Dinner is coming» con las letras de Juego de Tronos y las gafas estaban empañadas por el vaho de la cocción.

—¿Crema de puerros? —Intenté adivinar, mientras colocaba los *tuppers* dentro del frigo, en una balda que Enzo siempre me dejaba libre.

—De espárragos —me contestó, sin dejar de revolver—, con almendras. Preparé el caldo base con una carcasa de pollo, siguiendo una receta que encontré por internet. Espero que no me haya quedado muy salado.

Cogí el cucharón de madera que me tendía y la probé.

—Está en su punto, y muy rica.

—Qué bien —respondió, con un leve rubor de orgullo en sus mejillas.

—¿Y Enzo? —pregunté enseguida.

Me señaló al otro lado de una puerta el interior de la despensa, donde descubrí a mi amigo cortando jamón.

—Aquí, con los entremeses —exclamó—. Ve poniendo platos en la mesa, Sammy.

—Ya estás con las órdenes—le regañó Daniel medio en broma.

Lorenzo refunfuñó con un bufido.

—Ve poniendo platos en la mesa, Sammy, —repitió—, *te lo ordeno* —añadió con mucho sarcasmo y guiñándome el ojo.

Me reí bajito y fui trasladando la vajilla, y después varias bandejas de tres tipos de queso, dos de gambones, un par de platos de jamón ya cortados y cuencos con frutos secos, higos y dátiles.

—Pon música —me gritó Enzo.

—Otra orden... —susurró Daniel, con mirándome con los ojos en blanco. Sí, yo también lo sabía: Enzo siempre se salía con la suya.

Ojalá pudiera algún día conseguir una complicidad como la que ellos tenían. Aunque a mí me gustaría vivir con mi novio, e ignoraba por qué ellos aún no se habían decidido.

Elegí una lista de Spotify de Lorenzo de música de cuando éramos jovencitos para animar el ambiente, que incluía desde Shakira, a Belle and Sebastián, de La oreja de Van Gogh a Coldplay. Justo empezó a sonar *Do you want to*, de Franz Ferdinand, un clasicazo que me hizo bailotear mientras terminaba de poner la mesa. Me volví para ver a Daniel observándome.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

Él parpadeó y dijo:

—Nada. —Volvió a entrar en la cocina y regresó a la sala con una pesada sopera humeante— ¿Qué canción es esa?

Se lo dije. Le conté que había sido un *hit* cuando empecé a ir de Festivales con Enzo y la pandilla a los dieciocho años. Pero, claro, Daniel, a quien entonces aún no conocíamos, no tenía pinta de haber ocupado su tiempo libre en festivales de rock. Me lo confirmó, mientras colocaba la sopera sobre el cubremantel.

—¿Y qué hacías los fines de semana, entonces?

Se encogió de hombros, sin mirarme.

—Jugar al *Age of Empires* online en casa de mi tía Ana.

Me dio ternura pensar en la adolescencia de Daniel, solo en su cuarto, jugando a videojuegos. Se había quedado de pie delante de mí, ajustándose las gafas, con la mirada algo turbada. Podía notar que quería decirme algo y sabía que era persona de pocas palabras, así que le tiré un poco de la lengua.

—Daniel, si hay algo que quieras decir...

—Juanma me ha preguntado por ti. Varias veces.

Enrojecí hasta las orejas. Oh, dios.

–Lo siento, no sé qué me pasó esa noche. Bueno, –me corregí, mordiéndome el labio–, sí que lo sé.

–Ya. –Daniel siguió con los platos, con el rostro vuelto hacia otro lado. Él no era de criticar ni de echar la bulla, como mi hermano o Enzo, pero saber que le había decepcionado me estaba dejando un regusto muy amargo en la boca.

–Estoy muy avergonzado, –insistí, ante su falta de respuesta.

–Normal, –concordó él–. Aunque me imagino que, con la autoestima por los suelos que tiene Juanma últimamente, seguramente fue bastante insistente.

–Y tanto. –En ese momento, sonó un mensaje en el WhatsApp y lo leí rápidamente para cambiar de tema:

–¡Vaya! ¡Alberto y Nuria no vienen! –dije en voz alta, para que me oyese Enzo desde la despensa–. Otto tiene la tripita mala.

–¡Cero sorpresas! –gritó él, más alto aún y se rio a carcajadas– Vete preparándote, Sammy, en unos meses así estarás tú, preso de un crío que se hace pis encima y llena de babas todo lo que toca.

Daniel y yo cruzamos miradas, ambos con los ojos en blanco: Enzo era un pesado con este tema, sin duda.

–¿Puedo ayudar en algo? –le pregunté.

–Corta pan, si quieres.

Se oyó el timbre del telefonillo y él se dirigió a abrir. Eran mi madre y mis hermanas, por lo visto. A mí me sonó el WhatsApp otra vez.

Hola, vecino.

¿Y este mensaje? Era un número desconocido.

¿Dónde te metes?

Oí cómo Enzo abría la puerta y los saludos a mi familia, escandalosa, como siempre. Pero yo seguía con la vista fija en el WhatsApp. El desconocido «estaba escribiendo». Hice clic en la foto: era de unos pies en la playa. Pies masculinos.

No te veo desde el concierto. Te he echado de menos en el vestíbulo.

El corazón me dio un vuelco.

Era Álex. ¡Álex! No podía ser. ¿O podía? Pero, ¿cómo tenía mi número? ¿Y qué debía contestarle? ¿Lo hacía enseguida o esperaba un rato? ¿Gira la Tierra alrededor del sol? Jesús, ya no sabía nada de nada.

—Cariño, ven aquí que te dé un beso, —mi madre interrumpió mi torbellino de dudas con un abrazo y dos besos en la mejilla. Luego me recolocó el pelo con las manos—. ¡Pero qué hijos más guapos tengo!

—¿Y las hijas? —preguntó Lorena, quitándose la chaqueta y acercándola en su silla de ruedas al sofá.

—Eso, —concordó Lucía—. ¿Y nosotras? Además de guapas, inteligentes. Porque estos dos...

—¿Dónde está Enzo, que le salude? —preguntó mi madre.

Lucía dejó también su abrigo e hizo espacio para la silla de su hermana en la mesa.

—¿Y el vino, hermanito?

El móvil me quemaba en la mano. ¿Debería contestar a Álex ya? ¿Pareceré desesperado? ¿O quizá debía...?

—¡Samu! —la voz de mi hermana me sacó de mi ensimismamiento—. ¿Pero qué te pasa, que estás en las nubes?

Tragué saliva, pero no conseguí contestar porque la cabeza me iba a toda velocidad.

Ya sé: Enzo. A Enzo esto se le da de muerte, pensé. Claro que su metro noventa y los ojos azules le habían ayudado a tener más experiencia en este campo. Pero a la mierda los porqués.

—Ahora vuelvo.

Dejé a mi familia con un palmo de narices y corrí a la despensa, donde mi amigo se estaba limpiando las manos.

—¿Llegó mi madre? —preguntó.

Me metí en el interior de la despensa con él y cerré la puerta.

—Creo que Álex me está escribiendo por WhatsApp.

—¡Hostia! —exclamó, sorprendido.

—No sé qué quiere. Ni siquiera sé si es él.

—Sammy, ¿no le pediste su número en el concierto?

—¡No me dio tiempo! —Me defendí—, me distraje con la curva de su cuello y a los cinco minutos otro tío estaba succionándole la lengua como un Satisfyer humano.

—Siempre tan torpe. A ver, —me quitó el móvil—, vamos a leer... «vecino... no te veo...» —Alzó las cejas y asintió—. No pinta mal la cosa.

Empezó a teclear.

—¡Eh! —intenté quitarle el móvil. *MI* móvil— ¡Lorenzo Orlandini! ¡Dámelo!

Él lo puso fuera de mi alcance. Lo intenté desde el otro lado de su cuerpo, pero se dio la vuelta. Siguió escribiendo. Me subí en su espalda, pero era demasiado grande. Noté todos sus músculos bajo mi cuerpo, alargué el brazo y aun así no conseguí recuperar mi móvil.

—¿Qué pasa aquí?

La puerta se abrió y allí estaba Daniel, perplejo.

Lorenzo me lanzó el móvil.

—De nada, pequeño.

—¿Qué has hecho??? —Enrojecí: no me quería imaginar lo que le habría dicho, tenía la sutileza de un martillo pilón. Respiré tan rápido que casi me ahogué.

—Pero, ¿qué ha pasado? —Insistió Daniel, con los brazos cruzados.

—Que le he conseguido un polvo a Sammy, —Enzo se encogió de hombros—. Nada nuevo.

Me dejaron solo y yo me senté en el suelo con el móvil en las manos. No sabía si mirar la conversación. Pero entró un mensaje. Y luego otro. Y otro.

Bueno, voy a ver solo las notificaciones de la pantalla principal, pensé:

Estela decía «...me estoy convirtiendo en la ballena de Moby Dick».

Y el número desconocido decía: «Aún no me has dicho nada de eso».

De eso. ¿¿De eso?? ¿De qué? Ay, Jesús.

Con el corazón como una locomotora, abrí los mensajes y leí desde el principio. Me temblaba el dedo en la pantalla táctil:

Álex: *Hola, vecino.*

Álex: *¿Dónde te metes?*

Álex: *No te veo desde el concierto. Te he echado de menos en el vestíbulo.*

La respuesta de Enzo:

Hoy de fiesta, pero estos días he estado más solo de lo que me gustaría (guiño).

¡Oh, no! Con guiñito incluido. Es seguro: voy a morir hoy. De vergüenza. La primera muerte oficial por esa causa. Voy a hacer historia, lo pondrán en mi lápida y... Me temblaba el móvil en la mano cuando seguí leyendo.

Álex: *No me lo creo.*

Álex: *Eres muy mono, seguro que debes tener un buen grupo de fans.*

¡Muy mono! Me dio un vuelco el estómago. Y seguían las respuestas de Enzo:

De momento hay puestos vacantes. Da rabia en esta época del año. Hace mucho frío por la noche.

Madre mía, ¡mi amigo ligando iba a la yugular!

Odiaba a Enzo.

Álex: *A mí me pasa también algunas veces. Quizá deberíamos juntarnos y hacer algo (guiño).*

¡Amaba a Enzo!

¿Cómo lo había hecho? ¿Tan rápido y tan fácil? Pero entonces había otro mensaje de Enzo, el último:

Te propongo una cosa.

Mi cabeza entró casi en combustión: ¡Oh, no! ¡Que yo no propongo nada a los tíos, que ellos me proponen! ¿Es que acaso Enzo no me conocía para nada? Con lo fácil que hubiera sido responder «¿hacer qué?»

¿Y ahora qué hago, le propongo una partida de Carcassonne o de Trivial? ¿O cocinar un estofado de ternera? ¡No! Estaba esperando que le sugiriera un plan sexy, nada que incluyera acelgas o caldo de potaje.

Como yo estaba tardando en contestar, él había enviado ese mensaje: «Aún no me has dicho nada de eso», esperando mi propuesta.

Y ahora llegaba uno nuevo:

¿Sigues ahí?

Tenía que decir algo, lo que fuese. Me apresuré a responder y el móvil se me cayó de las manos de los nervios. Lo volví a coger. Vale, se me ocurrió algo. Una salida DIGNA.

Te propongo que la próxima vez que tengas frío me lo digas y a ver qué se nos ocurre para solucionarlo.

Lo sé, lo sé: le estaba pasando la pelota a él, pero al menos había hecho ALGO, que significaba que me interesaba ALGO. Y eso era más de lo que había arriesgado en toda mi vida por un hombre. Pasito a pasito.

Pasaron treinta segundos de «está escribiendo».

—¡Samuel Medel! —Estela había abierto la puerta y se me quedó mirando con una mano en su enorme barriga y cara de cansada—. *Tu hijo* no deja de darme patadas y me *muerdo* por un gin-tonic que no me puedo tomar. ¿Qué estás haciendo aquí? ¡Ya estamos todos! La madre de Enzo se niega a que empecemos sin ti y tengo hambre. HAMBRE.

—¡Ay, perdona, guapa! —Me levanté y le di dos besos— ¿Cómo estás, te duelen los pies? ¿Quieres un masaje?

—¿Los pies? —preguntó mi amiga, mientras caminaba bamboleante— ¿Te refieres a esas cosas al final de mis piernas que no veo desde hace semanas?

Se rio de su propio chiste. Esa era mi Estela, humor hasta en los peores momentos. Le comenté lo guapa que estaba y ella refunfuñó mientras entrábamos en el salón:

—Me hubiera gustado ponerme mi vestido negro con la espalda al aire y en vez de eso vengo disfrazada de pez globo.

—¡Hola a todos! — Saludé al llegar, ya estaban sentados y, efectivamente, esperándome.

Di dos besos a Inés y a la madre de Lorenzo. Francesca era una señora alta, con el pelo moreno canoso siempre recogido en un moño, muy estilizada y elegante... y muy desgraciada, como se encargaba siempre de recordarnos. Lo que había tenido que soportar Enzo desde su adolescencia, cuando su padre se largó, solo lo sabía yo; se suponía que las madres debían cuidar de sus hijos y no al revés.

—¡Qué guapo estás, tesoro! —me dijo Francesca, acariciando mi barba de dos días con cariño—. Te echo de menos en mi casa, a ver si vienes de visita.

—Me temo que va a estar complicado ahora—, señalé la panza de Estela, mientras me senté entre ella y mi madre.

—¡Ah, sí, *certo*! —Su padre era italiano y la señora no dejaba de presumir de ello— Qué contenta debes estar, Mar, querida —dijo a mi madre, y empecé a ponerme nervioso; no se llevaban muy bien—. A mí mi Lorenzo no creo que me haga abuela, es mi desgracia.

—Una de tantas, —oí que mascullaba mi madre entre dientes. Le di un codazo—. Estamos muy contentos, sí. Aunque estos chicos no quieren saber si será niño o niña.

Conseguí echar un vistazo al móvil para ver la respuesta de Álex:

Eso haré.

Uau. Ya estaba. Qué fácil. Iba a quedar con Álex. ¡Álex el *divino*! Solo de imaginarme besando esos labios, con esas manos recorriendo mis muslos...

—¡Aquí traigo el vino! Empezad... —anunció Enzo—, empezad con los entremeses. El jamón es ibérico de bellota, vais a ver qué maravilla. Deja los dedos grasientos, no, lo siguiente.

—Está buenísimo, Enzo, como siempre, eres el perfecto anfitrión, —declaró Inés, inaugurando el plato que estaba a su lado de la mesa.

–No le subas el ego, –la interrumpió Daniel–, que voy a tener que subir a recogerlo al piso de arriba.

Me reí con ganas; era verdad que Enzo se quería muchísimo a sí mismo, pero, por mi parte, siempre lo había admirado por eso. Le contemplé mientras, con la mirada atenta y el ceño fruncido por la concentración, servía las raciones de todos: le encantaba cuidar de los suyos. Una ola de afecto por mi amigo me inundó. En ese momento, volvió la cara hacia mí y me guiñó el ojo con cariño, sonriente.

Mis hermanas empezaron a comer a dos carrillos y Estela dejó escapar un suspiro:

–Lo primero que quiero ver cuando nazca el niño es un plato de jamón. ¿Te encargarás, *amore*?

Antes de poder contestar, la señora Francesca dejó escapar una risita.

–Bueno, querida, querrás decir que lo primero que quieres ver es a tu hijo.

Daniel empezó a toser sonoramente y tuve la ligera sospecha de que intentaba distraer la atención de la pulla que acababa de meter la madre de Enzo. Yo enrojecí, me había pillado a contrapié y no supe qué contestar (muy en mi línea).

–¿Sabéis? –soltó mi hermana Lorena, masticando sonoramente un pico de pan–. A las mujeres embarazadas les dan entre 5 y 10 consejos no solicitados cada día.

–Cada día –confirmó Lucía, muy seria, sacando su respirador para el asma. Eso es que temía que nos íbamos a poner todos de los nervios en cero coma dos.

–Ah, ¿sí? –respondió Estela, con retintín– Pásame el enlace de ese estudio, por favor, lo veo muy acertado.

–Lo mismo ocurre cuando te vas a casar, –añadió mi madre; por su rostro risueño y la alegría con la que sorbía el vino tinto parecía no haberse dado cuenta de nada–. A mí me pasó. Al menos a finales de los 70.

–Ay -dijo lastimera la señora Francesca– no sabría decirte, ¡como a mí nunca me han pedido en matrimonio...!

—No me extraña, —soltó ahora mi amiga Estela cerca de mi oído.

Respiré tranquilo: habíamos vuelto a las desgracias de Francesca, un tema típico en estas comidas y generalmente inofensivo. Tomé un poco de jamón (era excelente de verdad), gambones y algo de vino yo también, dispuesto a disfrutar.

—Pues, mujer —continuó mi madre, dirigiéndose a Francesca—, no estamos tan mayores. ¿Por qué no te apuntas a Meetic? Yo acabo de hacerlo.

Del susto, derramé todo el vino sobre la mesa.

—¿¿¿Cómo???

Enzo se levantó, enfadado.

—Sammy, ¡joder!

—Se va a liar, se va a liar —susurró mi hermana Lucía, agarrando el inhalador.

—¡Es mi mantel caro y la mancha de vino no sale fácilmente! Y no tiene NADA DE MALO apuntarse a una red de contactos, me cago en... Voy por el limpiador.

Mi amigo corrió a la cocina, con Daniel detrás diciendo que se relajara. Mi cabeza estaba ya a mil por hora. ¿Mi madre en Meetic? ¿Cuándo había pasado eso? ¡Hacía menos de un año que había muerto mi padre! ¿Acaso ella no le había querido o qué?

—Pues a mí me parece fenomenal —soltó Estela, levantando su copa de gaseosa—. Bien por usted, Mar.

—Hija, llámame de tú, que voy a ser la abuela de tu hijo y no soy tan mayor, —peló una gamba, distraída—. De hecho, me encanta tu pelo. Tienes que decirme cuál es tu peluquería.

—Pero mamá...—de repente me di cuenta de que mis hermanas estaban muy calladas— ¿Vosotras sabíais lo de Meetic?

—Pues claro —dijeron las dos a la vez, con sonrisas enigmáticas, como las gemelas de *El Resplandor*. Sólo les faltaba añadir «Ven a jugar con nosotras».

—Yo voy pasado mañana a la pelu, Mar, ánimo y me acompañas— continuaba Estela—, me voy a cambiar el corte, tengo otro concierto el sábado.

—¿Otro concierto? Si has tenido dos este mes. —El corazón se me encogió pensando en el bebé— Estás de siete meses.

—Tranquilo, Samuel, no pasa nada, no está enferma. —Inés me apretó el brazo con cariño.

—Eso, Samu, —siguió mi amiga, tomando unos volovanes con queso y anchoa— estoy perfectamente, ya viste mi última analítica. Y con la canción en la serie de Netflix nos hemos propuesto dar seis conciertos más antes de salir de cuentas, para aprovechar el tirón.

¡Seis más! Me estaba mareando y noté que el corazón se me aceleraba, como cuando me iba a venir un ataque de pánico. Me asusté por un momento. ¿Cómo se me había ocurrido tener un hijo? ¿Por qué me metía en esos líos? Mi vida era perfectamente...

—Samu.

Ni siquiera la tranquilizadora voz de Inés lograba apaciguarme. Me levanté a buscar a Enzo, él era mi puerto en la tormenta, lo había sido desde los 18 años. Pero no estaba en la cocina, ni Daniel tampoco. Caminé por el pasillo que llevaba hasta su dormitorio, lleno de posters de festivales a los que habíamos ido, y al acercarme escuché las voces.

—O sea, ¿estás diciéndome que no he visto lo que he visto?

Daniel sonaba tan cortante que me detuve en seco junto a la puerta entreabierta.

—¡Te estoy diciendo que no he hecho nada! ¡Nada de nada, me cago en todo!

Era Enzo, casi gritando.

—Bonito oxímoron para suavizar la mentira.

Oh, no... Daniel estaba usando palabras de cuatro sílabas: debía estar muy molesto. Eran su arma secreta para desestabilizar al oponente en cualquier discusión. ¡Otra vez estaban enfadados los dos! Esto era lo que faltaba. Más problemas. Sentí un escalofrío.

—¡Yo no miento, joder! ¿No te lo acabo de confesar?

—O sea, que llamas *confesar* a que te pille mirando una app en el móvil... Deberías hablar con la RAE y decirles que se han equivocado con la definición de ese verbo. Seguro que les convences, todo el mundo sabe que son extraordinariamente flexibles.

—Confesar fue lo que hice después. Mira, Dani, no me lées, solo la abrí porque me había llegado una notificación automática de esas, maldita sea...

Cada frase me golpeaba más fuerte. El torbellino podía conmigo y me arrastraba. Sin casi darme cuenta, abrí la puerta.

—Basta, por favor. Seguro que hay una explicación.

Yo mismo me di cuenta de lo ridículo que sonaba, como un niño que rogaba a sus padres que se quisieran porque tiene miedo de perder su hogar. Los dos se volvieron hacia mí: Enzo con el rostro rojo de furia (¿o tal vez de vergüenza?), Daniel con su mirada ametralladora y la boca torcida. Y cruzando los brazos.

—A ver cómo le explicas a tu amigo que te has apuntado a Tinder para ligar a mis espaldas.

Me dio un vuelco el estómago. ¿En serio Enzo había hecho eso? Si eran inseparables...

—Por tercera y última vez, ¡sólo me la bajé por curiosidad, coño! —gritó Lorenzo—. Joder, ya me has hecho soltar tacos misóginos.

Daniel respiró con calma.

—Yo *no te he hecho nada*. Al parecer, todo lo haces tú solito.

Pasó a mi lado para salir del cuarto y yo intenté detenerle.

—Hey, Dani, Enzo no va en serio, estoy seguro. Ya sabes cómo es...

Apartó mi mano.

—Me voy, aquí estoy en territorio enemigo.

—¡Daniel! —Me había quedado helado— ¿Cómo puedes decir eso?

Le agarré del brazo y él se me quedó mirando un momento; después se soltó y salió de la habitación. Muy el fondo le entendí. Apreciamos a

Daniel, le queremos... pero todos aquí éramos amigos de Enzo mucho antes de conocerle. Nunca me había parado a pensar lo difícil que debía ser para Dani. ¿Y dónde estaban sus amigos? Nunca salían con nosotros, ni siquiera sus compañeros de piso.

Oí cómo se cerró la puerta cuando salió del piso. Enzo se sentó pesadamente sobre la cama y ocultó el rostro entre las manos. Me senté a su lado, apoyando la mano en su hombro.

—¿Qué está pasando?

—No lo sé, pequeño, de verdad. Ni yo mismo lo sé—. Exhaló pesadamente.

—¿De verdad te has metido en Tinder? Eso es muy feo, querido. A ver, no tanto como si fuera Grindr, pero casi. —Intenté bromear porque estaba desconcertado. Algo grave le debía estar pasando porque él siempre había sido un tío muy leal. Y siempre había estado loco por Daniel; desde que le conoció, nunca le había visto tan emocionado con nadie. Si yo hubiera tenido otro tipo de sentimientos por Enzo, como mi madre siempre había deseado, lo habría pasado fatal presenciando su relación con Dani.

—¡Sólo lo bajé por curiosidad hace un par de días! Lo juro, Sammy, tú me conoces. Jamás engañaría a mi pareja. Y por supuesto que se lo iba a decir, ya sabes que no soporto la mentira. Es solo que... no sé.

Yo odiaba ver sufrir a cualquier persona querida, pero esto era peor: ver a Enzo tan perdido me descuadró por completo.

—Si en algún momento quieres hablar... —le acaricié el antebrazo con cariño—...aquí estoy. Hablar es bueno, querido —le dije—, aunque tú seas más de bromas y zascas que de reflexiones sobre sentimientos. Pero si necesitas ayuda...

Tragué saliva. Él se volvió hacia mí y me miró muy intensamente. Por un momento me estremecí: pensé que se iba a repetir lo que sucedió un par de años antes, en la boda de Alberto y Nuria, cuando Enzo vino sin Daniel, se emborrachó y las cosas se pusieron raras entre nosotros.

Pero el momento pasó.

—Gracias —dijo simplemente.

Me tumbé en la cama *queen size*, cubierta por un edredón verdemar y me quedé mirando su lámpara de diseño, que imitaba un montón de hojas de papel lanzadas al aire. Muy metafórica.

—Mi madre se ha metido en Meetic— dije finalmente.

—Ya. —Mi amigo se tumbó a mi lado; su cuerpo, muy grande a mi lado, estaba cálido.

—Estela tiene un porrón de conciertos.

—Ya.

—Vosotros tenéis problemas. Y yo voy a tener un hijo. —Ahora fui yo el que oculté el rostro— Todo está cambiando muy rápido. ¿Qué está pasando?

Enzo sonrió con esa sonrisa suya que hechizaba y colocó su enorme brazo bajo mi cabeza. Yo me dejé hacer.

—La vida, Samu, eso pasa. No siempre se puede controlar todo. Te sorprende, lo quieras o no.

—No estoy seguro de que eso me guste. Ni una pizca.

Sonó el aviso de mi WhatsApp. Aún tumbado, lo cogí de mi bolsillo y eché un vistazo. Era de Álex. Una foto.

—Joder —exclamé, sin poder evitarlo.

—Déjame ver. —Lorenzo se asomó a la pantalla mientras hice clic para agrandar la imagen.

Era una foto de Álex, sin camiseta: un torso perfecto, de músculos marcados, pero sin tabletas de chocolate ni horteradas. Se le distinguía el borde superior de un calzoncillo gris de Calvin Klein. Tragué saliva. Me había empalmado un poco. Esperaba que Enzo no lo notase...

—Está para empotrarle una y otra vez —dijo mi amigo, con un silbido—. No me extraña que te hayas puesto burro...— Y lanzó una mirada a mi entrepierna, guiñándome el ojo.

Colorado, le di una torta de broma en el hombro.

Llegó un mensaje de texto: «*para que vayamos abriendo boca*».

–Esto no me lo esperaba, –reconocí en voz alta, con el corazón alegre. Enzo se rio a carcajadas.

–Y hace un momento te quejabas de las sorpresas... ¿Ves cómo a veces son buenas?

Supongo que, si se abre la puerta a lo inesperado, entra de todo: brisas agradables y vientos de tormenta. Quizá no puedan existir las unas sin los otros.

De repente, Enzo se puso serio y me miró con su cara muy cerca de la mía.

–Samu, en algún momento te dejarás de estos rolletes y querrás una relación de verdad, ¿no?

Fruncí el ceño, sorprendido.

–¿Qué se supone que significa eso? Para mí esto *es de verdad*.

Él se frotó la frente con dos dedos.

–Nada, no me hagas caso. Si a ti te hace feliz, pues ya está...

Nos quedamos allí el uno al lado del otro. Sólo sentir su presencia ya me confortaba. ¡Qué sencilla era nuestra relación en ese momento!

Pero algo se estaba cociendo a fuego lento, aunque yo no supiera verlo.

Capítulo 5

¿Sigues teniendo hambre?

–¡Buenas noches, Madrid! –saludó Estela desde el escenario– Este es el penúltimo concierto de la gira pre-baby.

Se señaló la barrigona, risueña, y el público aplaudió con ganas. Cada vez acudía más gente a verles: en ese local habría mil y pico personas. ¡Madre mía! Esto se estaba yendo de las manos a velocidad de la luz. Yo estaba con Enzo y Daniel junto a la barra.

–Al final la niña va a tener éxito –dijo mi amigo, mientras Estela se echaba el pelo para atrás, hacía una señal a la banda y comenzaba a tocar su guitarra acústica, inclinada hacia arriba por culpa de la barriga.

–Eso de meter una canción en una serie funciona muy bien. Y más si es de Netflix, les ha pasado ya a varios grupos, por lo visto– Daniel tomó un par de sorbos de su botella de agua; él no bebe alcohol, pero que cambiase los refrescos por el agua era... raro. Intuí que, aunque mis amigos hubieran hecho las paces, no todo iba bien entre ellos dos. Mierda. Tenía que preguntarle a Enzo.

Todos los instrumentos se unieron de pronto a la guitarra y la voz de Estela, el público silbó y aplaudió, entusiasmado. Aunque seguía siendo un concierto a bajo volumen, el lugar era tan grande que sonaba imponente.

–¿Y si se hace famosa de verdad? –les pregunté a los dos–. ¿Y si se va de gira? ¿Qué va a pasar con el niño?

Noté cómo empezaba a sudar nada más imaginarme la situación. ¿En qué lío me había metido? ¡Estela lo hizo parecer tan fácil! «¡Será divertido, será una aventura, vamos, Samu!», «Confía en mí» «Di que sí, di que sí». Ay, dios.

Enzo soltó una carcajada y me rodeó los hombros con su enorme brazo, despeinándome con la otra mano.

–La cabecita de Sammy siempre bullendo. ¡Disfruta, hombre! Además, ¿no habías quedado hoy con Álex?

Asentí y bebí yo también, pero a grandes tragos. Ese tema también me ponía nervioso (¿acaso algo no me ponía nervioso? Hummm Cocinar).

—¿Pero esta vez es la definitiva o qué? —preguntó Daniel—. ¿No te ha cancelado ya tres veces?

—¡No! —contesté— Sólo dos.

—Ah, bueno, si solo son dos...—puso los ojos en blanco y volvió a beber un sorbito.

—No hagas caso a este aguafiestas —dijo Enzo—. Álex no te debe nada, ni siquiera habéis llegado a quedar una vez, joder. Es solo un rollo, diviértete sin más. Sin pensar.

—¿Sin pensar, yo? —No pude evitar reírme— ¿Estás hablando conmigo? No, en serio. Ha estado muy liado con la entrega de un proyecto, su estudio participa en un concurso para el diseño de un museo en Oporto. Pero ayer fue la entrega y ya está libre por fin.

—«No sé, Rick, parece falso». —Soltó Dani, pero no le hice caso.

Estaba henchido de emoción. ¡Diseñando un museo! Me parecía de lo más apasionante. Y sexy. ¿Llevaría gafas en el ordenador? Noté un tirón en la entrepierna. *Tranquilo, Samu, todavía no.*

—¿Y vais a bailar al Yakuza? —Quiso saber mi amigo—. ¡Hace tanto tiempo que no voy! Pero, claro, para Daniel una noche loca significa jugar al *Resident Evil* hasta las seis de la mañana.

—El *Resident Evil Resistance* es lo más —concordó él, colocándose mejor las gafas. Le brillaron los ojos.

Yo no puedo jugar a la consola si hay zombis, les tengo pánico. Incluso he tenido muchas pesadillas con el apocalipsis zombi; llamadme loco, pero sigo temiendo que puede ocurrir algún día.

Pero volviendo a Álex...

—La verdad es que no solo vamos a bailar, me ha preparado todo un *planning*.

Les enseñé el WhatsApp con algo parecido al orgullo. Enzo leyó en voz alta.

—Te recojo a las diez y media en mi moto. Cena en La Tortosa. Una copa de Champagne en el pub Divine. Bailar en el Yakuza hasta el amanecer.

Qué planificadito todo, ¿no?

—Me flipa que me lleven así de la mano. —Sonreí como un bobo—, Así no tengo yo que marearme tomando decisiones. No es mi fuerte precisamente...

—¡Qué me vas a contar! —Rio Enzo—. Llevo tomándolas por ti más de 15 años. ¡La de ligues que te he ayudado a conseguir!

—¿Y no sería mejor... —sugirió Daniel, en plan intelectual—, que salieras con alguien que te animara a volverte más decidido? En vez de perpetuar una...

Una palmada de Enzo en el hombro le hizo callar. Yo me reí.

—Qué calculador eres, Daniel, —le respondí—. Uno no se enamora de alguien tachando una lista de requerimientos. Es más primario, el instinto te va guiando.

Él masculló «A lo mejor lo que te va guiando es tu p...» y no oí nada más porque el público estaba aplaudiendo a rabiar. El grupo había terminado otra canción. Estela se llevó la mano al lumbago. ¿Estaría bien? ¿Serían contracciones?

—Un momento, chicos, voy a hablar con ella.

—¿Ahora?

La pregunta de Enzo me pilló ya de camino al escenario, que tenía algo más de un metro de alto. Antes de que empezasen la siguiente canción, le hice una seña a Estela. Ella me miró sin comprender. *¿Qué hago? Dios mío, qué vergüenza...* pero se trataba de mi futuro hijo: aquí no podía permitirme dudar. Subí las escaleras del escenario, y, desde un extremo, le indiqué que se acercase.

Ella se volvió al público y dijo por el micrófono: —El padre, señoras y señores. Mirad qué preocupado. Un padre atento siempre *es bien*.

La gente rio y silbó, y, por fin, ella se dignó acercarse a mí, balanceando lo que ya comenzaba a ser una enorme barriga.

—¿Estás bien? Te he visto hacer un gesto...

—¡Estoy perfectamente, tonto! ¡En mitad de un concierto! —Señaló a la gente, que silbó para que volviera a tocar el grupo (o quizá para que yo me largase. Horror).

—Bueno, —suspiré—, si pasa cualquier cosa, me avisas.

—Diviértete en tu cita. A ver si follas de una vez, necesitas tranquilizarte—. Me dio un pellizco en el culo y un beso en la mejilla, que correspondí. Me marché riéndome; Estela siempre me ponía de buen humor, y eso me recordó por qué me había parecido buena idea tener un hijo con ella.

Cuando bajé del escenario eran las diez y veinticinco. Me dio un vuelco el corazón: tenía que salir, Álex iba a llegar.

Corrí hasta mis amigos para despedirme.

—Pásalo bien, Sammy. Estás guapísimo. Y, oye, —Enzo me agarró el brazo con fuerza—, no se te vaya a ocurrir decir nada del bebé. Sólo es una cita, no es tu prometido.

—¡Claro que no!

Ni se me había pasado por la cabeza. No se le cuenta algo así a un hombre en la primera cita si quieres llegar a la segunda.

En la calle, el frío de febrero se me clavó en las mejillas. Me puse los guantes y el gorrito de lana verde que me regaló Inés en Navidades. Me abroché el abrigo. Eché un vistazo al móvil: 22,33h. Llegaba tarde. ¿Y si no venía? ¿Y si me daba plantón?

Tranquilo, Samu. Mucha gente no es tan puntual como tú. Además, le había podido pillar atasco.

Un coche se detuvo frente al local y el corazón me dio un vuelco. Pero al momento volvió a arrancar, sin que nadie se bajase. Joder. 22,37h. Y ahora una moto me salpicaba en los vaqueros.

Un momento: el de la moto se había parado y se bajaba. Se quitó el casco.

Uau.

Uau.

Álex estaba aún más guapo con el pelo despeinado. Llevaba barba de tres días y una chupa de cuero que le daba un aire a Ryan Gosling. *Creo que estoy mareando, ay dios, «haber si me muero»*, pensé, con falta de ortografía y todo. Puedo presumir de haber salido siempre con chicos guapos, pero es que este era como un actor de Hollywood. Y, además, interesante y culto.

—¿Vamos?

Me señaló la moto con la barbilla. *Tranquilo, Samu, que no note lo emocionado que estás.*

—¡¡¡Claro!!! ¡Me encanta ir en moto!

No tenía muy claro si había logrado ocultar mi entusiasmo, la verdad.

Me acerqué al vehículo: no tenía ni idea de marcas, pero era grande como un caballo. Álex me pasó otro casco, que me apresuré a colocarme y a sentarme tras él. Contuve la respiración mientras mi pecho se pegaba a su espalda y mis muslos quedaban torneados por los suyos. No sabía qué hacer con las manos, así que me cogí al asa que había detrás de mi propio culo. Y la moto arrancó a toda velocidad.

—Agárrate a mí, hombre —me gritó Álex, en un semáforo en rojo—. Es más cómodo y seguro.

Y así lo hice. Le rodeé el torso y pude incluso oler el cuero de su chupa. No sabía qué había hecho para merecer este regalo, pero... ¡Gracias, Dios, Universo, o quien sea que reparta los boletos en este circo!

El restaurante era cuqui a la manera *hipster*: enormes lámparas fabricadas con botellas de cerveza colgaban de un techo altísimo; las paredes estaban decoradas por ramas y flores secas, mezcladas con viejas páginas amarillentas de libros. Estaba prácticamente lleno y nuestra mesa se encontraba en un adorable rincón. De fondo sonaba «Chicago», un clásico de Sufjan Stevens, uno de los intérpretes indies favoritos de Estela y mío. Una camarera vestida de riguroso negro nos mostró la carta en una pizarra casi tan alta como ella.

—Yo tomaré un Meloso de ternera glaseado, para empezar, —decidió Álex enseguida.

Y la camarera dirigió a mí su mirada. Como si yo ya hubiera podido elegir. ¡Ja! ¡Yo, elegir! Empecé a sudar.

—Tiene toda una pinta estupenda...—Me apresuré a decirle, para ganar tiempo.

Bikini pita de cola de toro, Tataki de cerdo con aliño de col, piña y fresas, Tallarines caseros de jabalí, Alcachofas romanas a la sartén con virutas de foie, Tortellini rellenos de vieiras y langostinos con salsa marinara... ¡Madre mía! ¿Cómo habría quedado la mezcla de cerdo con piña y fresas? Sonaba increíble. La carne de caza era una de mis debilidades. ¿Y la pasta rellena de marisco? ¡Nunca había probado a hacerla, me encantaría ver cómo lo habían logrado! Mierda. No podía decidirme.

Ahora la que empezó a sudar era ella, por el peso de la pizarra. Y yo me puse colorado cuando sentí los ojos inquisitivos de Álex.

—¿Has venido antes? Igual me he equivocado al elegir el sitio.

—Qué va, no lo conocía, tenía muchas ganas... —sonreí—, por eso ahora me apetece todo.

—Vamos a hacer una cosa, —y dirigió sus ojos grises a la camarera—, pónganos un plato de cada uno de los cinco principales, para compartir.

Se me abrieron los ojos como pelotas de baloncesto.

—Un día es un día —aclaró Álex—, estoy celebrando el final del proyecto y además te debo una por haberte cancelado dos veces. Es lo correcto.

—Entonces serían, —recitó ella—, uno de ternera glaseada, uno de tataki de cerdo con aliño de col, piña y fresas, tallarines caseros de jabalí, alcachofas romanas a la sartén con virutas de foie y tortellini rellenos de vieiras.

Se me hacía la boca agua. *Creo que me acabo de enamorar.* O sea, ya lo estaba más o menos. Pero un hombre al que le gusta comer bien lo molaba todo.

—¿Para beber? —preguntó amablemente la camarera.

–Una cerveza, –pedí.

–¿Seguro? –dijo Álex, mirándome inquisitivo– Con la carne, y en especial la caza, es más apropiado el tinto. Tráiganos mejor una botella de Arrayán Merlot, por favor –me guiñó un ojo y noté un cosquilleo en la nuca.

Cuando nos sirvieron el vino, sostuvo la copa de forma delicada y se la llevó a los labios con parsimonia. Unos labios perfectos que bebían la cantidad justa: ni un sorbito pusilánime ni un trago impaciente. Yo lo saboreé también.

–¿Cómo conseguiste mi teléfono?

No sé ni cómo había salido eso de mi boca. ¡Ay, señor, menuda tontería! Debería haberme preparado las preguntas y respuestas como siempre, pero quería hacer algo de forma diferente, por una vez.

–Me lo dieron en la última reunión de Comunidad.

¡Bien! Y encima nos trajeron los dos primeros platos, y pudimos empezar a comer. Él tomó vino, relajado. Lo noté porque la curva de sus hombros había descendido un poco. Me encantaba la forma de sus huesos.

–¿Quién te lo dio? ¿La señora Guzmán?

–La señora Guzmán, sí– respondió.

Era una vecina del primero, de casi setenta años, moderna y simpaticona. Cuando se iba de viaje (que era muy a menudo) solía cuidar a su gato «Colombo».

–¿Te ha contado la historia de Google maps?

Álex asintió, llevándose a la boca un tortellini. Yo le imité.

–De cómo le enseñaste a usar Google maps, y de cómo salvaste la vida a su gato...

–Qué exagerada –repliqué, bebiendo vino, ahora sin derramar ni una gota–. ¡Sólo lo llevé al veterinario!

–Y la otra, la vecina del segundo... esa simpática con rizos...

–¿Paula?

Se le había quedado un poco de salsa en el labio inferior y tuve que hacer verdaderos esfuerzos para no quedarme mirándolo como un bobo. Cogió una servilleta y se limpió.

—Sí, Paula, me preguntó si estábamos saliendo.

Me quedé ojiplático. Y un poco colorado. Qué cotillas, mis vecinas. Sólo les faltaba sintonizar Radio Patio, como Vicenta y Concha las de «Aquí no hay quien viva».

—Así me enteré, —continuó—, de que mi vecino, ese tan mono que cocina, estaba soltero.

—¿Mono? —sonreí sin poder evitarlo. Pero él eludió la pregunta.

—Tus vecinos te aprecian mucho.

—Lo normal, supongo. —Me encogí de hombros, llevándome otro tenedor cargado a la boca—. Son gente maja. La mayoría.

Nos trajeron un plato más, la lubina. Tenía una pinta exquisita, probablemente cocida a baja temperatura. Se deshacía en la boca. Ojalá pudiera pedirles la receta.

—Tengo que enseñar a mis alumnos a preparar esta lubina. —Ya había quedado claro que soy un experto cambiando de tema (pero solo porque meto la pata muy a menudo).

Noté un levísimo gesto de sus cejas. ¿Sorprendido?

—Pensaba que trabajabas en algún restaurante.

Le expliqué que no. Le hablé de mis clases, de mis alumnos, de Berlín. De los platos que prepararon para sus familias en Navidad. Pensé que le parecería menos glamuroso que lo que había imaginado de mí, pero me sorprendió diciendo:

—Da gusto ver a alguien tan feliz en su trabajo. Y tienes pinta de llevarte bien con tu familia y disfrutar tu barrio...

Pues algo así. Bueno, salvo por Carmen, la directora, que me echa para atrás todas mis propuestas. Y por mi hermano, que no para de criticarme. Pero eso no se lo dije, claro.

–Bueno, es que el barrio es el mejor de la ciudad, –bromeé, eludiendo rápidamente el resto de sus comentarios.

–Desde luego, sobre todo por su gente, es... cautivadora –dijo, y me clavó los ojos intensamente. Muy intensamente. Tan intensamente que se me quedó el tenedor a medio camino y de repente fui consciente de que su rodilla estaba deliberadamente pegada a la mía. Sentí un calor que me subía por el muslo.

Por fin, aparecieron las alcachofas, el último plato.

–Me gusta la gente feliz, –añadió Álex–. Tú pareces feliz.

Oh, dios. OH, DIOS. Aquí estaba pasando algo muy fuerte. Él amplió su sonrisa un poco más, y se le marcaron unas deliciosas arruguitas en la comisura de la boca mientras sujetaba el labio inferior entre los dedos, pensativo.

Tranquilo, Samu, no te flipes, ¿vale? Que esto no es «El diario de Noah». Que igual solo quiere un polvo.

PERO AUN ASÍ. No pude evitar emocionarme. Tragué saliva.

Con la emoción, dije algo que jamás había dicho antes en una cita:

–¿Sigues teniendo hambre?

Yo la verdad es no me sentía ni el estómago. Todo mi cuerpo era un enorme músculo que vibraba. Y empezaba a crecer. Él me miró intensamente y llamó a la camarera.

–¡La cuenta, por favor!

Cuando llegamos a la casa de Álex no pude más que admirar su gusto exquisito. Muebles de madera clara combinados con alfombras de colores fuertes y un tapiz africano en una de las paredes. Lámparas modernas, jarrones con plantas de bambú y una mecedora vintage junto a un flexo para leer. A su lado, una mesita con varios libros. Todo estaba impoluto.

Había colgado la chupa en un precioso perchero color bronce y cogió mi chaqueta, que yo había dejado descuidadamente en una silla, y la colgó allí a su lado. Muy ordenadito.

Una puerta daba a un dormitorio con cama de matrimonio y otra a una sala pequeña, en la que había lo que parecían útiles de pintura al óleo.

—Tu salón es enorme.

—Soy más grande de lo que parezco. —Me guiñó un ojo. Glub. Tenía la boca seca.

Álex me quitó el gorro y me dejó -supuse- el pelo revuelto. Fijando sus ojos en los míos, introdujo sus dedos en él, peinándome, y noté que mi entrepierna respondía rápidamente.

Besé su boca sin pensar y sus labios se abrieron dejándome paso. Me cogió por la cintura y yo le pasé la mano por la perfecta línea de su cuello. Le mordí la barbilla: era tan guapo que me mareaba. Así que cerré los ojos para no empezar a decir tonterías. No en una primera cita, al menos.

Besándome aún, Álex me dirigió hasta un precioso sofá de tapizado verdemar. Me tumbé y él se dejó caer encima; sentí el peso de su cuerpo, sexy y cálido. Su lengua buceaba dentro de mí como un tiburón a la caza de su presa y pude notar su erección contra mi pierna.

Hundió su rostro en mi cuello para morderme y ahí empecé a perder el control, clavándole las uñas en la espalda. Él cogió mi mano y yo, encantado, me dejé llevar hasta que la posó en su pantalón (¿cuándo se había quitado el cinturón?) y yo la introduje encontrándome un pene bonito y grueso en busca de libertad. Me pegué más a él.

De pronto sonó mi móvil. Estaba en el abrigo, colgado en la entrada, a diez kilómetros de distancia por lo menos, así que continué besando a Álex en la boca mientras el sonido se extinguía.

Pero comenzó otra vez.

Y todo mi cuerpo se tensó: Estela. El niño. ¡Tenía que contestar!

—Perdona, pero tengo que... —me levanté, ante la estupefacción de Álex.

—¿No puede esperar?

Ya había llegado al móvil: efectivamente, ¡llamaba Estela! El corazón me dio un vuelco:

—¿Todo bien? —pregunté inmediatamente.

—Sí, todo bien —me respondió la voz de Enzo, lo cual disparó todas mis alarmas (aún más).

—¿Por qué contestas tú?, ¿dónde está?

—Estamos en el hospital, ella...

—¡¿Cómo?!! —Me apoyé en la pared. Me faltaba el aire. Busqué el abrigo con la mirada.

—¿Qué pasa? —La voz de Álex sonaba lejana, como en otro mundo. En otra vida.

—Tranquilo, Sammy, —siguió Enzo—, está perfectamente. Tiene contracciones, probablemente sean esas...

—¡Braxton-Hicks! —Oí que le chivaba Daniel por detrás.

—...esas Braxton-Hicks. Pero por si acaso nos hemos venido para acá. Estamos en el 12 de octubre.

—Voy para allá.

—¿Te vas? —Los ojos de Álex habían perdido el brillo. Estaba sentado en el sofá, aún medio desnudo.

—Sí, es que... yo... —respondí, torpemente...— una amiga está en el hospital y...

—¡Pero termina lo que has empezado, pequeño! —me gritó Enzo desde el móvil, con una voz tan alta que temí que Álex lo hubiese oído. Me alejé dos pasos y mi amigo continuó— De verdad, estamos aquí muy relajados, Estela la primera.

—Bueno...—Empecé a dudar, sobre todo al contemplar de reojo el cuerpo de Álex y sus ojos ávidos— Supongo que podría ser rápido y no entretenerme mucho...—terminé en un susurro.

—¡Perfecto! No te preocupes, te llamo si hay cambios, ¿vale? Diviértete.

Me volví hacia Álex, sonriente:

—Tengo solo un ratito, si te sigue apeteciendo...

—No necesitamos más —dijo, levantándose y acercándose hasta mí.

No me iba mucho eso del «aquí te pillo, aquí te mato», pero si no había otra opción, habría que aprovechar. Álex, en cambio, parecía en su salsa. Me aplastó contra la pared, pegando todo su cuerpo al mío. Me besó con urgencia y yo me perdí en su aliento; creí notar un ligero sabor a tabaco (¿fumaba? ¡No tenía ni idea, pero no importó!). Su cuerpo se frotó contra mí y sus manos me agarraron la camiseta. Yo me quité como pude la chaqueta sin despegar mis labios de los suyos. Nos mordimos con ansia. Él me sacó la camiseta por la cabeza y luego se desvistió también.

Despegué mi boca de la suya para contemplar su perfecto torso: le mordí los pezones, los suaves músculos sin un milímetro de grasa y el pecho totalmente rasurado (aunque no me habría molestado algo de pelo, debo reconocer) ... llegué hasta su ombligo y él suspiró. Música para mis oídos. Se bajó los pantalones y su miembro apareció glorioso y espléndido. Él posó sus dedos en mi cabello y me hizo saber lo que deseaba, y cuánto. Y cómo.

Yo lo introduje en mi boca y lo tragué profundamente, deleitándome. ¡Cuánto había soñado con este momento! El divino Álex y su erección también divina. Sentía cómo me iba excitando con sus movimientos.

Gemía suavemente. Su voz animaba a mi propia excitación, pero con los nervios de Estela en el hospital, y el cronómetro en marcha, me estaba costando arrancar. Pero no quería detenerme: me apetecía saborearle por completo. Él aumentó el ritmo dentro de mi boca.

De pronto me levantó, me besó de nuevo (yo me dejé arrastrar, hacer lo que él quisiera) y me dio la vuelta, apoyando mi pecho contra la pared y pegando su miembro a mi culo, aún encerrado en el pantalón.

—No tenemos tiempo que perder...—me susurró mientras me mordía la oreja provocándome cosquillas por toda la piel. Metió la mano en mis pantalones y masajeó mi semi erección. Con su cuerpo pegado al mío, se obró el milagro. (No me lo pude creer, ¡lo había conseguido! ¡Se me había puesto dura! Logro desbloqueado. Al menos iba a terminar con un poco de dignidad). Él me bajó el pantalón y el calzoncillo de un tirón.

Aunque no era mi rollo, tenía que reconocer que era excitante; quizá porque llevaba meses deseando que eso sucediese. Jugó con un dedo y luego otro, con rapidez y maña, mientras su otra mano soltó mi miembro.

Pegó su erección a mi trasero. ¡Uau! Su excitación alentó la mía y él lo notó. Se separó de mí unos segundos para ponerse un condón y lubricante. Luego volvió a pegarme a la pared, colocándose detrás. ¿Ah, que lo íbamos a hacer de pie? Dudé si decirle que a mí no me molab...

Pero entró suavemente y eso me entusiasmó aún más, así que le abrí el camino, mientras su mano volvía a tocarme. Estuvo completamente dentro de mí en tres movimientos y noté su aliento en mi cuello, su piel contra la mía. Nos movimos al compás, él cada vez más rápido. (Aunque yo habría preferido un poco más de calma, pero qué se le iba a hacer, no había tiempo...)

—Me voy —susurró, entre jadeos y agarrando mi erección, para excitarme más—, ¿y tú?

—Sí, hazlo, —me conmovió su consideración... pero yo no tenía energías para acabar tan rápido. No, con tanto cansancio acumulado. Y quería sentirle corriéndose dentro de mí. Pude notar cómo latía al llegar al orgasmo y yo estaba... casi a punto, deseé que su mano se siguiera moviendo, pero en cuanto terminó de correrse, la detuvo. Mierda, mierda, mierda.

—Yo... pensaba que habías terminado... —comentó, observándola él también.

—No te preocupes, no pasa nada. —Le quité importancia, con una sensación de vacío interior que me entristeció. ¡Me habría encantado llegar! Pero no era culpa suya—. Hay prisa y yo estoy agotado.

Me dio un largo beso en la boca y yo me dejé llevar. ¡Qué perfecto era! Y, como para confirmarlo, me susurró.

—Te debo una.

Sonreí, pero mi cabeza ya estaba en otra parte. ¡Estela! Miré el móvil: habían pasado solo 20 minutos y Enzo no me había llamado de

nuevo. Aun así, tenía que irme y rápido. Llamé a un Uber y empecé a vestirme.

—¿Quieres que te lleve? —Se ofreció Álex, terminando de ponerse el pantalón y abrochándose el cinturón— Qué menos, es lo apropiado por mi parte.

¡Oh, qué amable, por favor! Pero no quería tener que explicarle nada de los líos de mi vida, no quería asustarle aún. Me puse el gorro y los guantes:

—No te preocupes, he pedido ya un taxi.

—Vale —Me miró en silencio mientras yo me ponía la bufanda y los guantes—. Nos vemos otro día, supongo...

Me sorprendió notar un deje de inseguridad en su voz. ¿Álex, inseguro? ¿Por mí? No, seguro que me había equivocado.

—¡Claro! —respondí. Me acerqué a él y le di un último beso antes. Sus labios me acogieron con una calidez que me sorprendió.

Salí corriendo tras cerrar de un portazo. Bajé los escalones de dos en dos, y fuera del edificio me encontré el coche negro ya esperándome.

—¿Samuel Medel? —preguntó el conductor.

—Sí. Al hospital 12 de octubre, por favor.

Entré y cerré la puerta. Comprobé el WhatsApp. En los últimos minutos había habido varios mensajes del grupo de la pandilla, Alberto preguntando cómo iba todo. Inés camino del hospital también.

«Llevo la maleta de casa de Estela, con todo lo necesario para el postparto».

¿POSPARTO??? ¿Cómo???? Ahora sí que mi corazón latía enloquecido. Llamé a Enzo.

—¿Estela está de parto????

—Bueno...

—¿¿Y no me lo habéis dicho??

—Bueno...

—¿¿¿Bueno???

—Es que te pones muy nervioso, Sammy, —se excusó—. Estela rompió aguas tras el concierto y tú estabas a punto de culminar con el divino Álex. Por cierto, ¿os dio tiempo a follar? ¿Qué tal el sexo con él?

Quiero matarle. Voy a matarle. Menos mal que estaba en un hospital porque a lo mejor lograban revivirle cuando acabase con él.

—¡¡¡¿¿¿Cómo que qué tal el sexo con Álex???!!! Qué tal EL PARTO, querrás decir.

—Por lo visto esto no es como en las pelis, Sammy, esto puede llevar diez horas. Y a veces más de un día. Relax.

Estaba hiperventilando. ¿Por qué hacía tanto calor allí dentro?

—Te esperamos aquí. Tranquilo, pequeño.

Cuando cortó la llamada estaba en shock. No moví ni un músculo. El conductor del Uber, un señor de mediana edad con bigote espeso, se volvió hacia mí mientras estábamos parados en un semáforo.

—¿Va a tener un hijo? ¡Enhorabuena!

—Gracias —respondí mecánicamente, aún sin mover un solo milímetro del rostro.

Tragué saliva. Me estaba mareando. Los pensamientos revoloteaban por mi cabeza: *¡Voy a tener un hijo! ¡Hoy! ¡Voy a volver a mi casa en unas horas con un BEBÉ! ¡Con una personita que ayer no existía y hoy sí! ¡Y que será mi hijo!*

Y entonces vomité en el Uber.

Unas cuantas horas después, a las dos y veinte de la madrugada ya en la habitación del paritorio con Estela, la ginecóloga terminó la revisión y volvió a decir que no con la cabeza.

—¿Nada? ¿No he dilatado ni un centímetro? —preguntó Estela— ¡Si he botado tanto en la pelota que en vez de un círculo ahora es un pepino!

—¿Y ahora qué hacemos? ¿Hay peligro? —repetía yo, completamente atontado y mordiéndome las uñas. Odio cuando las situaciones entran en modo carrusel, un acontecimiento lleva a otro aún peor y no tienes control

en absoluto. Es mi máxima pesadilla (junto con el apocalipsis zombi, solo que esta puede ser muy real). Tenía el estómago tan cerrado que me costaba hasta respirar.

—Pues vamos a cesárea —declaró la ginecóloga.

Me atraganté.

—¿Cómo?

—¿Qué?

Estela y yo nos miramos. ¡Eso era una operación! ¡Una operación quirúrgica! ¡De esas que te abren por la mitad y todo!

La doctora habló con el matrn:

—Pregunta, por favor, si hay algún quirófano libre.

—Pero, pero... —balbuceé.

—Y avisa al anestesista para la epidural —continuó ella, con el tono de quien está acostumbrado a que le obedezcan.

Le agarré la mano a Estela y acaricié su barriga:

—Todo saldrá bien, ciruelita. —Le dije. Al bebé y a mí también, para qué engañarnos. Me temblaban tanto las rodillas que me senté en el borde de la cama.

—¿Está libre el quirófano 2? Perfecto, vamos, *mami* —dijo la doctora con una amplia sonrisa, como si lo estuviera deseando.

—¿Ah... ya?? —preguntó Estela— ¿Así, tan pronto?

—En cuanto él te ponga la anestesia—le respondió la doctora, haciendo sitio al anestesista que entró y, de inmediato, le inyectó más epidural en la vía que ya tenía colocada en la espalda. Después, la tumbaron y comprobaron que tenía la zona rasurada. Mi amiga me sonrió.

—Acuérdate de lo que nos contaron en clase sobre la cesárea, es muy segura y en 40 minutitos se habrá acabado. Me ahorro las diez horas. ¡Esta es la versión AVE y soy una pasajera de lujo!

Seguí agarrándole la mano y le di un beso en la frente. Era ridículo que estuviese ella tranquilizándose a mí; sobre todo cuando sabía que esos

chistes son producto de los nervios.

La conocía muy bien.

—Nos vemos en un ratito —le dije.

Y en pocos minutos vi cómo su sonrisa y la barriga con nuestro hijo desaparecieron camino del quirófano.

En la sala de espera no podía dejar de dar vueltas de un lado a otro, comprobando la hora en el móvil cada minuto. ¡Esto era demasiado! La cesárea, la paternidad... Estaba sudando como un pollo y a punto de hiperventilar.

Afortunadamente, estaba rodeado de mis amigos y veía que estaban tan tranquilos: Inés mirando el móvil y Enzo se había quedado dormido en un sillón. Daniel se había acercado al vestíbulo del hospital y llegaba ahora:

—He ido a buscarte esto, parece que lo necesitas —me alargó una infusión, cosa que le agradecí infinito. Yo estaba tan tenso que casi no podía ni dar dos pasos. Tomé unos sorbos y llamé a mi madre.

Como antigua enfermera, me calmó bastante:

—Es una operación completamente rutinaria. No suele haber ningún problema. Relájate, que el trago gordo lo está pasando tu amiga.

Tenía razón. A mí me quedaba la parte teóricamente más fácil: esperar. Miré el móvil de nuevo. 42 minutos.

—42 minutos —dije en voz alta— se supone que iban a tardar 40.

—Cariño, relájate —Inés se acercó a abrazarme— Ha podido retrasarse por cualquier cosa sin importancia.

Pero apreté los puños mientras me separaba de ella:

—¿Qué cosa *sin importancia* puede ocurrir en un quirófano?

—¿Que alguien se haga pis? —sugirió Daniel, levantando la vista del ebook que se había puesto a leer.

De pronto, me eché a reír, quizá por los nervios. Decidí dar 10 minutos de margen antes de volver a ponerme nervioso.

Inés volvió a su asiento y yo informé a mi familia por el WhatsApp de cómo iba todo. Y justo cuando mi hermana me estaba preguntando por nombres para el bebé, me llegó un mensaje. De Álex. ¡De Álex! Y eran más de las tres de la mañana.

«¿*Todo bien?*»

Ay, qué bonito. Definitivamente, era muy considerado. ¡Si es que lo tenía todo!

—¿Samuel?

Levanté la vista y ya estaba ahí el matrán. Casi se me cayó el móvil del susto. Porque, o había pasado algo (horror), o ya era padre (horror).

—¡Dime!

Me salió una voz aguda que despertó a Enzo; mi amigo entreabrió un ojo y se desperezó cuan largo era.

—¿Ha nacido ya?

—Sí —contestó el matrán.

El estómago me dio un vuelco. Había nacido. Mi hijo.

—Es una niña y ha pesado dos kilos 950 gramos.

El estómago me dio un vuelco. Había nacido. Mi hija.

—Ohhhh —exclamó Inés. Y volvió a abrazarme. Enzo se me acercó y me puso el brazo en los hombros, con afecto.

—¿Podemos verla? —preguntó.

—Sólo el padre —respondió él, señalándome—, puedes pasar en 10 minutos a la sala de curas—. Y desapareció de nuevo tras la puerta.

—Qué guapo es este muchacho —soltó Enzo, sin disimulo ninguno.

Daniel, aún sentado, suspiró ruidosamente.

—Voy al servicio —declaró, levantándose y saliendo de la sala.

Yo le di un cosqui a mi amigo.

—De verdad, Enzo, tienes menos tacto que una plancha de lija.

—Sí, yo... no sé. —Suspiró, abochornado.

¿Qué le estaría pasando? A ver si encontraba un momento para charlar con él de verdad (aunque me daba cosa que eso abriera una puerta a que sucediera otra vez lo de la boda de Nuria y Alberto; pero quería ayudarle y supongo que merecía la pena correr el riesgo).

Pero claro, en otro momento en el que no acabara de tener una hija.

De camino de la sala de curas, me tropezaba con mis propios pies. ¡Mi hija! ¿Cómo sería? ¿Me caería bien? ¿Le gustaría yo a ella? El pasillo se me hizo interminable y el olor a desinfectante me estaba mareando aún más. Por fin, llegué a la puerta.

Cuando la crucé, con guantes, mascarilla y los zapatos cubiertos por plástico, me encontré una sala amplia con una veintena de camillas. Algunas estaban ocupadas, por pacientes aún dormidos o recién despertados. Al fondo, tres madres con sus bebés. Una de ellas era Estela. Tenía algo en los brazos. Algo o *alguien*, más bien. Dios mío. Me retumbaba el corazón en los oídos.

Cuando llegué a su lado, ella me lanzó una mirada mitad desconcierto, mitad broma.

—Samu, ¡me han dado un ser humano!

Y yo no pude dejar de contemplarlo. Era pequeña, preciosa, indefensa. Movía su boquita buscando el pecho de su madre y sus ojos, semiabiertos, ya intentaban observar el mundo.

La amé de forma instantánea, irrevocable.

—Cógela, —me la alargó mi amiga.

Cuando la tomé en brazos se me escapó una lágrima. Era chiquitita entre mis manos, sus bracitos tan delgados que sentía que se podían romper si se me ocurría respirar demasiado fuerte.

Por dentro me creció algo cálido, un sentimiento que parecía infinito y antiguo, como el aliento de la madre Tierra cuando dio a luz a los bosques.

—Estás a salvo, pequeña —ella entornó sus ojos ante el sonido de mi voz, intentando girar la cara con torpeza; la acomodé mejor en mis brazos— No voy a dejar que te pase nada.

Y así lo sentí, de veras. Tuve miedo; qué demonios, estaba acojonado. Pero también lleno de una nueva fuerza que no creía posible. Como si me estuviera creciendo algo similar a la valentía.

Fue como si ese día hubiéramos nacido los dos.

Quizá fue por eso que, de repente, sentí brotar en mí una decisión. Muy clara.

—Estela, creo que ya he decidido el nombre del bebé.

—Como quieras...—murmuró ella, medio dormida.

Contemplé a mi hija y le acaricié la cabecita, que era tan pequeña que cabía dentro de mi mano.

—Hola, Valentina.

Capítulo 6

¿Se ha quedado aquí mientras yo dormía?

–¿Dónde está mi nieta? –La voz de mi madre se escuchó a través de la puerta de mi apartamento. Llamó al timbre.

Habían pasado tres días desde la cesárea, y habíamos vuelto ya a casa. Yo estaba durmiendo esas noches en el sofá-cama, dejándole a Estela mi cuarto, donde ahora mismo descansaba. Aunque ya le habían dado el alta, todavía le costaba mucho levantarse y moverse, por el dolor de la cicatriz.

Abrí la puerta y mi madre ni me miró.

–¿Mam...? –me quedé con la palabra en la boca mientras ella chilló «¡Valentinaaaaa!» y la cogió en brazos.

Dejé hueco para que pasase la silla de ruedas de Lorena, y Lucía detrás de ella. Me dieron dos besos.

–¿Cómo van esas primeras horas en casa? –me preguntaron.

–Pues ya veis... –Les señalé el caos. Carrito con capazo de la niña, ropita amontonada, peluches, pañales por todas partes. Lucía apartó de una silla un muñeco de Baby Yoda para sentarse.

–Parece que ha pasado un huracán –murmuró Lorena–. Los primeros meses son los más duros, he leído.

Me dejé caer en el sofá con un resoplido. El cansancio cayó sobre mí como una lluvia mansa.

–¡Qué bonita es esta niña, por dios! –Mi madre la tenía en brazos y la contemplaba extasiada– Tiene tus ojos y tu boquita, cariño. ¡Fíjate!

Ahora mismo, Lorena estaba mirando las noticias con mucha atención, sentada en su silla de ruedas. La fuerza que había demostrado desde su accidente a los once años siempre me había dejado anonadado. Me acerqué a ella y le di un beso en la cabeza.

–¿Habéis visto lo del virus chino? –dijo ella, sin apartar la vista de la tele–. En Italia ya hay un brote. ¿Y si llega aquí?

–No digas tonterías, hija. –Mi madre estaba cambiando diligentemente el pañal de Valentina–. Mientras trabajaba en el hospital viví la crisis del

MERS, la del SARS, la de la gripe aviar... ¡Anda que no se compraron medicinas! ¡Millones de dosis del Tamiflu ese! Y al final, para nada. Y ahora va a pasar igual, ya verás.

—Mamá, —me acerqué—. Deja que cambie yo a la niña, tú no tienes por qué.

—¡Quita, quita! —Me apartó, con delicadeza—, que estáis Estela y tú con una cara de muertos vivientes... como los de tu póster. Y a mí me encanta pasar un ratito con mi pequeña ratoncita. —Le hizo arrumacos— ¿Por qué no te tumbas un poco, a ver si echas una siesta?

La verdad es que sus palabras sonaban a gloria.

—Vale. —Acepté. Y mi pequeña Valentina me miró con sus ojitos. Me agarró el dedito y por un momento sopesé la posibilidad de quedarme un rato más con ella.

—Vete, anda, —mi madre me dio un empujoncito—. Está bien cuidada y querida.

Supiré y empecé a caminar hacia el dormitorio, sorteando unas cuantas cajas de ropita usada de bebé que nos habían regalado Alberto y Nuria y que aún tenía que organizar y meter en el armario.

Entré en el dormitorio y cerré la puerta. Saqué el móvil y leí el último mensaje de Álex, que recibí en el hospital el día que nació Valentina: «¿*Todo bien?*»

Mierda, lo había pensado sin contestar. Definitivamente, esto no había quien lo arreglase.

Pero, aun así, pensé en escribirle un mensaje y explicarle lo que había pasado. *Quién sabe, quizá lo entiende. Quizá le encantan los niños y está deseando tener uno en su vida* (Ja, ¿a quién quería engañar? Las posibilidades eran casi nulas).

Me dejé caer en la cama. ¡Buah, qué blandita! ¡Qué a gusto se estaba!

Y los ojos se me cerraron antes de darme cuenta.

–Tienes que decirle que has tenido un hijo, Sammy, joder –Enzo me fue pasando ropita de bebé limpia, que yo iba colocando en un cajón– ¿Hace UNA SEMANA que no le has contestado el WhatsApp? ¿De verdad?

Habían pasado varios días ya desde que volvimos a casa, pero todos los días eran tan agotadores (y las noches, en las que apenas dormíamos) que iban pasando sin que me diera cuenta.

–Ya sé que debería haber contestado antes, Enzo, pero es que estoy enterrado en vida... –Señalé a mi alrededor. Mi dormitorio parecía la playa a la que hubieran llegado los restos de un naufragio: ropita, pañales, medicinas, la cuna de colecho...

–¿Todo esto es necesario? –Me preguntó mi amigo, sosteniendo, con curiosidad, un pequeño bote amarillo.

–¡Es crema para el culito! –Se la arranqué de las manos– ¡Claro que es necesaria, se le pone todo rojo cuando...

–Calla, joder, con lo de «culito» ya tuve suficiente.

Desde el salón, se escuchaban las noticias de la tele: Estela estaba dando el biberón a Valentina, me imaginé que la niña se habría dormido ya.

–Entonces... –Volví al tema, mientras ordenaba los pequeñísimos calcetines en una cajita e cartón dentro del cajón–, tú crees que debo ser sincero con Álex.

–¡Por supuesto! –me respondió–. Además...

–Ni se te ocurra decirle nada –susurró Estela entrando con la niña dormida en sus brazos. Me la pasó inmediatamente. ¡Qué bonita era! Le di un beso y acaricié su cabecita chiquitita.

–Te estás complicando tú solo, Samu, –continuó mi amiga, mientras lograba, a duras penas, introducir sus piernas en unos vaqueros estrechos–. A ver, que no estás engañando a tu novio camino del altar. ¡Sólo te has liado un día con él! ¡Por favor, es un rollo de una noche! No le debes nada y lo vas a estropear. Y tú, –señaló a Enzo–, lo sabes perfectamente, tío, que parece que quieres que se le jorobe la historia con Álex.

– Ya sé que no es *mi novio*, hasta ahí llego –respondí–. Es que no me gusta mentir. Pero claro, si le digo a Álex que he tenido una hija, se va a

acabar todo antes de empezar. Y más después de una semana sin hablarle.

—Mira —me dijo Enzo, sirviéndose una cerveza de mi frigorífico—, si ese tipo no entiende lo liado que has estado tras tener una hija, que le vayan dando. No merece la pena —Se sentó en el sofá— La sinceridad siempre es lo mejor.

—Ah ¿sí? —Volvió a la carga Estela, cuando salió ya completamente arreglada del dormitorio— ¿Y por qué no está aquí Daniel hoy? ¿Eres tú sincero con él?

—¡Claro que sí! —gritó mi amigo, con la cara roja. Le hice una señal para que bajase el volumen. Escuché un momento; parecía que Valentina seguía dormida.

—Si acaso el problema de Enzo es ser *demasiado* sincero—. Me reí, bajito.

—Bueno, yo ya me desentiendo, *amore*. —Estela se pintó los labios rápidamente en el espejo de la entrada—. Nos vemos luego.

—¿Cómo que luego? ¿Te vas? —Estaba en shock. Apenas llevaba cuatro días levantada y haciendo vida más o menos normal y ahora ¿se iba a la calle?

—Tengo ensayo, ¿recuerdas? Con nuestra canción en la serie de Netflix el grupo está sonando por todas partes. El otro día fuimos virales en Twitter. Incluso nos han llamado de radios en Estados Unidos. Tenemos que grabar dos canciones más antes de fin de mes.

—Pero... —tartamudeé— la niña...

—Bueno, a ti se te da mucho mejor esto que a mí. Y tu madre viene por la tarde, ¿no?

—Sí, para traer más pañales, ¡no para cuidarla!

Pero ya solo escuché su despedida y cómo cerró la puerta.

—¿Se ha ido? —pregunté. Y mi amigo se encogió de hombros.

De pronto empecé a verlo todo negro. Muy negro. ¿Así iba a ser todo a partir de ahora? ¿Estela de ensayos, y en la calle todo el día y yo cuidando a la niña casi todo el tiempo? Dios mío, ¿qué había hecho? ¿Por qué me metía en estos problemas? Cogí otra cerveza y di un largo trago.

–Eh –me dijo mi amigo, pasándome el brazo por los hombros y dándome un apretón–¡La niña es una pasada! Y ocurra lo que ocurra, nos tienes a nosotros. Y a tu madre, que vale por siete.

Nos reímos. Sí, menos mal que les tenía. Pasase lo que pasase estarían ahí.

–Oye, Enzo –le dije, repentinamente serio– Me tienes que contar qué está pasando entre Daniel y tú. Sufro mucho viéndoos así, viéndote así.

Él apartó la mirada inmediatamente.

–Yo... a ver, Daniel tiene sus cosas, desde luego. Es muy friki, cuadriculado, y siempre cree tener razón...

–Suele tenerla, la verdad, –le corté.

–...y cuando se cierra es como una jodida caja fuerte. Es difícil, –continuó Enzo–. Pero yo le adoro, ya lo sabes.

–Es que es adorable, –coincidí–, raro, pero adorable.

–No sé, –se encogió de hombros, torciendo la boca a un lado en ese gesto tan suyo–. Somos muy distintos.

–También son distintos Han Solo y la princesa Leia. O Rose y Jack de «Titanic». ¡Pero justo eso es lo que os ha mantenido juntos!

–Eso y que Daniel es muy bueno en la cama. –Se carcajeó–. Claro que no baila y a mí me encanta bailar y se me da de miedo, ya lo sabes..

–Jo, no es para tomárselo a broma...

–Quizá es que... –mi amigo tomó aire–, nueve años son muchos años. Tú nunca has tenido una relación larga.

–Vaya, gracias por recordármelo, –le reproché, con un pinchazo en el estómago.

–No voy por ahí, joder. –Se atusó el pelo moreno–. Quiero decir que es duro. Y más cuando me empiezo a cuestionar si realmente estamos hechos el uno para el otro.

Suspiró y se quedó quieto a mi lado. Vaya, esto me recordaba peligrosamente a la vez que se emborrachó en el bautizo. También allí había

discutido con Daniel. También estaba triste. Y luego sucedió... aquello. ¿Debería seguir con la conversación? Tragué saliva:

—¿En serio te estás cuestionando si...?

—Mira, vamos a dejarlo. Voy al servicio y me largo —me dijo mi amigo, secamente—. Dentro de un rato he quedado en *El Fuzz*.

Yo asentí. Le conocía muy bien y sabía perfectamente que cuando se cerraba en banda, no había nada que hacer. Apoyé la cabeza en el respaldo del sofá.

Cerré los ojos y, en lo que parecieron unos minutos, escuché ruido en la cocina. Me puse en pie de un salto.

—¿Quién anda ahí?! ¡¿Enzo?!

—Soy yo, cariño. —Mi madre llevaba puesto un delantal y estaba fregando biberones a velocidad de la luz, ese tipo de cosas que solo saben hacer las madres— Ay, no quería despertarte. Duérmete otra vez, anda.

Pero miré el reloj y eran las ocho y media. ¡Habían pasado casi dos horas! El sueño me había sentado bien, aunque ahora estaba como mareado, porque seguía siendo insuficiente. Una semana durmiendo 4 o 5 horas te dejaba un estrés de tamaño diplodocus.

La niña, milagrosamente, continuaba dormida. Comprobé que respiraba: solía comprobarlo a cada rato. Era tan pequeña que tenía miedo de que no tuviera fuerzas para llenar de aire sus pulmones. Pero ahí seguía, y cada día más sonrosada y atenta.

Frente a la posibilidad de que le pasase algo malo, cualquier problema de mi vida anterior parecía una tontería, como, por ejemplo, no haberle enviado un mensaje a Álex. *Era* una tontería. Claro que sí.

—¿Te puedes quedar un ratito, mamá? Me gustaría ir a ver a un amigo aquí al lado.

—¡Claro, cariño! Un poquito sí. Pero tendría que irme a las nueve y veinte, a las diez tengo una cita.

—¿Que qué?!

—Hijo, tus hermanas me descargaron en el móvil una *apu* de esas para conocer gente... Es un señor muy bien plantado; al menos en la foto, porque dicen tus hermanas que a veces las fotos son mentira.

Eso era de locos: mi madre tenía más vida amorosa que yo. Eso terminó de decidirme. Tenía que hablar con Álex. Ya.

Antes de salir, decidí ducharme: era verdad que parecía un zombi. Las ojeras me llegaban a las rodillas. El agua me espabiló un poco y, de forma automática, como sabía que iba a ver a Álex, me lavé bien por detrás. Ja, qué optimista era. ¡Cómo si hubiese alguna posibilidad de tener sexo con él! Yo mismo me reí de mi ocurrencia. Suerte tendría si Álex me abría la puerta.

De todas formas, me cambié la camiseta por una menos arrugada (una clásica con un dibujo geométrico, imaginé que del tipo de que le debía gustar a un arquitecto).

—Vuelvo en un rato, mamá.

—¿Vas con Enzo? —preguntó ella, terminando de secar unos platos— Me lo encontré aquí al llegar, se acaba de ir hace media hora.

—¿Se ha quedado aquí todo este tiempo, mientras yo dormía? ¡Qué raro!

—Raro no, cariño, siempre te ha cuidado mucho. —Sonrió enigmáticamente—. Ya sabes lo que pienso, él y tú tenéis algo muy espec...

Resoplé y me di la vuelta.

—Me voy, mamá.

Prefería no discutir de ese tema, estaba visto que no había manera de que aceptase nuestra amistad.

Cuando salí de mi casa empecé a subir hacia el piso de Álex. Estaba temblando de la cabeza a los pies. ¡Jesús! Si me abría la puerta, ¿qué iba a decirle que justificase este tembleque? Como mínimo, parecía que tenía la gripe. Me detuve junto a su puerta. ¿De verdad iba a llamar? ¿Y qué le iba a decir? ¡Si hacía una semana que no le había respondido a un mensaje de WhatsApp!

¡Prohibido pensar! Tomé aire y pulsé el timbre. Esperé treinta segundos. Luego treinta más.

Vale, no estaba, adiós.

Salí pitando con la sensación más grande de alivio que había sentido en mucho tiempo.

Me acerqué al supermercado, como un autómatas echaba cosas en el carrito: leche de iniciación para Valentina, pañales talla 0... y, como siempre, antes de salir, automáticamente añadí algunas cosas para aumentar mi kit de supervivencia del apocalipsis, que iba creciendo cada vez más: una lata de albóndigas, un par de sopas de sobre, unas tiritas, alcohol, espagueti (siempre me ha gustado estar preparado para lo peor).

Salí del súper arrebujándome en mi chaqueta; hacía fresco. Después de todo, estábamos en Madrid a finales de febrero. Noté que me vibraba el móvil: era un WhatsApp de Daniel.

Daniel: *Si os cuesta dormir a Valentina, he leído que con ruido blanco los bebés se quedan como hipnotizados, por lo visto tiene una base científica. Te paso unos enlaces.*

Sonreí. Estaba dispuesto a probar lo que sea para intentar dormir, aunque fuese una hora más. Y, efectivamente, Daniel tenía sus cosas, pero era un encanto, a la vista estaba:

Yo: *Gracias, ¡de verdad!*

Al llegar a mi portal, busqué la llave en el bolsillo mientras aguantaba la pesada bolsa del súper con la otra mano, pero cuando fui a abrir, vi que alguien se me había adelantado. Y me sujetaba la puerta para que entrase

—Hombre, el desaparecido.

Cerré los ojos, esperando que me tragase la tierra. Desafortunadamente, no ocurrió. ¿Por qué siempre tenía tan mala suerte?

—Álex, yo...

Cuando los abrí pude ver su cara de decepción. Negó levemente con la cabeza, chascó la lengua y entró en el edificio después de mí. Nos quedamos en silencio en el portal, esperando el ascensor que bajaba con la lentitud acostumbrada.

—Álex, tengo una explicación.

—No lo dudo, —soltó una larga exhalación—. A ver, no me debes nada, claro, pero el *ghosting* me parece muy desconsiderado. ¿Tanto cuesta decir que estás liado, o que no quieres volver a verme? Por cierto, —, me echó un vistazo de arriba abajo. Debía tener una pinta horrorosa. ¡Mierda! —no habrás estado en Italia, ¿no? Que allí está el virus chino pegando muy fuerte.

—¿Qué? ¿Italia? —Logré mascullar— No, para nada, yo... Lo que ha pasado es que...

El ascensor se abrió y dentro estaba la señora Guzmán

—¡Hola, queridos! ¡Mi pareja favorita del edificio!

Me sonrojé, y creo que Álex también. Estaba guapísimo con un poco de rubor en sus mejillas (cero sorpresas ahí). La señora, con su pelo muy corto teñido de rubio platino (era muy moderna a sus 70 años) salió del ascensor y me agarró del brazo.

—Colombo te echa de menos, querido, pero claro... ¡ahora no tendrás tiempo para visitar a un gato ni a una anciana como yo! A ver si paso yo a veros, estoy deseando conocer a tu bebé, seguro que es preciosa. ¿Cómo se llama? Una semana tiene ya, ¿no?

Se me paró el corazón. ¡Horror! Por el rabillo del ojo pude ver la boca abierta de Álex. Decir que estaba sorprendido era poco.

—Sí, nació hace siete días. —Tragué saliva, tenía la boca seca como una lija— Valentina, se llama Valentina.

—¡Qué bonito, cariño! Bueno, —caminó hacia la puerta—, te dejo, que tendrás cosas que hacer.

Nos guiñó un ojo.

Entré en el ascensor con el corazón como una locomotora. ¿Cómo no había conseguido decirle yo antes a Álex lo que pasaba y se ha tenido que enterar así? Qué catástrofe.

—¿Un bebé? —preguntó Álex—. ¿Has tenido un bebé?

Bueno, al menos había entrado conmigo en el ascensor.

–Es lo que intentaba explicarte...

–No me digas que eres uno de esos tíos casados que no ha salido del armario... eso es ¡tan siglo XX! –Puso los ojos en blanco.

–¡Por supuesto que no estoy casado! –Agarré la bolsa del súper con rabia, como si pudiera darme fuerzas– He tenido un hijo con una amiga. Para criarlo juntos. Por inseminación artificial, –añadí por si quedaba alguna duda.

Se quedó en silencio, mirando a sus pies. ¿Ahora era cuando me mandaba a la mierda?

–Es la amiga que estaba en el hospital la noche que estábamos...que tú y yo... En fin. La niña nació pocas horas después. –Decidí seguir hablando, qué remedio–. Vi tu WhatsApp, pero desde ese momento todo ha sido una completa locura. He dormido cuatro horas cada día. O menos.

Noté cómo el cansancio me cayó encima de repente. Y Álex apoyó la espalda en el ascensor y cruzó los brazos.

–Así que... una hija. –Parecía estar asimilando la información. Frunció el ceño, mirándome con interés.

–¿He dicho que lo siento? Porque lo siento. –Añadí– Estoy tan agotado que no sé ni lo que digo...

–No lo habías dicho, no. –Se quedó callado. Solo siguió observándome. Y reflexionando.

–No te dije nada aquella noche porque...

Levantó la mano para interrumpirme.

–Lo entiendo perfectamente, Samuel. Era solo una cita. Tal vez ni nos hubiéramos vuelto a ver, no tenía mucho sentido que me contases tu vida.

Noté que se abría una rendija de luz en el horizonte.

–Entonces... ¿Estás enfadado? ¿O no? ¿Podemos fingir que no ha pasado nada? O sea, claro que ha pasado, a la vista está. –Señalé mis ojeras– Pero, ¿crees que...?

Tomé aire. Yo era un «bocachancla», como diría mi madre. Sabía que no debía atosigarle a preguntas, ni manifestarle mis dudas, sino guardármelas

para mí y crear un halo de misterio o alguna chorrada de esas que recomendaban los gurús de las relaciones. Pero no me salía. Obvio. Dejé escapar un suspiro.

– Ya sé que la he cagado. ¿Me odias mucho o te sigo gustando un poquito? –Pregunté en completa desesperación. Total, de perdidos al río.

Sucedió entonces lo impensable. Álex acercó su rostro y me besó. Su lengua se enredó con la mía y yo olvidé qué hora era y en qué día estábamos. Mi cuerpo se pegó al suyo y se me cayó la bolsa al suelo. Se apartó de mi boca y me miró con dulzura.

–La verdad es que me gustas un poquito, –dijo, con una media sonrisa sensual–. Eres muy dulce...

¡Sí! Volvimos a comernos la boca y noté su mano en mi entrepierna.

–¿Pero qué coño...? –exclamó una voz, enfadada.

Nos despegamos para ver que don Tomás, el vecino del segundo, había abierto la puerta del ascensor. Nos contempló atónito.

–¡Iros a vuestra casa, joder! –. Y cerró la puerta. Le oímos maldecir mientras subía pesadamente por las escaleras.

Habíamos olvidado apretar el botón y seguíamos en el portal. ¡Qué desastre!

–¿Le hacemos caso? –Me susurró Álex, con la mano junto al botón del cuarto piso. Miré la hora, eran casi las nueve

–Tengo que irme ya a casa –Chasqueé la lengua, contrariado–. Mi madre no se puede quedar más tiempo con la niña.

–Bueno, nos vemos en unos días. Es una cita.

Me guiñó el ojo y apretó el botón. Yo entré en casa con alegría y ánimos para atender a trillizos, cocinar para una boda y desvelar los códigos secretos del lanzamiento de misiles. Y una enorme sonrisa a juego.

–¿De verdad me vas a dejar sola con el bebé? –me preguntó Estela a la mañana siguiente.

–¿Qué? –Tomé un sorbo de café mientras mi mente volaba a los acontecimientos de ayer.

–Que si de verdad me vas a dejar sola con la niña, Samu. Puedo ser un peligro, en serio, ya me conoces.

–¿Cómo?

–Pero ¿qué te pasa, tío, que estás alelado? –Mi amiga me miró de arriba abajo– Tú has follado, cabrón.

Se rio ella sola, mientras yo seguía tomando café, algo avergonzado.

–Entonces me hiciste caso y no le dijiste nada a Álex, ¡bien hecho, amore!

–Sí que se lo dije, bueno, más o menos. El caso es que se enteró. Y no hemos follado, pero nos hemos besado,–me levanté y me puse el abrigo y los guantes.

–¡Pues le debes gustar mucho! –me guiñó un ojo.

–No todo el mundo tiene la aversión que tú tienes a las responsabilidades –Cogí mi mochila; eran las ocho, tenía que salir– Recuerda que dentro de un par de horas hay que cambiarle el pañal. Lo lleva desde las seis y media, cuando se despertó. Quiero decir, cuando *me* despertó.

–¡O sea que te vas y me dejas sola!

–Tengo que ir a trabajar, Estela... Yo no tengo baja maternal.

–Pero...

Suspiré.

–Tienes que ir acostumbrándote, cariño, yo no voy a estar aquí a todas horas –le di un beso en la frente– Por favor, recuerda que me metiste tú en esto. Tú dijiste que sería una aventura... ¡y lo es! Hay muchos momentos preciosos.

–Lo dice el que acaba de tener sexo...

Respiré hondo. Estaba acojonado de dejarla sola con la niña, la verdad. Pero no se lo podía reconocer y sabía que en parte era paranoia

mía. En parte. Porque que ella no estuviese convencida no me tranquilizaba nada.

–Me tengo que ir. Hablamos luego –me colgué la mochila y abrí la puerta– Acuérdate que esta tarde viene la pandilla a visitar a la niña...

–A las seis, sí.

En el trabajo casi se me cerraban los ojos estando de pie. El calorcito de la clase, y el silencio que se forma en cuanto los chicos se pusieron a pelar y cortar patatas muy concentrados, no ayudaba; el chop chop de los cuchillos sobre las tablas parecía arrullarme.

–Con más ritmo –les dije– tra tra, tra tra... Pensad en una canción de Rosalía.

Conseguí que se rieran.

–Venga, vamos a hacer un concurso–Intenté animar la clase un poco, para despertarme yo también– Poneos por parejas. Voy a escribir en unos papelitos recetas que podemos hacer con estas patatas cortadas y las cocinaréis por parejas, ¿vale?

–¡Siii!

Les emocionó, como había imaginado. Los 14 se emparejaron rápidamente, algunos con sus novias o novios reales; otras, con sus amigas, como Elena y Marta. Yo escribí los platos en un folio y los recorté. Se los ofrecí, previamente doblados y colocados en el hueco de mis dos manos.

–¿Y la pareja ganadora que se lleva? –Preguntó Berlín, cogiendo su papelito– Vamos a ganar seguro, tío –Se había emparejado con Mateo, el chico con la mitad del pelo rapado y le dio un codazo.

–A los ganadores... os invitaré a comer conmigo en el restaurante de Masterchef.

–¡Bien! –gritaron algunos.

Pero otros hicieron un mohín:

–¿No íbamos a ir todos a final de curso?

–Humm, la directora no lo tiene claro –les dije, suavizando la negativa rotunda que había recibido de ella– pero hablaré con ella, ¿vale?

Me mató ver sus caritas de decepción. Definitivamente, tenía que hacer algo. Me remangué. Les puse de nuevo a cocinar y salí un momento, a ver si encontraba a Carmen en su despacho. Llamé a la puerta y su voz me alentó a entrar.

–Hola, Carmen.

Estaba enterrada en una marea de papeles. ¿Exámenes cuatrimestrales? ¿Fichas? A saber. No parecía un buen momento, se la veía agobiada y a punto de cabrearse. Aunque Carmen siempre parecía a punto de cabrearse.

–Espero que sea importante –Me dirigió una mirada rápida– No tienes buena cara, Samu. ¿No estarás tomando drogas?

–¿Qué? ¿Cómo? ¡No! –Di un paso atrás del susto– Acabo de ser padre. Lo comenté en el grupo de WhatsApp de profes.

–Ah, eso. ¡No vendrás para que te dé una baja! No tengo hoy el día para tonterías, ¿eh? –dejó caer un montón de papeles en la mesa de un manotazo.

Se me cerró la garganta. Desde luego, no parecía el mejor momento para volver a plantearle algo que ya había rechazado previamente.

–No era eso –Me mordí el labio– Pero puede esperar, ya hablamos otro día que estés más tranquila.

Cuando salí del despacho me sudaban las palmas de las manos. Odiaba las discusiones y los conflictos; siempre fueron la especialidad de Enzo. Pero él ya no estaba ahí para defenderme y sabía que algún día tendría que empezar a comportarme como un adulto completamente funcional; al menos para darle ejemplo a mi hija.

Afortunadamente, ella era aún un bebé y no podía ver cómo escapaba del despacho de la directora con el rabo entre las piernas. Aún no había prisa.

Pero antes o después tendría que pasar.

Cogí una bici del servicio de alquiler, la dejé cerca de mi casa y empecé a caminar cuando escuché los WhatsApp.

Estela: *Chicos, tengo una noticia FANTÁSTICA.*

Daniel: *¿Esta vez sí hace falta el paracaídas?*

Estela: *Nos ha fichado una multinacional. Vamos a grabar un mini lp y quieren movernos en plan a lo grande.*

Inés: *¡Ohhhh! Qué maravilla, estoy muy orgullosa de ti.*

A mí casi se me cayó el móvil al suelo. ¿Eso qué significaba? ¡¿Más conciertos, entrevistas... ¡¿VIAJES?! Oh, dios. Oh, dios. Debía alegrarme por ella, desde luego. Y en cierta forma era así, pero por otro lado estaba aterrorizado. Esto no estaba saliendo como estaba planeado (qué sorpresa, Samu)

Me apareció también una notificación de Twitter en ese momento.

«Los primeros casos de Coronavirus en Madrid».

¡¿Qué?! ¡Había llegado a Madrid! ¿Cómo era posible, no dijo mi madre que...? Y yo con una niña pequeña. Sentí el corazón latiéndome violentamente en el pecho, a punto de romperme una costilla. Respiraba con urgencia. Tuve que apoyarme en la pared de un edificio.

Sabía a dónde iba esto: tuve ataques de pánico y ansiedad en la adolescencia, pero hacía años que no sentía algo así. El torbellino: la preocupación por el bebé; Estela iba a dar un gran salto en su carrera, ¿qué pasaría con la niña?; y ahora... un virus mortal que tenía aterrorizada a China e Italia, ya en Madrid. Todo me daba vueltas. Cerré los ojos.

Tranquilo, Samu. No estás solo. Respira hondo. Tienes a tu madre. Respira hondo. Es enfermera, además. Respira hondo. Tus hermanas son un gran apoyo. Respira hondo, así. Está Enzo, y el resto de la pandilla. Respira hondo una vez más, así, despacio. Tienes tu red de apoyo, pase lo que pase, están ahí.

Y está Álex.

Abrí los ojos; la gente pasaba junto a mí riendo y charlando. Los pájaros piaban en los árboles. Una pareja se besaba. No ocurría nada. Madrid estaba vivo y alegre como siempre.

Eso no iba a cambiar.

Ja.

Qué cachondo es el universo, ¿verdad?

OceanofPDF.com

Capítulo 7

¿Entonces tú también te vas?

–Cuenta, cuenta, ¿fue solo un polvo o varios? ¿Cómo es en la cama? Seguro que divino también, ¿verdad?

–Enzo, qué guarro eres. –Le interrumpió Inés– ¿Cómo fue el primer beso? –Y también me miró expectante.

–¿Vais a quedar otra vez? –Estela aportó su grano de arena al interrogatorio.

Me levanté de un salto.

–¡Pero bueno, solo os falta el foco de luz iluminándome la cara! ¡Habéis venido a ver a Valentina! –Señalé a mi hija, tranquila en el capazo junto a la cocina. Daniel la mecía suavemente.

–Yo ya la he visto unas cuantas veces y siempre está igual. Y con este tema tengo curiosidad... –Enzo podía ser pesadísimo.

Suspiré con fuerza, y finalmente, me rendí.

–Pero, contestando a tu pregunta, fue bien. Bastante bien, la verdad.

–Ohhhhh–Inés me dedicó una sonrisa pánfila.

–A ver si os volvéis a ver –dijo Estela, tomando un sorbo de cerveza.

Me acerqué a Daniel y a la niña, que observaba todo con asombro (¡normal! Con semejante panda de locos...) y la alcé con mucho cuidado, arropándola en su manta. La sostuve en mis brazos. Su boquita se abría y cerraba como la de un pez.

–¿Tienes hambre, cariño? –Cogí el biberón preparado ya junto a ella y se lo acerqué con mimo. Ella lo tomó entre los labios y empezó a comer, haciendo unos ruiditos adorables.

Me volví hacia mi derecha, Daniel estaba a mi lado, observando todo con un vaso de Coca-Cola en la mano. Enzo se acercó con dos botellines: uno para él y otro para mí. Me senté en una silla, apoyando a la niña en mi regazo, y bebí unos sorbos.

—¿A que está adorable con el bebé en brazos? —Mi amigo dio un codazo a Daniel— Es normal que Álex quiera empotrarte, Sammy, se te ve radiante. Y si sale mal, —me guiñó un ojo—, vete a pasear al bebé por el súper, que seguro que te salen ofertas.

Daniel se levantó y se fue con las chicas, así que aproveché que nos quedábamos solos:

— ¿Y tú ahora te vas, dices? —pregunté.

—Sólo es un viaje de trabajo, hombre, —me respondió, encogiéndose de hombros y con su sonrisa más tranquilizadora—, volveré en un par de semanas. Van a abrir una sucursal en Santander y tengo que supervisarlos todo. Además, me puedo ganar el ascenso que me llevan prometiendo año y medio.

Enzo era ejecutivo comercial en una gran empresa de informática, un puesto bastante bien remunerado que había conseguido tras haber estudiado Marketing. Allí podía dar uso tanto a sus dotes organizativas (ya ha quedado claro que le encanta organizar la vida de la gente) como su capacidad de persuasión. Aunque se ganaba bien la vida, parte de su sueldo iba a ayudar a su madre y los estudios de su hermano Fabio.

Me acerqué a las chicas que estaban charlando, con sus cervezas y Daniel, a su lado. Hablaban sobre el famoso coronavirus y los nuevos brotes en nuestro país. Él les ofreció una lista de datos actualizados (que daban un poco de miedo, la verdad. ¡Italia entera estaba confinada por culpa del virus!).

—Deberíamos organizar algo para celebrar el triunfo de Estela, ¿no? ¡Es una discográfica súper importante! Se va a hacer tan famosa como Rosalía —exclamó Inés, con orgullo. Pero a mí se me atragantó la cerveza: no tenía ganas de celebrar algo que podía alejar a mi hija de su madre, la verdad.

Valentina había terminado el biberón y se lo retiré. La niña abrió los ojos y gorjeó:

—Agguuu.

¡Uau! Me derretí de amor.

—¡Casi ha sido una palabra! —Me emocioné.

–Por lo visto –me informó Daniel–, está comprobado que si se les habla mucho a los bebés ellos empiezan a comunicarse antes.

–Ay, mi pequeño Wikipedio– Le dijo Enzo con cariño, pero Daniel no le miró. Glub. Parecía que seguía habiendo cierta tensión entre ellos.

–Pues con el parloteo interminable de Samu, –rio Estela–, seguro que antes del año la niña ya recita poemas de Lorca.

Enzo e Inés se rieron, pero a mí no me hizo gracia. Sentí algo helado en la espalda.

–Es una broma, *amore* –me dijo ella, percatándose de que no me había sentado bien. Y me dio un besito en la nuca. Pero no debía estar yo de humor para bromas.

Quizá intuí algo. Algo raro. Algo que iba a pasar.

Al día siguiente, Valentina me despertó a las siete y cuarto.

Y cuando me levanté a por un biberón...

...Estela no estaba.

Sentí un dolor en el costado, como una puñalada.

Había dejado una nota en la mesa: «Me voy de gira a EE.UU. Te llamaré».

Boom.

Grupo de WhatsApp creado: *Estela se ha ido*

Has añadido a *Enzo* al grupo.

Has añadido a *Alberto* al grupo.

Has añadido a *Inés* al grupo.

Has añadido a *Lucía* al grupo.

Has añadido a *Lorena* al grupo.

Has añadido a *Daniel* al grupo.

Inés: ¿Qué pasa, esto qué es?, ¿quién ha creado este grupo?

Daniel: *Obviamente, Samu.*

Lorena: *¿Estela se ha ido? ¿A dónde?*

Enzo: *Joder, joder, joder*

Inés: *No puede ser, anda ya. Si ayer estaba alegre, soltando broma tras broma... Además, ¿dónde se va a ir?*

Enzo: *Me cago en todo, hostia puta. Es que a esta tía se le va la olla, joder.*

Lucía: *¿Cómo está Samu, btw?*

Lorena: *Conociéndole, estará en medio de un ataque de ansiedad.*

Daniel: *¿Samu tiene ansiedad?*

Inés: *Samu, di algo, ¿necesitas que vaya a verte?*

Samu: *(Ha enviado una imagen)*

Enzo: *¿Eso qué es?*

Daniel: *Obviamente, una nota de Estela, diciendo que se va a EEUU de gira.*

Enzo: *¿Encima se ha ido sin despedirse y le ha dejado UNA NOTA????*

Daniel: *No sé por qué te cabreas precisamente tú, que le ocultaste a Samu que Estela estaba de parto porque «siempre se pone muy nervioso». Hacéis todos lo mismo.*

Lorena: *Esa chica siempre ha odiado los dramas.*

Inés: *¡¡¡¡Samu!!!!*

Lorena: *Samuel Medel, si no contestas le digo a nuestro hermanito que se pase por tu casa. Verás qué divertido cuando Pablo empiece con sus «te lo dije».*

Yo: *Aquí estoy.*

No estaba bien, ¿cómo iba a estar bien? La madre de mi hija se había ido de repente y sin despedirse. Para mí ya era un palo terrible, pero ¿y para la niña? Este trauma se le iba a quedar grabado para siempre, seguro. ¡Pobrecita, por favor!

Entre todos me calmaron y las mellizas me dijeron que mi madre se acercaría en un rato a echarme una mano. Tenía a la niña en mis brazos y le di un par de besitos en sus perfectas mejillas.

—Tranquila, Valentina. Todo saldrá bien.

Pero la cabeza me daba vueltas. No sabía si se lo decía a ella o a mí mismo.

—¡Ay, cariño!

Mi madre cerró la puerta de mi apartamento y se vino derecha a darme un abrazo. Intenté aguantar las lágrimas, pero es que mi madre abraza muy bien. Te envuelve por completo y te hace sentir seguro y a salvo del mundo, como cuando era un niño pequeño.

—Tranquilo, hijo mío. No me esperaba algo así de tu amiga, la verdad. Siempre ha sido un poco atolondrada, pero marcharse... ¡Y sin despedirse!

—Yo tampoco me lo esperaba —respondí, separándome y secándome una lágrima. La liberé, en realidad, para que fuese a donde estaba deseando ir: al capazo a coger a la niña.

—¡Bonita, preciosa, carita de caramelo, cerecita linda, boquita de pomelo!

Los apelativos cariñosos de mi madre lograron sacarme una sonrisa. La primera desde el fatídico descubrimiento de esta mañana.

—¡Y encima el virus! —exclamé, sin poder evitar que mis temores salieran a chorro, como una olla a presión abierta antes de tiempo—. Me dijiste que no había que preocuparse, mamá, y mira, ya hay varios muertos. ¡Muertos!

—Ay, hijo, —se sentó en el sofá acunando a la niña—. Te hablé por mi experiencia anterior, yo no soy viróloga. Pero la verdad es que sí que la cosa pinta un poco peor. De hecho, les he dicho a tus hermanas que no salgan de casa estos días. En Madrid aún no hay muchos casos, pero tu hermana Lucía tiene asma, y eso la hace más vulnerable a virus respiratorios. Es mejor no correr riesgos.

—Mamá, me estas asustando.

—Tú tranquilo, Samu, cariño. No estás en grupo de riesgo para nada, y a los niños parece que casi ni les afecta.

Algo dentro de mí soltó un suspiro de alivio. Ahora regresaba a mi nivel de preocupación normal: la madre de mi hija me ha dejado solo con ella. Pánico, terror, catástrofe. No iba a dormir ni una sola noche, no iba a tener tiempo de comer... ¿y el trabajo? ¿Podía pedir una baja por esto? Ni me acordaba de cuántos días de asuntos propios tenía disponibles. Ay, Jesús.

De todas formas, al final el trabajo no tuvo mucha importancia: ese mismo día la Comunidad de Madrid anunció que se suspendían las clases indefinidamente.

Eso no era bueno.

La semana pasó tranquila -si se puede llamar así a presenciar cómo cada día crecía el número de contagiados por una epidemia de un virus nuevo que había matado ya a miles de personas en Italia y China-. Cada vez que veía las noticias (ya sé, debería haber tenido la tele apagada, pero es que no podía evitar mirar, como cuando se te acerca un león con las fauces abiertas) me entraban taquicardias.

Menos mal que, en cuanto a la niña, de momento iba todo bien. Todas las mañanas vino mi madre, así que yo estaba cansado, pero no agotado; lo normal desde que nació Valentina.

El jueves por la tarde vinieron las mellizas a verme: aproveché para poner un par de lavadoras y tender ropa.

—Dentro de unos minutos habla el presidente, ¿sabéis? —informó Lorena.

—¿Y eso? ¿En el telediario o dónde? —pregunté, despistado, mientras guardaba ropita de la niña en la cómoda de mi cuarto.

—No, no... le habla a todo el país. Como el Rey en Nochebuena.

—¿Cómo? —El corazón me dio un vuelco—. ¿Pasa algo grave?

—Pues... será por la epidemia, digo yo —dijo Lucía, que estaba preparando un biberón—, para informar, ¿no?

Lorena negó con la cabeza: es la empollona de la familia, así que su opinión siempre me interesaba mucho.

—En Twitter la gente está comentando que igual nos van a confinar, como en Italia.

Noté cómo se me aceleraba el pulso.

—Pero, pero... —sentí que no me llegaba el aire a los pulmones.

Entré en el salón, con el corazón en un puño. Eran las 20h. Encendí la tele. Lucía cogió a la niña en brazos y la sostuvo tiernamente, sentada a mi lado. Lorena estaba en la otra punta del salón, en su silla de ruedas, echando un vistazo a las redes sociales con un ojo y a la tele con el otro.

Efectivamente, en la cadena interrumpieron la emisión y dieron paso a Pedro Sánchez. Era un pensamiento frívolo en ese momento, lo sé, pero no pude evitar fijarme en lo guapo que era. Me eché agua en un vaso y tomé un sorbo.

—Buenas tardes, estimados compatriotas —nos dijo desde el televisor— acabo de comunicar al jefe de estado la celebración mañana de un Consejo de ministros extraordinario para decretar el Estado de Alarma en nuestro país durante los próximos 15 días.

Se me derramó el agua en los pantalones, del susto.

—La reunión prevista para mañana —continuó Sánchez, muy serio— tomará un conjunto de decisiones excepcionales, orientadas a movilizar todos los recursos del conjunto del estado para proteger la salud de todos los ciudadanos. Estamos solo en la primera fase de un combate contra el virus que libran todos los países del mundo.

Dios mío, escuchaba y sentía, una vez más, que estaba dentro de una película de ciencia-ficción. ¿Estado de alarma? ¿Combate? ¿Medidas excepcionales?

—Respira, Samu, —mi hermana me apretó la mano—. No será para tanto, ya verás.

—No entiendo nada, ¿qué...qué significa?

—Pues me parece que habla del confinamiento, como en China o Italia, todo el mundo a quedarse en su propia casa —concluyó Lorena—. Están

hablando de ello por Twitter. Como el consejo de ministros lo aprueba mañana, parece que entrará en vigor el sábado a medianoche.

No me lo podía creer. ¡Esto no podía estar pasando! Después de lo de Estela... ¡No era posible! ¿Tenía un bebé, la madre se iba al extranjero y ahora iban a confinar a todos mis amigos en sus casas? ¿Y qué pasaba con las tiendas? ¿Y las farmacias? ¿Y sabe dios qué más?

—Tranquilo, Samu, que te oímos pensar.

—Te oímos enloquecer, —confirmó Lorena.

—Mamá se puede quedar aquí con vosotros dos, —continuó Lucía—, yo puedo apañármelas con Lore en casa. ¿Vale?

—Vale —intenté frenar mi corazón. Dejé a la niña con mis hermanas y me acerqué al baño, pensando que menos mal que en mi almacén para el apocalipsis zombi estaba bien provisto de todo. Aun así, no estaría de más salir a comprar más pañales y leche de fórmula.

Entonces sucedió, por fin, algo bueno:

Álex: Hola, lindo.

¡Un mensaje! Ya era hora. Habían pasado bastantes días, pero, entre la niña y que no quería parecer un desesperado, no le había **dicho nada. Me senté en la tapa del váter para contestarle**, un momento ultra romántico.

Álex: Me apetece verte. Y más con todo lo que está pasando ¿Tienes planes para el mañana por la noche?

Yo: Humm ¿Quedar contigo? :)

Álex: (Risas) Te espero en mi apartamento entonces. ¿A las nueve y media?

Genial. Salí del baño con una sonrisa.

En la tele, toda la mañana del viernes se llenó de noticias y especulaciones sobre el confinamiento. Mascarillas, distancia social de seguridad, cierre de establecimientos de ocio y de muchos comercios, ¡hasta salvoconductos para poder circular o salir durante el toque de queda nocturno!

–El alcalde de Sevilla –dijo el noticiario– ha decidido suspender la Semana Santa, prevista para marzo. Córdoba y Jaén han seguido su ejemplo. Ya son 133 muertos por esta epidemia.

¡133! Una semana antes solo había una decena... Como no quise seguir pegado al televisor poniéndome nervioso, escribí otro mensaje muy diferente. De hecho, lo reescribí cinco veces y al final lo mandé así:

*Estela, por favor. Dime algo. Todavía puedes coger un avión y venirte esta noche o mañana con nosotros.
¡Por favor!*

Mis anteriores mensajes seguían sin marcar como «vistos», así que no tenía mucha confianza en que respondiese. ¡No me podía creer que todo eso estuviese pasando! Ya hacía cuatro días enteros y NO ME LLAMABA NI ME RESPONDÍA A LOS WhatsApp. ¿¿Qué demonios??

No me entendáis mal: yo adoraba a Estela. Había sido mi confidente y uno de mis grandes apoyos durante años, me había aguantado las lloreras por mis rupturas y había probado pacientemente mis platos cuando sabían a betún... y aun así me había animado a seguir con la cocina.

Además, yo sabía que la relación con su madre era, por decirlo suavemente, difícil. Híper estricta e imposible de complacer y con un problema de anorexia nerviosa -o eso pensé yo siempre. Con una insatisfacción perenne que pagaba con quienes tenía cerca. Como su única hija.

O sea, que sabía que la teoría de Inés y Lorena de que Estela «no quería dramas» ni discusiones tenía una base más que creíble, pero, ¿no se daba cuenta Estela de que cuanto más tardase en hablar conmigo más preocupado iba a estar yo y más dura iba a ser la situación? ¿Y más aún para una niña que aún no tenía un mes de vida?

No me lo podía creer.

Menos mal que esa noche, justo el día antes del confinamiento, tenía un plan que iba a alegrar la semana y -esperaba – a darme energías para los 15 días confinados.

Mi madre llegó a las 21'25, muy justa, y tenía la cara sudorosa, como de haber estado corriendo.

—¿Ha pasado algo?

—Nada, cariño, vengo de hablar con unas amigas. Ve y disfruta que ya cojo yo a la niña. ¿Qué has quedado, con Enzo?

Mi madre, con su monotema. ¡Cómo no!

—No, mamá, es otro chico. Un chico nuevo... —me sonrojé un poco.

—¡Huy, pero dime! —Se sentó, dispuesta a escuchar— ¿Cómo se llama? ¿Es guapo? ¿Tiene un buen trabajo? Porque entre aquel actor, y el otro que cuidaba perros para ganarse la vida, muchos de tus novios no son muy...

—Mamá, Germán estudiaba veterinaria, ya te lo dije y eso lo hacía para coger experiencia y... —Miré la hora en el móvil— No tengo tiempo ahora de esto. Y además solo he quedado con Álex un par de veces, no hay mucho que contar.

Le di un beso, repasé mi aspecto en el espejo de la entrada y subí al cuarto piso.

A las 21'30h en punto, Álex, guapísimo con barba de tres días y una gran sonrisa, me abrió la puerta.

—Pasa —me indicó.

Ahora que no estaba tan emocionado como la primera vez que entré, me di cuenta de que su cocina era una fantasía: roja con remaches plateados y una nevera de Smeg que solo había visto en las revistas de decoración y a un precio no apto para los bolsillos del *vulgo*.

—Tienes bastante buen gusto —le dije. Y bastante dinero; pero eso me lo callé.

—Más me vale —se rio por lo bajo— para ser arquitecto el buen gusto es un *must* —Se acercó a mí a pasos lentos.

Me colocó las manos en los brazos y empezó a tirar de mis mangas. ¡Me estaba ayudando a quitarme la chaqueta! Me pareció muy sexy. Me dejé llevar. Estaba nervioso y excitado, pero con un objetivo claro, como Katniss con su arco preparado.

—Me gusta elegir cosas bonitas —continuó Álex, comiéndome con los ojos. ¡Bonito, yo! Enrojecí hasta las pecas.

Nos sentamos en el sofá y me ofreció una copa de vino.

—Qué locura todo lo que está pasando, ¿verdad? —le dije. Yo estaba histérico y no entendía que él se comportase como si no fuese el fin del mundo.

—Sin duda —respondió—. Por eso es mejor aprovechar el momento mientras podamos.

Me mordió el cuello. Me hubiera gustado charlar un poco, pero si el chaval quería desnudarme «a la de ya» tampoco iba a ser yo el que le pusiera obstáculos. Al momento nos estábamos besando y su boca lo inundaba todo. Me pegué a su cuerpo atlético y duro y sentí sus muslos contra los míos. Y algo más. Que iba creciendo. Sus dientes bajaron a mi barbilla y dejé escapar un gemido. ¡Hummm! En algún momento nos desabrochamos el pantalón y nos tocamos mutuamente. Fue enérgico y sensual a la vez.

Pero yo quería sentir su boca de nuevo... la busqué, sin encontrarla. Él me agarró la mano y me dirigió suavemente hasta su cama, sin dejar de mirarme y de darme mordisquitos traviesos. No sabía que tenía ese lado juguetón. Era delicioso.

Nos desnudamos sin mucha parsimonia, y él se detuvo a recoger mi pantalón caído al suelo y colocarlo, doblado con mimo, sobre una silla junto a su ropa. Me hizo gracia que fuese tan meticuloso y me reí, pero él selló mis labios con su boca y luego susurró, cerca de mi oído:

—«El orden es el más hermoso ornamento de una casa», dijo Pitágoras.

Se tiró en la cama y me colocó sobre él, sus ojos me miraban con hambre y yo rabiaba por besarle.

Su cuerpo perfecto era mareante y por un momento fui muy consciente de que yo no tenía esos músculos tan definidos ni el pecho rasurado, ni se me marcaban las venas en los brazos como a él. Pero deseché ese pensamiento: aunque algo bajito, mis parejas y mis ligues no se habían quejado jamás. Y Enzo siempre decía que yo soy bastante más lindo de lo que me creo.

Él ya se estaba extendiendo algo de lubricante. De pronto, con un escalofrío, me di cuenta de algo: el otro día no lo habíamos hecho tan rápido solo porque había poco tiempo... es que a él le gustaba así. Sentí un regusto amargo en el paladar; yo prefiero disfrutar de las caricias, los roces, los besos y todo tipo de preliminares.

Pero tener distintos ritmos no es de las peores cosas que pueden pasar. Él me gustaba, y parecía que yo le gustaba a él, y eso era lo más importante.

—Hoy tengo ganas de ti. Si te apetece... —Me puso a mí el condón y él se giró, dándome la espalda.

Me quedé un poco descolocado. Por un lado, la postura era excitante y rabiaba por estar dentro de él, pero por otro deseaba besarle y así no iba a tener la oportunidad. ¿Debía decírselo? Mi mente empezó a sopesar los pros y los contras, pero él me pegó su trasero y mi miembro decidió por mí.

—Claro que me apetece... —mascullé finalmente, con voz ronca. La visión de ese hombre tan perfecto ofreciéndose para mí era exquisita e irresistible.

Entré en él con cuidado, agarrando su cadera con mis manos, disfrutando cada segundo. Podía notar cómo él estaba excitadísimo, respirando de forma entrecortada. A los pocos minutos, empezó a moverse contra mí, acelerando el ritmo. Cada vez más. Oh, dios, si seguía así yo no iba a durar ni dos minutos. Mierda...

—Voy a llegar —me dijo en un jadeo—, ¿y tú?

—Casi —susurré, deseando que esto no acabara todavía.

Él comenzó tocarse a sí mismo con energía.

—Me voy... —exclamó, y yo me concentré en sus movimientos para llegar al clímax un poco después que él, notando las sacudidas de Álex y perdiéndome en su interior.

Nos tumbamos juntos, exhaustos, y yo inspiré con fuerza para coger aliento tras el esfuerzo, y para oler su cabello. Me quité el condón.

—Esta vez sí llegaste —me guiñó un ojo. Yo me reí suavemente. Le acaricié el pecho y el estómago, y él se dejó hacer. Aproveché que apoyó la cabeza en la almohada, junto a la mía, para besarle. Hasta que una notificación del teléfono le separó de mí.

—Un momento, disculpa...

Se incorporó un poco en la cama y cogió su móvil, que tenía en la mesilla. Escribió un mensaje. ¿Era este el momento para eso? Apreté los dientes. Pero realmente, ¿qué podía decirle? Yo me apoyé en el codo para levantarme y besarle el cuello y... por el rabillo del ojo algo me llamó la atención. El nombre de la persona con la que hablaba:

«*Pedro ex*»

Me aparté, completamente descolocado. Él lo notó y dejó el móvil a su lado.

—Samuel, no sé qué has leído, pero...

Tomé aire. *Calma, Samu.*

—Nada, solo... el nombre —le dije.

—No es lo que parece, de verdad. —Bajó la cabeza y se mordió el labio—. Rompimos no hace mucho y... charlamos de cuando en cuando.

—No somos pareja, no tienes que disculparte —le dije, aunque en realidad sentía que sí. Me dolía, pero tenía derecho a hablar con otros chicos e incluso a quedar con ellos. Pero ¿no había sido un poco feo hablar con él justo ahora?

De pronto, los centímetros que separaban mi piel de la suya se me antojaron kilométricos, una frontera helada entre los dos.

—El momento no ha sido acertado, supongo, lo siento. —Me dio un besito en el hombro y otro en el cuello. Me mordí el labio y él continuó resbalando su boca por mi piel. Sus besos iban haciendo mella; mi shock y mi molestia se fueron ablandando y desapareciendo.

—Eres un encanto, perdona, ha sido muy desconsiderado de mi parte —me dijo finalmente, con un beso largo en la boca—. Te lo compensaré otro día, de verdad.

«Otro día», eso sonaba muy bien.

—¿Te acompaño a tu casa? —Me susurró al oído. La oferta me sorprendió tanto, me pareció un detalle tan caballeroso (¿lo habría hecho porque de

verdad le gustaba o porque se sintió en deuda conmigo por lo del mensaje a su ex?), que acepté enseguida.

Nos vestimos y bajamos a mi piso por las escaleras. Ya abriendo la puerta recordé que seguramente estaría hecho un desastre: justo al entrar, pisé un peluche en el suelo del recibidor que hizo un ruidito: «mic mic». Qué corte. Igualito que su casa inmaculada y preciosa.

—Perdona —le dije a Álex, y lo recogí. Nervioso, abrí el armario empotrado que tengo junto a la puerta de la calle y lo tiré dentro.

—¿Qué es todo eso? —preguntó él. Observó con cara de extrañeza las columnas de latas de comida, sopa de sobre, medicinas, pilas y botellas de agua que se amontonaban unas sobre otras hasta ocupar dos tercios del armario.

—Oh, esto, —solté una risita, ruborizado. ¿Qué podía decirle? No me dio tiempo a inventarme nada, así que se me escapó la verdad—. Es mi almacén de emergencia, por si algún día llega el apocalipsis zombi y nos tenemos que quedar encerrados en casa varias semanas.

—Jajaja... —Se rio en voz muy alta—. El apocalipsis zombi. Qué cosas tienes, Samuel.

En ese momento caí en que podría haberle dicho exactamente lo mismo, pero SIN mencionar a los zombis. Qué tonto. *Bocachancla* hasta la muerte. Eso pondría mi epitafio.

*«Aquí yace Samuel Medel
Bocachancla y soltero.
(Seguramente ambas cosas están relacionadas)»*

—¿Samu? ¿Cariño? —llegó una voz desde el dormitorio.

—¿Mamá?

Álex dio un respingo y un paso hacia atrás. Vaya, no sabía que iba a tener esta reacción. Me volví hacia él: negó suavemente con la cabeza.

—Un momento, quédate con la niña —le dije en voz alta a mi madre. Y ahí mismo, en el recibidor, Álex me dio un beso de despedida y me susurró un «hablamos».

Cuando cerré la puerta de la calle, entré en el salón y fui hacia el dormitorio, donde mi madre hacía compañía a Valentina, que seguía dormida. El corazón me reboseó de algo cálido y dulce. Cuidar de mi hija era agotador, y agradecía las horas de descanso, pero después no podía evitar echarla de menos. ¡Y me daba una pena no haberla dormido esa noche en mis brazos!

Ya en el salón ambos, me abrí una cerveza. Mi madre se sentó en el sofá y me contó qué tal había ido la noche con la niña, que se había despertado llorando un par de veces y ella la había calmado y cuándo le había puesto el último pañal.

—Tengo que decirte algo más.

Mierda, ¿se había echado novio por *Meetic*? ¿¿¿Antes que yo??? Era capaz, con el cachondeo que se traía el universo conmigo últimamente.

—No sé si contabas conmigo para venir aquí a ayudarte a cuidar de la niña durante el confinamiento, cariño. Me imagino que sí, claro, porque es lo que he estado haciendo y normalmente estaría encantada...

¿Normalmente? Mi corazón empezó a latir a toda velocidad.

—...pero no va a poder ser.

—¡¿Cómo?! ¿Qué es lo que pasa? ¿Por qué no puedes...? ¿Es por Lucía y su asma? Ella no tendrá contacto con nosotros esos días.

—No, no, cariño. Es que esto es una emergencia sanitaria, ya has visto. Y yo soy enfermera.

—Eras enfermera. —Puntualicé. ¿Qué me estaba queriendo decir? Me empezaron a sudar las palmas de las manos.

—Las compañeras del hospital han hecho correr la voz. Van a necesitar toda la ayuda que puedan necesitar y yo y otras compañeras jubiladas nos hemos presentado voluntarias para ayudar.

—¡Pero mamá! ¡Eres población de riesgo!

Vi que se puso colorada. La había ofendido.

—No digas tonterías, hijo, tengo solo 65 años y estoy lozana como una manzana. Van a hacer falta muchas manos si los hospitales se colapsan.

Me temblaban las piernas, me dejé caer en el sofá.

—¿Y Lucía?

—No voy a tener contacto con las niñas tampoco. Nos vamos a alquilar un piso entre las cuatro amigas. Es lo que hemos estado haciendo esta tarde.

—Pero... yo... la niña...—Tartamudeé y cerré la boca.

—¡Cariño! —Se rio mi madre. No tenía gracia ninguna, la verdad— ¡Tienes muchos amigos, dile a alguno que venga estos días a hacerte compañía! Y si no hay nadie, no te preocupes... esta etapa en los bebés es la más tranquila de todas. ¡Espérate a que empiece a gatear y a agarrarlo todo con las manos! Ahora todo es comer, llorar y dormir.

—Ya, el problema es dormir yo...—repliqué, con voz temblorosa.

— ¡Esto es una emergencia, cariño! La gente se está muriendo... Habla con Enzo y tus amigos. Todo irá bien. Dame un beso, anda. Te quiero mucho.

La abracé con fuerza. De pronto, pensé en ese hospital lleno de enfermos con un virus mortal.

—No lo hagas, mamá. Tengo un mal presentimiento.

Ella deshizo el abrazo y me dio un sonoro beso en la mejilla.

—Hijo, tú siempre tienes malos presentimientos.

La verdad es que tenía razón, a quién quería engañar.

Cuando mi madre se fue, llamé inmediatamente a Enzo.

—Mi madre no se va a quedar conmigo —Intenté aguantar y no llorar instantáneamente; no habría soportado ahora mismo sus típicos comentarios sobre lo «sensible» que soy.

—¿Cómo? ¿Durante el confinamiento?

Se lo expliqué brevemente.

—Joder, Sammy, tu madre tiene un par. Es una valiente.

Lo sabía, pero, ¿y yo? Me mordí el labio porque no quería sonar egoísta. No sabía si preguntarle, no debería. No quería ponerle en un compromiso, pero... es que se me escapó:

—¿Y tú, volverás mañana?

—Sammy... —Escuché verdadero afecto en su voz, y preocupación— Si pudiera... Sabes lo importante que eres para mí, ¿verdad?

Se me encogió el estómago. Mierda. Eso era un «no». ¿Me iba a quedar solo? ¿Sin Enzo? Casi no me entraba en la cabeza. Siempre habíamos estado juntos, en todos los momentos importantes de nuestras vidas. Noté casi un dolor físico.

Él suspiró largamente.

—Hay muchos tratos que tengo cerrar aquí, visitas a proveedores... Pero hablaré con el jefe y lo voy a intentar, ¿vale? Ya sabes lo que me juego. ¿Y los demás de la pandi? ¡Alguien podría irse a vivir contigo al apartamento! ¡Son solo dos semanas!

—No sé si podrán. —Respiré hondo—. Es un favor muy grande, no debería siquiera pedirlo, me da apuro...

—Sammy, coño, que somos FAMILIA. Mañana lo pondré yo en el grupo de WhatsApp, ¿vale? Y hablaré con mi empresa, a ver si me puedo escapar. Voy a hacer lo que pueda.

Ojalá fuese así; habría deseado que estuviese allí conmigo, sentir su presencia protectora. Su sonrisa, que me decía que todo iba a salir bien... y, cuando él estaba conmigo, normalmente salía bien. O, si salía mal, estando con él no parecía importar tanto.

Cortamos la llamada y yo tenía un nudo en la garganta.

Esa noche no podía conciliar el sueño. La cabeza no dejaba de darme vueltas, aunque sabía que, hasta el día siguiente, que hablase con la pandilla, no podría resolver nada. Pero, aun así, no dejaba de imaginar posibles escenarios. ¿Y si no venía nadie? ¿Y si me pasaba varias noches seguidas casi sin dormir y tenía algún despiste y se me caía la niña al suelo? ¿Y si me ponía enfermo, quién atendería a Valentina?

Notaba un hormigueo persistente en las manos y los pies. Me puse a mirar internet para distraerme (mala idea) y a leer las horribles noticias de cómo iban apareciendo más casos. Revisé además los síntomas del Coronavirus, para tenerlos en cuenta: tos, sobre todo; fiebre alta; garganta dolorida, dificultad respiratoria, cansancio... En Italia continuaba el confinamiento y en las provincias clave acumulaban los ataúdes en almacenes. ¡Dios!

Dormí menos de tres horas.

Al día siguiente, sobre las once de la mañana (apocalipsis o no, seguía siendo sábado y la gente dormía hasta tarde) llegó un mensaje de Enzo al grupo «*Estela se ha ido*».

Enzo: *Chicos, a ver. Samu se va a quedar solo estos días de confinamiento con todo el lío de la niña. A ver quién puede echarle un cable e irse con él estos días, ¡venga! Su familia no puede.*

Me pasé los siguientes minutos mirando el WhatsApp, que solo mostraba a algunos amigos «escribiendo», mientras cambiaba el pañal de la niña.

Alberto: *Por mi parte no puedo; supongo que lo entenderéis, yo tengo mi propio hijo que cuidar. Lo siento, Samu. Pero te llamaré mucho y me cuentas y te ayudaré con consejos, ¿vale?*

Lucía: *Jo, qué rabia tener que quedarme en casa por mi asma esos días. Aunque, de todas formas, tengo que estar aquí con Lorena. Me habría encantado ayudarte con la pequeñina...*

Daniel: *Yo me ofrezco a hacerte recados, Samu. Puedo pasarme a hacerte la compra, bajarte la basura... Guardando la distancia, claro.*

Ya me había imaginado que Alberto y Nuria no iban a poder. Y lo de Daniel era un detallazo, la verdad es que me podía resolver mucho. Les di las gracias. Mi gran esperanza era Inés: después de Enzo y Estela, era con quien tenía más confianza. Pero no contestaba.

Tras darle un biberón a Valentina, decidí escribir un mensaje de agradecimiento.

*Yo: Gracias, chicos. Cualquier ayuda es buena.
Adoro a mi hija y espero que vamos a estar bien,
aunque nos quedemos solos estos días. Y más
con vuestra ayuda. No sé por qué me agobio tanto...*

Enzo: Tú te agobias con todo, pequeño. (risas)

Lorena: Un poco sí, es verdad. LOL

Sonreí tristemente. Tenían razón, todo se me hacía un mundo. Pero seguía teniendo una opresión en el pecho.

Alberto: No es cosa de risa, chicos. Poneos en su lugar. Vosotros cuando termináis de trabajar o de estudiar tenéis unas cuantas horas libres para ver la tele, leer o ¡no hacer nada! Pero él ahora tiene a un bebé que le necesita todo el tiempo, de la mañana a la noche. Cero tiempo libre imaginaos.

Lorena: Jo, es verdad. Perdona.

Lucía: ¡Claro! Los bebés son un trabajo a tiempo completo, insensibles.

Alberto: Y sumad a todo eso lo poco que duermes por las noches. Cuando llevas varias semanas, o meses, con falta de sueño tienes un estrés como si acabaras de volver del campo de batalla.

Daniel: Joder.

Alberto: Cualquier pequeña cosa hace que se te hunda el mundo. Cuando yo llegaba diez minutos tarde del trabajo, Nuria ya se echaba a llorar. Parece exagerado, pero eran diez minutos de descanso que creía que iba a tener y que no tenía... Y cada momento de relax en esta situación es ORO PURO. ¡Y nosotros éramos dos! No me quiero ni imaginar estando solo como tú, Samu.

Se me caían las lágrimas a borbotones.

*Yo: (Carita llorando) Es exactamente así, Alberto.
Gracias por ponerlo en palabras. Pero con
vuestro apoyo espero superar estas dos semanas.
Y si no, a menos nos reímos por aquí.*

Lucía: ¡A lo mejor Inés puede acompañarte! ¡Vamos a ver qué dice!

¡Era verdad! Todavía no había contestado nada. Volví a respirar.

Una hora más tarde, seguía sin dar señales de vida. ¡Qué extraño! Como buenos hijos de nuestra generación, vivíamos con el móvil pegado a la mano. Según WhatsApp, no se había conectado desde el día anterior por la noche. ¿Qué podía pasar? La llamé -el último recurso de un *millenial*-, pero no lo cogía. Vale, ya me estaba preocupando. La llamé otra vez.

—¿Samu? —masculló con voz débil. Y una tos. ¡Una tos!

Horror.

—¿Estás bien? —Le pregunté, con el corazón en un puño.

—Yo... no, la verdad. Me duele todo el cuerpo y creo que tengo fiebre. —
Tosió de nuevo.

—Inés, corre a urgencias al hospital de mi madre. Yo le aviso de que vas.

—¿Qué?

—Creo que tienes Coronavirus.

Durante unas horas, mi cabeza hirvió de preocupación por mi amiga. Tras hacerle unas radiografías, efectivamente, el diagnóstico era Covid 19. Como no estaba muy enferma («solo» tenía 38 grados y medio) y era joven y sin patologías previas (poco probable que llegase a peligrar su vida) la mandaron a casa. Su compañera se había ido hacía días a casa de sus padres. Ahora Inés estaba sola. ¡Y enferma! ¡No me lo quería ni imaginar!

Llegó la tarde y después, la noche; se me pasaron las horas entre pañales, baño de la niña, biberones y lloros. Ese día la niña durmió menos de lo normal: no quería pensar que fuese porque notaba mi nerviosismo... pero probablemente era así, y me sentí muy culpable. ¡La pobre no tenía por qué pasarlo mal porque yo estuviese angustiado!

Varias veces había tenido que mecerla durante más de una hora en brazos y tenía el hombro derecho dolorido; no podía ni levantar el brazo para coger una lata de tomate triturado de uno de los armarios, así que me conformé con cenar un poco de queso.

¿Así iba a ser todo a partir de ahora? Me ahogaba solo de pensarlo.

De pronto, a las diez de la noche, sonó algo en la calle, como lluvia que caía con fuerza, cada vez más. Abrí la puerta del balcón de la cocina: ¡eran aplausos! Lo había leído en internet, esa noche se iba a aplaudir la labor de los sanitarios, que estaban dándolo todo y más. Muchísimas personas habían salido a la ventana o a sus balcones o terrazas, familias enteras, en un aplauso que parecía no tener fin. Yo me acordé de mi madre, y, con el corazón en la garganta, me uní al homenaje. Fue emocionante.

—Buaaaahhh.

—Mierda— Los aplausos habían despertado a Valentina. ¡Con lo que me había costado dormirla! La cogí en brazos de nuevo, le di besos, y la mecí... Y al poco yo también me eché a llorar.

Me sentía fatal, un deshecho humano, por estar preocupado por mí.

¡Había tantas personas pasándolo realmente mal! Mi madre arriesgando su vida. Personas en el hospital, ¡mi amiga Inés, enferma y sola! Y yo estaba sano y tenía a mi niña, un techo sobre mi cabeza y la despensa a reventar de comida.

¡Pero estaba tan exhausto y agobiado! ¿Y las mujeres habían hecho esto ellas solas durante siglos? Debían ser una fuerza de la naturaleza. Yo no sabía si iba a poder salir adelante.

Solo de pensar que la situación se prolongaría varias semanas y que no tendría un descanso, ni siquiera alguien con quien compartir mis temores o un hombro en el que llorar... empecé a sollozar como cuando mi padre me reñía con 13 años. Como cuando Hugo Gavilán y sus compañeros del instituto me llamaban «marica». Como un niño pequeño que se siente abandonado.

Al cabo de un rato, sin embargo, se me pasó un poco el agobio. Dicen que es bueno llorar, liberas endorfinas; algo así había debido pasar. Seguía nervioso, pero podía respirar y mantener la calma. La niña, seguramente contagiada de mi estado de ánimo, dormía plácidamente otra vez.

Eran las once y media.

La coloqué en su cunita y, en el salón, me puse una tila y saqué papel y boli para apuntar ideas: qué comprar, qué hacer, a quién recurrir...

Pero sonó el timbre de la puerta.

El corazón me dio un vuelco. Corrí a abrir. ¿Quién sería? ¿Estela, que habría vuelto? Poco probable. ¿Mi madre, que había cambiado de idea? Seguro, sí, sería ella. ¿Quién más iba a ser? ¿Álex, que me daba una sorpresa y se quedaba conmigo? ¡Ja! Ya me gustaría, pero...

Enzo. Tenía que ser Enzo. Seguro que había logrado escaparse.

Abrí la puerta.

OceanofPDF.com

Capítulo 8

¿Y ese chico que te acompaña?

Abrí la puerta y al otro lado me encontré... a Daniel.

Con sus gafas de pasta, una camiseta de Wonder Woman, la funda de su portátil colgando del hombro y una mochila a la espalda. Carraspeó y, con la mirada baja, dijo:

–He pensado que, como yo puedo teletrabajar, pues, si te parece bien...

No pudo terminar la frase porque me lancé a abrazarle.

¡Qué detalle haber venido! Estaba emocionado. Noté cómo su cuerpo se tensaba por la sorpresa de mi gesto de agradecimiento y me aparté, animándole a entrar.

–No voy a ser de mucha ayuda con el bebé –masculló él, con la mirada baja, ya dentro del salón–. No sé nada del tema, voy a estar más perdido que Sandra Bullock en «Gravity».

–No importa –Estaba tan feliz de ver una cara amiga que se me cayeron un par de lágrimas de nuevo y volví la cabeza para secármelas y que no me viera.

Él dejó las cosas junto al sofá y se sentó, ajustándose las gafas.

–Es que... lo que ha comentado Alberto del estrés y tal me dejó preocupado. A ver en lo que puedo ayudar, ya me irás diciendo –dijo, solícito–. Desde luego, puedo ir a la compra o hacer recados. Limpiar o cocinar...

Me reí.

–El cocinero soy yo, por eso no te preocupes.

–Pero si estás tan cansado... ¿tienes tiempo para meterte en la cocina? – Echó un vistazo al fregadero, donde se acumulaban unos cuantos platos, vasos y varios biberones sucios. Madre mía, qué vergüenza.

La verdad es que ni recordaba cuándo había sido la última vez que me había puesto a disfrutar un cocinado. Como mucho, me hacía una tortilla rápida o me freía un filete mientras veía las noticias en la media hora libre que me dejaba la niña, antes de caer dormido.

—Tienes razón, —sonreí tristemente—. Cualquier ayuda será genial, pero tampoco hace falta que te agotes. ¿Vale?

—Te prometo que si estoy agotado te darás cuenta.

—¿Sí? ¿Y eso?

Me señaló la cara:

—Tendré unas ojeras como las tuyas.

Me miré al espejo. ¡Jesús! Estaba horrible, aparentaba diez años más. Menos mal que quien se había presentado era Daniel y no Álex.

—¿Por qué no te vas a dormir? —dijo él, levantándose—. Aprovecha lo que puedas. Yo recojo aquí un poco...y me preparo el sofá. Era sofá cama, ¿verdad?

—Sí, ¡y es muy cómodo, ya verás! Espera, que te doy unas sábanas y una manta, también tengo una almohada de sobra en mi cama, te la traigo. Y una toalla. Pero no hace falta que limpies la cocina, de verdad, ya lo haré yo mañana en un ratito.

Diez minutos después, dejé a Daniel preparando el sofá cama y me tumbé en la cama vestido.

No solo era cansancio: la tranquilidad de saberme acompañado, aunque solo fuera tener alguien con quien hablar, me relajó de tal modo que, en unos minutos (mientras escuchaba caer el agua en el fregadero) me quedé completamente dormido.

Hasta una hora y media después que me despertó la niña.

Empezaba la rutina de la noche.

Ese primer día de confinamiento, que era domingo, Valentina me despertó a las seis y media de la mañana. Allí aún en la cama con la niña, me pregunté cómo sería la convivencia con Daniel. Nos habían presentado hacía nueve años, pero solo le había conocido como el novio de mi mejor amigo. Y aunque es verdad que habíamos estado a solas muchas veces los dos (comprando un regalo para Enzo, yendo a exposiciones de comics o al

cine, porque a Enzo no le gustaba mucho la fantasía o la ciencia-ficción...), siempre había sido durante poco rato y con un propósito muy concreto.

Pero me caía bien, claro, y sabía que era tranquilo y organizado, dos virtudes que, con un bebé, o en medio una epidemia, eran un regalo del cielo.

Mi mente vagó entonces hacia un problema muy real y presente: mi amiga Inés, sola y enferma. Le escribí un mensaje:

*Yo: Inés, ¿cómo estás? Por favor, ve contándome
estoy muy preocupado. Si empeoras llamo a
mi madre para que vaya a verte.*

Aún no eran las ocho de la mañana, no esperaba que contestara todavía. Ojalá estuviese durmiendo y recuperando fuerzas.

Me acerqué a la ventana dejando a la niña en su cunita un momento: la calle estaba desierta. Parecía que nos encontrábamos en medio de la película *28 días después*, una de mis favoritas de zombis (las otras dos con las que compartía el podio eran *Zombieland* y *Train to Busan*). Me sonó una notificación en el móvil. Era Inés, que me contestaba.

Volví con la niña, que se revolvía buscando mi calor y leí el mensaje de mi amiga:

Inés: Sigo más o menos igual. Un poco menos de fiebre, pero ayer me subió mucho por la tarde. Tengo el cuerpo como si me hubiera atropellado un autobús. Me cuesta hasta ir al baño.

*Yo: ¿Por qué no dejas una copia de tu llave debajo
del felpudo? Si te pones muy mal, así le podría
decir a mi madre que fuese a verte y abriera con ella.*

Inés: Me parece buena idea, Samu, gracias. Lo voy a hacer.

Escuché sonidos en el salón y la cocina; seguramente Daniel ya se había despertado y se estaría poniendo un café. El gorjeo de Valentina me hizo volverme hacia mi hija, que me reclamaba.

—Hola, bonita —le susurré, dándole besitos en las mejillas que ella recibió con agrado, rozándome el rostro con sus manitas diminutas.

Sonreí de felicidad, incluso en la situación en la que nos encontrábamos.

De repente, sonó el teléfono. No tuve ni que mirar: Enzo era el único amigo con quien charlaba regularmente de viva voz. Con él tenía la confianza que ni siquiera tenía con mis hermanas. Puse el manos libres mientras le quitaba el pañal a la niña.

–Al final no pude ir, Sammy, lo siento muchísimo, de verdad, ¿todo bien? ¿Cómo estás de ánimo?

–Bien, bien –respondí–. Con lo de Daniel me he animado bastante, la verdad.

Silencio.

–¿Lo de Daniel? ¿A qué te refieres?

Pude notar un deje detrás de su voz que no me gustaba. Como la pólvora picante junto a unas brasas, a punto de saltar por los aires.

–¿No... no sabes que ha venido a confinarse a mi casa? –Tenía el estómago encogido.

–¿¿Eso ha hecho??

Más chispas. Oh, oh.

–Sí, bueno, él... –titubeé– ...como parece que puede teletrabajar, pues...Yo... pensaba que lo sabías.

–¡Joder, no! ¡No lo sabía! –. La bomba había estallado.

–Enzo, –intenté tranquilizarle. ¡Lo que me faltaba ahora era hacer enfadar a mi mejor amigo! Eso no podía pasar. El corazón se me aceleró–. Daniel es tu novio y entiendo que puedes sentirte incómodo, yo le diré que... ¿Cómo es que no te ha comentado nada? ¿Tan mal estáis?

–¡No sé! ¡Ya no sé nada! –sonó tan afligido que sentí ganas de abrazarle. Aunque ese gesto con él no era buena idea.

–Le digo ahora mismo que se vaya, espera...

–¡No le digas eso, me cago en...! –Resopló–. Es su decisión y... joder, a ti te viene estupendamente. En la casa es muy apañado. Muchas cosas

del *adulthood* se le dan bien.

–La verdad es que sí, creo que anoche fregó, aunque le dije que no lo hiciera, –le conté, más aliviado.

–Típico de él. Le encanta llevar la contraria.

Más tranquilo, le puse el pijamita a Valentina, uno con dibujos de jirafas y leones. Escuché entonces la voz de Daniel que me llamaba desde el salón.

–Tengo que dejarte, Enzo. Yo... habla con él, ¿vale? Odio verte pasándolo mal.

Cogí a la niña en brazos y me acerqué al salón donde me encontré dos bandejas de desayuno preparadas, con su café, su tostada, ya untada y todo, y una magdalena. Uau.

–¡No has debido molestarte! –le dije a Daniel, apurado. ¡Ay, dios, el novio de mi mejor amigo me acababa de preparar el desayuno! No sabía qué pensar; después de la conversación con Enzo, y de enterarme que aún no habían hablado, me sentí raro.

Pero él no pareció darle importancia:

–Tardo lo mismo en poner una tostada que dos, y como dices que no has desayunado en semanas...

–Gracias, Daniel, de verdad. –Respiré. Era cierto que había venido a ayudar y, como él decía, no era para tanto. Me senté y disfruté del pan crujiente con mantequilla en mi boca. Sabía a gloria. Al nivel de los macarons que yo había cocinado en el último cumpleaños de Estela.

Él estaba comiendo también. Ya se había puesto las gafas y volvía a ser el Daniel de siempre, con su camiseta de los X-Men. El más friki de la pandilla. Charlamos un rato sobre cómo organizarnos, cuándo y dónde trabajaría él.

Luego nos pusimos a ver la tele, noticias de la epidemia, hasta que la niña empezó a llorar de nuevo. Me metí en mi dormitorio para no molestar a Daniel (y para que no me viera perder el control y nos abandonara el primer día, las cosas como son).

–Vamos, cariño... papá está aquí, no pasa nada...

¿Y si realmente le pasaba algo malo? ¡Llevaba llorando demasiado tiempo! Comprobé de nuevo el pañal: nada. ¿Comida? No quería. ¿Gases? Quizá era eso. Llamé a Alberto y Nuria, recordando que se habían ofrecido a charlar conmigo. Les conté lo que pasaba, con la voz temblorosa.

–El cólico del lactante –suspiró mi amigo– Otto también lo tuvo. Realmente no se sabe ni la causa, ni por qué o cuándo empieza, ni por qué o cuando acaba.

–Suenan fantástico, –intenté reír, pero estaba acongojado.

–Lo siento, Samu. No sé de nada que se pueda hacer. Intenta dormir cuando ella duerme.

Ay, dios. Si la cosa seguía así con Valentina, Daniel no iba a durar dos semanas. Ni dos días. Me tumbé con la niña en la cama y le canté un par de canciones y, por fin, con «Somewhere only we know», de Keane, se quedó dormida.

La tarde de ese primer día transcurrió más tranquilamente. Estuvimos viendo las noticias. Daniel y yo comentábamos algunas en voz alta y el resto del tiempo él estaba con el móvil o leyendo (después de todo, era domingo) y yo con Valentina, cantándole, meciéndola o entreteniéndola.

Estaba todo el rato en contacto con Inés, que se sentía peor. Mierda. Mierda.

–Le ha subido la fiebre –comenté en voz alta. Me mordí el labio– No sé qué hacer. ¿Qué puedo hacer? Está sola, mierda. Mierda.

Di un beso a mi niña. La cabeza no dejaba de darme vueltas. ¿Y si realmente necesitaba ir al hospital? Oh, dios mío, ¿y si SE MORÍA? Empecé a verla todo negro.

–¿Quieres que me acerque a visitarla y vea cómo está? –sugirió Daniel–. Podría...

–¡No! –exclamé–. Hay que tener mucho cuidado, no se puede tener jamás contacto con un infectado. ¿No has visto las pelis de zombis? Ay,

Jesús.

—Tranquilo, seguro que se te ocurrirá algo. Tú siempre sabes qué hacer —dijo él, y a mí me casi me entró la risa por la ingenua confianza que tenía en mis capacidades. Se ve que me conocía poco, el pobre.

De repente, me levanté del sofá con la niña en mis brazos.

—Voy a llamar a mi madre —miré a Daniel mientras me acercaba al moisés para dejar a Valentina—. ¿Puedes...?

Él abrió exageradamente los ojos:

—¿Cogerla en brazos...? —preguntó, con voz temblorosa.

—¡No! —Me reí con ganas, su cara era un poema—, me refería a que le echaras un vistazo, la voy a dejar tumbada aquí. Avísame si pasa cualquier cosa.

Entré en mi cuarto y tuve que llamar cuatro veces hasta que mi madre por fin me cogió el móvil.

—¿Ha llegado a 39 de fiebre? —me preguntó enseguida sobre Inés. Le dije que no, 38 y medio. Pero se sentía cansadísima y estaba asustada.

—Avísame si sube a 39 o le cuesta mucho respirar. Si no llega a ese punto, en principio no debe ser preocupante, por lo que comentan las compañeras.

—Vale —respondí, un poco más tranquilo—. ¿Tú cómo estás? ¿Ya en el apartamento con tus amigas?

—Sí. Lo de hoy ha sido más bien una toma de contacto. Hijo, se sabe muy poco de este virus...— Suspiró—. Intentad fabricaros algo para taparos la boca con tela y no salgáis sin ello, ¿vale?

Me estremecí:

—Vale. Te quiero, mamá. Cuídate, por favor.

Volví al salón con más preocupación aún. Daniel estaba mirando su móvil, sentado con una Coca-Cola y unos cacahuetes.

—Mascarillas —le dije—. Tenemos que intentar fabricarnos unas.

Daniel no preguntó nada, solo asintió, abrió el portátil y se puso a buscar en Google. Yo cogí a la niña y escribí unos mensajes a Inés. ¡Esperaba que no se pusiera peor!

En ese momento nos sorprendieron los aplausos. Los habían cambiado a las 20 horas porque a las diez despertaban a los niños (como había tenido la ocasión de comprobar el día anterior), así que cogí a Valentina, la arropé con una mantita y la apoyé en mi hombro; salí con ella al balcón, a aplaudir con todas mis fuerzas. Para mi sorpresa, Daniel también se me unió, (aunque no con mi nivel de entusiasmo, claro), asomándose también y contemplando el espectáculo.

Era precioso. Había bastante gente, más que el día anterior. El sonido de unas palmadas más fuertes me llamó la atención y alcé la mirada hacia el cuarto piso. Álex estaba en su balcón, aplaudiendo con lentitud, observándome, a mí y a Daniel.

Le saludé con una sonrisa, que él correspondió. Daniel, siguiendo la dirección de mi rostro, descubrió también a mi *divino* vecino (estaba guapísimo, claro, con una camisa verde y el pelo ligeramente alborotado).

En ese momento, Álex se metió dentro. Nosotros esperamos a que murieran los aplausos durante unos minutos más. Ya camino del salón, oí cómo me llegaba un mensaje de WhatsApp. Coloqué a la niña en el capazo y saqué el móvil:

Álex: *¿Y ese chico que te acompaña?*

Uau. Esto no me lo esperaba.

Parecía... jopé, decididamente parecían ¡celos! Pero no quería emocionarme, sólo nos habíamos enrollado un par de veces. Y, por otro lado, notaba una sensación desagradable también, que no lograba identificar, pero creo que tenía que ver con los mensajes que él había intercambiado con su ex, incluso estando en la cama conmigo.

Redacté diferentes respuestas y al final le mandé esta:

Yo: *Es un amigo, que se va a quedar en casa para echarme una mano durante el confinamiento.*

Para mi sorpresa, enseguida llegó contestación a mi WhatsApp.

Álex: Ah, pensaba que tal vez te veías a la vez con otro chico.

Álex: Como le vi tan lindo y exótico...

Uf, menos mal que Daniel no le estaba oyendo, odiaba que le llamasen exótico. Por supuesto, Álex había vuelto a dejar claro que no estábamos saliendo juntos y, aunque tenía más razón que un santo, eso me entristeció. Suspiré y empecé a escribir una respuesta rápidamente.

Yo: Ya sé que solo hemos quedado un par de veces, pero la verdad es que...

No sabía hasta dónde sincerarme con él. Pero creo que ya habíamos quedado en que yo ese rollo de hombre misterioso, nada de nada.

Yo: ...la verdad es que no suelo estar liado con varios al mismo tiempo.

Yo: Soy hombre de un solo hombre (gif de gatito con lengua fuera)

Álex: Eres muy lindo.

Álex: Ojalá pudieras subir a mi casa. Te metería las manos por debajo de la camiseta y te mordería el vientre hasta que...

La niña empezó a llorar en ese mismo instante. Me disculpé rápidamente con un mensajito a Álex y la cogí en brazos, la mecí, pero no conseguí que se calmara, así que le di el biberón.

—Pequeñita, es hora de dormir...—le canturreé una canción mientras sus deditos se aferraban a mi pulgar. Era maravilloso, pero ¡estaba tan cansado! Arrancaba la rutina de cada noche y yo estaba ya hecho trizas. Cuando se durmió por fin, veinte minutos después, volví a sentarme en los cojines y vi que Álex había continuado el mensaje, con todas las cosas que le gustaría hacerme, y los lugares donde quería tocarme, besarme y acariciarme.

Yo me metí debajo de las sábanas.

Y me quedé dormido.

A las 6:45 a.m., Valentina se despertó definitivamente. Empezaba el segundo día del confinamiento y ese ya era lunes. Y, aunque Daniel tendría que trabajar, ya me encontraba más confiado en que nuestra convivencia podría funcionar tras la experiencia del día anterior. Era un chico majo y relajado, muy atento, con quien se podía hablar de todo. Seguro que no habría problema.

Pero claro, había cosas con las que no contaba.

Y estaba a punto de descubrirlo en los siguientes minutos, al acercarme a la cocina a ponerme un primer café.

Daniel aún dormía en el sofá, y me fijé la mesa estaba llena con sus cosas: el portátil, el Kindle, el móvil, restos Coca-Cola en un vaso, unos cascos, sus gafas de pasta... Conseguí prepararme mi deseado café sin despertarle y empecé a caminar de puntillas a la habitación. En ese momento, Daniel se movió, cambiando de postura; se destapó medio cuerpo, dejando a la vista el pantalón de pijama y

... un tremendo bulto dentro de él.

Uau.

Me tropecé con el dintel de la puerta de mi dormitorio.

—Ouch, —se me escapó. Mierda, mierda.

¡Ay, dios mío! ¡Había visto la «tienda de campaña» del novio de mi mejor amigo! Y no era una de esas tiendas pequeñas, qué va. *Borra eso de tu mente, Samu*, pensé inmediatamente. *De hecho, borra toda la imagen*.

Dicho y hecho: entré en mi dormitorio y cerré la puerta por completo, tomando un sorbo de café. Vale. Noticias, eso necesitaba. Abrí el móvil: las catástrofes me distraerían. Nadie puede acordarse en el pene del novio de un amigo, -que además era algo más grande de lo que uno podría pensar- si estás repasando las cifras de contagiados y muertes de una epidemia mortal.

Menos mal que un conocido olor me llamó la atención: había que cambiar el pañal. Apuré el café. *Vamos allá*.

—Venga, bonita, vamos a dejarte limpia.

Hora y media después decidí salir del dormitorio, sobre todo porque escuché que llamaban al portero automático. ¿Quién sería a estas horas? No eran ni las nueve. Dejé a Valentina en la cunita y salí corriendo.

–Correo –avisó una voz masculina.

Pulsé el botón para abrir. Miré hacia Daniel, que estaba despierto y parecía estar trabajando. Y vestido con sus vaqueros, menos mal. Había dejado media mesa vacía -muy considerado- y todas sus cosas se acumulaban en la mitad derecha.

–¿Tú has pedido algo por correo?

–Ajá –contestó, sin levantar la mirada del ordenador. Parecía muy concentrado trabajando, ya con sus gafas puestas y el pelo negro y lacio cayéndose sobre la frente. Abrí la puerta.

El repartidor salió del ascensor con un paquete de tamaño medio. *Paquete*, pensé. Y se me vino a la cabeza la imagen de Daniel y su... No, no, no. Expulsé ese recuerdo de mi mente mientras el repartidor se acercaba.

–¡La distancia! –le recordé, instándole con un gesto a no acercarse más.

–Es verdad, perdona –El chico dejó el bulto... (¡No! ¡*Bulto*, no! También me recordaba la misma imagen, mierda, mierda). El chico dejó *la caja* cerca del ascensor y sacó su móvil:

–¿Daniel... Daniel Ishikawa González?

–Sí, está ahí– abrí la puerta para que viera a Daniel: un hombre joven de poco más de treinta años, medio japonés, trabajando en el ordenador, sin ninguna erección ni nada de eso.

El repartidor anotó la entrega y tomó el ascensor de nuevo. Rápidamente, recogí la caja del suelo y cerré la puerta. Me preocupé por cosas más mundanas: ¿y si la caja tenía virus?

Daniel se levantó y se colocó a mi lado. Llevaba una camiseta de Bola de Dragón. Abrió la caja y sacó de dentro varios libros.

–¡Acuérdate de tirar todos los envoltorios y lavarte bien las manos! –le recordé, preocupado.

Me hizo caso y solo entonces eché un disimulado vistazo a los libros, por curiosidad.

«Cómo criar bebés sanos y felices», «Todo sobre el bebé», «Eres padre, ¿y ahora qué?», «Dormir sin lágrimas» y «La alimentación del bebé».

—¿Y esto? —le pregunté—. ¿Son para mí?

Se encogió de hombros.

—Si quieres quedártelos, claro, pero en realidad los he comprado para leerlos yo, —se recolocó las gafas—. Me gusta aprender de todo. Así quizá te puedo echar una mano.

Sonreí, agradablemente sorprendido.

—Vaya, es... un detalle. Gracias. No tenías por qué.

Pero Daniel ya volvía a estar en el ordenador.

Volví al dormitorio y cogí el móvil para ver si Inés me había contestado (no lo había hecho) y leí el mensaje que Álex me había mandado la noche anterior.

Álex: Ojalá pudieras subir a mi casa. Te metería las manos por debajo de la camiseta y te mordería el vientre hasta hacerte gemir. Después te montaría a cuatro patas, muy fuerte, con tus manos atadas. ¿Te gustaría?

Joder. Se me había empalmado. Aunque la verdad es no sabía qué contestarle.

Sí, como fantasía era muy sexy. Pero la verdad es que en la vida real a mí todo ese rollo no me va. Ya sé que atarse no es nada del otro mundo, pero me parece, no sé... incómodo. Y a veces hasta duele. Es como follar en la ducha: en las pelis siempre queda divino, pero en la realidad se te clava el grifo en la espalda, tienes frío cuando el agua caliente deja de caerte encima y te pasas la mitad del tiempo intentando no resbalar. Así no hay quien se concentre, y no hablemos ya de alcanzar un orgasmo.

Vale, al acordarme del sexo en la ducha (una vez y no más, gracias) se me había bajado del todo.

Menos mal, porque vi que me estaba llamando Enzo.

—¿Qué tal todo, pequeño?

—Bien. La niña dormida y todo más o menos como siempre, dentro de que estamos en mitad de un apocalipsis y tal, —abrí la ventana y asomé la cabeza para que la niña no se despertara—. Sólo preocupado por Inés, a ver si mejora.

—Seguro que sí, Sammy. Por aquí está todo bastante tranquilo. ¿Y qué tal con Daniel? Sé que pasar unos días con él puede ser bastante... duro.

Duro. Otra vez se me vino a la cabeza la imagen de Daniel y su pen... Fuera, fuera de mi cabeza, pensé. Ya está bien. ¿Pero qué demonios pasaba conmigo?

—¿Hola? —me preguntó mi amigo, ante mi tardanza en responder.

—¿Qué? —balbuceé—. Ah, con Daniel... ejem, todo bien. Esta mañana le han traído unos libros por correo sobre crianza de bebés.

—Oh, mierda, ya te va a llenar la casa de libros. Van a aparecer hasta dentro del lavavajillas. Lo vas a odiar.

—¿Odiar los libros? —Fruncí el ceño, extrañado—. No creo.

De pronto, tuve una revelación: ¿por qué me estaba llamando *a mí*?

—¿Cómo es que tú no sabías ya todo esto? —le pregunté—. ¿No te lo ha contado Daniel?

Silencio. Un carraspeo.

—No... no hemos hablado estos días, la verdad.

—¿Cómo? —Me quedé de piedra. Esto era serio de verdad— Pero, ¿qué os ocurre a vosotros dos?

—No tengo ganas de charlar de eso. Ya se nos pasará, como siempre.

—Me estás preocupando. Primero se va la madre de mi hija, luego llega una epidemia de un virus mortal y ahora vosotros estáis peleados... ¡No gano para sustos, por favor!

—Tú te asustas por todo, pequeño. Es parte de tu encanto. ¿Cómo te fue con tu bombón de vecino? —No me pasó desapercibido cómo cambió de tema rápidamente—. ¿Te lo tiraste entonces antes del sábado noche? ¿Y qué tal? Cuenta, cuenta.

–¡Sí! Fue geniaaal –alargué la «a» de pura emoción; acordándome de aquella noche se me puso la piel de gallina– Aunque luego... Álex me escribió un mensaje, en fin... hablando de tener sexo un poco más salvaje; ya sabes, en plan manos atadas y tal.

–Joder con Álex, en vez de divino es más bien un diablillo. –Se rio a carcajadas–. Parece un tío que merece la pena.

–Ya, sí, pero... Enzo, tú me conoces. A mí todo eso... como que no me va. Y no sé qué decirle para que no piense que soy un aburrido.

–¡Samu, pues dile que sí, coño! ¡Prueba cosas nuevas, que pareces un reprimido! ¡Vive al máximo! ¿Te vas a quedar toda la vida cambiando pañales y viendo películas metido debajo de la mesa camilla?

–Pues... –La perspectiva era atractiva.

–Lánzate y no pienses tanto las cosas.

Me mordí el labio. Tenía una sensación rara en la boca del estómago.

–Seguramente tienes razón. ¿Tú estás bien?

–Bueno... aquí estupendamente, pero mi madre me está cosiendo a llamadas cada dos horas. Y eso que Fabio ha vuelto de Irlanda para quedarse con ella. Así que él me llama también cada rato para quejarse de mi madre. –Suspiró profundamente–. Una puta mierda todo, vamos.

–Lo siento –Me conmovió. Sabía lo dura que era su vida familiar, él siempre teniendo que hacerse cargo de todo–. Ojalá pudiera ayudar. O darte un consejo.

–Yo no necesito de eso, ya lo sabes, Samu, y me las arreglo bien –respondió, súbitamente serio; tragué saliva–. Tú con lo tuyo ya tienes bastante, no te preocupes por mí.

Pero quizá debería haberme preocupado más.

Esa tarde, llamé a Inés para comprobar si estaba mejor: esto no era cosa de un mensaje. Tuve que dejar que sonara hasta el final y llamar de nuevo, pero al fin lo cogió.

–¿Cómo estás, cariño? –le pregunté con angustia.

Ella tosió. Varias veces. ¡Ay, dios mío! Me temía lo peor.

—Más tos, —logró decir—, pero la fiebre sigue igual. Estoy cansadísima.

—Ay, ¡ojalá pudiera ayudarte!

Se me escapó una lágrima mientras charlaba un poco más con ella. Le dije que me llamara o me escribiera si empeoraba. Al colgar, mi corazón latía a toda velocidad, tanto que tuve que ir a la cocina a beber agua, y así lo hice. No dejaba de andar de un lado para otro respirando con fuerza, ante la atenta mirada de Daniel, que estaba terminando de cenar.

—¿Ha pasado algo?

—Nada, no, o sea... —Tragué unos sorbos más de agua para hablar con más calma—. ¡Que Inés está enferma y con fiebre! ¡Y sola! Y no puedo hacer nada. Y nadie puede acercarse a cuidarla por esta maldita... situación ¡y todo se desmorona! ¿Y si se muere? —Ya había cogido carrerilla y no podía parar— Porque podría morirse, ¿sabes? Esta enfermedad es muy puñetera.

Me di cuenta de que estaba esperando que Daniel me dijera algo como: «Qué tontería, no alucines» como haría Enzo, lo cual solía ponerme más nervioso aún, pero él se había quedado callado y simplemente dijo:

—Te entiendo.

Respiré hondo.

—No es probable que le ocurra nada, —añadió Daniel, con la vista de nuevo en su portátil—. Si quieres te busco algunos datos para tranquilizarte.

—No, déjalo —Ya que lo había sacado de dentro, me encontraba algo más relajado. Mi madre y Daniel tenían razón. Había que esperar.

—Ahora bajaré al súper de 24 horas —dijo él— ¿Sabes ya qué quieres comprar?

—Pues...—La niña empezó a gimotear y yo me levanté para mecerla— Ay, lo siento, tenía un papel por ahí en el que empecé a hacer una lista, pero no anoté muchas cosas.

—Ahora lo cojo. Yo también he hecho la mía, he estado buscando en Google lo que nos puede venir bien en esta situación concreta.

—¿Has estado buscando en Google qué se necesita comprar en un supermercado en medio de un confinamiento por culpa de una epidemia viral? —Me reí.

—Sí— respondió, completamente serio.

Definitivamente, era un personaje. Pero estaba aquí para mí y tenía excelentes dotes organizativas. Nos iban a venir estupendamente, seguro.

Ya más tranquilo, me hice una tortilla que comí rápidamente mientras la niña dormía plácidamente en mis brazos y yo veía las noticias, meciéndola suavemente: Por lo visto, el alcalde de Sevilla había decidido suspender la Feria de Abril. ¡Era el apocalipsis, sin duda!

Un buen rato después, Daniel abrió la puerta con la copia que le había dejado de mi llave. Entró en casa con tres bolsas de diferentes comercios en las manos.

—Espera —le dije—. Lávate las manos. Y las llaves.

Él asintió, muy serenamente, dejó que yo cerrase la puerta e hizo lo que le decía. Fue a quitarse la chaqueta.

—La ropa... —Me di cuenta entonces—. Ay, mierda, toda tu ropa puede tener virus.

Depositó a la niña con cariño en el capazo y saqué una bolsa de basura.

—Échala ahí y la ponemos en la lavadora. ¡Y los zapatos!

Daniel se quitó los zapatos y empezó a quitarse los pantalones también.

—¡No! —Volví la cara. Aunque estaba harto de verle en bañador en la piscina e incluso en calzoncillos en casa de Enzo, era el novio de mi amigo; ahora estábamos solos y no era apropiado. Y menos después del espectáculo de su paquete esa mañana.

—Vale —dijo él, rascándose la nuca. ¿Se había puesto colorado? No estaba seguro. Pero solo añadió:

— Sería mejor que me diera una ducha, ¿no? Podría tener algo también en el pelo.

—¡Sí, perfecto! —Sentí un instantáneo alivio.

—Meteré mi ropa en la bolsa. —La cogió de mi mano y entró al baño.

A los diez minutos, él salió del baño con el pelo mojado cayéndole por la frente.

—La puerta del baño no cierra, ¿verdad?

—No. —Suspiré— Es pequeño, y con la bañera-cambiador de la niña...

—¿Sabes lo que he echado en falta? —Fue a sentarse en el sofá, cambiando de tema—. Tendríamos que preparar un bote con alcohol para desinfectarnos cuando salgamos a la calle y toquemos algo. El problema es que en las farmacias no había alcohol, —comentó—, fui a tres distintas.

Me levanté y le hice señas para que me siguiera. En el recibidor, abrí el armario empotrado y Daniel contempló las filas de latas, comida de sobre, legumbres, pasta y elementos de higiene y farmacia que tenía almacenados. En el estante superior, dos botes de agua oxigenada y dos de alcohol. Cogió uno en la mano, asintiendo en silencio. Después, me miró:

—¿Y todo esto...?

—Ya sabes el miedo que tengo del apocalipsis zombi, —me encogí de hombros—. Me gusta estar preparado.

Siguió asintiendo con la cabeza, examinando todo mi pequeño almacén.

—Fantástico. Mis dieces —dijo. Agarró un bote de gel—. Esto también nos va a servir.

Esa tarde, mientras Daniel trabajaba, escuché una notificación de WhatsApp. ¿Sería Álex, insistiendo? ¿Quizá ahora me contaría que tenía un cuarto en su piso con cadenas y látigos en plan Christian Grey?

Abrí el WhatsApp: no era Álex. Tenía un mensaje de Estela.

—¡¿Qué?!

¿Eso significaba que volvía? El corazón me dio un vuelco: eché un vistazo al mensaje en la *preview* de las notificaciones. Empezaba «*Lo siento*» y era muy largo.

Con la respiración agitada, me metí en mi dormitorio con la niña. Eché un vistazo a las redes sociales de Everbliss, el grupo de Estela: habían tocado el día anterior en San Francisco y habían subido fotos y un vídeo.

Vale. No parecía que fuera a volver.

—Mierda, Estela.

El corazón me latía fuertemente. Intenté respirar hondo. Abrí el mensaje:

Estela: Lo siento mucho. No soy muy de disculparme, ya lo sabes porque nos conocemos muy bien. Pero he tenido muchos días para pensar y la banda me ha echado una bronca tremenda. No sé por qué siempre me rodeo de buena gente. Mis músicos deberían ser unos sinvergüenzas, locos por arrancar bragas y clavarle heroína en los ojos, ¡son músicos de rock, coño! Pero no, me tiene que tocar la jodida hermandad de la moral. ¡Ousmane ni siquiera bebe! Esto no es ni medio normal.

Estela: No sé qué me pasó, Samu. A ver, sí lo sé. Borja, nuestro manager, ese que me da cien patadas porque parece que lo mismo vende música que salchichas de Frankfurt, nos ofreció irnos unas semanas a Estados Unidos, donde nos había cerrado un par de conciertos en Seattle y San Francisco y, mientras estábamos aquí, nos conseguiría más y nos prepararía toda una gira.

Estela: Era una oportunidad única en la vida. La oportunidad que casi ningún grupo en nuestro país tiene. Tenía que aprovecharla, pero estabas tú y la niña y... Sabía que se iba a montar una gorda si te lo decía. Ya me conoces, soy... una puñetera cobarde.

Estela: Y bueno, vale, no te voy a engañar. Eso no fue todo. La verdad es que todo el tema de la niña me estaba superando un poco. Es mucha responsabilidad y... Sí, ya sé que he sido un poco egoísta.

Estela: Vale, he sido MUY egoísta.

Estela: Pero también pensé: joder, si yo fuese un tío, ¿a alguien le habría extrañado que aprovechara esta oportunidad de oro en mi carrera? Para nada. Les habría parecido normal. ¿Qué digo? Me hubieran puesto una alfombra roja llena de pétalos de rosa para que me fuese, dejando que «mi mujer» se encargase del niño hasta mi vuelta.

Estela: Pero claro, la mujer soy yo y se supone que tengo que sentir un amor tan irrefrenable por mi hija que me haga sacrificar todo alegremente.

Estela: *Y, a ver, no es que no la quiera, claro que sí, pero... también amo esto. Amo la música. ¿Soy una madre horrible? Seguro que sí.*

Estela: *Siento mucho no haber tenido los ovarios de plantarme delante de ti y decirte todo esto. De verdad. Sé que la he fastidiado a lo grande. Espero que me perdones algún día.*

Estela: *Me imagino que tu madre o tus hermanas estarán contigo. Y sé que entre todos la vais a cuidar de maravilla. Has nacido para esto, amore.*

Estela: *La echo de menos... Mi monita (carita triste). Y a ti también.*

Tenía las mejillas mojadas por los lagrimones.

No podía hablar con ella ahora. No así. No tan pronto. Yo también necesitaba procesar todo, estaba muy molesto. En su mensaje había dicho cosas que eran verdades como puños. Pero también la había cagado nivel dios. Era Estela, ella nunca hacía nada a medias.

Pero lo que era justo era justo: le mandé fotos y vídeos de Valentina. De su monita.

Luego me eché a aprovechar las horas que pudiera de sueño. Sabía que nos esperaban unos días difíciles, pero nunca habría imaginado que la causa no tendría nada que ver con la pandemia ni con la niña. Como siempre, mi maldito don de la oportunidad.

Capítulo 9

¿Eso es un chupetón?

–Los fallecidos ascienden ya a 335 –decía la locutora en la televisión.

Era el día siguiente. Yo estaba en el sofá haciéndole carantoñas a Valentina con el muñequito en forma de rinoceronte azul que le había regalado Alberto, con la tele de fondo. «Soy tu amigo Rino», le decía con voz falsete mientras ella miraba extasiada y yo me reía.

–Tenías razón –me dijo Daniel de pronto, levantando la vista de su portátil donde seguía trabajando–, los contagios van aumentando de forma exponencial.

–He visto muchas películas de virus mortales, –tragué saliva, intentando sonar tranquilo–. De hecho, la mayoría de las pelis de zombis son, en realidad, infectados. Hay que tener un cuidado extremo.

Daniel asintió.

–Por eso te estoy haciendo caso en todo. Tú eres el experto.

Me reí, pero parecía que él hablaba en serio. Era raro ser yo el que fuera marcando la pauta de lo que había que hacer (y más en una situación absurda y sin precedentes como esta, en la que solo me podía basar en películas o series que había visto). Supuse que llevaba demasiados años siendo amigo de Enzo y dejándome guiar por él. O por mis novios.

–Qué extraño –dije en voz alta, al cambiar el pañal a la niña– ya van dos o tres días que no hace caca. No sé si es normal. –Me sentí inquieto. Y con todo lo de la pandemia parecía ridículo preocuparse por las cacas de un bebé, pero...

–Voy a mirar –dijo Daniel, levantándose–. Creo que uno de los libros que he comprado habla de eso.

–Puedo buscarlo en Google –le dije, para que no se molestara.

–Jamás –. Se volvió hacia mí, con el libro ya en la mano–. Nunca busques sobre salud en Google. Una vez tuve un grano en un dedo, lo busqué y el primer resultado que me salió decía: «Se le revienta un grano en un dedo y se muere».

Me reí con ganas y el también, aunque bajito. Me sorprendió ver el lado divertido de Daniel, casi siempre le había visto tan serio...

—Mira, justo aquí. —Se me acercó mientras yo estaba terminando de ponerle la pijamita a Valentina y me enseñó una página del libro—. Parece que es normal en los dos primeros meses que estén dos o tres días sin cag... ejem.

—Sin «*hacer cacota*», —completé, sonriendo—, creo que es el término científico.

Se rio bajito otra vez. Volvió la cabeza hacia otro lado al instante, como si no quisiera que nadie viera ese lado suyo, tan poco habitual.

Cuando cogí a la niña en brazos, en lugar de sentarse para seguir trabajando, Daniel tomó el biberón que yo había dejado sobre la mesa y se volvió a acercar a mí, la cabeza aún gacha.

—¿Y si... —Levantó un momento la mirada—... y si pruebo a cogerla y...? —Señaló el biberón—. Sólo... en fin, sólo si te parece bien. Así podría ayudar un poco más.

Evitó el contacto visual. Caray, sí que era tímido. *Extra* tímido. Hasta para ofrecerse a hacer un favor. Y eso que nos conocíamos desde hacía años. La verdad es que era gracioso.

—Claro, —le sonreí, y solo entonces me miró con confianza. Ahí volvía a estar el Daniel que conocía y que se ajustaba las gafas todo el rato.

—¿Por qué no te sientas? —le propuse, agarrándole yo mismo del brazo y dirigiéndole al sofá— Sostener a la niña te será más sencillo. Y más difícil que se te caiga. —Le guiñé un ojo, bromeando.

Noté que se le ponían las orejas rojas. ¡Dios, qué rubor tan fácil tenía este hombre! Era hasta tierno lo rápidamente que se ponía colorado con cualquier tontería.

Le acerqué a la niña y él la asió con delicadeza, como si fuese de cristal. La colocó en sus brazos y vi cómo intentaba ajustar el ángulo de inclinación: primero con la cabecita de la niña un poco más arriba, luego un poco más abajo, luego arriba otra vez...

—He leído que para conseguir la postura perfecta hay que colocar al bebé en un ángulo de 75 grados, —levantó la vista un momento, apurado—, y estoy intentando calcular...

—Jajajajaja... —La carcajada me salió del alma. Hasta se me escaparon las lágrimas, lo cual fue un alivio, después de tantos días de estrés. No podía ni mirarle a la cara mientras me seguía riendo: me imaginaba que se habría puesto rojo como una cereza. Cuando me tranquilicé, efectivamente, vi que sus mejillas estaban sonrojadas aún.

—Perdona, no me estaba riendo de ti, de verdad —le dije—. Ha sido muy considerado de tu parte intentar buscar la postura perfecta. Pero no es necesario, no es necesario para nada, ya verás.

Parece que mi actitud sincera le calmó y el masculó un «vale», más tranquilo. Me senté a su lado y le cogí los brazos, animándole a que los relajara un poco.

—Mira, deja que la postura te salga natural. Así. Y ahora, —le cogí la muñeca izquierda; me sorprendió ver lo ancha que era, tenía las manos grandes para ser solo un poco más alto que yo—, agarra el biberón y ponlo así... —Le dirigí la mano para llevar el biberón a su boca. La niña lo succionó y empezó a tomar leche.

Le dejé ahí y yo me levanté para llevarle una cerveza, era lo mínimo que podía hacer.

Cogí dos botellines (el mío sin alcohol) y cerré la puerta del frigorífico con el trasero. Desde allí me quedé mirando a Daniel con la niña en brazos. La contemplaba con cariño y nervios, pero sosteniéndola ya con más confianza. Fruncí el ceño un momento. Tenía razón Enzo: sí que un hombre con un bebé resultaba más atractivo. Hum. Pues igual tendría que probar lo de pasearme con ella por el supermercado algún día.

Un rato después, con la niña tranquila en mis brazos, intercambié mensajes con Inés: estaba algo mejor.

Inés: *La fiebre me ha bajado de 38°C y me he sentido con fuerzas hasta para ver «Vacaciones en Roma», de Billy Wilder, pero no con las suficientes para ver alguna de sus últimas películas.*

Me reí. Qué panda de frikis me había buscado como amigos... ¡Los mejores!

Vi en el WhatsApp que el mensaje de Álex con su propuesta de atarme y demás seguía sin contestar. Por alguna razón, no le había respondido lo que mi amigo me había sugerido. Se me ocurrió preguntarle su opinión a Daniel. ¿Por qué no? Llevaba tantos años en una relación como Enzo.

—¿Te puedo preguntar una cosa?

Él estaba friendo unas hamburguesas para cenar y giró la cabeza hacia mí un momento.

—Claro, dime.

—Es... bueno, sobre el chico con el que estoy empezando ahora.

—El guaperas del cuarto piso —masculló con voz ronca, sin mirarme.

—Sí, bueno... —Carraspeé. Le conté lo de su mensaje en plan Christian Grey y cómo había hablado con Enzo.

—¿Y qué te aconsejó? —preguntó Daniel, echando un rápido vistazo en mi dirección.

—¿Enzo? Pues, —ahora aparté yo la mirada—, que le dijera que «adelante» y que probara cosas nuevas.

—O sea, —Daniel dejó caer con fuerza una hamburguesa en un plato—, te aconsejó que le mintieras y que no fueras tú mismo.

—Sí, o sea... ¡Sí! —exclamé, y mi niña me miró con curiosidad. La mecí un poco, dándole un besito—. La verdad es que sí y no le he mandado el mensaje porque no estoy convencido. No creo que me lo vaya a pasar bien.

—Ajá —dijo Daniel, acercándose con una bandeja a su mitad de la mesa y dejando otra para mí. Se sentó— ¿Y para qué me pides mi opinión, si ya tienes claro lo que le quieres decir?

—¿Lo tengo?

—Me lo acabas de decir. Tú siempre sabes qué hacer.

Anda, pues era verdad. Parpadeé. Respiré hondo. Saqué el móvil con dificultad, pues aún sostenía a la niña, y escribí:

*Yo: Álex, la verdad es que eso de atarse no es lo mío.
¿Qué tal unos disfraces, para jugar un poco? (guiñito).*

Continuamos mirando las noticias (todas descorazonadoras, más contagios, más muertes) y casi enseguida me llegó la respuesta.

Álex: ¡Buena idea! ¿Te van los uniformes? (ojos de corazón).

Sonreí. Una enorme sonrisa. Tanto que Daniel me preguntó.

—¿Todo bien?

Asentí. Todo MUY bien.

Aunque esa noche yo estaba alegre y relajado, la niña volvió a llorar mucho antes de dormirse. Intenté de todo, como siempre; estaba agotado y me preocupaba molestar a Daniel, con lo amable y ayudador que estaba siendo. Se durmió finalmente y también yo, solo para despertarme una hora y media después. Y una segunda vez, otra hora después. Ya no quedaba biberón.

Entré en el salón en silencio, para no despertar a Daniel, y, en la cocina americana, preparé más leche de fórmula. Eché un vistazo a Daniel de reojo, para no llevarme una sorpresa como la de la otra mañana: estaba tapado hasta el pecho. Bien.

Me fijé entonces en que se había quedado dormido con las gafas puestas y el libro «La alimentación del bebé» en las manos. Noté una sensación extraña en el pecho: me conmovió.

Me acerqué y le quité las gafas con cuidado y el libro también; lo dejé todo en la mesa. Le tapé del todo y sonreí. La verdad es que había tenido mucha suerte. Ojalá el resto del confinamiento siguiera yendo todo así de bien.

Y así llegamos al viernes: estaba terminando la primera semana de confinamiento y Daniel y yo veíamos un programa especial de la tele dedicado a la pandemia.

Habíamos empezado a organizarnos muy bien. Él le daba el biberón de la noche a Valentina y yo podía cocinar un rato; así disfrutábamos de una buena comida. Ya había preparado ceviche, *risotto* con champiñones, y lasaña de verduras. Menos mal que había hecho un pedido de comida la semana anterior, que nos llegó el martes; ahora los pedidos online en los supermercados estaban colapsados.

Daniel, por su parte, fregaba los platos y limpiaba un poco el baño y la cocina cuando creía que no me daba cuenta. Yo le había insistido en que no lo hiciera; me sentía fatal porque se tomara tantas molestias, pero la verdad es que al mismo tiempo era un alivio tremendo, porque la niña seguía llorando mucho, durmiendo poco y yo seguía agotado. Ya era casi mes y medio a ese ritmo.

Miré el reloj: había quedado a las doce con Álex para ir a hacer la compra al mismo tiempo.

—¿Te importa quedarte un rato con la niña? —le pregunté a Daniel, que seguía trabajando—. Voy a bajar al súper. Tengo que comprar algunas cosas y también para la señora Guzmán.

—Claro, no hay problema —dijo él, acercándose y tomando a la niña de mis brazos.

No le dije nada de Álex, no sé por qué; quizá no me pareció necesario.

—¿Y si la niña llora? —Noté algo de nerviosismo en la voz de Daniel.

—Le miras el pañal, intentas darle biberón y si no es nada de eso, me llamas y la meces hasta que yo vuelva. Le gusta que le canten y a veces solo con eso ya se tranquiliza.

Le di un besito a la niña y me puse la chaqueta y la mascarilla que había fabricado para mí un par de días antes. Notaba el cuerpo en tensión, como en aquel sueño que tuve donde los zombis caminaban por el tejado de mi casa y yo no dejaba de oírlos, sabiéndome rodeado.

Al fin, salí por la puerta y bajé por las escaleras, evitando la trampa mortal del ascensor. La señora Guzmán me había pasado una lista de la compra por WhatsApp, dándome repetidamente las gracias. «En un par de días vendrá a quedarse conmigo una de mis nietas, pero hasta entonces me alegro de poder contar con mis vecinos».

Cuando llegué al recibidor, abrí la puerta con un clínex, con cuidado de no tocar nada. Y justo fuera estaba Álex: el sol le daba directamente en el cabello, haciendo que se viese más rubio. No llevaba mascarilla, me sonrió y le devolví la sonrisa con alegría. Le saludé, chocando los codos, tal como había visto en la tele, lo que nos hizo reír a ambos. Después de lo cerca que habíamos estado, de haberlo tenido dentro de mí, ahora rozarnos por encima de la ropa (de forma nada sexy, además) era un poco triste.

—¿Cómo va todo? —me preguntó, cuando empezamos a andar, manteniendo algo de distancia entre nosotros en la acera.

—¡Bien! Mejor de lo que esperaba —le conté, arrastrando el carrito de la compra tras de mí— Daniel está siendo una gran ayuda, y aunque la niña sigue llorando mucho y durmiendo poco, tengo... —Pude ver en su rostro que en realidad los detalles no le importaban un rábano. ¡Qué tonto! Solo estaba siendo amable— O sea, va bastante bien, ¿y tú? ¿Sigues yendo al estudio?

—He ido un par de días, hemos hecho turnos para estar menos personas allí. Somos seis, normalmente y estos días solo hemos estado tres, cumpliendo la normativa a rajatabla, como debe ser. El resto del tiempo he trabajado desde casa.

—Ajá —le contesté, mientras giramos en la plaza en dirección a mi súper, en silencio. La verdad es que nunca nos habíamos contado mucho el uno sobre el otro; siempre nos habíamos lanzado al cuello casi nada más empezar a hablar, así que, sin poder besarnos ni tocarnos, el silencio se extendió de forma bastante incómoda hasta que llegamos a la puerta del súper.

Había una cola de gente esperando, cinco o seis personas, algunas con mascarillas improvisadas como la mía. El cielo se veía muy azul, sin duda por la ausencia de tráfico, y de repente parecía que Madrid se había llenado de pájaros. A nuestro lado pasó un autobús casi vacío, lo que me provocó un estremecimiento. Todo era extremadamente raro, como si hubiera entrado en un mundo paralelo post-apocalíptico, y, pese a la presencia de Álex a mi lado, la verdad es que me sentí bastante solo.

Levanté la mirada hacia él: me estaba observando con una expresión que no fui capaz de descifrar. Casi parecía ¿cariño? Fue él quien rompió el

silencio:

–Al final te habrá venido bien tu almacén para el...hum...

–...apocalipsis zombi. –Le ayudé a completar, evitando mirarle de pura vergüenza. Álex sonrió.

–Sí, eso. Vi que tenías varios paquetes de papel higiénico, que parece que se han agotado en todas partes. Muy previsor, Samuel.

–Previsión es mi segundo nombre. –Bromeé, un poco más seguro de mí.

–Samuel Previsión Medel. Suena bien. – Me guiñó el ojo.

Y a mí se me erizó el pelo de la nuca. ¡Sabía mi apellido! A ver, que lo habría leído en el buzón, pero me emocionaba igualmente. La cola avanzó y me di cuenta solo porque Álex me empujó suavemente con la mano en mi espalda. Le sonreí y él también, fijando sus ojos grises en los míos. Me cogió de la muñeca. Cerré los ojos, para disfrutar el momento, hasta que nos tocó entrar.

Dentro de la tienda, la dependienta del pelo rojo y el piercing indicaba a la gente que mantuviera la distancia en la caja. Tenía un pañuelo de cuello atado tras la cabeza, tapándole la nariz y la boca. Se la notaba nerviosa.

–Intentemos ir rápido –le dije a Álex–, los espacios cerrados son lo peor para los virus.

–Muy bien –me respondió él, cogiéndome de la mano. El tipo de gesto público que se suele hacer cuando estás con tu pareja. Uau. La compra fue... curiosamente divertida. Teníamos excusas para hablar («¿Te gustan los berberechos?» «¿De verdad necesitas tantas servilletas, vas a dar una fiesta ilegal?») y nos movimos a una buena velocidad por los pasillos. En uno de ellos se puso detrás de mí, me mordió el cuello largamente y yo sentí la excitación inundándome por dentro.

–En la boca no podemos, pero esto...

–Tampoco debemos –le dije, separándome, con todo el dolor de mi corazón. Y de algunas otras partes de mi cuerpo.

Cuando cogí dos bolsas de comida y de arena de gatos, me miró sorprendido:

–¿Tienes gato además de bebé? ¡Qué duro!

–¡Es para la señora Guzmán! Pidió ayuda en el grupo de WhatsApp de la comunidad, ¿no lo leíste?

Negó con la cabeza mientras nos poníamos a la cola para pagar. La chica del pelo rojo seguía nerviosa. Metí todo en bolsas y cuando saqué la tarjeta para pagar, le dije:

–¿Estás bien? ¿No tenéis mascarillas?

–¡Qué va! El dueño dice que nos las va a comprar, pero es que no hay...

En las noticias había visto cómo incluso aviones enteros de material de protección habían desaparecido, seguramente otro país había pagado más dinero por ellos. Era horrible.

–¿Quieres que te haga una como la mía? –Me ofrecí-. Tú estás aquí todo el día, deberías estar protegida. No me cuesta nada y seguro que es mejor que ese pañuelo.

–¿De verdad?

–Claro. Mañana te la traigo.

–Eso ha sido muy amable –me dijo Álex al salir, contemplándome otra vez con una mirada extraña. Como si no me conociera.

Caminamos de nuevo en silencio hasta llegar a nuestro edificio. Él se dirigió al ascensor.

–Me apetece que nos veamos de nuevo, Samuel *Previsión* Medel –susurró–, pero la próxima vez, ojalá en mi casa–. Se metió en el ascensor.

Yo subí a la casa de la señora Guzmán con una sonrisa tan grande que casi se me veían las comisuras de los labios por fuera de la mascarilla.

Antes de entrar en casa, ya pude oír a la niña llorando. Abrí corriendo la puerta. Me encontré a Daniel meciéndola y cantándole: «*You are beautiful, in every single way, words can't bring you down...*»

Y por muy lindo que fuese escuchar a otra persona cantando una preciosa letra de Christina Aguilera a mi hija (con una voz muy dulce, además), la preocupación que sentí fue mayor.

–Ven, pequeñita, aquí está papá... –No importaba lo duro que fuese estar con la niña 24 horas al día: cuando lloraba se despertaba algo dentro de mí, algo primitivo, que rabiaba por consolarla.

Vi que Daniel cogía las bolsas del súper para sacar las cosas.

–No olvides lavarlo todo con agua y jabón –. Al momento de decírselo ya me estaba arrepintiendo. Iba a pensar que estaba como una cabra–. Ya sé que puedo parecer paranoico y exagerado, pero...

–En situaciones como esta, por lo visto está comprobado que ser paranoico es lo que te salva la vida. He leído que un virólogo decía eso en una entrevista–. Daniel se ajustó las gafas.

En ese momento agradecí, no sé por qué, que Daniel no me hubiera conocido tan a fondo cuando el mundo era normal y yo era, igualmente, paranoico y exagerado. Era tan rara la buena opinión que tenía de mí después de todos estos días que sabía que tenía que ser fruto de estas circunstancias tan excepcionales.

Después de mecer y cantar a la niña durante más de media hora, por fin la noté somnolienta: la tumbé con delicadeza a mi lado en el sofá y nos miramos a los ojos. La confianza que ella también parecía tener en mí me abrumó.

–Mi niña bonita... –le susurré. Después le acaricié la tripita como le gustaba hasta que se quedó dormida.

–Samu... –alguien susurraba mi nombre con dulzura. Noté una caricia muy suave en mi cabeza, casi protectora. Era muy agradable. Me quedé esperando que se repitiera y, cuando llegó, disfruté la sensación con los ojos aún cerrados. Me hizo sentir pequeño y querido.

Pero la voz me seguía llamando.

–Samu... Samu, despierta.

Ahora alguien me apretaba la mano. Entreabrí los ojos. Era Daniel, inclinado sobre mí.

Bostecé.

—¿Qué pasa? ¿Cuánto he dormido?

—Más de dos horas.

—¡Uau! ¿Y la niña? —No estaba en mi regazo. ¡No estaba en mi regazo! —
¡¿Y la niña?!

—Tranquilo. —Volvió a apretarme la mano—. La cogí cuando te dormiste y la coloqué en el capazo. Me pareció más seguro.

Mi corazón volvió a su velocidad normal.

—Ha sido una buena idea, perdona.

—Nada que perdonar. —Me soltó la mano—. Entiendo que te hayas asustado. Te he despertado precisamente por Valentina. Algo huele mal.

Me restregué los ojos, aún no estaba completamente despierto. ¿Algo olía mal?

—¡La *cacota*! —grité—. ¡¿Por fin ha cagado?!

—Creo que sí —murmuró él—. No soy ningún experto, pero...

Me incorporé y me acerqué al capazo:

—¡Apesta! —exclamé, con alegría—. ¡Bien!

Corrí con ella al baño. No era muy grande: la ducha, el váter, el lavabo y un armarito debajo. Junto a la puerta estaba la bañera-cambiador, que ocupaba demasiado e impedía cerrar la puerta.

Llevé allí a la niña, ya despierta, que gorjeaba como si sucediera algo muy emocionante. Yo estaba feliz, también. Daniel venía detrás de mí, a contemplar cómo nuestra única preocupación con la niña se iba a esfumar en unos minutos.

Empecé a desabrocharle el pijamita de manga larga a Valentina y debajo noté algo.

—¡Oh, dios mío! —chillé— ¡¡Oh, dios mío!!

—Pero, ¿qué es eso? —preguntó Daniel señalando algo verdoso que cubría toda la espalda del pijamita de la niña.

— ¡Cacota! —expliqué, intentando abrir el pijamita sin mancharme... inútilmente—. ¡¡Toda la caca de una semana ha salido a chorro!! ¡Ay, Jesús!

¡Explosión de caca!

–Tiene hasta en el cuello, Samu, ¡hasta en el cuello! –Señaló Daniel con repugnancia.

Yo no paraba de decir:

–Oh, dios, oh dios, oh, dios... –Me llené todas las manos de mierda–. ¡Tengo caca en todas partes, Daniel!

Y aunque la caca de bebé no tiene nada que ver con la repugnancia de lo que sería en un adulto, aun así, no era precisamente agradable. Tenía el gesto torcido de asco y el estómago revuelto cuando Daniel empezó a ¡reírse a carcajadas!

–No te rías, joder, esto es el HORROR... Un INFIERNO escatológico.

Él seguía riéndose mientras yo tenía todos los dedos manchados; conseguí sacarle por fin todo el pijama a Valentina: estaba de mierda hasta el cuello, nunca mejor dicho. También la barriga.

Ella debió notar algo raro en su tripita porque, con curiosidad, llevó la manita hacia allí y...

–¡iiiiNooooooo!!!! –chillé, histérico. Pero ya era tarde. Con la mano manchada de caca se tocó SU PELO–. ¡Ayúdame, Daniel!!!

–Jajajajajaajaja

Se doblaba sobre sí mismo de la risa.

–Jajajajajajajaja.

–¡Pero no te rías! –Le recriminé–. ¡Serás malvado...!

Por fin, pareció reaccionar y empezó a intentar limpiar el desastre con toallitas... y terminó manchándose también.

–¡Ay! –Fue a rascarse la barbilla, con ese gesto que repetía siempre sin darse cuenta y... –¡¡Nooo!!!!

Ahora el que se reía como un loco era yo.

–¡¡Arghhh!! ¿¡Cómo me quito esto?? Socorro.

–Pues no sé –le respondí, disfrutando como un niño chico–. Yo no te puedo ayudar que estoy peor.

No podía parar de reírme y él se me unió enseguida. Las carcajadas hicieron que se nos saltaran las lágrimas de lo asqueroso y lo ridículo que era todo.

Gastamos unas 20 toallitas hasta quitar toda la mierda de nuestras manos y de la niña (¡Nefasto para el medio ambiente! Pero era una emergencia) y Daniel me ayudó a llenar la bañerita de agua caliente de la ducha para bañarla. Aún se estaba secando las lágrimas de la risa, y me sorprendió darme cuenta de que no recordaba haberle visto nunca reírse de esa manera, tan distendida y espontánea.

Antes de introducir a la niña en el agua, comprobé la temperatura con el codo.

—¿Eso es un prerequisite necesario? —preguntó Daniel, ajustándose las gafas y mirando con interés.

—Ajá. La piel es más sensible en esa zona y así evalúo si el agua está demasiado caliente para la niña. —Metí a Valentina en la bañera, sosteniendo su cabeza con cuidado. Daniel lo contemplaba sonriente.

De pronto, se le congeló la sonrisa. Me señaló el cuello.

—¿Eso es un chupetón? ¿O te has dado un golpe?

Enrojecí violentamente, no sé por qué.

A ver, Álex era mi... ¿rollo, amigovio, follamigo? Bueno, era *mi algo* y Daniel lo sabía de sobra. Pero en ese momento sentí vergüenza y me di cuenta de la razón: él había venido a ayudarme porque yo estaba agobiado con la niña, no a cuidarla para que yo pudiera ver al tío con el que me estaba acostando.

Me sentí fatal.

Dirigí los ojos hacia la niña, echándole agua sobre su cabecita, para responderle:

—Sí, bueno, ehm, al salir me encontré con Álex —lo cual era bastante parecido a la realidad. Seguía ruborizado.

—Ah —dijo Daniel simplemente.

Nos quedamos en silencio mientras yo le echaba agua a Valentina por la cabecita y me resultó tan incómodo que tuve que romperlo con lo primero que se me ocurrió.

—Gracias por el consejo de la otra noche, por cierto. Me ayudó mucho. Creo que cada vez estamos más unidos.

Cuando levanté la mirada él también estaba echándole agua a la niña, con ternura y cuidado.

—Estarás contento, entonces —comentó él, sin mirarme.

Aclaré el pelo de la niña, que chapoteaba con las manos.

—Sí —respondí. Aunque justo en ese momento, contento-contento no estaba. Con lo bien que lo habíamos pasado hace solo unos minutos y ahora... no me gustaba este ambiente raro entre nosotros.

¿Estaría molesto porque yo estaba iniciando una relación y él tenía problemas en la suya? Tendría lógica. Ay, qué poco tacto había tenido yo, luciendo mis chupetones por la casa. ¡Si al menos supiera qué demonios le pasaba con Enzo, podría intentar mediar entre ellos! Pero mi amigo no me había dicho nada y no sabía si preguntarle a Daniel, no tenía tanta confianza.

Pero la cuestión es que tenía curiosidad. Mucha curiosidad. Además, nos estábamos haciendo colegas o algo así, ¿no?

Y, bueno, la verdad es que no pude contenerme:

—Oye... te... ¿te puedo preguntar qué ha pasado entre Enzo y tú?

Se encogió de hombros.

—Es mejor que hables con él —me dijo, finalmente—. Es tu mejor amigo.

Y salió del baño sin dirigirme la mirada una sola vez.

Noté un escalofrío en la espalda. No pintaba muy bien la cosa. Ni entre ellos, ni aquí entre nosotros. Ay, dios. *Pero, Samu, ¿aprenderás algún día a tener la boca cerrada?*

¿Y si se había enfadado y decidía irse a su casa? No quería perderle.

Tragué saliva.

Al día siguiente, Dani seguía allí. Menos mal. Me sorprendió el alivio tan grande que sentí, y más cuando vi que se comportaba con total normalidad: parecía haber olvidado mi metedura de pata del día anterior, así que aproveché para escribir a Enzo.

Yo: *¿Por qué no me cuentas qué os ha pasado a Daniel y a ti?*

Él está MUY raro.

Creo que se ha quedado muy tocado.

Enzo: *¿Daniel, tocado? Anda ya. Es más frío que un paquete de Magnum de doble chocolate.*

Yo: *Es verdad que no es muy expresivo, pero, no sé...*

¿Por qué no me cuentas TÚ qué ha pasado?

¿Os habéis peleado? ¿Habéis ROTO?

Enzo: *Mira... la semana que viene se cumplen los 15 días del confinamiento y ya podremos viajar. Volveré a Madrid y nos vemos. De todas formas, quería hablar contigo.*

Yo: *Joder, cuánto misterio, de verdad.*

¿Por qué no me lo cuentas ya?

Enzo: *Estas cosas son mejor cara a cara.*

Yo: *Pero sabes que es probable que el confinamiento se alargue más días, ¿no? El gobierno puede decidir una prórroga...*

Enzo: *Anda ya, Samu. No me jodas. Eso no va a pasar.*

Y, por supuesto, pasó.

Esa misma tarde el presidente anunció que iba a solicitar una prórroga de 15 días más en el Congreso de los Diputados, con más restricciones aún. Desde que lo leí en Twitter estaba temblando: ¿y si Daniel no quería quedarse 15 días más? ¿Qué iba a hacer? ¿Cómo iba a salir adelante yo solo con la niña?

Por supuesto, entendía perfectamente que quisiera marcharse: todo el jaleo de la niña, la explosión de caca, mis continuas paranoias con el virus (y con todo) y encima, vivir frente a sus narices una relación que comienza mientras la suya estaba en crisis. ¡Jo, claro que lo entendería!

Ya vería cómo apañármelas sin él. Se lo diría así. Bastante favor me había hecho ya.

Me puse a prepararle el biberón a Valentina mientras le hablaba con dulzura:

—La leche templadita para mi niña, que le gusta mucho, ¿verdad?

Ella gorjeó como si me entendiera y a mí se me saltó una lágrima.

Llamaron en ese momento al portero automático. Daniel, que estaba haciendo algo en su ordenador, me dijo en voz alta:

—Abro yo.

Incluso desde el baño (además, porque la puerta no se podía cerrar) escuché que era otro paquete para él. Salí rápidamente, para recordarle a Daniel que lavara con jabón lo que fuese que había llegado, pero llegué tarde: cuando salí, le vi ya en el fregadero, frotando con un estropajo lo que fuese que le hubieran traído.

¡Gracias, universo, por enviarme alguien tan precavido y neurótico como yo en medio de una pandemia!

Me senté en el sofá con Valentina. Daniel se secó las manos y se volvió hacia mí con un tarro metálico.

—¿Qué es? ¿Es para mí?

Negó con la cabeza:

—Para Valentina. Leche hidrolizada.

Fruncí el ceño: literalmente no tenía ni idea de qué demonios era eso.

—¿Leche qué...?

—Es una leche de fórmula sin lactosa. —Se sentó a mi lado y me enseñó la etiqueta— ¿Ves? Es que me han dicho que los cólicos de Valentina, los que la hacen llorar tanto, pueden ser porque sea alérgica a la proteína de leche

de vaca, y si eliminamos la vaca de la ecuación, podría empezar a sentirse mejor. Y tú podrías dormir un poco más.

Tragué saliva. Noté algo tibio que me crecía dentro del pecho, ¿esperanza? ¿agradecimiento?

—¿Te *han dicho*? —pregunté entonces. Me acababa de dar cuenta de ese detalle— ¿Quién?

Daniel se rascó la nuca, cortado, como siempre.

—Me eh... me apunté hace unos días a un grupo de Facebook de madres recientes.

Me reí bajito mientras él seguía con la cabeza gacha a mi lado.

—Eres único, Daniel —Sin pensarlo, le di un beso rápido en el pelo— Muchas gracias, de verdad. Si esto funciona...

—No será inmediato, seguramente tardará en hacer efecto, —levantó por fin la mirada; se le veía satisfecho y, por supuesto, un poco ruborizado—, pero podemos comprobar qué tal va durante las próximas semanas.

—¿Podemos? ¿Tú y yo? ¿Las próximas semanas? ¿En plural? —El corazón empezó a latirme con fuerza.

—Sí —respondió—. ¿No has oído que han prorrogado el confinamiento? Por lo menos tenemos tres semanas más de convivencia.

Suspiré tan sonoramente que hasta Daniel se alarmó.

—¿Estás bien?

Sonreí.

—Estupendamente. Voy a hacer una cena para chuparnos los dedos. ¿Te gustan las costillas de cordero?

No tuvimos que esperar semanas para comprobar si la nueva leche hacía efecto. Tras todo el día tomando de esa leche, al ver las noticias cenando costillas a la miel de romero (tengo que decir que me salieron exquisitas y Daniel se chupó los dedos, literalmente), fruncí el ceño, extrañado.

Miré la hora: eran las nueve y media. De repente, empecé a reírme, pero las lágrimas se me escapaban sin querer. Miré hacia otro lado: tenía miedo de que Daniel huyera despavorido de mi casa con tanto lloro. Y a este paso tendría que salir de aquí en canoa.

—Samu, ¿qué te pasa, estás bien?

—Es que... —Traté de coger aire—. ¿Sabes cuánto tiempo hace que no estoy despierto, sentado, sin hacer nada, a las nueve y media de la noche? ¿Con la niña dormida y sin llorar?

Él sonrió con comprensión.

—¡Gracias! —le dije—. De verdad, no puedo decirte cuánto te... ¡En serio, gracias! Si a partir de ahora tengo un ratito libre cada noche... ¡me habrás salvado la vida!

—No seas exagerado. Solo he salvado una hora de cada noche tu vida. Con suerte, dos.

Me reí.

—Mira, creo que tengo helado en el congelador, ¿lo celebramos con un postre y una peli? —le propuse— Si la niña aguanta sin llorar esas dos horas, claro...

—Vale —respondió, y llevó las sobras de la cena de ambos a la cocina en una bandeja— ¿Qué te apetece?

—Algo agradable, de confort. —Empecé a recorrer las pelis de Netflix— ¡Ya está, «Orgullo y prejuicio»! ¡Es taaaan bonita!

A Daniel se le cayó un vaso al fregadero. Los dos miramos para ver si la niña se despertaba, pero, por suerte, no fue así. Él murmuró, bajito.

—No, esa peli no.

—¿No te gusta? —Me levanté del sofá de un bote—. ¡Sacrilegio!

—Shhhh —Me chistó, meciendo un poco a la niña en el capazo, no fuera a ser que la despertáramos— Es que... —Nos sentamos ambos de nuevo—. Me dan rabia esas pelis.

—¡No puede darte rabia «Orgullo y prejuicio»! —grité en susurros—. Es romántica y adorable. Es Jane Austen, ¡por el amor de dios!

—No es por Jane Austen, es que... —Se mordió el labio— En esas pelis de amor todos son guapísimos y perfectos. Ya sé que lo hacen porque funcionan mejor en taquilla, pero me da rabia. Es como si los feúchos no tuviésemos ninguna oportunidad de vivir una gran historia de amor.

Me quedé en shock.

—¿Cómo que «tuviésemos»? ¿Te estás incluyendo a ti entre esos «feúchos»? —le pregunté, con los ojos como platos—. ¡¡Pero si eres monísimo!!

Vale, eso me salió con más entusiasmo del que había pretendido. Pero es que... Miré su rostro de ángulos finos y elegantes, el pelo negrísimo, sus ojos oscuros y profundos. ¿Feúcho? Mira, de verdad...

Por supuesto, Daniel bajó la mirada inmediatamente y se sonrojó de forma encantadora. O sea, quiero decir que se sonrojó de la forma normal en que alguien se sonroja, vaya.

—A ver, —le dije, al verle tan apurado—, no eres Edward Cullen, pero eres... jo, si hasta Álex se puso celoso cuando te vio en el balcón la otra noche.

—¿Celoso? —Otra vez tenía las mejillas rojas. Lo dicho: muy mono.

—Pues sí, dijo que eras muy lindo y... no te enfades, que eras *exótico*. En fin, ya ves.

—Sí, pero...—continuó él, ahora ya ajustándose las gafas, como siempre—, las personas de esas pelis no son «lindos»: son guapos como modelos de pasarela, de los que la gente se vuelve a mirar por la calle. Y a mí me gustan las historias de personas más reales. Quiero creer que... o sea, normalmente me gusta ver otro tipo de personajes. Nada más.

Resoplé.

—Bueno, como te debo una porque me has salvado la vida con lo de la leche, —le concedí finalmente—, no veremos Orgullo y prejuicio. ¡Qué menos que dejarte elegir a ti! ¿Te apetece una serie, Cobra Kai, por ejemplo? Aún no la he visto.

Asintió. Eché un último vistazo a ver si la niña seguía dormida (¡¡¡milagro, sí!!!), le tapé los piecitos con su mantita con mucho cuidado

(¡qué preciosa y diminuta era!) y preparé dos boles con helado de chocolate a la flor de sal. Pusimos el piloto de la serie. Era divertida. Pronto ambos estábamos disfrutando. Y cuando Johnny Lawrence, uno de los protas, dijo:

–Daniel Larusso, no puedo creer que seas tú.

Me sonreí sin poder evitarlo.

–Me hace gracia que se llame como tú –le dije a Daniel.

Él torció la boca en una sonrisa algo traviesa, que no le conocía.

–Bueno... –dijo, rascándose la nuca, algo turbado–, la cosa es que mi madre era una gran fan de la peli. La vio de jovencita en el cine y...

–¡No me digas! ¿Tu madre te puso el nombre del prota de Karate Kid? –
Solté una carcajada.

–Pues... me parece que sí. –Se sonrió un poco.

–Ostras, eso sería *épico*. Felicítala de mi parte.

–Ya, bueno, –apartó la mirada–. No tengo muy buena relación con ellos, la verdad.

Me quedé estupefacto; no tenía ni idea de que estuviera a malas con sus padres. ¿Se habrían enfadado porque era gay, porque no se licenció en Matemáticas, como su padre, o por Enzo...?

–¿Y eso? –pregunté, muerto de curiosidad.

Se encogió de hombros y volvió a darle a *play* a la serie y no volvió a apartar la vista del televisor. Se le notaba dolido y me quedé con las ganas de saber más. Estaba claro que si quería que fuésemos amigos tendría que buscar la forma de que se abriese un poco; y, quizá así podría ayudarle yo un poco a él y devolverle el favor que me estaba haciendo. Sí, eso haría.

Capítulo 10

¿Te has enrollado alguna vez con Enzo?

Esa siguiente semana, la más dura de la pandemia por el confinamiento estricto, Daniel y yo ya habíamos establecido una rutina y una organización estupendas. Él ahora se animaba a encargarse de la niña más a menudo y gracias a eso, sumado a que Valentina ya no lloraba tanto (¡Dios mío! Daniel era un genio), había vuelto a disfrutar cocinando con regularidad.

Esos días Álex y yo no nos volvimos a ver en la calle, pero él me escribía y quería que tuviéramos sexo por videollamada en WhatsApp.

Álex: Cada vez que te veo en el balcón me entran ganas de estar contigo.

*Yo: ¡A mí también! Pero... Es que
no estoy solo en el piso
¿Y si me pillan Daniel?
Me moriría de vergüenza..*

Álex: No te va a pillar, tonto. Es adulto, sabe que haces cosas de adultos.

*Yo: Y me siento fatal porque él además está
teniendo problemas con su novio,
—que es mi mejor amigo—.
No quiero restregarle
sexo por la cara, la verdad.*

Álex: ¿Tiene problemas con su novio? ¿Y se mete en tu casa? No me parece muy correcto.

*Yo: Si hubieras visto mis mensajes
de desesperación lo entenderías.
Le estoy muy agradecido.
Y a Enzo le pareció bien.*

Tuvimos esa misma conversación, o similar, varias veces. Yo no paraba de darle largas. Además, todavía tenía el resquemor de que se hubiera puesto a mandarse WhatsApp con su ex estando en la cama conmigo. Eso no ayudaba a animarme, la verdad.

También recibí algunos mensajes de Estela, en plan «*Amore, ¿quieres hablar de lo que ha pasado?*» pero aún no podía perdonarla, así que... le daba largas también.

Daniel y yo solíamos ver una serie o una peli antes de irme a dormir a las diez y media, como los abuelitos -porque luego la niña me seguía despertando casi cada hora a lo largo de toda la noche, aunque sin llorar tanto, pero reclamaba biberón o se le caía el chupete, y a las seis o siete de la mañana ya no se volvía a dormir.

La noche que todo cambió, yo estaba cocinando mientras discutíamos sobre la película *Interstellar* que habíamos vuelto a ver el día anterior (por segunda vez, ya que la habíamos visto juntos en el cine con Inés cuando se estrenó).

—Samu, no te puedo explicar otra vez la paradoja temporal —me decía Daniel, mirándome por encima de sus gafas mientras cambiaba el pañal a Valentina.

—Ya lo sé, te decía que me parecía una paradoja cómo todos vemos a Matt Damon como el «malo», —volteé en la sartén la sencilla tortilla de patatas que había estado preparando para esa noche—, cuando probablemente la mitad de la humanidad haría lo mismo en su situación.

—¿Estás defendiendo al personaje de Matt Damon?

—A ver, —me expliqué—, ¿intentar matar a Mathew McCounaghey y a los demás es exagerado? Sí. Sin duda. Pero lo que tuvo que vivir era algo insoportable para cualquier ser humano. ¡Quién sabe lo que haría yo en esa situación!

—Yo lo sé: no harías lo mismo que él, —afirmó Daniel, sin mirarme, vistiendo a la niña con delicadeza— Bueno, quizá mentirías sobre que el planeta era habitable para que vinieran a por ti, pero cuando llegaran les dirías la verdad.

—No sé, —me encogí de hombros—. Tal vez me volviera majara como él y me diera por seguir con la mentira y atacarles para llevarme la nave.

Daniel negó con la cabeza:

—No, ni loco; en esencia eres una buena persona.

Le di la espalda y sonreí; me gustaba que siguiera teniendo buena opinión de mí, incluso después de la debacle de cuando me enrollé con su amigo Juanma por despecho. Coloqué la tortilla en un plato y la llevé a la mesa en una bandeja.

—Ya empieza el telediario—, me cortó, subiendo un poco el volumen.

Coloqué a la niña en el nidito cerca de mí en el sofá, para poder agarrar su manita mientras yo comía rápidamente.

Las noticias no eran NADA buenas.

—Por primera vez hemos subido del umbral de 1.000 fallecidos en las últimas 24 horas a causa de Coronavirus.

Se me atragantó la tortilla.

—Dios. —Respiré con dificultad, sin poder separar la vista de la pantalla. Médicos preocupados aparecieron en pantalla, repitiendo de nuevo las recomendaciones. Fernando Simón hablaba de cómo se estaban redirigiendo enfermos a otros hospitales desde los más atestados y había habido más brotes en residencias de ancianos.

Miré la tortilla con desgana: se me había cerrado el estómago.

Daniel, sin embargo, seguía comiendo y viendo las noticias muy interesado, aunque se percató de mi cambio de actitud y me dirigió una mirada inquisitiva.

—Me siento fatal, Daniel. —Suspiré. Cogí a la niña en brazos.

—Pero... ¿tienes fiebre o algo?

—¡No! Me refiero a que estamos aquí como de vacaciones, viendo pelis, cocinando y la gente ¡se muere de mil en mil! Y ya sé —exclamé, al ver cómo abría la boca, seguramente para señalar lo absurdo de mi lógica—, que no sirve de nada que nos deprimamos, y que esto es lo único que podemos hacer. Es solo que... me sabe mal y...—me mordí el labio, incapaz de continuar.

Daniel me puso la mano en el hombro (tampoco era muy de abrazos, supongo que por eso Enzo y él eran perfectos el uno para el otro).

La niña seguía cogiéndome un dedito y de repente me miró y...

—¿Eso es...? —le señalé el rostro de Valentina, emocionado.

Él asintió, mirándome con los ojos brillantes.

—Te está sonriendo.

—¡Me sonrío! —Yo me reí de la ilusión—. ¡Hola, cariño! —La puse delante de mí y nos miramos embobados, sonriendo ambos. ¡Era tan bonita y dulce! Con este regalo en casa era imposible estar triste mucho tiempo.

Cuando me di cuenta, Daniel nos había hecho una foto. La mandamos al grupo de WhatsApp, que había recuperado la actividad desde que Inés había mejorado, y todo el mundo se emocionó.

Inés: ¡Ohhhh! ¡Qué preciosidad!

Alberto: *Enhorabuena, Samu, está empezando a comunicarse. Prepárate, porque a partir de ahora va a ir aprendiendo cosas nuevas cada poco. Es alucinante.*

Lucía: *¡Mi sobrinita bonita! Se la reenvío a mamá, para alegrarle el día.*

Yo: *Sí, claro. ¡Luego la llamo!*

Enzo: *Está muy linda, Sammy, y tú estás que lo rompes. Con ojeras y todo; se te ve maduro, feliz... no hay nada más sexy. Con eso y tu arte besando, te llevas a quien quieras.*

Yo: *¡Gracias! Ya me dijiste que la paseara por el supermercado si lo de Álex no salía bien, pero... va fenomenal (guiñito)*

Inés: *¡Qué alegría, Samuuuuu! ¿Habéis vuelto a acostaros?*

Yo: *Nooo, solo nos vimos un día en la calle. Pero no para de insistir en que tengamos cibersexo. Y no sé, no me siento cómodo.*

Tarde, como siempre, recordé que en ese grupo de WhatsApp también estaba Daniel y lo estaba leyendo todo. Leyendo que yo a lo mejor tenía cibersexo una noche de estas en una habitación al lado de la suya. Qué bochorno. Mierda. Samu el *bocachancla*, como siempre, metiendo la pata sin fin. Eché un vistazo: estaba mirando el móvil, bastante serio (pero él siempre era serio, o casi siempre), pero al menos no parecía escandalizado.

Lucía: *¿Tienes una foto de Álex, Samu? Algunas queremos cotillear.*

Busqué alguna de las que me había mandado él mismo, una en la que tuviera la camiseta puesta (nop, en todas estaba sin ella), o en la que al menos no se le viera el bulto del paquete (solo había una). La mandé.

Lorena: *¡UAU! Ya te dije que ibas a ligar con un chico guapísimo y fantástico. Parece que acerté.*

Inés: *O sea, Samu... entiendo que te quedes sin palabras cuando estás con él.*

Alberto: *Dice Nuria que quiere ponerlo de póster en su habitación (risas).*

Enzo: *Es un bombón, Sammy, pero es verdad es de una belleza un poco típica, ¿no?*

¡Qué picajoso estaba Enzo! Desde que no le había hecho caso con lo de decir que sí al sexo «bruto» (que sabe perfectamente que no me gusta, es que... ¿por qué se empeña?) ahora Álex no le parecía bien para mí y me mandaba a ligar al súper. No había quien le entendiera, de verdad.

Charlamos un poco más, y, como eran más de las ocho y media, la niña ya tenía sueño. La dormí cantándole en el dormitorio y la dejé allí tranquila mientras me tomaba un té. Daniel estaba trabajando en el ordenador. Ni levantó la vista. Tal vez estaba simplemente concentrado (lo más probable), pero mi cabeza no dejaba de zumbiar: ¿Y si estaba enfadado por lo del cibersexo? Prefería aclararlo:

—Oye, Daniel...

—Dime —musitó, atento a su portátil.

—No, que eso que he dicho del cibersexo con Álex... que no pienso hacerlo, quería que lo supieras. No estoy muy convencido, pero sobre todo no me parece bien, por ti.

—¿Por mí? —Ahora me lanzó un vistazo rápido, súbitamente interesado. Y volvió a teclear.

Yo tomé un sorbo de té.

—Sí, no he pedido a mis amigos que vinieran a ayudarme con la niña para tener tiempo para echar un ciberpolvo. Creo que es feo. Y desconsiderado.

—Me parece que a ti lo que te pasa es que no lo has hecho nunca... —medio sonrió con picardía, el mismo gesto travieso que cuando me dijo lo de Karate Kid. Qué curioso, jamás se lo había visto y de repente ahora no dejaba de hacerlo.

Ahora el que carraspeé fui yo.

—Pues las cosas nuevas no son mi fuerte, es verdad, me conoces bien. Pero también es por ti, de verdad.

—Vale, —se rascó la nuca, dubitativo—. Y ya que estamos hablando de estos temas... ¿te puedo preguntar...

Volví a tomar un sorbo de té mientras él terminaba la frase.

—... si alguna vez te has enrollado con Enzo?

Escupí el té.

—¡¿Qué?! —Empecé a toser.

Él se acercó a darme palmaditas en la espalda. Yo estaba rojo de las toses (y quizá un poco por la pregunta) ¡Ay, dios! ¿Pero por qué...?

—Oye, no me voy a molestar ni nada, —me aclaró—, es solo que él ha dicho en el WhatsApp «el arte que tienes besando» y he deducido, lógicamente, que tenía pruebas empíricas en las que basarse. Sois amigos desde hace casi veinte años, estadísticamente no sería raro que alguna vez...

—¡No! —Tragué saliva— O sea. Yo sé por qué lo ha dicho, pero ¡no es lo que parece! Vale, te lo voy a contar, —aparté la mirada—. Es que me da algo de vergüenza. Sí, nos besamos una vez, con 17 años. ¡Pero no por que quisiéramos enrollarnos!

Él se rascó la barbilla, pensativo:

—No encuentro la lógica, esto es muy confuso.

—No es confuso para nada —aclaré—. ¡Te lo estoy explicando! Déjame un poco, que yo me hago un lío en mi cabeza. —No sé por qué, estaba sudando como un tocino al horno—. Fue en la fiesta de Fin de curso del instituto. Yo

estaba medio enrollado con un chico, Tomás, que me dijo que besaba como un lagarto. –Ahora sí, me puse rojo del todo. Era uno de mis recuerdos más dolorosos.

–Buah, vaya gilipollas.

–A ver... –aclaré, sin poder aún mirarle siquiera a los ojos, de la vergüenza–. Era el primer chico al que besaba, y es verdad que yo no tenía muy claro qué hacer con... la lengua.

–Sigo convencido de que era un gilipollas –repitió Daniel, muy serio.

Tomé aire.

–La cosa es que cuando se lo conté a Enzo, se ofreció a practicar conmigo. Él ya se había enrollado con un chico y, antes incluso con un par de chicas. ¡Era solo para que yo le pillara el truco, simplemente! Ahora beso muchísimo mejor, claro, con un perfecto equilibrio entre lengua, labios y dientes. Y no solo los besos en la boca me salen estupend ...– me corté, ruborizado de nuevo.

¿Qué demonios hacía hablándole de la otra parte del cuerpo donde yo besaba a los hombres? *¡Cállate, Samu! Se te escapa todo por la boca, no tienes filtro.*

Daniel se rio disimuladamente, apartando ahora él la vista.

–Seguro que sí. Perdona por preguntar, era curiosidad.

–Voy a echar un vistazo a la niña, –anuncié.

Y puse distancia entre ambos, un poco cortado. Ya lo que me faltaba era incomodar al amigo que me estaba ayudando con detalles sobre mis felaciones.

Aproveché que la niña seguía dormida y salí al balcón. Eran más de las nueve y todo estaba en silencio. Con el confinamiento total, casi no había tráfico. Sólo escuché la sirena de una ambulancia, a lo lejos. Me acordé de mi madre y la llamé.

–Samu, cariño –me dijo, al contestar a mi llamada–. Gracias por mandar la foto de la niña, está lindísima. ¿Todo bien?

–Muy bien, mamá. ¿Y tú?

—Agotada. —Noté algo en su voz que no me gustó—. Esto es... durísimo. No damos abasto. Es como la guerra.

El corazón se me aceleró.

—¡Mamá! ¿Qué me estás diciendo?

—Los enfermos están abarrotados en los pasillos del hospital. —Se le quebró la voz—. La cafetería se ha convertido en una sala de urgencias. He oído que van a habilitar el Palacio de Hielo como morgue porque los cadáveres ya no caben en ningún lado.

—Joder, mamá. ¡Me estás acojonando!

—*Quiero* acojonarte, cariño. ¡No sabemos nada de esta enfermedad! Algunas compañeras cuentan que ha habido gente que llegaba a urgencias con fiebre y tosiendo, pero aparentemente sin gravedad... Los dejan quince minutos intentando buscarles alguna cama y cuando vuelven están muertos.

Se me heló la sangre en las venas. No podía respirar.

—¿Por qué no vuelves a casa, mamá? —Me temblaba la voz—. No quiero que te pase nada, ¡por favor!

—Cariño, necesitamos todas las manos posibles. No solo para el coronavirus, la gente se sigue rompiendo huesos, teniendo ataques al corazón... Hago falta. Sin mí, puede morir mucha más gente.

—Pero cuídate, prométemelo.

—Te lo prometo. Te quiero, cielo.

—Te quiero. Llámame mañana, ¿vale?

Me quedé simplemente en el balcón del salón, agarrado con fuerza a la barandilla hasta que se me quedaron los nudillos blancos. El aire fresco de la noche me dio un poco de ánimo, pero aun así era incapaz de moverme. Debí estar allí mucho tiempo, porque Daniel se acercó hasta mí.

—¿Está bien tu madre?

Me quedé en silencio. Realmente no sabía qué contestar, apreté los labios; sentía todo el cuerpo tenso y un hormigueo insistente en las manos y los pies. Finalmente, asentí con la cabeza.

Otra sirena de ambulancia a lo lejos. Tragué saliva.

–Esto es horrible, Daniel, mi madre me ha contado cosas... espeluznantes.

Ante su mirada de curiosidad, le di todos los detalles.

–Vaya, realmente los datos no son buenos, es como... el fin del mundo. – Percibí una ligera nota de preocupación en su voz. Eso me asustó más; Daniel solía mantener siempre la calma.

–¿Qué es eso? –le dije, señalando algo que se movía despacio en la oscuridad–. Allí al otro lado de la plaza.

Él se ajustó las gafas y me lanzó una mirada rápida, como sopesando si decírmelo o no:

–Son dos coches fúnebres.

Me quedé paralizado. Y, para colmo, escuchamos otra ambulancia más... Me di cuenta, de repente, de que todo el tráfico que veía desde hace rato eran ambulancias o coches fúnebres. Los hombros se me tensaron hasta hacerme daño y el corazón latió con más fuerza aún.

Pero entonces ocurrió algo peor. La ambulancia entró en la plaza.

–Parece que viene hacia esta calle –masculló Daniel. La gente empezó a asomarse a los balcones.

No solo a esta calle sino a ¡mi edificio! Se detuvo en la puerta.

–Dios mío. –Sin pensar, me agarré al brazo de Daniel. Seguramente le estaba clavando las uñas mientras los operarios salían de la ambulancia, pertrechados contra los virus con bolsas de basura a modo de trajes de protección; era grotesco y daba miedo al mismo tiempo. Entraron en el edificio. Yo cada vez notaba más hormigueo en las manos y los pies, hasta casi llegar a doler.

El corazón me golpeaba tan fuerte que lo sentía retumbando en mis oídos.

Por fin, debajo de nosotros, los del *Samur* salían del edificio con una persona tumbada en una camilla. Asomé la cabeza todo lo que pude por el balcón.

Y la reconocí:

—La señora Guzmán —dejé escapar, con un hilo de voz.

¡La encantadora señora Guzmán, enferma de coronavirus! ¡Tenía 70 años! ¡Podía morirse!

De pronto, noté que me ahogaba. Intentaba respirar, pero el aire no me entraba en los pulmones. Seguía agarrado a Daniel y oía su voz lejana, como en otra dimensión.

—Samu, ¿estás bien? Dime algo.

Los pies y las manos me ardían. ¡Aire! ¡Aire! Se me doblaron las piernas. Tenía espasmos por todo el cuerpo. Intenté asirme a algo, pero, aunque tenía agarrado el brazo de Daniel, caí al suelo porque los músculos no me respondían. Sentí pavor. ¿Era esto lo que se sentía al morirse? No, por favor. No, por favor. Mi niña... quería quedarme con mi niña. Debía ser un ataque al corazón porque algo punzante se me clavaba en el pecho.

—Me muero... —logré balbucear, intentando inspirar algo de oxígeno a duras penas. Cerré los ojos.

De pronto, oí la voz de Daniel muy cerca, muy segura.

—No te mueres.

Y noté algo que me abrazaba los brazos y el pecho, las piernas, todo el cuerpo. Me sentí arropado, protegido por una fuerza desconocida y benévola. ¿Sería esto Dios? ¿Estaba a las puertas del Más Allá?

—No te mueres, Samu. No te voy a dejar solo. Respira.

—¡No pu...edo! —exhalé, en un susurro. Seguía boqueando en busca de aire y con el corazón acelerado, aunque un comienzo de tranquilidad se abría paso por mis venas.

—Sí, puedes. Es porque lo estás haciendo muy rápido. Estás hiperventilando, tomando demasiado oxígeno, tu cuerpo ha perdido el equilibrio con el anhídrido carbónico. Solo tienes que respirar más lentamente. Hazlo conmigo. Inspira... espira. Inspira... espira. Siente mis pulmones. Escucha mi corazón.

Me colocó la cabeza sobre su pecho, de forma que oía un corazón que latía con firmeza y seguridad. Po-pom... Po-pom... Po-pom... Po-pom... Su ritmo era extrañamente contagioso y sereno. Como las olas del océano.

Mi respiración empezó a ir al compás. Era hipnótico. Po-pom... Po-pom... Po-pom...

Noté cómo mis músculos se reblandecían como spaghetti en el agua. Casi no era capaz de moverme. Allí, completamente protegido, me fui relajando. Respiré, por fin.

Abrí los ojos.

Estaba sentado en el suelo. Daniel estaba detrás de mí, abrazándome el cuerpo con mucha fuerza, contorneando, incluso, mis piernas con las suyas. Yo tenía la cabeza apoyada en su pecho.

—¿Estás mejor? —preguntó, con voz vacilante.

Me quedé callado: si le contestaba que sí, me soltaría. Y me di cuenta de que no quería que me soltara: mi corazón se saltó un latido. Mierda.

La situación era súper embarazosa.

Normalmente, mi cabeza se habría puesto a echar humo: el novio de mi mejor amigo me tenía abrazado, Enzo se podía cabrear a lo grande, ¡o toda la pandilla! Porque esto no era ni medio normal. Venía Daniel a ayudarme con la niña y acababa en sus brazos, hablándole de mi pericia con las mamadas y llenándole la cara de mierda de bebé. Suficiente como para volver a hiperventilar.

Pero nada de eso se me pasó por la mente.

Quizá estaba demasiado cansado. O quizá necesitaba un abrazo desde hacía varias semanas. Y ahí se estaba demasiado bien. Me sentía demasiado bien. Tranquilo y seguro. *Ojalá pudiese dormir así toda la noche*, pensé.

Y eso me sacó de mi aturdimiento. ¿Qué estaba haciendo? ¿En qué estaba pensando? ¿Dormir en el pecho de Daniel? Carraspeé. El pobre debía estar deseando soltarme, así que finalmente le respondí.

—Estoy algo mejor, sí.

No me soltó. Aún me sostenía con todas sus fuerzas. Y yo casi me eché a llorar de agradecimiento.

—Lo siento —mascullé, aún con la cabeza en su pecho.

—No te preocupes —me dijo.

—Soy un DESASTRE, —hipé, con la voz trémula—, hacía años que no tenía un ataque de pánico y te ha tocado aguantarlo, lo siento muchísimo.

¿Qué se le estaría pasando a Daniel por la cabeza? Supongo que pensaría que era normal que yo estuviera soltero y que nadie me soportara más de ocho meses. Que vaya papeleta le había tocado. Y estaría pensando en irse. Seguro. Bastante había tenido con todo el jaleo de la niña y ahora... esto.

—No eres un desastre —murmuró, en voz muy baja y noté una sensación agradable y cálida en el pecho. Él siguió—, no tienes que disculparte. Si sufres ansiedad, lo raro es que no te haya dado un ataque antes con todo lo que está pasando. Y desde luego no es culpa tuya.

—¿Y de quién es la culpa? —No pude evitar preguntar, incorporándome un poco. Él, por fin, aflojó los brazos. «¡No!», gritó una vocecita dentro de mí. Pero tuve que ignorarla. Mierda.

—La ansiedad no es culpa tuya. Tienes que dejar de pensar en eso, ¿vale? Mira yo... —suspiró—, sé de lo que hablo.

Me separé ya un poco de él, quedamos ambos sentados en el suelo frente a frente.

—¿Has tenido ansiedad? —pregunté, y súbitamente lo entendí todo—. ¡Por eso sabías qué hacer con un ataque de pánico!

—No, no, —negó con la cabeza—. Eso lo he visto en la tele. En la serie *The Newsroom* había un episodio en el que a una chica le daba un ataque y hacían esto para calmarla. Lo mío fue... —apartó la vista, incómodo—, depresión. Hace muchos años, después de lo que pasó en mi casa y en el instituto.

Percibí su dolor en el ángulo ligeramente curvado de su boca, en la sombra que cubrió sus ojos. Y vi lo mucho que le costaba contarle. Diantres, ¡le conocía desde hacía nueve años y no tenía NI IDEA de lo que estaba hablando! ¿Qué demonios pasó en su casa? ¿Y en el instituto? La boca me ardía de ganas de preguntárselo, pero él obviamente no estaba cómodo.

—¿Quieres hablar de ello? —pregunté, educadamente.

—No. —Se levantó, dejándome con la curiosidad hambrienta—. Mejor vamos a usar tu método, una *comfort movie*. —Me dio la mano para que me levantara yo también y noté un cosquilleo al tocarle; seguramente, un recuerdo del hormigueo del ataque de pánico.

Él siguió hablando:

— Y, como lo has pasado tan mal, podemos ver... Orgullo y prejuicio.

—¡¿En serio?! ¡Sííí! —Sonreí y puse ambas manos sobre mi corazón, emocionado—. ¡Te va a encantar!

—Ya la he visto, solo era que la otra noche no me apetecía volver a verla, pero hoy es tu día.

—Jamás entenderé por qué no quieres volver a ver una película tan tierna y tan maravillosa. ¡Con el señor Darcy! ¡Y la encantadora Lizzy y...! —Ya me estaba emocionando—. Voy a ver si la niña sigue dormida.

—Yo llevo algo de picar.

Diez minutos después, estábamos sentados en el sofá tomando algo de bizcocho con chocolate y fresas que había cocinado yo el día anterior y unas palomitas. Y en la tele, Lizzy Bennet estaba conociendo al sr Darcy en el baile de la asamblea.

A medida que la película avanzaba, iba mirando de reojo a Daniel, para ver su reacción. Pero su rostro era imperturbable. La preciosa escena de la mano llegó... y nada. Él no movió ni una ceja.

—¿No te parece atractivo el sr Darcy? —pregunté, como quien no quiere la cosa.

Se encogió de hombros.

—No sé, es un tipo un poco serio.

Tenía sentido; siendo él bastante serio también (aunque estaba descubriendo que no tanto como yo había pensado) era lógico que le atrajera alguien muy diferente.

—Pero está para mojar pan, también te digo —añadió, en una voz sin tono.

—¡Y tanto! —Me reí bajito.

Llegó el momento en el que Bingley se marcha de Netherfield Park, la visita de Elizabeth a su amiga Charlotte y, finalmente, el momento cumbre: la declaración de Darcy, mojado por la lluvia y con esos ojos tan dulces y el rechazo de Lizzy, aunque ambos se desean locamente y están a punto de besarse... Se me escapó un lagrimón sin disimulo ninguno, como siempre que la veía.

Miré hacia Daniel y... ¡vi que se secaba una lágrima!

—¿Pero... eso qué es? —señalé su mejilla, con una mezcla de emoción y diversión.

—Nada, se me ha metido algo en el ojo —dijo él, pero no podía ocultar una medio sonrisa.

—Daniel Ishikawa González —le dije, con la boca abierta, sorprendido pero feliz por el descubrimiento— ¡Eres un romántico!

Él se sonrojó, con la vista clavada en el televisor, pero no contestó. ¡Quien calla otorga! Nunca lo habría imaginado. Me apresuré a añadir:

—Oye, que conste que no lo digo para burlarme de ti, yo con esta película lloro como un bebé...

—Ya lo sé, tú nunca te burlarías. —No me miró, y respiró profundamente—, supongo que no me gusta dejarme llevar delante de nadie. Para mi padre, desde que yo era pequeño, mostrar emociones como esta era ser una «nenaza».

Me quedé helado. ¡Y yo me quejaba de mi padre porque después de salir del armario no sabía cómo comportarse conmigo! De hecho, él intentaba apoyarme, a su manera cargada de prejuicios (aunque él no lo veía así). Pero su intención no fue nunca herirme, y no me insultó jamás. Y si el padre de Daniel no le dejaba ni llorar ni mostrar ciertas emociones...

—Puf, pues entonces con Enzo lo tendrás complicado también, —se me escapó, antes de sopesar mis palabras—. ¡A mí no deja de llamarme «sensiblón» cada dos por tres!

¿Dónde me estaba metiendo? *Samuel Medel, bocaza de tonel, cállate.* Menos mal que Daniel no pareció tomárselo a mal.

—Sí, la verdad es que yo solo he visto este tipo de pelis cuando Enzo estaba de viaje —sonrió, pero con un deje de tristeza que me mató.

Sentí un dolor casi físico al imaginarme al pobre Daniel teniendo que ver películas de amor a escondidas para que su novio no se burlara de sus emociones... ¡Y unos días antes Enzo me había dicho que Daniel «era más frío que una caja de helados»! Dios, realmente su relación tenía problemas, problemas serios.

Él seguía con la mirada fija en la pantalla, como si nada; estaba muy cerca de mí y tuve el impulso, fortísimo, de cogerle la mano y ofrecerle verdadero confort. Confort humano. De alguien que estaba empezando a conocerle y entenderle.

En ese momento, Daniel se volvió hacia mí y me pilló mirándole la mano fijamente.

—¿Qué pasa? ¿Tengo algo en los dedos?

Negué rápidamente con la cabeza. ¡Qué vergüenza, por dios! Me estaba comportando como un crío.

Y volvimos al mundo de Lizzy y Darcy.

Esa noche, no sé por qué, dormí de un tirón. Entré en un sueño profundo y cálido, reconfortante. Descansé como no lo había hecho en dos meses. Y cuando los rayos de sol de la ventana me despertaron (a las ocho y media de la mañana nada menos) tenía una sonrisa enorme en la cara y estaba cargado de energía.

Entonces recordé: ¡Valentina! ¿Cómo es que no me había despertado mi hija? Me incorporé de un bote. No estaba en la cuna. *Tranquilo, Samu, habla con Daniel, que seguro que ha pasado como la otra vez...* Me levanté, nervioso, y, desde la puerta entreabierta de mi habitación, lo escuché:

—Bueno, pequeña, —era la voz de Daniel—. Ya estás cambiadita y limpia, así que vamos a ver si te apetece otro biberón.

Ya relajado y con mucha curiosidad, abrí un poco más la rendija, y pude verle con la niña en brazos, muy concentrado y cariñoso:

—Sí, pequeña, ¿quieres leche? ¡Parece que sí! Ahora vamos a comer en silencio, porque no queremos despertar a papá, ¿verdad? Tu papá es muy bueno y cariñoso, y sé que le echas de menos, claro. Pero hoy está muy cansado y necesita dormir un ratito más, ¿vale?

Noté una sensación cálida que se irradió desde el pecho a todo mi cuerpo: Daniel había estado atendiendo a la niña toda la noche para que yo pudiera descansar. Desde luego, este chico era *maravilloso*. No solo era atento, sensible e inteligente o era fan de Star Wars y de Orgullo y Prejuicio; también adoraba a Valentina y la verdad es que estaba lindísimo con ese flequillo que le caía por la frente...

Se me secó la boca de pronto.

Encajé la puerta y me alejé de ella tres pasos.

Un momento. UN MOMENTO.

¿Qué demonios estaba pasando? Ay, dios.

OceanofPDF.com

Capítulo 11

¿Te apetece jugar?

–Bueno, sí, Daniel es maravilloso, por supuesto. Es mi amigo, o está empezando a serlo. Es genial tener amigos maravillosos, atentos, sensibles, inteligentes y que comparten tus gustos e inquietudes. ¡Es el amigo ideal! ¿Me siento feliz de tenerle en mi casa estos días? Pues claro. Lo mismo que si estuviera cualquier otro amigo. ¿Siento cada vez más cariño por él, ganas de consolarle y abrazarle? Pues normal. Lo mismo que he hecho con Inés mil y una veces. Y antes de que digáis nada... ¡ella también tiene un flequillo precioso!

Estaba hablando con mis hermanas por teléfono mientras yo tendía la ropa en la azotea del edificio.

–Tranquilízate, Samu –me dijo Lorena, ante mi evidente exaltación–. Ya sabemos que os lleváis bien y ha sido genial cómo te ayudó ayer. Nunca me hubiera imaginado que reaccionaría así de bien.

–Yo sí, se le ve un chico muy calmado y entero, –la contradijo Lucía, con voz pensativa–. Pero, ¿no te parece raro...? Hay algo en lo que ha hecho Daniel que... eso de abrazarle tanto, no sé.

Tragué saliva. ¿Qué estaba queriendo insinuar?

–Solo le ayudaba con su ataque de pánico. Perfectamente apropiado.

Yo asentí, aunque ellas no pudieran oírme. Efectivamente, Daniel me abrazó solo para ayudarme. Coloqué algunas pijamitas de Valentina en la cuerda y fui sosteniéndolos con pinzas.

–Sí, pero, –continuó Lucía–, es Daniel, no es precisamente un tío cariñoso y amigo del contacto personal. Y le siguió abrazando incluso cuando se le había pasado. Incluso cuando él ya le había dicho que estaba bien. No sé, me da un poco de *boyfriend vibes*.

¿Quería insinuar que había habido entonces un «momento» entre los dos? Madre mía, era el novio de Enzo, eso no debía pasar.

–Obviamente, se quería asegurar de que se había recuperado del todo, –insistió Lorena.

Sí, estaba de acuerdo con Lore. No, no hubo ningún «momento» para Daniel, definitivamente. Terminé de tender.

—Pero hay otra cuestión, —reflexionó Lucía en voz alta—, y es que yo siempre he pensado que a Daniel le molaba un poco Samu. Lo de que se haya encerrado contigo durante el confinamiento ha sido como la guinda del pastel. Pero yo ya había notado que siempre es muy amable contigo. *Especialmente* amable.

Enseguida contestó Lorena:

—Daniel es amable con todo el mun... Espera, no: no lo es. Tienes razón, apenas ha hablado con nosotras tres o cuatro veces en la vida. —Se quedó callada un momento—. Mmmm. Aun así, no me parece que le guste Samu.

—Chicas, —las interrumpí—, eso ya me lo imaginaba yo. Para nada pensaba que él estuviera tonteando; al contrario, si algo veo es que está triste por cómo están las cosas con Enzo. Sólo quería contaros esto porque necesitaba hablar con alguien. Me ha sorprendido un poco mi reacción esta mañana, nada más, y quería sacármelo de dentro. Sería simplemente que estoy empezando a conocerle más y a cogerle más cariño y con todo lo que pasó anoche me he confundido un momento y ya está.

—¿Has visto a Álex últimamente? —siguió Lorena—. A lo mejor lo que te pasa es que necesitas un polvo.

— ¡Tía! —Protestó Lucía—. Qué burra eres, eso no se dice. Se dice: «A lo mejor necesitas que te la metan hasta el fondo».

—Bueno, ya está bien, —corté la conversación, ruborizado, mientras ellas se carcajeaban. No sé por qué las había llamado. Bueno, sí, lo sé: estaba volviéndome loco con mis pensamientos sobre lo de anoche y lo de esta mañana y no podía hablar con Enzo, desde luego; ni con Alberto o Inés, que eran tan amigos de Enzo como míos. Ni mucho menos podía hablar con Estela: aunque me había escrito un par de veces más, todavía me sentía enfadado con ella. Mis hermanas eran mi única opción.

Terminé de tender y me quedé un momento sintiendo el sol en el rostro y respirando el aire fresco. ¿Cuánto hacía que no salía al exterior? Con esto del confinamiento extremo, varios días.

Yo siempre he sido más de quedarme en casa que de exteriores y mis quedadas ideales con amigos eran para ver pelis o jugar juegos de mesa («*Igual que Daniel*», susurró una vocecita en mi cabeza) pero simplemente saber que no se podía salir hacía que de repente tuviera unas ganas tremendas.

El ser humano parece que siempre desea lo que no puede tener («*Como al novio de tu amigo*», dijo la vocecita; «*Cállate, tonta*», le respondí). Sacudí la cabeza y respiré profundamente. Tenía que tranquilizarme; el ataque de pánico de ayer todavía me tenía un poco nervioso y no quería que se repitiera.

Mis hermanas tenían razón. Seguramente tenía las hormonas revolucionadas por mi lío con Álex y hacía mucho que no nos acostábamos. Tal vez debería escribirle. O tal vez...

La puerta de la azotea se abrió en ese momento.

...o tal vez debería encontrármelo casualmente en la azotea del edificio. Tragué saliva. Venía de nuevo sin mascarilla, y tan guapo como siempre, llevando una cesta de plástico con ropa mojada. *Es mucho más guapo que Daniel, ¡ja! Trágate eso, vocecita.* (En momentos como estos, agradecía al universo haber nacido en una época en la que aún no se había descubierto la telepatía y nadie podía oír mis pensamientos).

—¡Hola! —le saludé, contento de verle. Pero él no parecía muy alegre de verme a mí. De hecho, se mordió el labio.

¿Qué pasaría? Era verdad que no habíamos chateado en unos días, pero... ¿Ya me había olvidado?

—Hola —contestó, casi sin mirarme, apoyando su cesta de ropa mojada en el suelo, cerca de mí. Pero sin acercarse. Y sin acariciarme el rostro, como la última vez... Sus ojos grises tenían un matiz verdoso al sol primaveral.

—¿Ocurre algo?

Álex se miró los pies un momento y luego directamente a mi rostro.

—Samu, no pasa nada. Pero vivimos en el mismo edificio y no nos hemos visto en cerca de tres semanas...

—¡Pero estamos confinados! —Le recordé, con el corazón agitado.

–Sí, y, aun así, los primeros días nos vimos. Pero después ya no hay manera... –Carraspeó– Sé que tienes un bebé y que es mucha responsabilidad, pero además no quieres tener cibersexo y casi no hablamos.

Sentí como una bofetada. En fin, era verdad lo que él decía. Pero la situación era muy difícil para mí. Y, oye, ¿quién había estado hablando con su ex mientras estaba desnudo conmigo en la cama? De eso no se acordaba.

–Lo entiendo –dije simplemente y empecé a caminar hacia la puerta.

– Eh –me cogió del brazo y me solté, sin pensar. Oí cómo decía, a mi espalda– Oye, Samuel. Sé que nos hemos conocido en medio de una carrera de obstáculos, pero si te digo todo esto es porque... me gustas.

Me relajé casi instantáneamente. Siempre es agradable oírlo, desde luego. Y más de un chico tan perfecto como él. Y tan tan sexy. Volvió a sujetarme, pero esta vez de forma más cariñosa.

–Sólo quería ser sincero contigo. Me gustaría volver a verte, ya te lo dije. Incluso, –añadió acariciándome el brazo de arriba abajo– si no quieres sexo virtual, podríamos encontrarnos aquí, con mascarillas, al aire libre. ¿No te apetece?

La perspectiva era excitante, sin duda. Pero, ¿eran suficientes esas medidas para protegernos del contagio? ¿Y para protegerme yo del daño que él podía hacerme, si seguía convencido de que esto «no avanzaba» o si seguía charlando con su ex mientras estaba en la cama conmigo?

Me volví, sonriendo ligeramente.

–Lo tengo que pensar.

El resto de esa mañana, Daniel siguió cuidando al niño un rato para que yo pudiera prepararme una clase. Al enseñar cocina, no estaba obligado a dar clases por internet (a diferencia de otros compañeros), pero aun así había decidido dar al menos una clase online a la semana para que mis chicos no perdiesen del todo el contacto con la comida. Dos días antes les había mandado una lista de ingredientes que tenían que conseguir y me había puesto una de mis camisetas favoritas para la ocasión, que me habían regalado mis amigos: un dibujo de Luke Skywalker y Darth Vader, juntos, con la frase: «*No hay un padre igual en toda la galaxia*».

Sólo faltaba aprender a manejar el *zoom* en el móvil. Daniel, meciendo a la niña en brazos, se acercó, al verme apurado:

—¿Quieres que te lo configure?

—¡No! —exclamé, con demasiado énfasis al ver cómo venía hacia mí; no quería tenerle tan cerca después de mis sensaciones confusas sobre él esa mañana—. No, ya puedo yo. Creo. Gracias.

—No me cuesta nada. En el trabajo lo usamos mucho. —Se encogió de hombros—. Avísame, si me necesitas.

Me peleé 15 minutos con el programa, e incluso vi un vídeo de YouTube que lo explicaba; sabía que Daniel estaba a mi disposición (me lo dijo un par de veces más), pero preferí hacerlo a mi manera. Por fin, todo estuvo listo: inicié la reunión y mis chicos empezaron a aparecer. ¡No me había dado cuenta de cuánto los había echado de menos!

—¡Marina, Elena, Raúl, Mateo... Berlín! Qué alegría veros. Ah, ya están llegando el resto. ¿Estáis todos bien? ¿Y vuestras familias?

Menos mal que, por lo visto, de momento ninguno de mis alumnos se había visto afectado por la pandemia. Dejé escapar un suspiro de alivio.

—¿Y la chiquitita? —preguntó una de las jóvenes, Marina.

—Eso —dijo también Berlín— ¡queremos conocerla!

Me volví y Daniel estaba justo detrás de mí, preparado para pasarme a la niña. La sostuve en mis brazos frente al móvil y ella abrió los ojos y alargó la manita hacia la luz del teléfono.

—Os presento a mi pequeña y preciosa mandarina, Valentina.

—Ohhhhhh, es adorable, ¡qué bonita! —dijeron todos. Sentí el corazón burbujeante de felicidad, le di un besito.

—Yo la pongo a dormir —Daniel se ofreció a llevársela de nuevo y empecé a dar la clase.

—Muy bien, chicos, he pensado que podemos cocinar un par de platos que no nos lleven mucho tiempo, pero que tengan su truquito: vamos a hacer un brunch con un plato salado, huevos poché con salmón y salsa

holandesa y, uno dulce, **crêpes** suzette. ¿Tenéis todos los ingredientes que os mandé conseguir ayer?

—Profe, yo no he comprado el salmón —se excusó Mateo, el chico con pinta emo.

—No pasa nada, le podemos poner una loncha de jamón york. No es tan exquisito, pero nos valdrá. Muy bien, empezamos con la holandesa.

Me sentía en mi salsa, nunca mejor dicho: desde luego, había echado mucho de menos enseñar y no me había dado cuenta. Pasito a pasito les fui guiando, ellos me mostraban lo que iban haciendo con sus móviles. Era un poco lioso y a veces tenía que poner orden porque todos hablaban a la vez.

—Hay una opción de «silenciar a todos» y de «levantar la mano» en la reunión —me sopló Daniel y explicó en un momento a los chicos cómo hacerlo. Fue estupendo, porque entonces veía manitas en sus pantallas y yo decidía de quién era el turno.

Hora y media después, estábamos a punto de echar las crepes a la sartén.

—Elena, esa masa está muy espesa, te va quedar la **crêpe** muy gruesa y no se va a hacer bien.

—¿Y qué hago, profe?

—Échale un poquito de leche, solo un poco, y revuelve. ¿A ver? —miré su pantalla— Un poco más, así, perfecto. El truco para que no se pegue es untar de mantequilla la sartén completamente antes DE CADA crepe, ¿de acuerdo? ¡Vamos allá! Sin miedo.

Es curioso cómo en la cocina, y en las clases de cocina, desaparecía el Samu dubitativo e inseguro. Siempre sabía qué hacer con la comida (sigo la receta, pero incluso sin ella, me atrevo a probar), siempre sabía cómo explicarlo para que me entendieran.

—¿Veis esas burbujitas? Eso es que ya está hecha por el otro lado. Dadle la vuelta. ¡Os están quedando muy bien! Incluso las tuyas, Raúl, no te preocupes: son un poco pequeñas pero el espesor y el color ligeramente dorado son excelentes. Están buenas, ¿verdad? A la siguiente te saldrán de diez.

Nos despedimos hasta la semana que siguiente. Se terminó la llamada y yo estaba exultante. ¡Qué maravilla sentir que tu profesión sirve a otras personas! La paternidad me había absorbido tanto que se me había olvidado lo increíble que era esa sensación.

—La niña está dormida —me dijo Daniel, cuando levanté la vista—, en la cuna.

—¡Perfecto! Muchas gracias, —seguía sonriendo sin poder evitarlo—. Me ha encantado dar la clase, la verdad.

—Ha estado muy bien —comentó, con una mirada muy intensa y brillante.

—Bueno, —le quité importancia—, son chicos muy listos.

—Muy bien explicado todo.

—¿Tú crees? —Me ruboricé un poco. Nadie me había «visto» nunca dar una clase y no había recibido antes ese tipo de halagos.

—Claro, fíjate. —Y cogió un plato de la encimera y me enseñó su contenido: dos preciosas **crêpes**.

—¡Uau! ¿Las has estado haciendo? ¡Te han quedado perfectas!

—Gracias. —Su rostro mostraba orgullo y, cómo no, un ligero rubor. Qué lindo era. Me fijé solo como amigo, por supuesto: Daniel era un chico muy lindo, así, en general, eso ya había quedado claro.

Y que se pusiera a hacer las recetas que yo explicaba me hacía sentir más satisfecho aún con mi profesión. Por eso y solo por eso sonreí como un bobo mientras me puse a preparar la comida.

El resto del día transcurrió como siempre, a pesar de que en mi cabeza seguía pensando en la propuesta de Álex. Se la comenté a mis hermanas por WhatsApp, porque con alguien tenía que hablar. Estaba hecho un lío (lo cual no era muy raro en mí).

Lucía: *¿Entonces Daniel preparó unas crepes mientras tú se los explicabas a tus alumnos? ¡Ohhh!*

Sí, vale, también les había contado lo de Daniel y mi clase, por supuesto.

Lucía: *Te quiere conquistar por el estómago. Me lo como, qué lindo.*

Yo: No nos desviemos, el tema Daniel ya lo zanjamos esta mañana.

Lorena: *Hombre, muy recomendable no debe ser eso de enrollaros. Pero si tenéis mucho mucho cuidado, al aire libre... y si estás muy muy necesitado...lol*

Lucía: *Pues a mí me preocupa Daniel. El pobre está ahí, luciéndose para ti y tú te vas a follar con otro.*

Lorena: *A esa teoría le faltan muchos datos para poder ser confirmada. Y lo sabes.*

Lucía: *Como mínimo, puede que le siente mal que tú te vayas a tener sexo mientras él está pasándolo mal con Enzo, ¿no?*

Eso era cierto. Y justo había sido una de las razones que me había dado a mí mismo para no tener cibersexo con Álex (aunque ahora veo que quizá la que más pesó es que no me gustaba mucho la idea o me daba vergüenza con Daniel en la habitación de al lado).

Lucía: *Por cierto, ¿dónde está Daniel?*

Yo: *En la salita, jugando al Overwatch online con sus compañeros de piso. Necesita desconectar de vez en cuando, dice.*

Lorena: *Creo que, aunque sea por diferentes razones, las dos coincidimos en que muy buena idea lo de Álex no es.*

Yo tampoco estaba muy convencido, la verdad.

En ese momento me llegó otro WhatsApp de Estela. Tenía ya varios sin contestar.

Estela: *¿Sigues enfadado conmigo? Por tus respuestas escuetas, imagino que sí.*

Estela: *Quiero que sepas que voy a hacer lo que sea necesario. Sé que tengo cosas que resolver.*

Yo: *Vale, si es así de verdad... O sea, entiendo lo de aprovechar esta oportunidad en tu carrera. Pero si hay más cosas tendrías que*

intentar solucionarlas, para la niña.

Estela: *Lo sé. Te acabo de mandar una cosa.*

¿¿??

Me llegó un sms en ese momento:

«ESTELA Manzano le acaba de enviar la cantidad de 1.500€»

Bueno, no lo arreglaba todo, desde luego. Pero era un comienzo, porque el dinero era una de mis preocupaciones y Estela lo sabía muy bien.

Me quedé un rato en el dormitorio y saqué a la niña al balcón, para que le diese el aire. Le fascinaba escuchar a los pájaros.

—¡Mira, cariño, un perrito! —le señalé un pastor alemán que un vecino paseaba en la acera de enfrente. Ella lo contemplaba todo con los ojos muy abiertos. Cubrí sus mejillas de besos, emocionado ante su descubrimiento del mundo. Y triste porque tuviera que ser en estas circunstancias.

Empecé a mirar las estadísticas de Covid en Twitter, meciendo a la niña para que se durmiese. Habíamos sobrepasado el umbral de los 12.000 muertos y todavía las cifras diarias eran terroríficas, pero al menos ya empezaba a haber mascarillas en las farmacias; también muchas empresas en nuestro país habían empezado a fabricarlas.

Pero en ese momento pasaron dos cosas: primero, me acordé de que, en un par de semanas, Valentina cumplía 2 meses. Y tenía que ponerle vacunas. Para lo cual tenía que ir a un centro médico; que estaban llenos de enfermos de Covid.

Oh, mierda, mierda.

Llamé al Centro de Salud para preguntar qué hacer, pero no me lo cogían. Me puse nervioso (sí, otra vez). Y justo después me entró un mensaje. Era de mi madre: le había preguntado si podía averiguar algo sobre la señora Guzmán.

Mamá: *Está en la UCI.*

Oh, dios, no. Pobre señora Guzmán. ¡No podía estar pasando esto!

Sentí un tirón de nervios en el estómago y los dientes me castañearon un poco. No podía seguir solo en la habitación comiéndome la cabeza con las vacunas y con la suerte de mi vecina.

Salí del dormitorio, esperando no molestar a Daniel. Verle allí, entretenido disparando en el videojuego, charlando con sus amigos por unos cascos, tomando cacahuetes y gominolas (una combinación muy en su estilo) me devolvió a una realidad menos amenazante. Se les veía divertidos.

—Un momento —dijo Daniel—, ahora os sigo.

Yo estaba de pie, al lado de mi única estantería de libros en el salón, que ya tenía una balda ocupada por todos los que había ido pidiendo él.

—Tienes la cara más pálida de lo habitual...—me dijo— ¿te está viniendo otro ataque de pánico?

Noté un calorcito muy agradable en el pecho: jo, me gustaba que se preocupara por mí. (¿Sería eso incorrecto?)

—No lo sé, —le reconocí. No quería asustarle. Ni asustarme. Ni pensar en las vacunas o en mi vecina. Pero me sentía a punto de empezar a tiritar; es curioso, pero cuando te ha pasado una docena de veces, ya empiezas a distinguir las señales previas. A veces es tan sutil como que se acelera la sangre en las venas, o se eriza el pelo de la nuca.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó— ¿Te apetece jugar? A lo mejor te ayuda a distraerte.

—Vale —respondí sin pensar. Cualquier cosa que me hiciera pensar en algo distinto era buena—, pero nunca he jugado a este tipo de juegos.

—¿*Online*, quieres decir?

—De los de disparos —contesté, sentándome frente al televisor. Sentí las mejillas un poco rojas porque realmente no sabía casi nada del tema. Era la vergüenza de los *millenials*.

—Se llaman *Shooters* —Sonrió—, no me había dado cuenta de que usabas la Play para otro tipo de juegos. Vale, no te preocupes, —se sentó a mi lado—. Te explico para qué sirve cada elemento del mando. Con este botón

disparas, esto lo usas para cambiar el punto de vista y con este te mueves tú...

A los cinco segundos de explicación ya no me estaba enterando de nada.

Empecé a jugar, pero me confundía constantemente. El disparo lo tenía claro, pero el movimiento me estaba volviendo loco. Tanto es así que me quedé atrapado entre una puerta y una columna y no podía salir.

—¡Socorro! —exclamé. ¡Qué torpeza!

Daniel se reía tapándose la boca con la mano.

—No me río de ti, es que la situación es... —Más risas. Pero eran de pura diversión, sin dobleces. Se le veía muy alegre.

—Soy un inútil con este tipo de juegos —dije.

—Es normal, si nunca lo has hecho... Espera, va a ser mejor así.

Se puso detrás de mí y colocó su mano izquierda en el mando, sobre la mía, cada dedo encima de uno mío. Con el brazo derecho me rodeó el cuerpo, hasta acomodar su mano derecha sobre la mía también, cogiendo el otro mando. Todo su cuerpo estaba pegado a mí y noté un cosquilleo en la piel allí donde se rozaba con la de Daniel.

—Vamos a probar ahora. Verás que no es difícil, tú siempre sabes qué hacer.

Comenzamos a jugar.

Tenía las manos fuertes, pero suaves. Cuando pulsaba un botón del mando, me apretaba un dedo; era muy agradable. Además, sentía el calor de su cuerpo pegado a mi espalda. Daniel era un poco más alto que yo, así que mi boca estaba a la altura de su barbilla y del lóbulo su oreja. Tragué saliva al percibir el sutil olor que emanaba de su cuello. Tenía ganas de voltear la mano hacia arriba y sentir su palma contra la mía, nuestros dedos enlazados...

Palidecí.

¡Dios, dios, dios, dios!

Me levanté casi de un salto. ¿Qué estaba pasando OTRA VEZ?

—¡Tengo que irme! —chillé, con una voz muy aguda. Estaba sudando.

—Ah, ¿y eso?

—He quedado con Álex. En la azotea —dije, sin pensar. El corazón me latía a toda velocidad.

—Ah. —Él bajó la vista—. Vale.

—Si puedes echar un ojo a la niña... No será mucho rato, te lo prometo.

Dirigió la vista al juego, donde empezó a disparar.

—Sí, claro, —masculló—. Para eso estoy aquí.

Salí corriendo, literalmente, a mi dormitorio, sin echar mucha cuenta del tono ligeramente sarcástico de Daniel. No podía pensar en eso ahora. Necesitaba alejarme: volver a ver a Álex era la solución perfecta.

Le escribí un mensaje diciendo que le esperaba en la azotea. No sabía si vendría; diablos, no sabía ni siquiera si estaba en su casa (aunque si no estaba, volvería enseguida; con el confinamiento era lo normal). Pero yo tenía que salir de ahí. Tenía que distraerme. Y tenía que ver a otro hombre. CON URGENCIA.

Comprobé que la niña estaba bien, me cambié mi camiseta de Luke Skywalker por un sencillo polo verde de esos que me suele regalar mi madre por Navidad. Y, antes de salir, preparé un biberón en la cocina, para dejárselo listo a Daniel. Él había terminado de jugar y estaba recogiendo todo.

Escuché un resoplido. Levanté la vista, extrañado.

—¿Te has cambiado la camiseta? —me preguntó—. ¿En serio?

Me encogí de hombros, agitando el biberón:

—Sí, ¿por qué?

—Pero... ¿por qué le ocultas quién eres? —preguntó él a su vez, dejándose caer en el sofá; de pronto, frunció el ceño—. A ti no se te ha ocurrido la idea de la azotea, ¿verdad? Claro que no. Eres demasiado precavido para arriesgar así tu salud y la suya.

Me mordí el labio.

—Sí, ha sido idea de Álex.

—Y tú has accedido a hacer algo que normalmente no harías, en un comportamiento que claramente roza la irresponsabilidad, —se ajustó las gafas con aire de listillo—. Y ahora te vistes con una camiseta que no es «tú» para nada...

—Esta camiseta ha salido de mi armario y para que lo sepas... ¡Me la he puesto muchas veces! —me defendí. Bueno, al menos me la había puesto en el cumpleaños de mi madre, una vez cada año—. Además, todo el mundo se adapta un poco a la otra persona cuando comienza una relación. Quiero gustarle, es normal querer gustar a la otra persona.

—No es *tan* normal cambiar tu comportamiento y tu ropa por otra persona. ¿Cómo se va a enamorar de ti si no te conoce? —Cruzó los brazos, mirándome ahora muy serio—. ¿Y qué es lo que no le va a gustar de ti, a ver? ¿Que eres un gran padre para tu hija, que eres bueno enseñando a cocinar, que te preocupas por tus alumnos, o por tus amigos?

Abrí la boca para contestar, pero Daniel parecía haber cogido carrerilla:

—Ah, no, espera: lo que no le va a gustar es que eres fan de Star Wars, que te cuesta dormir por las noches, que tomas café descafeinado a partir de las tres de la tarde o que juegas al Scrabble. Terribles defectos. ¡Es normal que los ocultes!

Había elevado ligeramente el tono de su voz; nunca le había visto así de... tenso. Algo dentro de mí me impulsó a contestar:

—¿Y todo eso me lo dice alguien que tiene que ver películas de amor a escondidas de su novio?

Noté cómo se le cambió la cara, se quedó lívido: eso le había dolido, le había dolido mucho. Pero en el fragor de la discusión no lo pensé. Típico de mí. Él tragó saliva ruidosamente.

—*Touché* —dijo, con el rostro serio. Se levantó y fue hacia el dormitorio, pasando a mi lado sin mirarme—. Diviértete, yo cuido a la niña, no te preocupes.

Sentí un sabor amargo en la boca, pero cogí la mascarilla, un bote de gel hidroalcohólico, las llaves de la azotea, y salí.

Estuve cerca de una hora solo en la azotea, mientras oscurecía y la ciudad quedaba casi en silencio. Primero, Álex me contestó que estaba haciendo recados; luego llegó a su casa, y tenía que ducharse y «terminar un par de cosas».

Eso no fue bueno, porque empecé a darle vueltas a la cabeza a todo lo que había pasado con Daniel, cuando justamente mi intención al buscar a Álex era olvidarme de él (olvidarme del ángulo de su barbilla, del roce de su piel, de su cuerpo perturbadoramente pegado al mío. No: *perturbadoramente* no, solo «pegado al mío», quería decir).

Y una y otra vez escuchaba en mi cabeza la última frase que le dije y seguía recordando sus ojos... ¿lo había imaginado o había estado al borde de las lágrimas?

Sabía que había sido un golpe bajo, había cruzado una línea invisible que no debería haber cruzado, pero no tenía claro por qué.

Hasta que caí: a pesar de su tono seco (y un poco enfadado, incluso, no sé por qué) Daniel no me estaba atacando. De hecho, allí, dando vueltas en la azotea, con la mente en modo «cafetera» al 200%, me di cuenta de que ¡todo lo que me había dicho eran halagos!: que era un buen padre, un buen profesor, un buen amigo... una persona lo suficientemente interesante como para que alguien se enamorase de mí sin tener que fingir ser alguien distinto. Sí, vale, era un consejo que no le había pedido, eso era cierto, y es algo que no se debe hacer. Pero su intención no había sido humillarme, ni que me sintiera mal.

La mía, sí.

Oh, dios.

Lo mío no había sido un consejo no solicitado. Y por supuesto, no había sido un halago encubierto. Había sido un ataque en toda regla. Además, utilizando como arma arrojadiza algo terriblemente íntimo, que me había contado en confianza, y que provenía -obviamente- de un trauma.

Empecé a notar náuseas. ¡Y encima ahora estaba cuidando a mi hija para tener sexo con otro hombre!

¡Samuel Medel, eres una persona horrible, horrible! Tenía que bajar inmediatamente a disculparme.

Pero, POR SUPUESTO, cuando me acerqué a la puerta para salir fue el momento que eligió Álex para llegar. Cero dudas de que el universo se lo estaba pasando *teta* conmigo.

—Por fin terminé —dijo, entrando en la azotea.

Mierda. ¿Por qué no podía tener suerte EN NADA? (Y sí, ya sé: me quejaba de mi mala suerte mientras tenía a un chico muy lindo en mi casa, ayudándome a cuidar de mi hija, y un hombre guapísimo y sexy venía a tener sexo conmigo. *De verdad, Samu...*)

—Sí, por fin —dije yo también. Estaba tan nervioso que temía que se me notara que temblaba por dentro. No tenía ninguna gana de sexo, sólo de irme y solucionar mi metedura de pata. ¿Qué estaba haciendo allí, para empezar? ¡Esto era muy peligroso!

—Te sienta bien el verde —Álex se me acercó (esta vez sí llevaba una mascarilla de tela) y metió su mano por debajo de mi camiseta. Al sentir el tacto de su mano, mi cuerpo reaccionó.

Pero mi mente tenía vida propia y ahora echaba humo.

—¿Estás bien?

—Sí, o sea... ¿nos vamos allí detrás? —Señalé una zona de la azotea tras las paredes del cuarto del ascensor, donde quedaríamos ocultos si alguien subía, y más ahora que estaba oscureciendo.

¡Podría mandarle un WhatsApp a Daniel! Pero, al momento, rechacé la idea: quedaría muy impersonal y frío, y cobarde; como si no me atreviera a decírselo a la cara. Y además ya había llegado Álex.

Lo mejor era terminar esto cuanto antes y bajar. Me acerqué a él con la mascarilla y le abracé.

—¿No quieres charlar un poco? Te veo tenso.

—Yo...

Mi cabeza aún intentaba resolver cómo salir de allí para bajar a disculparme con Daniel y cómo complacer a Álex al mismo tiempo. No quería decepcionar a nadie, ya la había liado bastante. Y Álex había tenido el detalle de venir habiéndole avisado con tan poco tiempo.

Me separé de él, clavando sus ojos en los míos mientras me sujetaba los brazos.

—Si no te sientes cómodo, dímelo. Lo que te comenté esta mañana, —carraspeó—, era verdad. Me gustas y creo que estaría bien conocernos un poco más, —susurró, mirándome a los ojos con deseo.

Un par de semanas antes me habrían temblado las rodillas (y, en honor a la verdad, aún sentí un agradable cosquilleo en el estómago), pero en ese momento lo único que me salió fue preguntarle:

—¿Por qué te gusto?

El corazón me bombeaba con fuerza en el pecho, aguardando su respuesta. ¿Qué me diría? ¿Se lo tendría que pensar mucho? Al parecer, no. Con sus ojos grises clavados en los míos, respondió:

—Eres lindísimo. Estás para comerte. Eres divertido y te gustan las mismas cosas que a mí.

Algo dentro de mí se marchitó y murió.

Este hombre no tenía ni idea de quién era yo.

—Ven aquí, —susurró entonces, acariciándome el cuello y metiéndome la mano por la cinturilla del pantalón.

Oh, mierda. Me mordí el labio, pensando en cómo librarme, pero entonces, por fin, POR FIN, el universo se puso de mi lado.

Me llegó un WhatsApp:

«Ven».

Era de Daniel.

Capítulo 12

¿No se lo has contado a Enzo?

Cuando entré en la casa se me iba a salir el corazón por la boca. Daniel solo había dicho «ven», pero en mi mente el piso había salido ardiendo, la niña se había caído de la cuna y Daniel estaba agonizando por coronavirus, todo a la vez.

—¿Qué ha pasado? —exclamé, antes incluso de cerrar la puerta— ¿Está bien la niña?

La divisé en el capazo, y parecía dormir plácidamente. Me acerqué corriendo y comprobé que estaba viva y parecía sana. ¡Menos mal! Por fin, me quité la mascarilla y respiré: había estado conteniendo el aliento desde que salí de la azotea. Miré entonces a mi alrededor.

Daniel estaba en el sofá, medio sentado, medio tumbado, en una actitud extraña, como si se hubiera dejado caer allí y le costara levantarse. Tenía una expresión triste, pero también culpable: la cara de un niño que sabe que sus padres van a regañarle.

Hipó. Se tapó la boca con la mano.

Entonces me fijé en el televisor, encendido, con una película de Marvel; el teléfono sobre la mesa con una videollamada de Zoom en marcha y una botella de ron caramelo que yo tenía en la cocina abierta, junto a un vaso de chupito.

—¿Te has EMBORRACHADO mientras cuidabas de la niña?

—¡No! —exclamó él—. No, solo he bebido un *pogo*.

—Ay, dios mío. —Me llevé las manos a la cabeza—. ¡Ni siquiera puedes hablar bien!

Hipó de nuevo.

—Te... te he avisado en cuanto me di cuenta de que estaba un poco *marreado*.

—Pero... ¿qué te pasa? ¡Si tú nunca bebes! ¡Ni haces tonterías como esta!
—Esto no podía estar pasando. Había confiado en el hombre más sobrio y

lógico del planeta Tierra y me lo encuentro convertido en El lobo de Wall Street.

Pero, un momento: la culpa era mía, por dejarle cuidando a mi hija para irme a follar. Ay, Jesús. Qué bochorno. Me puse colorado hasta las orejas.

Él no tendría ni por qué haber accedido. Podría haberme mandado a la mierda y haberse ido a su casa. *De verdad, Samu...A VER SI APRENDES YA. La vida no es como un videojuego con vidas infinitas.*

Daniel tenía un gesto tan triste en el rostro que me conmovió.

—Perdona —le dije— No es culpa tuya. La niña es *mi* responsabilidad y no he debido irme.

—No, no —dijo él— Ha sido culpa mía. Si te comprometes a algo hay que cumplirlo, no sé qué me ha pasado, tardabas tanto que...

—De verdad, no. Es culpa mía. Con todo lo que estás haciendo por mí... y, además, me has avisado enseguida.

Sentía una bola en el estómago que no sabía cómo deshacer

—Voy al servicio —dijo él y se levantó, caminando a pasos indecisos por delante de mí.

Vaya noche de mierda. Entre lo de la discusión con Daniel, la revelación de que Álex no sentía nada por mí y ahora Daniel otra vez...

—¡No seas muy duro con él!

¿Esa voz era la de mi cabeza? ¿Estaba ya volviéndome loco del todo? Miré a mi alrededor.

—Sí, lo de la bebida ha sido cosa nuestra.

Ay, no. ¡Menos mal! Suspiré aliviado: eran los compañeros de piso de Daniel, que estaban hablándome desde su móvil a través de la videollamada.

Acerqué mi cara al teléfono: Rafa era un veinteañero moreno con gafas y Nacho era bastante mayor que nosotros y tenía una gran barba. Les conocía de haberles visto hablando con Daniel alguna que otra vez durante el confinamiento.

—¿Qué ha pasado?

—El chico estaba pasándolo mal y, como la niña se ha dormido, le hemos convencido de ver *Los Vengadores* y tomar un chupito cada vez que algo explota —se rio Nacho. Tenía cerca de cuarenta años, pero seguía compartiendo piso. Todos eran informáticos, claro.

—¡Pero Daniel solo ha bebido dos! —añadió Rafa— Y enseguida paró.

—¿Sólo dos? —pregunté—. Pues iba ya haciendo esos.

—Es que el pobre no toma nunca alcohol, —afirmó Rafa, muy serio. Pero eso ya lo sabía yo. Jamás le había visto beber algo que no fuese agua o Coca-Cola.

Tuve un mal presentimiento.

—¿Está muy mal? —pregunté—. Quizá debería hablar con Enzo...

—¡¡No!! —gritaron ambos a la vez—. Han roto— continuó Rafa.

¿Han roto?! ¿Y nadie me ha dicho nada?!

Pero entonces...

Oh, dios, POR ESO estaba picado de que yo fuera a tener sexo, ¡él acababa de romper su relación! Y por eso había bebido. Debía estar pasándolo fatal. Enzo había debido dejarle y, conociéndolo, no habría sido nada sutil. Le habría destrozado. Daniel podría estar sufriendo meses la ruptura. O años.

—¿Han roto *hoy*? —No pude evitar preguntar.

—No, no, hace tiempo. Pero nosotros no te hemos dicho nada, ¿eh? —añadió Nacho, haciéndome la señal de «silencio» con el dedo sobre los labios. Yo asentí.

No sé por qué, pero tuve ganas de llorar.

Me puse a preparar un biberón mientras Daniel todavía estaba en el baño. Y encima, aún no me había disculpado. Les dije adiós a los amigos de Daniel y me llevé a la niña al dormitorio mientras Daniel aún seguía en el baño (¿estaría vomitando?). Allí, me quedé en silencio y en la oscuridad, tumbado en la cama, con la niña ya acomodada en la cuna de colecho, pegada a mí.

El llanto de Valentina me despertó; miré el móvil. Me había quedado dormido cerca de una hora, eran las once y cuarto.

—Cariño... —La tomé en mis brazos y la mecí—. Tienes un desastre de padre, ¿lo sabes? Pero intentaré ser mejor, lo prometo.

La cubrí de besitos y le di el biberón y poco a poco se calmó y cogió el sueño de nuevo. Seguía llorando de vez en cuando (y se despertaba casi cada hora por la noche para pedir chupe o bibi) pero nada que ver con las primeras semanas: la leche hidrolizada, descubrimiento de Daniel, me había ayudado muchísimo.

Él me había ayudado muchísimo.

Tenía que disculparme (y tenía que cenar, el estómago me rugía de hambre). Dejé la puerta entreabierta, para seguir oyendo si la niña necesitaba algo, y salí al salón, justo a tiempo de ver cómo Daniel... se tomaba ¡otro chupito!

Vale, ya no tenía que cuidar a ninguna niña y era perfectamente libre de emborracharse si quería, pero... ¿en serio, había seguido bebiendo? Enzo debía haberle destrozado por completo para hacer algo tan fuera de lo normal en él. Noté un fuerte pinchazo en el pecho.

¡Eh! ¡Claro que me dolía verle así! Era mi amigo, se estaba comportando como un ángel conmigo, no quería ver cómo lo pasaba tan mal. No era nada más que eso.

Me hice rápidamente un sándwich y me acerqué para sentarme a su lado.

—¿Estás bien? —Le puse la mano en la espalda sin darme cuenta. La retiré.

Se encogió de hombros.

—Estoy un poco... borracho. Creo.

—Al menos ya no arrastras las palabras —sonreí.

—Creo que he pasado a una nueva fase —dijo él, con una medio sonrisa—. ¿Hay fases en esto de emborracharse?

—Si las hay, yo solo conozco dos: «coger el puntito» y «soltar la pota».

Se rio. Me alegré de haberle animado un poco.

—Oye, tengo que disculparme por lo de esta tarde. —Carraspeé—. Lo que dije sobre que te escondías para ver pelis de amor, no estuvo bien. Fue... rastrero. Sucio. Al nivel de Matt Damon en *Interstellar*. O casi.

Tragué saliva, y ahora yo bajé la mirada. Me sentía fatal.

—Lo que dijiste era completamente cierto. Y yo no soy quién para dar lecciones a nadie... mucho menos cuando hago lo mismo.

—¡No es lo mismo para nada! —Levanté la mirada para enfrentarle—. Yo... Jopé, la verdad es que tenías más razón que un santo, —respiré hondo y solté un larguísimo suspiro; no podía mirarle a los ojos para confesar esto—. Estoy agotado de ver películas que no me gustan, de ir a discotecas cuando no me apetece, de... de... —Me puse un poco rojo, pero ya me había lanzado y quería soltarlo todo— ...de tener sexo en posturas que no me molan.

—Joder.

—Sí, eso también, —me reí, para quitar un poco de hierro a la cosa. Él me hizo eco.

—Yo *tamién* he hecho lo mismo, con lo de las *pelus*, las pelis románticas... Mierda, me estoy trabando, creo que necesito otro chupito.

Alargó la mano y yo se la cogí y la llevé de nuevo sobre su pierna. Le dije que «no» con la cabeza mientras le soltaba. Tenía que cuidar de él.

—No te martirices, Daniel. Tú no has hecho lo mismo que yo en absoluto.

—Oculté a mi novio algo muy importante sobre mí.

—Sí, es verdad, —chasqué la lengua—, pero Enzo sabe perfectamente quién eres. Al menos al 90%. Sabe que tu noche ideal es jugar al Resident Evil hasta el amanecer; sabe que te encanta comprar libros y que llenas la casa de ellos; sabe que te obsesionas con buscar todo tipo de información absurda, y que eres un listillo, —le guiñé el ojo al decir esto y él sonrió—, y seguro que sabe cuáles son tus posturas favoritas en la cama.

—Él boca abajo y yo detrás, cuando se la meto yo; los dos de lado, cuando me la mete él.

Joder, ¡sí que estaba borracho! Estaba hablando de sexo, esto era inaudito. Se me vino a la mente la imagen de Daniel follándole desde atrás

y fue... perturbadora. Además, Enzo siempre decía que era muy bueno en la cama. Glub. Me ruboricé.

Tenía que borrarlo de mi mente. A la de «ya».

—Pero hay más cosas que no sabe Enzo de mí. No solo lo de las pelis.

Notaba la curiosidad creciendo en mí como un alien, dispuesta a devorar lo que fuese para satisfacer su hambre. Pero me contuve.

—Daniel, voy a prepararte un té, ¿vale? —Me levanté y me acerqué a la cocina—. Muy cargado, así te despejas un poco y a lo mejor mañana tienes menos resaca.

Él asintió lentamente, como si le costara controlar sus propios músculos. Aunque no parecía tan borracho como cuando llegué (ya no hipaba ni arrastraba tanto las palabras), el contenido de la conversación me daba la pista de que el alcohol le estaba haciendo más efecto del que él mismo creía.

—Vale, pero te voy a contar lo que no sabe Enzo—. Se levantó y vino tras de mí, algo vacilante.

—¡No! —Le detuve. No quería tener ese tipo de información, me sentía como si estuviese traicionando a mi mejor amigo.

Le arrastré de nuevo al sofá y le senté como a un crío; se dejaba llevar dócilmente, seguramente por efecto del alcohol.

—¡Si es una tontería! —dijo Daniel entonces, haciendo con un gesto con la mano, como quitándole importancia— Hasta tiene gracia.

Bueno, si solo era una anécdota graciosa, supuse no pasaba nada. Tomé aire: se le veía con ganas de hablar y tal vez lo mejor que podía hacer para apoyar a mi amigo era escucharle (y la verdad, ya me venía bien que así fuera, porque la curiosidad me estaba matando).

—Vale, pero te tomas este té. Da unos sorbitos.

Asintió con ganas y agarró la taza que le pasé. Me senté a su lado. Ups. Demasiado cerca. Me aparté un poco.

—Tiene que ver con todo ese rollo de que mi padre no me habla desde los 17 años.

—¿Tu padre no te habla desde los 17 años? —repetí, conteniendo el aliento. Uau.

Él asintió muy despacio.

—Sí, eso, pues hace unos meses me crucé con mi padre por la calle. —Bebió de la taza—. Y pasó a mi lado y no me dijo nada y pensé «no me ha reconocido» así que me acerqué y le dije «eh, papá» y le agarré del brazo; hacía años que no nos veíamos. Y él... —Daniel se rio bajito, tomando otro sorbo de té— ...me miró y me dijo: «Disculpe, señor, yo no tengo ningún hijo»

Se rio un poco más.

Joder. Joder. Joder.

JODER.

Eso no era una tontería PARA NADA. Tuvo que destrozarle. Ay, dios, y ahora yo lo sabía y no tenía ni idea de qué hacer con esa información.

—¿Y no se lo has contado a Enzo?

—¿Para qué? —Se encogió de hombros, con la mirada baja—. ¿Para que me diga que sea fuerte y que pase de todo? ¡Eso ya me lo dice todos los días, ya me sé la *loción*! —Hipó. Tomó otro sorbo de té y susurró, mirando hacia abajo—. Samu, creo... creo que sigo un poco borracho y que estoy cansado de ser fuerte.

Sentí como si un puño me estuviese presionando la garganta: sabía que eran lágrimas pugnando por brotar. Abrí la boca, pero no me salían palabras.

Él seguía en la misma postura: la cabeza gacha, sosteniendo el té, sentado junto a mí. Derrotado. Quise abrazarle. Quise abrazarle con todas mis fuerzas. Pero en el último segundo no lo hice.

Me contuve.

Tuve que hacer el mismo esfuerzo titánico que la teniente Ripley cuando se abre la compuerta al espacio y se agarra para que el vacío no la arrastre, porque mis brazos querían rodear su cuerpo, consolarle y decirle que su padre era un imbécil, que Enzo era un imbécil y que él se merecía un océano de amor con todos sus miles de millones de gotas. Pero algo me

detuvo (quizá todo ese rollo del «océano de amor» me dio una pequeña pista de que no iba a abrazarle como a un amigo, no sé).

Así que sólo le puse el brazo en el hombro y le di una palmada amistosa, para que sintiera que alguien estaba ahí para él.

—Te entiendo. No tienes que ser fuerte, Daniel —¿Por qué de repente su nombre sabía tan dulce en mi boca? Ay, dios—. De hecho, lo normal sería que lloraras. Es sano.

—Puf, —resopló, aún con la cabeza gacha—. A mí no me sale llorar por estas cosas.

—¿Quieres que te ponga otra vez «Orgullo y prejuicio»? —Me incliné un poco para que viera mi sonrisa.

Se rio, pero sus ojos seguían tristes. Me produjo tanta ternura que posé mi mano en su cabeza, y sentí ganas de introducir mis dedos en su cabello finísimo. *¡Ay, dios! ¿Pero qué te pasa, Samu?* Me aparté.

—Te voy a traer más té.

Él me miró y asintió, alargándome su taza y dejando caer su cuerpo en el respaldo del sofá. Yo puse espacio entre ambos y me entretuve todo lo que pude en la cocina, comiendo mi sándwich y preparando más té, sin mirarle ni una sola vez: intenté sin éxito poner orden a los pensamientos que revoloteaban en mi cabeza, chocándose unos con otros como frutas en una macedonia. ¿Acababa de estar a punto de acariciar el pelo de mi amigo, el novio de Enzo, o exnovio de Enzo? ¿Y qué era eso que me notaba muy adentro? Como un calorcito en el estómago.

Estaba en shock.

Cuando por fin me volví hacia él, con otra taza de té en la mano, vi que se había quedado dormido.

Pues sí que estaba borracho.

Por supuesto, no iba a dejar a Daniel dormir así; al día siguiente se despertaría con los músculos agarrotados, además de la más que probable resaca.

Seguía sentado en el sofá, dormido, apoyado en el respaldo. Le quité los zapatos de deporte. Valoré si quitarle los vaqueros...No. Aunque iba a dormir incómodo, mejor no se los tocaría (no es que los amigos no se hagan esas cosas, pero preferí no meterme en ese lío). Tampoco podía poner la sábana bajera; pero sí quité los cojines del respaldo, para que el sofá tuviera la anchura de 80cm que lo convertía en cama.

Tumbé a Daniel, con mucha delicadeza, para que no se despertara. Le subí las piernas al sofá y se las estiré. Le tapé con la manta. Y, por último, me acerqué a su cabeza para colocarla sobre la almohada. Totalmente como a un amigo, como a Inés, por ejemplo. Vamos, es que Daniel *era* mi amigo.

Estábamos muy cerca: contemplé su piel ligeramente tostada, el ángulo marcado de sus labios, sus enormes y preciosas pestañas negras. «*Jamás te has fijado en las pestañas de Inés, hipócrita*», dijo mi vocecita. Me ruboricé: la voz tenía razón.

¡Y, aun así, ahí seguía mirándole embobado!

Pero antes de que me diera tiempo a apartarme, noté una mano en mi nuca.

Y Daniel, todavía con los ojos cerrados (¿aún dormido? ¿Se pensaría que yo era Enzo?) acercó su rostro al mío. Y me dio un beso.

Al contacto con sus labios sentí como una descarga eléctrica. Eran delicados y firmes. Abrió con ellos mi boca para introducirse en ella... ¡Ay, dios! Su aliento era dulce, por el ron caramelo, quizá. Sólo con anticipar el sabor de su lengua en la mía, mi corazón enloqueció.

Pero me aparté.

Estaba dormido. Estaba medio borracho. Estaba sufriendo por otro hombre.

Yo no iba a besarle en esas condiciones. No importaba cuánto me apeteciera (un momento, ¿me apetecía? *Claro que te apetecía, tonto, ¿no ves que se te ha puesto la carne de gallina?*).

Tragué saliva. Coloqué con cuidado su cabeza dormida -porque sí, seguía dormido y roncando suavemente- en la almohada. Me incorporé y le miré desde lo alto.

Solo entonces noté cómo el corazón me trotaba en el pecho.

¿Cómo iba a poder dormir?

Al día siguiente, desperté yo a la niña a las siete de la mañana. No podía dar más vueltas en la cama y mi cabeza echaba humo. Jugué con ella, le di biberones, la coloqué en su mantita de juegos y le saqué fotos que le envié a Estela.

Así estuve distraído durante un par de horas en mi dormitorio y cuando escuché el sonido de la cisterna del baño el corazón de dio un vuelco: Daniel se había despertado. Y yo tenía que verle.

Tenía que verle.

No porque tuviera ganas (que, a ver, a quién quería engañar: claro que quería volver a ver al chico de los labios eléctricos y comprobar si todavía tenía algún efecto en mí) sino porque tenía que aclarar lo que sucedió anoche. No podía esperar más.

Cogí a la niña en brazos y abrí la puerta. Respiré hondo.

Daniel estaba en camiseta y vaqueros (sí, los de la noche anterior) preparándose un café. Estaba despeinado y, no sé por qué, eso me conmovió. Sentía el latido del corazón furioso en la garganta, ahogándome casi, cuando me acerqué a él.

¿Se acordaría de lo de anoche? ¿De que bebió y me contó intimidades? ¿De que me dio un beso? ¿Se arrepentiría? ¿Hablaríamos del tema?

Él levantó la mirada hacia mí. Parecía serena, como siempre.

—¿Quieres un café?

Vale, así que no íbamos a hablar del tema.

Respiré hondo y me relajé por un momento.

—Iba a... hacerme un descafeinado.

—Yo te lo pongo.

—No, no hace falta —Intenté detenerle. *No es tu novio, no tiene que prepararte el desayuno, por amor de dios.*

—Pero a mí no me importa.

Ay, dios. *¿Debería contárselo?*, pensé. Y de nuevo la sangre se me empezó a acelerar.

—¿Sabes? —me dijo sin mirarme—. Resulta que sí hay fases en una borrachera. Siete fases. Lo estuve mirando en Google esta mañana. Menos mal que no llegué a las peores...

Este era mi momento para decirle: «Ir dándole besos a todo el mundo es de las peores fases». Pero me callé: parecía que de algo se acordaba. Me senté con la niña en mi regazo y esperé a ver qué más decía.

—¿Hice muchas tonterías? —Me lanzó una mirada avergonzada, tan conmovedora que tartamudeé.

—Ah... y-yo... Pues...

—Mierda, —se mordió el labio—. Mierda. Fuese lo que fuese, lo siento, no lo recuerdo, fue culpa del alcohol.

¿Parecía ruborizado? Quizá sí que se acordaba. Pero, en cualquier caso, me estaba dejando claro que no había sido intencionado (cosa que yo ya sabía, a quién quería engañar) así que hice lo que haría un caballero.

—Sólo... hablaste un poco de tu padre.

Se le fue el color de la cara. Yo me puse a jugar con la niña, para que se sintiera menos incómodo. Puse las noticias que, como siempre, hablaban del coronavirus. Seguíamos rondando los 900 muertos al día, y eso que llevábamos más de un mes confinados.

—Aunque empiezan a notarse los efectos del confinamiento y ha habido menos hospitalizaciones, los hospitales siguen colapsados en muchas zonas, como Madrid. Las instalaciones del IFEMA siguen recibiendo enfermos de covid —dijo la locutora, mostrando imágenes. Yo me acordé repentinamente de las vacunas de Valentina.

—Maldita sea.

—¿Qué pasa? —Daniel se sentó también, colocando su café sobre la mesa y acercándome el mío. Abrió su portátil.

—¿Lo he dicho en voz alta? No quería preocuparte.

—¿De qué se trata? —se puso las gafas y se las ajustó. Su gesto más usual. Ahora que me fijaba, era muy Clark Kent.

—Es que... dentro de poco se cumple la fecha para ponerle una vacuna a Valentina, la de los dos meses. Y con los hospitales así...

—Jo, vaya. ¿Y no se puede esperar unas semanas?

—He intentado llamar al Centro de Salud, pero no lo cogían.

—¿Quieres que pregunté en el grupo de madres de Facebook en el que estoy?

Negué con la cabeza.

—No tienes que molestarte.

—Samu. —Vaya por dios, cuando él decía mi nombre *también* sonaba dulce—. No es molestia. Y estoy aquí para ayudar, ¿no?

—Oh, vaya, ¿para eso estás aquí? —se me escapó, en un susurro afligido.

—¿Qué? —Volvió a ajustarse las gafas.

—¡Nada! —Me levanté—. Pregunta si quieres, gracias.

Salí corriendo con la niña a mi dormitorio. ¿Por qué se había vuelto todo tan RARO? Dios mío, ¡esto era una pesadilla! Añoraba los tiempos sencillos en los que yo lo pasaba mal por Álex y Daniel era solo el novio de mi amigo, ese chaval friki y sabelotodo, ante quien me sentía (ahora lo veía) ligeramente superior porque parecía un tipo sin emociones, con evidentes problemas sociales y preocupado solo por sus videojuegos y su colección de figuritas de «El señor de los anillos» (que no sabía si tenía, la verdad, pero desde luego le pegaba).

Y en cambio había resultado ser un chico súper atento, muy inteligente, resuelto y sobre todo muy *bueno* (que sí, que normalmente los malotes suelen ser más atractivos, pero yo soy más de Luke Skywalker que de Han Solo, más de Peeta que de Gale, más de... bueno, ya me entendéis). Un amigo con quien me llevaba estupendamente y tenía más cosas en común de las que había tenido con ninguno de mis novios (*Un momento, ¿en serio? Eso es muy fuerte*). Alguien que parecía tenerme aprecio y admiraba

mi forma de enseñar, que tenía un lado divertido, y que había resultado ser sensible. Extremadamente sensible, hasta resultar enternecedor.

Y -aunque esto no era tan importante, no había que desestimarlos- con unas pestañas preciosas y un pelo brillante y divino que estaba deseando acariciar.

Argghhh.

No pude más. Abrí el grupo de WhatsApp de mis hermanas.

Yo: SOS SOS SOS.

Solo tuve que esperar dos minutos. Es lo genial de la generación *centenial*, viven permanentemente en la nube. A mí me habían salvado la vida más de una vez.

Lucía: *¿Valentina está bien?*

Yo: *Sí, perdonad. No pensé que os preocuparíais.
¡Si le pasase algo os llamaría, no os dejaría
un SOS en el WhatsApp!*

Lorena: *¿Llamar? ¿Eso qué es?*

Lucía: *Una cosa que se hacía con la voz en la época de los dinosaurios.*

Yo: *¿Hola? ¿Es que no habéis visto mi SOS????*

Lorena: *Perdona, tienes razón. ¿Qué ocurre? ¿No puedes decidir qué
camisa ponerte?*

Yo: *No os burléis de mí, ¡esto es serio!*

Lorena: *Es que LITERALMENTE más de una vez nos has mandado un
SOS porque no te decidías con la ropa.*

Lucía: *¿Se trata de Álex?*

Yo: *¡No! Lo que ha pasado es... No os podéis reír.*

Lucía, Lorena: *Prometido.*

Yo: *Es... Daniel. Ayer... ayer me dio un
beso, pero no se acuerda. Estaba
borracho. O dormido. Y ahora
TODO ES MUY RARO SOCORRO.*

Lucía: ¡¡Oooohhhh!!! ¡¡¡Le gustas!!!! Ya lo sabía. Es un chico ideal para ti, Samu.

Lorena: No alucines, sister, ¿no has leído que ni siquiera se acuerda de haber besado a Samu? ¿Y que estaba borracho? ¿O dormido?

Lucía: Es que no pudo contenerse. Yo sigo pensando que está loco de amor por ti.

Lorena: ¿«Loco de amor»? El otro día solo era «siempre he creído que le molaba».

Lucía: El otro día no le había besado. Duh

Lorena: ¿Por qué estaba borracho, btw?

Yo: Creo que... Bueno, los amigos de Daniel me dijeron que Enzo ha roto con él. Me imagino que estará destrozado.

Lucía: Oooohhhh, además está soltero. Ya oigo las campanas de boda.

Para sorpresa de nadie, me ruboricé como un quinceañero.

Yo: No digas tonterías, anda.

Lucía: Ya veo las invitaciones: Samuel Medel y Daniel... ¡Oh! (risas) No te vas a librar jamás de la rima de tu nombre, hermanito.

Lorena: Aquí hay algo que no encaja... (Carita pensando). Si ha roto con Enzo, ¿por qué no te lo ha dicho él?

Es verdad. O, ya que estamos, ¿por qué no me lo había dicho el propio Enzo? Aunque, a decir verdad, sabía que algo fuerte había pasado. Había dicho que quería contarme en persona... Seguramente sería eso. Pero, ¿por qué Daniel no me lo había dicho?

Lorena: Vale, ya lo tengo. ¡¡Es taaaan obvio!!

Yo: ¿Qué es? ¿Qué es?

Yo también rabiaba por saberlo.

Lorena: Daniel no te ha dicho que Enzo y él han roto para que no surgiera nada entre vosotros. Todo encaja. Él viene a convivir con el mejor amigo de su ex y está sufriendo por Enzo. No quiere que la ruptura te haga

pensar que tienes vía libre para intentar ligar con él en un momento en el que se siente vulnerable.

Yo: ¡Yo nunca haría eso!

Lorena: Ah, ¿sí? Porque he oído hablar de un tal Juanma... ¿un tipo pelirrojo?

Jopé, ¿cómo se enteraban de todo? Era verdad, Daniel podía haberse acordado de aquel incidente con su amigo del trabajo y por eso haber puesto una barrera entre los dos. Tenía sentido. Me sentí triste, aunque en el fondo supongo que lo había sabido todo el tiempo.

Yo: Juanma se me tiró encima a comerme la boca, literal, varias veces. Pero bueno, supongo que ha podido pensarlo, tenéis razón...

Lorena: Sí. Y, a fin de cuentas, Daniel se está comportando completamente normal y educado, porque no quiere arruinar vuestra amistad.

Lucía: Completamente normal, salvo que le da un beso dormido, le cuenta secretos que no sabe ni su novio, se compra diez mil libros de bebés y se encierra con él indefinidamente para limpiar cacotas.

Yo: Chicas, en realidad mi problema es que ahora el ambiente está muy enrarecido.

Lorena: Pero un momento, si te ha besado y no se acuerda, ¿por qué está todo raro? No lo entiendo.

Yo: Porque yo...

(Lucía está escribiendo, Lorena está escribiendo)

Lucía: ¡Porque Daniel te gusta! (Cohetes)

Lorena: ¡No me digas que Daniel te gusta! (Facepalm)

Lucía: Ayyy, es que sois monísimos, de verdad.

Yo: Lucía, deja ya eso, por favor. Ya hemos quedado en que él está sufriendo por su ruptura y no quiere que pase nada entre nosotros y yo estoy... No sé qué

*decir, ni qué hacer... ¡Sólo quiero tocarle el pelo
cada vez que le veo! Uwu.*

Lucía: *Oooooohhhh. Muero de amor.*

Lorena: *Jajajajajaja.*

*Yo: Jo, no sois NINGUNA AYUDA. Estoy
desesperado. ¡Y no puedo hablar con nadie más!*

Lucía: *Espera un poco, dale tiempo. Daniel es muy introvertido y tímido.*

Lorena: *¿Por qué no hablas con Enzo, a ver si han roto de verdad?*

Lucía: *Sí, esa idea también me gusta.*

A mí no me gustaba. Temía que pudiera leer en mi voz lo que ocurría, me conocía demasiado bien (¿y qué ocurría? Jopé, si no lo sabía ni yo).

Poco más pude sacar de la conversación con mis hermanas, aunque, a decir verdad, estaba claro. ¡Si pudiese hablar con mis amigos! Al menos algunos de ellos sabían algo de relaciones.

Un momento, ¡esto no era una relación! Bueno, una relación de amistad, si acaso.

Se acercaba la hora de comer y con ella, nuestra rutina: mientras yo preparaba la comida (un estofado) Daniel se ocupaba de la niña (ya le cambiaba los pañales él solo, y la ropa). Comíamos sosteniendo a la niña por turnos, para tener cada uno las manos libres un rato. Como era un hábito ensayado ya durante semanas, la verdad es que fluyó todo estupendamente.

—¿Has puesto el...?

—¿Café? —Me dijo Daniel— Sí, ya está calentando.

Le hacíamos carantoñas a la niña un ratito en la sobremesa, yo le daba un biberón y, como se dormía una horita, aprovechábamos para ver un capítulo de la serie de turno: «The expanse». No hubo más momentos «raros» y yo respiré de nuevo. ¡Tal vez podíamos recobrar la normalidad!

—Humm, no recuerdo si habíamos...

—¿Terminado el capítulo 9? —Completé yo—. Nos faltan 10 minutos.

—Perfecto.

Bueno, esta *normalidad* nuestra de... de matrimonio, de relación de complicidad y cariño que me estaba encantando disfrutar. O más bien de *viejo* matrimonio, en el que no hay sexo, ni siquiera deseo.

¡Y era así, de verdad! Me relajé aún más ante esa súbita revelación. ¡Quizá era eso lo que me pasaba! Nunca había convivido con nadie en plan pareja, y naturalmente estaba desarrollando los sentimientos de afecto que sentiría por una persona que estaba aquí para mí y me apoyaba. ¡Pues claro!

Porque, a ver, ¿qué me apetecía? ¿Cogerle la mano, acariciarle el pelo? Era ridículo, prácticamente a un paso de la amistad. Pero no había sentido deseos... en fin, *carnales*, como los que había sentido por Álex desde el minuto que le conocí. Bueno, quizá una milésima de segundo cuando Daniel me estaba besando, pero es que ¡es casi imposible no sentir *nada* cuando un chico tan lindo está a punto de meterte la lengua hasta la garganta!

Pero aparte de eso, nada, *niente, nothing, kaput*. Y sin atracción física, esto era una amistad con complicidad, sin duda.

¡Sí! Estaba a salvo. ¡Menos mal! Y tan convencido que, un rato después, en mi cuarto, me atreví a llamar a Enzo. Estaba un poco nervioso, pero ya no por miedo o vergüenza: sabía que iba a ser una conversación difícil porque ahora yo era #TeamDaniel (¿Dios mío, en serio? Enzo me iba A MATAR. Vale, ahora estaba MUY nervioso)

En cuanto descolgó, se lo pregunté: sabía que si escuchaba su voz perdería el poco valor que había logrado reunir con mi nueva teoría.

—Enzo, me he enterado de algo que...—Tragué saliva. A ver cómo lo decía delicadamente— ¿Habéis roto Daniel y tú?

—¿Qué?

—Pues... lo que he dicho. —Ya empezaba a notar el tembleque de piernas.

—Joder, Sammy, estaba en plena siesta y me despiertas para esto.

A ver, déjame que te explique cuando llegue...

—O sea, que sí. —Me mordí el labio—. Es que veo que Daniel lo está pasando mal...

—Lo dudo mucho. —Su voz sonó seca. Seca en plan: paso de seguir hablando. Se me encogió el estómago.

—Pero ¿necesitas hablar? Enzo, yo...

—Ya te lo he dicho, joder, Sammy. Ahora no, así no. Yo no necesito *nada*. Voy a seguir durmiendo.

Y me colgó.

A mí se me quedó mal cuerpo y mi mente vagó a la boda de Alberto y Nuria, un par de años antes, cuando Enzo vino sin Daniel porque habían discutido y se emborrachó y se enfadó con un tipo y casi se pegaron y luego estrelló una copa contra la pared.

Nunca le había visto tan alterado: intenté ayudarlo, que se calmara y hablara conmigo y recuerdo perfectamente el horrible momento en el que me gritó «¡No necesito ayuda!» apartándome de un empujón que me hizo caer al suelo.

Me mordí el labio: después de aquello no hablé con él durante dos semanas, aunque él me escribía disculpas cada día. Jamás se había vuelto a repetir, pero momentos como este, cuando veía a Enzo pasarlo mal, siempre me traían ese nefasto recuerdo.

Menos mal que me había dado cuenta de que lo que me pasaba con Daniel era una *matrimonitis* sin importancia (ya le había puesto nombre y todo) y que no me gustaba de verdad ni tenía deseos prohibidos por el ex de mi amigo. Sería una faena, porque ambos parecían estar sufriendo mucho.

Estaba tan contento de haberlo superado que decidí contárselo a mis hermanas.

Yo: *Solucionado. Lo que me pasa es que tengo matrimonitis. De viejo matrimonio.*

Lucía: *¿Qué tienes qué de viejo?*

Lorena: *¿Has vuelto a beber el whisky caducado de la despensa de mamá?*

Se lo expliqué con calma. No pasaba nada con Daniel: solo era que convivíamos y nos estábamos llevando muy bien y por eso me habían surgido sentimientos confusos. Pero solo de afecto, deseo no había nada de nada. Y eso era la clave, ¡si no le deseaba, estaba claro que no me gustaba!

Lorena: 48

Lucía: 36

Lorena: 24

Yo: ¿Qué demonios hacéis?

Lucía: *Estamos apostando.*

Lorena: *Las horas que va a tardar esa teoría en explotarte en toda la cara.*

Lorena: 24 *incluso me parecen muchas horas, pero lo voy a dejar ahí.*

Lucía: *Lo apunto.*

Yo: ¡No me va a estallar nada! Es una teoría perfectamente lógica. Si me apuráis, yo diría que hasta científica.

Lorena: *jajajaja.*

Lucía: *Samu, ¿tú sabes cómo sueñas?*

Lorena: *Desesperado.*

Lucía: *Como alguien que está empezando a sentir algo por un amigo y quiere convencerse a toda costa de que no es así, porque la situación es un poco... inconveniente.*

Lorena: *Pues lo que yo he dicho: desesperado.*

Yo: ¿«Un poco inconveniente»? Sería una CATÁSTROFE.
1- Porque él está sufriendo por Enzo y no se ha fijado en mí.
2- Porque Enzo no me lo perdonaría jamás y podría perder a mi mejor amigo.
3- La pandilla estallaría en mil pedazos.
4- El mundo...

Lorena: *Mira que eres drama queen, ¡el mundo entero va sufrir por tu tragedia! Lol.*

Yo: *Sois Mordor. No vuelvo a contaros nada.*

Lucía: *Nos adoras. Y nosotras a ti. XXX.*

Lorena: *Nos vemos aquí en 48 horas. O mejor, en 24. LMAO.*

Definitivamente, tenía que volver a hablar con otras personas.
Preferiblemente, que no usaran tantas siglas.

OceanofPDF.com

Capítulo 13

¿Te gusta la pizza con piña?

Y así, lo primero que hice al día siguiente (bueno, lo primero no: lo primero fue cambiar el pañal de la niña, jugar con ella, darle biberón y tomarme cantidades ingentes de café) fue llamar a Alberto.

–¿Cómo va todo? Nuria y tú estáis teletrabajando, ¿verdad?

–Sí, por aquí estamos...

Por detrás suena un ruido horrible.

–¡Otto! Estate quieto... Disculpa, Samu, el niño está cerrando la puerta del armario... ¡Otto!

Vaya. No parece un buen momento. Se oye cómo Alberto hace algo y el niño protesta «¡No!». Al fin, se hace el silencio.

–Está siendo duro, ¿eh? –pregunto, con comprensión.

–No lo sabes tú bien. Aquí encerrados todo el día, trabajando y con el niño. Tiembla cuando vaya a cumplir los dos años, Samu, es como una adolescencia exprés. Todo es «no, no, no».

– Al menos Nuria y tú os tenéis el uno al otro, eso es una maravilla.

–Bueno... –bajó la voz– La verdad es que ella y yo estamos acostumbrados a nuestra propia vida independiente ocho horas al día. Y ahora estar todo el día pegados...

–Ya, claro –asentí, aunque no podía verme.

–Bueno, ¡qué te voy a contar a ti! Que tienes un bebé muy pequeño y encima conviviendo todo el día con alguien con quien no estás acostumbrado. Estarás subiéndote por las paredes, y discutiendo todo el rato...

Carraspeé.

–Pues... nosotros... –me puse un poco colorado; era hasta vergonzoso lo bien que lo llevábamos–. Ni tan mal, la verdad. Le estoy cogiendo el truco a Valentina y Daniel ayuda mucho –dije, finalmente, sin entrar en detalles.

–Me alegro, tío. –Se le oía sincero.

—Sí te quería hacer una pregunta, si no te importa. Le toca vacuna a Valentina, pero con la situación como está... ¿A vosotros os ha pasado alguna vez? Mi madre dice que cree que sí, pero...

—Sí, alguna vez y por un par de semanas no va a pasar nada y más en esta situación de confinamiento, que es muy difícil que coja ninguna enfermedad. Así esperáis a que los contagios vayan bajando. ¿Cómo está tu madre, por cierto?

—Cansada. Pero bien de salud, gracias por preguntar.

—¡Otto! —gritó de nuevo— Te dejo, que tengo que impedir que el niño destroce el piso.

Abrí la ventana y el aire fresco, pero no frío, entró a raudales junto con los rayos de sol. Me senté en el suelo con la niña en mis brazos, abrazándola, protegiéndola del mundo, preguntándome cómo sería cuando tuviese la edad de Otto. ¿Sería enérgica como él, o tranquila, valiente, tímida...? Acaricié el cabello ralo de su cabecita y le di un besito.

El ruido de la cafetera en el salón me sacó de mi ensimismamiento. Me acordé entonces de la estúpida apuesta de mis hermanas: qué tontas, seguro que iba a ser un gran día.

Y cuando fui al salón a ponerme un té y saludé a Daniel, que ya estaba trabajando, lo confirmé. Normalidad total. Éramos amigos, amigos *matrimoniales*. Y reconozco que comprobar que nos llevábamos bien, incluso en comparación con un matrimonio idílico como el de Alberto y Nuria, me hizo sentir un pelín orgulloso. Llegué sonriendo al sofá, con la niña en brazos y dejé el móvil y el té en la mesa (Sí, ya tenía la suficiente práctica para llevar todo eso a la vez que, a la niña, ¡ja!).

—¿Necesitas...? —preguntó Daniel, solícito. Qué amable era.

—No, no, ya me las apaño. Sigue tú trabajando hasta la hora de comer, tranquilo.

—Gracias, hoy tengo un día...

Le miré entonces y descubrí un ceño fruncido. ¡Vaya! Era la primera vez que se lo veía: normal que tuviese la piel tan tersa y suave como la de un bebé.

—¿Qué pasa?

Negó con la cabeza, quitándole importancia. Pero como continué con la vista clavada en él, finalmente me dijo:

—Es este compañero, Salva, me está fastidiando el día, de verdad.

—¿Y eso? Cuéntame, —me acerqué un poco a él en el sofá. Bebí un poco de té, con cuidado de que la niña no tocara la taza: ya alargaba la mano hacia los objetos.

—Estamos trabajando juntos en un programa y, desde hace un par de días, él no hace más que soltar chistes y reírse de mí cada vez que hablamos. Me distrae y me siento mal.

—Pero, ¿se está metiendo contigo por ser...?

—¿Gay? No, no. Es un rollo tonto y burdo, en plan «la que tengo aquí colgando». Pero no es agradable si alguien se toma a pitorreo todo lo que dices.

Se ajustó las gafas y continuó trabajando. Mi cabeza iba a toda velocidad: me gustaba resolver misterios y me encantaba tener la oportunidad de ayudarlo y devolver algo de lo que él había hecho por mí.

—¿Dices que hace un par de días? —Le pregunté, con una súbita intuición— ¿Antes no?

—No —torció la boca un momento— Siempre nos hemos llevado más o menos bien.

—¿Y qué pasó hace dos días?

Apoyó la barbilla en la mano y entrecerró los ojos, pensativo. Esa postura le hacía muy... ¿cuál es la palabra? (¿Sexy, atractivo? ¿Deseable? ¿Interesante? *Ay, cerebro, deja de enviarme esos mensajes subliminales*). Tierno. Eso era, tierno.

—Pues... lo normal —dijo finalmente—. Me pasó sus rutinas... digamos, la tarea que le tocaba y le corregí los errores. —Se rascó la cabeza—. Recuerdo que tenía muchos.

—Ay, querido, —chasqueé la lengua.

—¿Qué?

—Pues que tiene pinta de que está enfadado, o avergonzado, o las dos cosas. Tú puedes ser un poquito... seco.

Me miró fijamente.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que... —sonreí—. Por ejemplo: ¿le felicitaste por lo que hizo bien?

—Es que no hizo casi nada bien.

—¿Y otros días?

Se quedó callado unos segundos. Me conmovió que realmente estaba reflexionando sobre lo que le decía. No estaba acostumbrado a que me hicieran tanto caso, normalmente era yo el que pedía consejo.

—Pues creo que no le felicité, la verdad, pero hacerlo bien es su trabajo. ¿Hay que felicitarle por su trabajo?

Me reí un poco.

—¡Pues sí! ¿No te acuerdas de cuando el otro día me alabaste por lo bien que explicaba en clase? ¡Me flipó que me lo dijeras! Y era mi trabajo, pero gusta oírlo.

—¿Te *flipó*? —sonrió, con los ojos centelleantes.

Ay, no, no hagas eso, Daniel. Que solo soy un ser humano. Carraspeé.

—Pues... claro. ¡Eso siempre gusta! —Intenté quitarle importancia—. Mira, durante hoy y mañana, cada vez que haga algo bien, se lo dices. Prueba a ver. Mal no puede hacer.

—Vale, pero me parece raro todo esto. A mí me hacen notar continuamente los *bugs* y errores de mis programas y yo no me lo tomo de forma personal. Ni hago chistes tontos de «caca, culo, pedo, pis».

Lo dijo tan serio que me reí sin poder evitarlo.

—Pero, Daniel, tú eres consciente de que no todo el mundo es igual que tú, ¿verdad?

—Muy consciente. Créeme.

—Vale. —No estaba yo muy convencido, la verdad.

—Si es un prerequisite necesario para llevarse bien con un colega de trabajo, probaré. —Volvió a trabajar y luego me lanzó una mirada rápida—. Gracias. Tú siempre sabes qué hacer.

Ojalá funcionase. ¡Qué alegría poder devolverle al menos un favor! Y ahí estábamos, los dos sentados, yo con la niña, él con su portátil. Tranquilos, felices... me encantaba ese *matrimonio* de amigos. Y lo más importante es que todo era normal, normalidad completa y absoluta. *Chupaos esa, mellizas.*

—¿Por qué tienes esa cara tan rara? —Me preguntó Daniel de pronto, mirándome por encima de sus gafas.

—¿Qué cara?

—No sé, una sonrisa de oreja a oreja, pareces eufórico.

Cerré los ojos para intentar controlar el rubor. No funcionó. No creo, vamos. Mierda.

—Pues no sé, la verdad. Quizá es que estoy...

—¿Feliz? —Sugirió él.

—¡Sí! Ay, no, eso no. —Me tapé la boca. ¿Estaba feliz simplemente por compartir una mañana normal con Daniel y ayudarle con un problemilla? Eso no podía ser—. Estoy... alegre. Lo normal, vamos.

—Muy bien —dijo, con la mirada de nuevo en su portátil—. Es que pensé que igual habías vuelto a quedar con Álex.

¿Esa cara tenía? Ay, dios. Ay, dios.

—No, no, la última vez que quedamos no fue muy... no salió muy... O sea, que no he quedado con él.

Mejor que me fuera a mi dormitorio un rato para calmarme.

Desafortunadamente, aunque la niña ya dormía mucho mejor (y sobre todo no lloraba tanto) todavía había días en los que tenía mucho sueño y no lograba dormirse, como cualquier bebé. Y en esos momentos era cuando todo el estrés me caía encima. Aunque estuviese mucho más tranquilo con la ayuda de Daniel, continuaba durmiendo mal por las noches con sus

continuos despertares, por lo que, cuando se suponía que iba descansar un ratito y el plan se chafaba porque la niña no se dormía, me angustiaba.

Ese mediodía se me volvieron a saltar las lágrimas y todo.

—Cariño, ¡pero si estás muerta de sueño! No paras de bostezar. ¿No quieres dormir un poco? ¿Quieres hacerlo por papá?

Pero nada. Escupía el chupete, hacía mohínes, lloraba un poquito... Tras 45 minutos, la pobre estaba desesperada, y yo también.

Daniel llamó a la puerta y entreabrió.

—Voy a bajar al súper, ¿necesitas algo?

Me volví para que no viera que lo estaba pasando mal. Ya estaba ayudando bastante, el pobre.

—Sí, eh, toallitas ya quedan pocas. Y en el frigo está la...

—Sí, la lista de la comida que hace falta, ya lo sé, la he cogido.

—Gracias.

Cerró la puerta y yo mecí a la niña con más energía; a veces ayudaba incluso bailar. Funcionó: en ocasiones sucedía así, estaba rabiando un momento y dormida al siguiente. La tumbé en su cunita de colecho y me dejé caer a su lado mientras escuché la puerta de la calle cuando Daniel salió.

Abrí los ojos. Debía haberme quedado traspuesto un momento, con todo el estrés de la niña y la tranquilidad posterior. Pero realmente quería aprovechar el resto de la mañana y preparar algo de comer, así que tapé bien a Valentina con su colcha y salí de mi dormitorio.

Aún adormilado, me dirigí al baño a hacer pis. Todo fue de lo más inocente, lo juro. La puerta, como siempre, estaba entreabierta, porque no podía cerrarse. Supongo que escuché algo, pero, con el embotamiento del despertar, pensé que tal vez nos habíamos dejado un grifo abierto.

Por supuesto, con mi mala suerte, no era un grifo.

Así que cuando abrí la puerta lo vi.

Era Daniel.

En la ducha.

DESNUDO.

Desnudo COMPLETAMENTE (pues claro, ¡lo contrario habría sido más extraño aún!).

Y, en los dos segundos que transcurrieron antes de cerrar corriendo la puerta, entreví algo más.

Algo que parecía un comienzo de ¿ERECCIÓN?

Enrojecí violentamente. Volví a mi cuarto.

¿Qué acababa de ver? ¡Jesús, María y José!

Ay, no; no se deben mentar santos en situaciones pornoeróticas.

JODER. (Ese taco parecía más apropiado).

Joder, joder, joder.

Y me había ruborizado infinito, tanto que me sentía los párpados ardiendo. Eso no era normal, ¿verdad? ¡Claro que no! ¿No sería una enfermedad? ¿Un síntoma de coronavirus? ¡Dios mío! Cogí rápidamente el móvil y busqué: «párpados ardiendo coronavirus».

Y Google me respondió: *Eres tonto*. Vale, en realidad dijo «su búsqueda no ha obtenido resultados», pero para el caso era lo mismo.

Ahí seguían minutos después: tan rojos como mis orejas, mis mejillas y mi cuello. ¿Por qué esta maldita ducha tenía que tener una mampara transparente en vez de una maldita cortina? Ahora no podía dejar de ver la imagen de Daniel; creo que me había quemado la retina o algo así y la tendría grabada a fuego hasta que me muriese.

El agua cayendo por su pelo (su *precioso* pelo) y chorreando por sus hombros; su cuerpo adorablemente mojado (no *mamado* de gimnasio, pero bonito y natural), y un culito... bueno, lo tengo que decir: FABULOSO. Y bueno, su... miembro, que, como ya intuí al ver su tienda de campaña hace semanas, era un poco más grande de lo que uno pensaría. Y, además, en ese momento tan delicioso en el que aún no está erecto del todo, pero comienza a crecer y... OH NO.

Miré hacia abajo, horrorizado. No, no, no, no, no, no, no, no... Mierda.
MIERDA.

Sí.

Había sucedido.

Aquello que más temía.

Me había empalmado.

Me había empalmado como pocas veces en mi vida.

O sea QUE SÍ QUE ME GUSTABA Daniel.

Me senté en la cama y oculté la cara entre mis manos. ¿Cómo había ocurrido este puñetero DESASTRE?

Me gustaba el exnovio de mi mejor amigo. Que estaba sufriendo por alguien que no era yo.

Y Enzo me iba a matar. Mi vida había acabado, vaya.

Aunque probablemente yo me moriría antes de la vergüenza, compartiendo piso con un hombre que me *flipaba* (porque sí, había que admitirlo de una vez) y que pasaba completamente de mí, porque seguía colgado de su ex. Que era mi mejor amigo. De momento, porque seguro que lo perdería.

¡Ay, dios, ay, dios! TODO MAL.

¿¿¿Se pueden hacer PEOR las cosas??? No lo creo. Bueno, vale: Hitler, quizá. Y los responsables del doblaje de «Memorias de Idhun». Pero después de ellos, yo era el primero de la lista. Un *fail* hecho persona.

Miré el WhatsApp. Habían pasado 16 horas y media desde la conversación de ayer con mis hermanas.

¡Malditas mellizas!

Media hora después, salí al salón, respirando hondo. Estaba nerviosísimo. Y allí estaba él, en el fregadero, lavando su taza de café. No esperaba encontrármelo tan cerca: me puse rojo y después blanco. ¿Qué hacer, qué decir?

—¿Estás bien? —me preguntó, con cara de preocupación.

Palidecí aún más.

—¿Te está dando un ataque de pánico? —Se acercó con los brazos abiertos para abrazarme.

—¡No! —exclamé. Me aparté de un salto. ¡No podía tocarle o los sentimientos se multiplicarían por cien! Malditos sentimientos. Lo estaban estropeando todo.

Claro que me había olvidado de que él también los tenía. Daniel bajó la cabeza.

—Lo siento, Samu. Ya sé que no soy... Álex ni nada de eso.

¡No! ¿Cómo podía decir eso? *Pues porque te acabas de apartar de su lado como si fuese Voldemort, imbécil.*

—Te dejaré en paz, no quiero molestarte, —prosiguió. Parecía abochornado.

¡Madre mía! El corazón se me derritió como mantequilla en la sartén. Era demasiado adorable. Y yo un gilipollas que tenía que arreglar esto fuese como fuese. FUESE COMO FUESE.

— Ha sido solo el susto, de verdad.

Como no parecía convencido, tuve que dar un paso más: le abracé un segundo.

—¿Ves? Ninguna molestia.

Fue solo un instante, me separé enseguida, pero me hizo sentir curiosamente protector con él. Era una sensación rara. Yo siempre había buscado sentirme protegido; nunca me había sentido protector con ninguno de mis novios (claro, que él no era mi novio y jamás lo sería, eso era un detalle importante). No sabía que te podías sentir tan bien dándole fuerzas a otra persona.

Nos separamos y su débil sonrisa me confirmó que había conseguido solucionarlo. ¡Por los pelos! Respiré de nuevo.

—Voy a ver a la niña y en un rato me pongo con la comida, ¿te parece?

—Muy bien.

Entré en mi dormitorio. Valentina estaba despierta, pero tranquila y entretenida chupando su propio pie (una costumbre relativamente reciente).

Sabía lo que tenía que hacer. Era duro, pero el deber me llamaba.

Yo: *De acuerdo. Han sido 16 horas.*

Lorena: *¡Lo sabía! Gané.*

Lucía: *¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?*

Qué bochorno, dios mío.

Yo: *Que hace un par de horas le vi desnudo en la ducha. ¡Sin querer!*

Lorena: *¿y se te puso dura?*

Me sonrojé. OTRA VEZ.

Yo: *No me siento cómodo hablando con vosotras de esas cuestiones tan íntimas.*

Lucía: *Anda ya, si te encanta contarnos detalles guarros. Lore, ¿te acuerdas de aquel tío con el que se enrolló que la tenía tan grande que luego no pudo sentarse en dos días? ¿Cómo le llamábamos?*

Lorena: *Siiiií, el hombre caballo.*

Lucía: *¿Y ese otro tan canijo que al acostarse con él le clavaba todos los huesos?*

Lorena: *El hombre insecto.*

Yo: *Vale, vale.*

Lorena: *O sea, que se te puso dura.*

Yo: *Como el martillo de Thor.*

Lucía: *No estoy muy puesta en los superhéroes de Marvel, pero eso es algo así como lo más duro del mundo, ¿no?*

Lorena: *Bueno, técnicamente, el adamantio del esqueleto de Lobezno es lo más duro, pero sí, es bastante...*

Yo: *No me lo puedo creer. Yo aquí destrozado
y vosotras hablando del adamantio.*

Lucía: *Ay, pobrecito. Entonces, definitivamente, te gusta...*

Yo: *No me gusta. Me encanta.*

Yo: *¿Ahora qué hago? ¡Ay, dios!*

Lorena: *Ahí no te podemos ayudar, no tenemos mucha experiencia.*

Lucía: *(encoge de hombros) ¿No puedes hablar con alguno de tus
amigos que sepa ligar?*

Yo: *Es que NO DEBO intentar ligar con él. No puedo
aprovecharme de él en este momento de
debilidad, mientras sufre por Enzo.*

Lorena: *Bueno, y, además, tampoco sabrías por dónde empezar. Siempre
te han ligado a ti, tbh.*

Yo: *Eso también.*

Yo: *Mi único consuelo es que JAMÁS
se va a enterar, qué horror.*

Lorena: *Bueno, horror tampoco. Si él lo supiera seguramente se sentiría
halagado. ¿O acaso te has enamorado de un gilipollas?*

Yo: *eh, eh, ¿quién ha hablado de amor?*

Lo que me faltaba. Bastante era ya tener ese crush vergonzoso.

Mierda.

Regresé al salón y comencé a mirar la situación de otra manera. Allí estaba Daniel, tan lindo con la niña, amable y solícito. Sentí un agradable calorcito en el estómago: al menos podía disfrutar de su compañía el tiempo que nos quedara de confinamiento. Que, oye, por una parte, me parecía fantástico (ya solo charlar con él, jugar un Scrabble o ver una peli era un placer), pero por otra, sería un infierno porque yo quería jugar a *otras cosas* muy diferentes con él. Mierda.

Pero recordé lo increíblemente bueno que estaba siendo conmigo y decidí que yo podía hacer que él se sintiera bien también, y disfrutara estos días que le quedaban conmigo, claro que sí.

—¿Te gusta la pizza con piña? —le pregunté, remangándome delante de la cocina.

—¿Es una pregunta trampa? —dijo él, un poco desconcertado.

—¡No! ¿Por qué?

Cogió a la niña en brazos.

—Pues sí, me gusta. Será vulgar o poco *italiano*, pero...

—¿Vulgar, por qué? —Me reí—. Voy a hacerla esta noche. Tengo que empezar con la masa ahora.

—¿¿Sabes hacer pizza?? —Le resplandecían los ojos.

—¡Pues claro! Soy cocinero profesional.

Dios, era sencillísimo hacerle feliz. Y me sentí estupendamente. Cogí la harina y el agua, y me puse a preparar la masa.

Tuvimos otro de nuestros (extraordinarios) días rutinarios. Él incluso se atrevió, por primera vez, a bañar a Valentina. Contemplantarle con la niña era un disfrute: por un lado, se le veía perdido la mitad del tiempo, pero, por otro, con tantas ganas de aprender y tanto cariño por ella que me desarmaba por completo.

Cuando por fin se durmió la niña por la noche, metí la pizza al horno mientras Daniel terminaba de trabajar.

—Tengo que decirte una cosa.

Su tono de voz, serio y casi solemne al cerrar el portátil, hizo que me diera un vuelco el estómago. ¿Qué pasaba? ¿Se habría dado cuenta de que estaba pillado por él? ¿Querría irse? ¿Se lo habría dicho a Enzo y se había enfadado conmigo? Dios mío, mi vida había acabado.

Se acercó al cajón de la cocina a por el mantel y comenzó a poner la mesa, con tanta parsimonia que la curiosidad me estaba matando.

—Dime. —Le urgí, con el pulso acelerado.

–Que tenías razón. –Se encogió de hombros–. Sobre Salva, mi compañero de trabajo.

–¡Ah! –Dejé escapar un suspiro de alivio que debió oírse en Tombuctú–. ¿Todo solucionado, entonces?

–Sí, hice exactamente lo que me dijiste –Seguí poniendo la mesa–. Cada vez que hacía algo bien, le felicité. Y esta tarde ya no ha vuelto a hacer más chistes ni a meterse conmigo.

–Me alegro. –De hecho, tuve que contenerme para que la sonrisa no fuese demasiado amplia.

–Ha sido muy interesante la lección sobre emociones humanas, gracias.

Qué rico, por dios: «Emociones humanas», como si él viniese de Júpiter. Me despertó mucha ternura.

Saqué ya la pizza del horno y el rostro de Daniel al verla sobre la mesa valía su peso en oro. Una mezcla de gula y admiración a partes iguales que me hizo sentir orgulloso.

–Está increíble, Samu. Increíble.

La disfrutamos mientras pusimos la película «Contact», una antigua con Jodie Foster que ambos habíamos visto ya y que unos días antes recordamos que nos encantaba, aunque fuese una película «menor». Cuando llegamos al momento en que reciben las señales acústicas del espacio, Daniel quiso explicarme lo que era la progresión de Fibonacci.

–Es una sucesión de números que no es posible que surja de forma natural, por eso es señal de inteligencia; cada dígito es la suma de los dos anteriores: 0, 1, 1, 2 (1+1), 3 (2+1), 5 (3+2), 8 (5+3), 13 (8+5), 21 (13+8) y así sucesivamente.

–Ajá.

Qué interesante. (*Vale, Samu, límpiame la baba*). Todo lo que contaba Daniel era interesante, y, haciendo memoria, descubría que siempre había sido así. Que muchísimas veces él y yo nos habíamos quedado hablando de cualquier *frikada* como esta mientras los demás bebían o charlaban de otros temas.

Además, contemplar cómo el queso de la pizza resbalaba por sus labios o cómo abría la boca y usaba la lengua para introducir un trozo lo hacía más fascinante aún, a quién quería engañar.

—Lo explicas muy bien —le dije.

—Se suponía que iba a estudiar matemáticas, pero...

Se quedó callado y mi curiosidad se multiplicó por diez. ¿Pero no le dio la nota? ¿Pero se arrepintió? ¿Pero... qué?

—...pero al final hice informática.

—Ah. —Qué chasco. Seguro que mi cara era un poema. ¡Cuánto le costaba contar cosas de su vida, de verdad! (¡Y cuántas más querría yo saber!)

El tono de llamada de mi móvil me sacó de mi ensimismamiento. Era Pablo, mi hermano. Noté un súbito escalofrío en la espalda.

—Hola, dime, ¿estáis bien? —pregunté con amabilidad, pero temiéndome lo peor. Mi hermano casi nunca me llamaba. Y cuando lo hacía normalmente era para echarme una bronca. Ya me notaba el corazón acelerado.

—¿¿Por qué demonios nadie me había dicho nada de lo que está pasando?!

Tuve que apartar el teléfono de mi oreja, de lo fuerte que había gritado. Por el rabillo del ojo, vi que Daniel lo había oído también.

—Ah, ¿no te has enterado? Hay una pandemia de un virus que venía de China y... —Intenté esquivar la pregunta, sin saber a qué se refería, pero ya con una sensación desagradable en la boca del estómago.

—¡Hablo de Estela! ¡De la loca de tu amiga a quien se le ocurre irse DE GIRA durante una pandemia y dejarte SOLO con la niña!

Joder. ¿Cómo quería que le contara las cosas, si a su lado Risto Mejide parecía Baby Yoda? Todo lo que tenía que ver con mi hermano me dejaba trastocado. Había mucho pasado revuelto.

—Bueno, Pablo, no estoy solo, ¿sabes? Hay un amigo en casa conmigo desde el principio del confinamiento.

—¡Pero debería estar SU MADRE, es lo correcto! Y, si no, habérmelo dicho, habría ido yo, soy tu familia.

—¿Tú?

Lo que me faltaba, encerrarme dos meses de mi vida con Mónica de Friends para que se pasase los días riñéndome por no colocar los cubiertos *correctamente* en el lavavajillas (verídico, me había pasado con él), dándome lecciones sobre cómo cuidar a mi hija y juzgando mi vida y todas mis decisiones.

Con lo difícil que me resultaba decidirme normalmente, como para encima tener a alguien cuestionándomelo todo.

Por supuesto, no le dije nada de esto. Me acojoné. Como siempre me ocurría con mi hermano. Aunque esta vez quise intentarlo: tal vez, si le explicaba con calma...

—Mira, Pablo, a lo mejor debí haber hablado contigo, ¿vale? Pero estoy bien y Valentina está bien y eso es lo importante, ¿no?

—Hay muchas cosas importantes en la vida, Samu, aunque tú te pasees por ella como Heidi por el campo de florecillas, sin pensar en nada.

—¿Sin pensar...? Yo pienso las cosas muchísimo, Pablo. Demasiado. —Se me escapó una risa ahogada.

—Pues no lo parece. Y encima te juntas con esa cabeza loca de tu amiga, ¿qué demonios hace en Nueva York?

—Ahora está en Cincinnati, creo. —Intenté ganar tiempo.

—¡Donde coño sea! —Exclamó, irritado—. ¿Qué hace que no está con su hija, me cago en diez?

Se me secó la boca de la angustia. Recordé las palabras de Estela.

—Si ella fuese un tío, ¿te parecería tan mal que hubiese aprovechado esta oportunidad única en su carrera?

—¡Pero no es un tío!

Tragué saliva con dificultad. Como me ocurría siempre con él, ya solo quería escapar. Mi mente buscaba una salida a toda velocidad. Todo mi cuerpo se había tensado como un cuchillo de cortar jamón y las lágrimas

parecían a punto de escaparse, las muy estúpidas. No quería llorar delante de Daniel. No otra vez.

Noté una suave palmada en mi hombro y me volví.

Daniel me miraba y, al ver mi rostro descompuesto, se le cambió la cara. Me hizo un gesto de la mano derecha para que le diera mi móvil. Lo hice, como un autómata.

—Hola, Pablo —dijo, con una voz muy serena—, soy Daniel, amigo de Samu, no sé si te acuerdas de mí. Él no puede seguir hablando ahora mismo, pero te llamará pronto. Mañana.

Yo negué con la cabeza, pálido.

—...o pasado mañana —continuó—. Sí, sí... ajá... —Se quedó escuchando la perorata de mi hermano durante al menos un minuto—. Entiendo, sí, vale, ya te llamará. Adiós.

Me froté los ojos, que me picaban.

—No sé por qué me pongo así con mi hermano, es superior a mis fuerzas, —confesé, a punto de derrumbarme—. ¡Si tampoco ha sido para tanto! Pero me afecta demasiado. Debería haberle dicho que...

—...que se fuera a la mierda. —Completó Daniel.

—Pues sí. —Me reí, ya con las mejillas húmedas por las lágrimas.

Daniel puso su mano sobre la mía y la apretó, como para infundirme fuerzas. Casi pegué un bote de la impresión: sentí todas las terminaciones nerviosas de mi mano en contacto con su palma. Se me puso la piel de gallina por un momento.

—¿Te viene bien esto? —me preguntó en voz baja, con la mirada dirigida a nuestras manos unidas.

—Sí, muy bien. —Me apresuré a responder, apretándole la mano yo a él. Era un gesto de amistad y cariño, ya lo sabía, pero sentir su piel en la mía era fabuloso. Volví a otro lado mi rostro al notarme las mejillas arrojadas. Pero no aparté la mano.

Y seguimos viendo la película con las manos cogidas.

Fue el momento de mayor intimidad con otra persona que había vivido jamás.

OceanofPDF.com

Capítulo 14

¿Qué te han hecho?

Las últimas dos semanas del confinamiento fueron una montaña rusa, una mezcla de sabores imposibles de François Chartier, (parmesano con café, carne con regaliz, algas con frambuesas); un viaje continuo del cielo al infierno; aunque si el infierno era convivir con Daniel, incluso sin poder besarle, hacerle o decirle lo que deseaba... ojalá ese infierno durase toda una eternidad.

¿Lo pasaba mal? Sí, a ratos.

Porque no os penséis que, desde la noche de la llamada de Pablo, Daniel y yo íbamos cogidos de la mano todo el día. Para nada.

Aunque es verdad que aquello abrió la puerta a cierta confianza física que antes no teníamos (confianza de apoyar la mano en el hombro un instante, apartarnos uno al otro en el pasillo empujándonos la cintura, o que nuestras piernas se rozaran cuando estábamos en el sofá viendo una serie... esos eran los momentos más insoportables), pero nada más.

Y, aunque desde la noche de la pizza lo tenía todo más claro, no penséis que no dudaba todavía de vez en cuando de lo que pasaba, de lo que sentía, y casi casi de quién era yo, muy en mi estilo.

Una noche incluso llegué a hacer una de esas listas comparando las cosas que me gustaban de Daniel y de Álex, para intentar entender qué demonios estaba sucediendo conmigo.

Empecé apuntando los detalles del uno y al lado del otro.

Álex: Guapísimo

Daniel: Muy lindo

Álex: Cuerpo perfecto como un actor de cine

Daniel: Cuerpo bonito y natural

Álex: Trabajo interesante y creativo

Daniel: Trabajo que no le emociona

Álex: Educado y agradable

Daniel: Amable y atento (conmigo, al menos)

Álex: Pulcro, buen gusto.

Daniel: Limpio, ordenado, hace cosas en la casa sin pedirselo

Álex: Listo y culto. ¿Pinta cuadros?

Daniel: MUY inteligente

Hasta aquí, la cosa iba más o menos a la par, uno me gustaba más por una cosa, el otro por otra...Pero pronto la lista empezó a desequilibrarse. Fue cuando escribí:

Álex: Conversación... (jopé, casi no habíamos hablado)

Daniel: Conversación muy interesante y de temas que me molan

Álex: ¿Ve la tele siquiera? No lo sé.

Daniel: Le gustan muchas series y pelis que a mí también

Y ahí fue cuando la cosa se desmadró y empecé a escribir sin parar.

Daniel: Lloro con orgullo y prejuicio.

Daniel: Muy sensible, aunque de primeras no se nota.

Daniel: Sabe qué hacer en un ataque de pánico.

Daniel: No bebe alcohol (normalmente).

Daniel: *Le encanta aprender (y enseñar).*

Daniel: *Es adorable cuando explica sus prerequisites y habla de «emociones humanas».*

Daniel: *Le gusta cómo cocino y cómo enseño a cocinar. Intenta cocinar él.*

Daniel: *Se ríe de mis bromas (pero no de mis preocupaciones, como el apocalipsis zombi).*

Daniel: *Buena persona. Muy buena persona.*

Daniel: *Tiene inseguridades que le hacen adorable.*

Daniel: *Quiere a Valentina.*

Daniel: *Se ruboriza mucho y es precioso.*

Daniel: *Sereno. Su presencia me calma.*

Dios mío, era bochornosa la diferencia entre ambas listas. (Por supuesto, rompí el papel en mil pedazos y después lo tiré por el váter. He visto «Friends» y sé cómo terminan estas cosas).

Era tan obvio lo que ocurría que no sabía por qué seguía dudando (aparte de porque siempre he sido una duda con patas): bueno, sí. Porque era tremendamente inconveniente sentir todas estas cosas por el exnovio de mi mejor amigo, que además no sentía lo mismo por mí.

No quería perder a ninguno de los dos y tenía todas las papeletas para que acabase sucediendo justo eso. ¡Qué desastre!

La lista, por otro lado, me sirvió también para darme cuenta de que no solo era que Álex no me conocía; *yo tampoco le había conocido a él*. Y lo que era peor, ni siquiera me había tomado la molestia de intentar conocerle. Uau.

Esto, al menos, sí lo hablé un día por el móvil con Inés... sin decirle nada de que me gustaba Daniel, claro. Confiaba en ella y rabiaba por decírselo; además, sabía que si se lo contaba seguramente no le diría nada a Enzo, pero no quería ponerla en el compromiso de guardar un secreto como ese a sus mejores amigos.

—Qué revelación tan bonita, Samu.

—¿Tú crees? —Yo estaba en la azotea, otra vez, recogiendo ropa.

—¡Sí! Es el tipo de cosa que, cuando lo descubres, te desbloquea lo que sea que te frena en tus relaciones. Seguramente es miedo a la intimidad, por eso has escogido a hombres con los que sabías que la cosa no podía durar ni ponerse seria. He visto muchos *coachs* y *youtubers* hablar de ello.

¿Youtubers? Ay, me provocó ternura mi amiga, se veía que buscaba el amor desde hacía tiempo. Pero bueno, mira quién fue a hablar, ¡si yo estaba a un paso de consultar a una tarotista!

Inés tosió un poco.

—¿Todavía toses??? —pregunté. Hacía bastante más de un mes que había dejado de tener fiebre y cansancio por el Covid.

—Sí, a veces, pero no te preocupes, que estoy ya estupendamente. Di negativo en la PCR hace una semana. Por cierto, ¡si quieres puedo ir a relevar a Daniel y quedarme yo contigo los días que faltan de confinamiento! Sería divertido estar contigo y con Valentina, os echo de menos.

Por un momento me lo pensé, de verdad que sí. Las ventajas eran muchas: liberar a Daniel de su compromiso conmigo. Dejar de sufrir por estar cerca de él, pero sin poder pensar en él como posible pareja. Compartir momentos y confidencias con una de mis mejores amigas.

Pero no pude. No pude.

Me quedaban solo unos días de poder disfrutar de su compañía (ya habían anunciado el fin del confinamiento el 24 de mayo) y estaba temiendo ese momento con todas mis fuerzas. Cuando Daniel se fuese ya no sabía cuándo volvería a verle. Quizá, si él y Enzo no se arreglaban, él ya no formaría parte de la pandilla y no volvería a verle nunca más. O quizá él y Enzo volverían a estar juntos.

No sabía qué perspectiva me horrorizaba más.

—No te preocupes —le dije a Inés— Ya para lo que queda, lo pasaré con Daniel. Nos arreglamos bastante bien.

—Genial, no me extraña.

—Ah, ¿no?

—No, vosotros dos siempre os habéis llevado muy bien.

—Ah, ¿sí? —Eso incitó mi curiosidad.

—Pues sí, bueno... tú lo sabrás mejor que nadie, ¿no? Siempre nos convencéis a los demás de que paremos de beber, del regalo que hay que comprar a alguien, o de que organicemos las famosas quedadas de juegos de mesa...

(¿Habíamos sido siempre Daniel y yo los que proponíamos esas cosas? Ni me había dado cuenta).

—... Y sois siempre los que reñís a Enzo cuando se pone bruto. Y Daniel va más al cine contigo que con su propio novio. Durante el confinamiento os habréis hartado de ver pelis y series de las que os gustan.

—Pues sí, la verdad.

Vaya, o sea que era algo muy evidente desde fuera. ¿Cómo había podido tener un ángulo ciego tan grande para no verlo?

Recordé entonces la noche que Enzo y yo conocimos a Daniel, en aquella fiesta diez años atrás: Dani y yo habíamos estado hablando los dos solos durante más de media hora del estreno de la serie Black Mirror, que nos tenía alucinados, y él convenciéndome de que si me gustaba el terror tenía que jugar al Dark Souls, que acababa de salir al mercado (cosa que no hice, claro; soy un cagueta para un juego tan oscuro).

¿Por qué, en cambio, ni me fijé en él, y fue Enzo quien acabó ligándose y yo saliendo con Fran, un actor muy guapo y simpático, pero con quien no tenía absolutamente nada en común? *Porque estabas acojonado*, me vino la respuesta en un fogonazo, *de intimar de verdad con alguien y poner toda tu confianza en él*. La sola idea me resultaba aterradora. Porque, ¿y si me entregaba del todo a alguien que me importaba tantísimo... y luego me dejaba? ¿O no funcionaba? No sabía si sería capaz de sobrevivir a un dolor tan espantoso.

Uau, Inés tenía razón. Había abierto la caja de Pandora. Ahí, con el sol de mayo ya picándome en la piel, me sentí optimista por primera vez en semanas. Sí, tal vez Daniel y yo no íbamos a ser pareja (o sea, segurísimo

que no), pero a lo mejor me había servido para abrir una puerta y que ahora pudiera entrar otra persona. Alguien con quien también pudiera intimar de verdad.

Aunque no podía evitar sentirme triste al pensar que esa persona no podría ser él.

Unos días después, le dejé bañar a Valentina mientras yo terminaba de hacer una ensalada y un foie, y de repente escuché cómo Daniel lanzó un gritito. Salí disparado, pensando que podía haber sucedido algo horrible...

...para encontrármelo en el baño, empapado de pies a cabeza, gafas incluidas. Con una cara muy cómica, declaró, solemne:

—Valentina ha aprendido a patalear en el agua.

¡Cuánto lloré de la risa! Y cuánto disfrutamos los dos con la niña en la bañera, animándola a dar más patadas. Ya casi sostenía la cabecita ella sola y el baño era mucho menos peligroso, y más relajado.

—¿Eso ha sido una risita? —le dije, señalando a la niña que acababa de hacer un ruidito muy gracioso— Se ha reído, ¿no?

Daniel torció la boca, pensativo.

—Creo que no le toca aún. —Se había descargado una app de bebés donde apuntábamos las horas de sueño, las cacas, los lloros y todo y en ese momento la abrió y la miró—. Hasta dentro de una semana no sabrá reír. Una semana o más.

Una semana. En una semana Daniel ya no estaría ahí para verlo. Noté un dolor en las costillas.

Era mejor no pensar en ello. Y disfrutar el resto del tiempo que aún tenía con él.

Conseguimos organizarnos para jugar a juegos de mesa, como el Carcassonne, el Scrabble y el Agrícola, turnándonos a la niña en brazos mientras el otro movía las piezas. Eso solía ser un ratito después de comer (salvo el Agrícola, que duraba cuatro horas mínimo y una vez tuvimos que cenar sándwiches porque la mesa seguía ocupada con el tablero y las piezas de vacas, ovejas, zanahorias y otras verduras).

Probablemente serían de los momentos más bonitos de mi vida. Ese día además aproveché para preguntarle si tenía algún nombre de pila japonés, además del español «Daniel».

—Akira —dijo, muy tranquilamente— Pero últimamente no estoy muy a gusto con ese lado de mi familia... Así que no suelo dar mi nombre completo.

Noté cómo me picaba la curiosidad por los problemas con su familia, pero sabía que no le gustaba hablar del tema, así que me centré en un detalle frívolo:

—¿Akira? ¿De verdad, como el mítico anime de los años 80? —Le pregunté—. Tus padres iban a tope con las películas, ¿no?

Él frunció el ceño:

—Es el nombre del hermano mayor de mi padre.

—¡Ah, perdona! Qué tonto. —Me ruboricé un poco—. La verdad es que mola mucho. —Me sonrojé más aún, pero esperaba que no se hubiera dado cuenta.

Otras veces me quedaba embobado mirándole, tanto que era embarazoso. Como un día que me convenció para limpiar la cocina de arriba abajo mientras yo «descansaba» con la niña en el sofá porque había tenido una noche con muchos despertares («descansaba» *meaning*: me quedé meciendo a la niña, con un café en la mano y contemplando a mi monísimo amigo limpiar y secarse el sudor de la frente). Ya empezaba a hacer calor y encima llevábamos camisetas de manga corta, así que disfrutaba también de la visión de su tatuaje del escudo de Capitán América bajo su hombro derecho; de repente lo veía... muy sexy. Y sabía que tenía otro de R2D2 (pero no sabía dónde, lo cual me parecía más sexy todavía).

Le escaneé con la mirada mientras él continuaba frotando con el limpiacristales, deseando tener la visión de Superman para poder ver a través de su ropa... ¡y encontrar el tatuaje, malpensados! Incluso creo que incliné la cabeza a un lado con una sonrisa boba mientras su cuerpo se meneaba al ritmo del trapo...Hummm Parecía que estuviera bailando en

una fiesta. Ojalá los dos bailando, rozándonos, o quizá en Fin de año, cuando llegan las doce y...

—Samu... ¡Samu!

—¡Confetti! —Pegué un bote en el sofá.

Me había pillado mirándole como un bobo. ¡¡¡Dios!!! Pero, ¿a qué había venido eso del confetti? ¿Qué demonios se me pasaba por la cabeza?

—¿Confetti? —repitió él, con cara de extrañeza—. No entiendo nada.

No me extraña, yo tampoco.

—No, quería decir que CONFÍO EN TI —*Bien salvado, Samu, pensé*—. Para que cuides de la niña mientras me doy una ducha.

Me levanté y, ni corto ni perezoso, le pasé a Valentina intentando ocultar el rubor de mis mejillas, tan brillante que seguro que lo estaba detectando hasta el satélite Meteosat.

¿Y Álex? Pues ojalá pudiera decir que nunca más se supo, pero no fue así. Me escribió WhatsApps, varias veces. Me quedaba horas mirándolos sin saber qué contestarle. Me sentía estúpido por haber dedicado tantas horas y haber hecho tantas tonterías por un hombre del que no sabía apenas nada. Así que le iba dando largas. Poco asertivo, lo sé. Debería haberle dicho que no me gustaba; o mejor aún: que no sabía siquiera si me gustaba (o, más honestamente todavía: que además me gustaba otro). Pero me temo que no tuve el valor de enfrentar OTRO PROBLEMA más. Además, era un tipo curtido en esto de ligar, seguro que captaría la indirecta, ¿no? Antes o después, al menos.

Poco más que contar esos días. Me intercambié más WhatsApp con Estela (empezábamos a recuperar un poco la confianza) y hablé con Enzo unas cuantas veces, pero ni él ni yo queríamos sacar el tema de Daniel y su ruptura. Así que simplemente nos íbamos contando cómo nos iba todo; el ambiente para mí era muy extraño, nunca le había ocultado nada antes. Pero más extraño hubiera sido no hablar con él; inconcebible, casi.

Di un par de clases (de nuevo Daniel llevó a cabo una de mis recetas con bastante éxito: salmorejo. Tenía buena mano en la cocina) hicimos un maratón de todas las películas de Star Wars (salvo las precuelas, que ambos odiábamos) y otra maratón de Miyazaki, un director que yo no conocía y Daniel adoraba (*La princesa Mononoke*, *Porco Rosso*, *El castillo ambulante* y *Nausica y los guerreros del viento*, qué lagrimones con esta) y volvimos a ver *Interstellar*, OTRA VEZ MÁS.

Y así llegó la noche antes del fin confinamiento. ¡La noche antes del fin! Parecía imposible. Sentía mi corazón oprimido en el pecho, como una naranja estrujada a fondo, igual de derrotado y seco.

¡Y ni siquiera habíamos hablado de ello! Yo daba por supuesto que al día siguiente se marcharía, claro, pero él no había dicho nada. ¿Debía sacar yo el tema?

Sí, por supuesto: lo mejor era tener claro lo que iba a pasar. ¿O no? Porque a lo mejor no se había enterado de que se acababa el confinamiento domiciliario (*Jajajaja, ay, Samu, qué imaginación tienes*).

Pero, claro, él tenía derecho a recuperar su vida. No quería que siguiera sacrificándose así por mí tampoco, a ver si iba a acabar cogiéndome manía. Sí, casi mejor que se marchara y quedar como amigos...

Pero la cosa es que no me decidía a abrir la boca (no es de extrañar, con el tutti frutti de pensamientos que tenía en mi cabeza).

Pensé incluso en cocinar un menú especial esa noche, como agradecimiento; pero como todavía tenía esperanzas en mi teoría de «a lo mejor no se ha dado cuenta de que se acaba el confinamiento» (no os riais, no seáis malos), al final hice la misma cena que un día cualquiera: una tortilla de patatas, una ensalada y ya.

A las ocho y media, cogí a la niña de sus brazos para dormirla en los míos. Como siempre, me admiré ante su belleza e inocencia y la cubrí de besos. Era lo mejor que yo había hecho en la vida. A lo mejor, incluso, lo único bueno.

—Qué bonita eres, y qué lista, papá te quiere más que a nadie en el mundo entero, ¿verdad? Ay, mi Valentina, preciosa como una mandarina. —

Le di un besito en la nariz y empecé a acariciarle el pelito—. Te cuidaré y te querré siempre, lo sabes, ¿verdad? Hagas lo queagas, digas lo que digas, siempre estaré aquí para ti.

Por el rabillo del ojo, me llamó la atención cómo a Daniel se le cambió la cara. Una espuma de tristeza nubló sus ojos. Tal vez era porque ya no iba a ver más a la niña. Sentí como un golpe en el pecho; a mí me dolía igual o más. Y no solo porque cuando se fuera iba a perderle a él, sino por la relación que había iniciado con mi hija. Me encantaba verles juntos y sé que ella le había cogido cariño también.

Entré en el dormitorio y me tumbé con Valentina, cambiándole la ropita:

—Vamos a ponerte el pijamita que te regaló la abuela —y empecé a colocarle uno de planetas y estrellas con una nave espacial, mientras ella movía sus manitas y pies. ¡Dentro de nada estaría dándose la vuelta y empezando a gatear! Se me encogió el estómago con la emoción y le di un besito. Después la mecí para dormirla con canciones bastante tristes (*Somewhere only we know*, de Keane, era la ganadora), influenciado por toda la situación que estábamos -y que estaba- viviendo. La dejé tapadita y con la puerta entreabierta, para escucharla cuando se despertase.

Y ya me había decidido: le preguntaría a Daniel por ese gesto, para darle la oportunidad de expresar su cariño por la niña (aunque no era muy expresivo) y de que me dijera que mañana se iba (si es que se trataba de eso). Era lo que había que hacer, aunque mi corazón percutiendo en las costillas no estuviera muy de acuerdo.

Cenamos viendo la peli que habíamos dejado a medias el día anterior («Sentido y Sensibilidad», porque habíamos decidido ir a tope con Jane Austen), y, tras recoger la mesa, me senté con mi infusión calentita a su lado en el sofá.

—¿Te puedo preguntar?... —carraspeé—, ¿qué te ha pasado antes, cuando besaba a Valentina y le decía lo bonita que era? Se te ha cambiado la cara.

Bajó la mirada.

—¿Tanto se me ha notado?

—No TANTO. Pero ya empiezo a conocerte.

Al momento me arrepentí de haber dicho eso en voz alta. ¿«Empiezo a conocerte?» *Eres tonto, Samu*. Como si lo nuestro fuese una relación de pareja y esto fuera el comienzo, cuando justamente era el final. Ay.

Daniel respiró hondo. Dirigió la vista hacia la tele, donde la peli estaba en pausa; si no me miraba a los ojos, era que le costaba mucho lo que iba a decir. Eso también lo sabía de él.

—Nada, es solo... —Se rascó la nuca. Dios, estaba lindísimo—. Valentina tiene mucha suerte. No todas las familias dan besos y abrazos, ¿sabes? Ni todos los padres quieren así a sus hijos, de forma tan... incondicional.

Sentí un latigazo de dolor casi físico. Hablaba de él. Hablaba de su familia. ¿No le habían dado besos y abrazos? ¡Por el amor de dios! ¿Qué le habían hecho a este chico, a este chico tan bueno y tan merecedor de todo el afecto del mundo? Decidí a seguir indagando. Después de todo, a él le vendría bien hablar de ello (*Qué hipócrita, te mueres por saberlo todo de él*, dijo mi vocecita. Y vale, sí, también era por eso).

Tanteé el terreno, quería ser lo más respetuoso y delicado posible, no forzar nada que él no quisiera hacer.

—La noche de mi ataque de pánico me hablaste de tu depresión —dije pausadamente—, y mencionaste a tus padres. ¿Tiene que ver...?

Asintió. Aún sin mirarme. Con una expresión de dolor contenido... Como si quisiera expulsar algo que le hería por dentro pero no lograba abrir la boca.

—Eh, si no quieres no me lo cuentes, —posé mi mano en su brazo—. Lo entiendo. Perdona.

—Sí que quiero, —dejó escapar rápidamente. Asentía con la cabeza, pensativo—. Además, no tiene tanta importancia. Fue hace mucho tiempo y ya hice mi terapia y... en fin.

Giré mi cuerpo hacia él en el sofá y le acaricié el brazo para darle un poco de calor humano. Él bajó todavía más la mirada, clavándola en algún punto frente a sus rodillas.

—No es nada, en realidad. Cuando mis padres se enteraron de que era gay, bueno... —Se encogió de hombros— El ambiente se volvió muy tenso.

Primero se enfadaron y luego empezaron a hacer como si... como si yo no existiera, ¿sabes? Hasta que básicamente dejaron de hablarme.

¿Los DOS? Dios, pensaba que había sido solo su padre. ¿Su madre también? ¿Se quedó solo? ¡Pero por favor! Le cogí la mano ahora yo a él. Aunque lo contaba como si nada, imaginé que tenía que ser un mecanismo de defensa. Debió ser muy doloroso, casi insoportable.

—Al final me mudé con mi tía Ana cuando tenía 17 años. No he vuelto a verles. Hace... más de 15 años—. Exhaló aire con fuerza.

¡Madre mía, 15 años! ¿Pero qué padres hacen eso, por amor de dios? ¿Ningún contacto con ellos durante todo ese tiempo? ¡Pero si con 17 años era un crío! Se me encogió el corazón. Pobre, pobre Daniel.

—Bueno, una vez encontré a mi padre por la calle, —continuó, cerrando los ojos—, pero él no quiso... —Negó con la cabeza.

Le apreté la mano: esa historia ya me la contó el día de la borrachera. ¡Qué dolor más grande debía llevar dentro, por favor! Me moría ganas de que me siguiese hablando, pero ya no por curiosidad: quería ayudarle, compartir un poco el peso que cargaba. Un peso enorme y terrible.

—¿Ahí fue cuando empezó tu depresión...? —Le animé.

Volvió a negar con la cabeza y se encogió de hombros. Pero, aunque la expresión de su rostro era de indiferencia se notaba que algo le dolía. Estaba claro. Y eso no presagiaba nada bueno.

—Fue al cambiarme de instituto. Unos chicos empezaron a perseguirme cada día. Me insultaban, se reían de mí, me tiraban cuadernos y esas cosas, y algunas veces... ya sabes.

No. No. No. No. No. ¿¿¿Le pegaban???

—Ay, Daniel— dije en voz alta—. ¡¿¿Cómo pudo ocurrir??!

No sé por qué le pregunté eso. Sabía que era algo que seguía sucediendo y él no tuvo a un Enzo que le protegiera, como me pasó a mí.

—Samu, soy medio japonés, friki y maricón. ¿Tú que crees? —Se le rompió la voz, aunque intentaba sonreír.

Sonaba tan triste que me resquebrajé por dentro. Dios mío, Daniel. Daniel. Las lágrimas habían formado un nudo en mi garganta y empezaron a escaparse, quemándome las mejillas. Si Daniel no podía, yo lloraría por él. Alguien tenía que hacerlo.

—¿Te hicieron mucho daño? —Pregunté, con voz trémula, de nuevo acariciándole el brazo.

—Normalmente era más el miedo y la humillación —respondió, sin tono, volviendo a hablar como si le hubiera sucedido a otra persona—. Pero la última vez, cuando ya les pillaron, me... me rompieron una costilla y me hicieron una brecha con un puño de metal. La cubrí en cuanto pude —Se tocó el tatuaje de Capitán América.

Ay, dios, ¿por eso se hizo el tatuaje? Yo también se lo acaricié un momento y pude notar perfectamente la cicatriz. Noté un dolor que me llenaba el pecho. ¡Ay, pero qué le habían hecho a este chico! Tan lindo, inteligente y tan sensible. Sus padres... y esos monstruos...

—¿Qué te han hecho? ¿Qué te han hecho? —dije entre lágrimas.

Él me miró con ojos vidriosos y se encogió de hombros. Apretaba los labios, como conteniéndose.

—Yo... siento molestarte con estas tonterías. Fue hace mucho tiempo y no tiene importancia, de verdad.

Intentó sonreír, pero no le salía. Ay, dios. No pude resistirlo más.

A LA MIERDA. Si se tratase de cualquier otra persona, un amigo ¡o un desconocido! ya llevaría media hora abrazándole. Y él era mi amigo, me había ayudado lo indecible, estaba sufriendo y... me daba igual que fuese el ex de Enzo, del príncipe de Inglaterra o del mismísimo Harry Potter: NECESITABA UN PUÑETERO ABRAZO.

Le atraje hacia mí y le abracé, apretándole fuerte, muy fuerte.

Daniel se dejó hacer, flácido como un muñeco de trapo. Le sentí frágil y pequeño en mis brazos, a pesar de que era ocho meses mayor que yo y unos centímetros más alto. Quería darle en ese abrazo todo el cariño, el apoyo y el amor que le habían negado durante tantos años: sus padres, sus compañeros, incluso -estaba seguro- el propio Enzo. No le salía ser

cariñoso. Y este chico necesitaba amor a raudales, una lluvia, una tormenta que le empapara de arriba abajo.

Notaba su respiración entrecortada y se me partía el alma. *Mi Daniel, tan lindo. Tranquilo, yo estoy aquí.* Tuve que hacer un esfuerzo colosal para no empezar a cubrirle de besos.

—Yo te sostengo, cielo —le dije en voz alta, no sé por qué, ni para qué. Pero parece que para él tuvo algún significado, porque se agarró a mi camiseta (no a mí, solo a la tela) mientras su respiración se relajaba un tanto. Yo seguí abrazándolo. El tiempo que necesitase: no le iba a soltar.

Por fin, un minúsculo movimiento me hizo saber que quería incorporarse (con Daniel todo lo que tenía que ver con las emociones era muy sutil). Intuí que le avergonzaría que le viese la cara, quizá llorosa (como la mía, solo que a mí me daba igual, yo lloraba un día de cada dos); así que me aparté de él y miré con disimulo hacia otro lado.

—Voy al servicio —masculló rápidamente.

Yo asentí, intentando sonreír mientras me secaba las lágrimas. Cómo me alegraba de haberle sido útil.

En ese momento, algo se cernió sobre mí. Una certeza, creo. Algo que no me solía pasar muy a menudo, pero en los últimos tiempos me estaba sorprendiendo a mí mismo. De repente, lo tuve claro: tenía que sacar el tema del fin del confinamiento. Y dejarle libre.

Era hora.

Y las razones eran tantas y tan abrumadoras que no sabía cómo no había hecho caso hasta entonces (bueno, sí lo sabía: no quería perderle). Él se había dejado la piel ayudándome, estaba sufriendo por su ruptura y necesitaba curar sus heridas, a la vista estaba. Seguro que nada de lo de esa noche habría pasado si él hubiese estado feliz y con Enzo.

Y lo más importante: después de abrazarle y sentir su cuerpo junto el mío no sabía si podría soportar tenerle en casa solo como amigo.

Con todo el dolor de mi corazón (y fue mucho), me levanté y esperé de pie junto al sofá. Y cuando Daniel llegó al salón, con la mano dramáticamente sobre mi pecho, le dije:

—Tenemos que hablar.

—¿Vas a romper conmigo? —preguntó en broma, pero con la mirada triste. Supongo que seguía afectado por todo lo que había recordado.

—Es sobre... Bueno, mañana se termina el confinamiento domiciliario, y no he visto que hayas hecho tu maleta. Me preguntaba, bueno, quería saber qué planes tenías.

No fui capaz de más. Me sudaban las manos solo del esfuerzo de decirle eso. Daniel se encogió de hombros y se ajustó las gafas.

—¿Tu madre puede venir ya a ayudarte?

—No, aún sigue haciendo turnos en el hospital.

—Eso imaginé —respondió—, por eso di por supuesto que si seguías necesitando ayuda, yo podría... si te parece bien...

—Pero... —Le cogí la mano. Dios mío, ¡qué audaz! —. No tienes que hacerlo, no tienes por qué seguir quedándote aquí, sacrificando tanto. No quiero que te sientas mal.

—Yo pensaba que mi ayuda te servía —dijo. Parecía confuso.

—¡Y claro que me sirve! Por favor, no pienses lo contrario, —le miré fijamente a los ojos—. He podido dormir mejor, tener ratos para cocinar, o para descansar. Ha sido estupendo tenerte aquí, de veras.

—«Ha sido», —repitió, apartando suavemente su mano de la mía—. Quieres que me vaya, entonces.

—¡No! —se me escapó, con demasiado énfasis (Bueno, el corazón no atiende a razones, qué queréis).

—Prefieres que se quede contigo Álex, tu novio.

Whatttt?!!

—¿Álex? ¡No! ¿Mi novio? ¡No! ¡¿Qué dices?! ¡Ay, dios! —Me llevé las manos a la cabeza, estupefacto—. Álex no es mi novio, no es mi *nada*. La última vez que le vi fue un horror y no hemos hablado en días. O semanas. Y no quiero que se quede conmigo.

Escuché algo parecido a un suspiro escapando de sus labios. Un momento, ¿qué? ¿Cómo? ¿Un suspiro? ¿Qué estaba pasando? Necesitaba

pensar. Pero él no me dio tiempo.

—Entonces es que no... no te lo has pasado bien estos días conmigo. Lo entiendo si es eso, no te preocupes, sé que soy muy aburrido. Y encima voy y te monto una escena ridícula, contándote mi pasado; lo siento, perdona, no debí hablar de esas tonterías, —siguió diciendo con la mirada esquiva y las orejas rojas.

Abrí los ojos como platos. *¿Cómo puede pensar eso? ¿Escena ridícula?* Pero dios mío, este chico iba a acabar provocándome un ataque al corazón.

—¡Para nada, por favor! No has montado escena de ningún tipo. ¿Me oyes? Y contigo he disfrutado muchísimo. MUCHÍSIMO —dije.

Vale, Samu, te estás pasado. Además, se me estaba cayendo la baba contemplando su rostro tan cerca del mío. No sé qué me ocurría, pero cada vez que Daniel dudaba de sí mismo de repente sentía unas ganas irrefrenables de decirle cosas bonitas sin parar.

Y no pude evitarlo, se me escapó todo:

— Ha sido genial vivir juntos. O sea, —me detuve, avergonzado—, «vivir juntos» no: convivir estos días, quiero decir. Las ideas que has tenido, cuánto has estudiado, cómo cuidas de la niña, yo... —No pude seguir hablando, sentía el corazón rebosante de emoción. Inspiré hondo un momento—. Y nos hemos organizado estupendamente. Nos hemos reído, hemos vencido a la explosión de caca y...Y tienes un gusto fabuloso en películas y series, tan fabuloso como el mío.

Se rio un poco y se le iluminó toda la cara; se ponía precioso, aunque no lo hacía mucho. Yo ya estaba lanzado y no podía detenerme. ¡Llevaba semanas queriendo decirle tantas cosas!

—La noche de mi ataque de pánico, yo... fue alucinante, en serio. Eres como un maestro Jedi de la ansiedad. ¡Y le plantaste cara a mi hermano! Además, me ha encantado que me contaras tantas cosas sobre tu vida, saber que te gustan las pelis de amor y saber... saber todo de ti. Ha sido increíble conocerte. —Tomé aire—. Tú eres increíble.

Sentía la cara ruborizada de la emoción. Jamás le había dicho a alguien algo así. Y ahora no sabía qué hacer. Estábamos muy cerca, y él tampoco decía nada, ni apartaba sus ojos, serios, intensos, de los míos. Había una

corriente de energía que corría entre los dos y que no me dejaba mover un músculo. Inconscientemente, bajé la vista hacia sus labios entreabiertos. Él respiraba deprisa. También yo.

Estábamos a un soplo de distancia.

De pronto, él inclinó la cabeza ligeramente hacia la derecha y posó sus labios en los míos. Sólo un segundo.

El corazón me dio un vuelco.

No estaba borracho. Daniel no estaba borracho y me había besado.

Oh oh.

OceanofPDF.com

Capítulo 15

¿Quieres que te deje dormir?

Definitivamente, Daniel me había besado. Seguíamos sin movernos, el uno frente al otro, muy cerca. Yo contemplando sus labios y él los míos. Tomé aire: se me había olvidado respirar.

–Creo que te has confundido –balbuceé al fin.

–¿Esos no son tus labios? –preguntó muy serio.

Casi me entró la risa.

–Sí, lo son.

Él volvió a posar su boca en la mía. ¡Otra vez! Fue un beso leve, casi imperceptible. Como quien mete el pie en el agua para tantear la temperatura.

–Daniel... estás en un momento delicado. Sé que Enzo y tú habéis roto.

Él asintió, el flequillo que le caía sobre la frente se balanceó un poco.

–Me di cuenta de que lo sabías. Empezaste a mirarme de forma diferente.

–¿Diferente cómo?

–Bueno, a mirarme... ya sabes... el paquete, el culo y eso.

–¿¿¿En serio???

Me quedé blanco, ¡qué vergüenza! Pero él se rio flojito.

–No, es broma. Solo me mirabas con más... curiosidad, supongo.

Ay, menos mal. Sonreí, y de nuevo Daniel inclinó la cabeza ligeramente y me dio otro beso, este más firme: dos segundos de sus labios tibios presionados contra los míos. El estómago me burbujeaba como una olla a punto de hervir. Era increíblemente inocente y sensual al mismo tiempo.

Pero esto no estaba bien. No estaba bien.

Posé mi mano en su pecho, para mantener la distancia entre ambos (o para sentir el latido de su corazón, quizá), con mis ojos clavados en los suyos.

—Estás en un momento muy delicado por tu ruptura, Dani, es obvio. — Suspiré—. No quiero aprovecharme de la situación. Cada vez que me acuerdo de Juanma...

Se apartó un poco y noté súbitamente el frío del espacio en el que ya no estaba Daniel.

—Pero yo no soy Juanma —respondió—. Y tú no eres... bueno, tú sí eres tú. —Nos reímos un instante—. Pero no eres un desconocido en un bar. Yo te conozco.

Noté que algo se estremecía dentro de mí.

—A menos que... —susurró entonces, con la cabeza gacha, pero aún muy cerca de mí—...a menos que no te apetezca, claro. Quizá he malinterpretado las señales—. Se ajustó las gafas, levemente sonrojado.

¿Que no me apetezca? ¡Si estaba haciendo un esfuerzo titánico para contenerme!

Mi cuerpo me sorprendió dando un paso al frente.

No pude evitarlo, de verdad, no pude. Era como si todas las células de mi cuerpo hubieran pertenecido antes al cuerpo de Daniel y ahora se sentían atraídas hacia él, desesperadas por regresar a su hogar. ¡Le tenía tan cerca! Su boca olía a cacahuete y golosina. A Daniel.

Rompí yo la distancia esa vez y le besé, suavemente también, imitándole. Sentí un cosquilleo en las orejas y en el cuello de la emoción.

Nos quedamos a pocos centímetros de distancia, respirando el mismo aire, con los pulmones agitados. Y entonces todo sucedió de golpe.

Daniel me besó con la boca abierta. Me empujó contra la pared agarrándome por la cintura y yo enrosqué mis piernas alrededor de su cadera. Le cogí la nuca. ¡Oh, Jesús! Creo que se me puso la piel de gallina en el cuerpo entero mientras sentía por fin su lengua junto a la mía. El sabor de su boca era indescriptible: debía tener alguna droga, porque no podía dejar de morderle y buscar su lengua.

Nos besábamos como dos náufragos que encuentran agua y no pueden dejar de beber. Con urgencia y desesperación.

Por supuesto, se me había puesto durísima. Creo que como jamás en mi vida. Y noté que a él también. Se presionaba contra mí y sus manos se aferraron a mi cintura. Por un momento pensé que, como Álex, iba a usarlas para correr a bajarme los pantalones, pero no: las metió por debajo de mi camiseta y yo las sentí frescas en mi espalda.

Se me escapó un gemido.

Deshice el nudo de mis piernas y me quedé de pie junto a él, con su cuerpo pegado al mío. Detuvimos el beso un momento: su boca quedaba dos o tres centímetros por encima de la mía y eso me ponía. Me volvía loco. Daniel era tan mi tipo que me daban ganas de arrancarme los ojos por haber estado tan ciego. En vez de eso, aún abrazado a él, le mordí el labio y él soltó un gruñido de placer y de sorpresa. Madre mía. Madre mía.

Le giré y le apoyé yo a él contra la pared, le quité las gafas y volvimos a besarnos. Era incapaz de sentir otra cosa que no fuera su lengua contra la mía. Él se dirigió entonces a mi cuello: al notar su mordisco y el aleteo de sus pestañas bajo mi oreja me temblaron las rodillas.

—Dios mío, Daniel...

Su boca atrapó la mía de nuevo, le sentía tan dentro que era como si estuviéramos haciendo el amor sin quitarnos la ropa. Nos besamos hasta que empezaron a dolerme los labios, como dos adolescentes. Me encantan los preliminares, siempre me han encantado, y estaba disfrutando lo indecible simplemente por besarnos, mordernos, y sentir su cuerpo. Pero llegó un momento en el que me notaba tan caliente que estaba seguro de que iba a entrar en combustión espontánea si no hacíamos el amor.

Así que esto era lo que se sentía con la «tensión sexual no resuelta». Era espectacular.

Pero en serio, ya no podía más. Le cogí el rostro con las manos y lo aparté un poco de mí.

—¿Te parece que...? —Dirigí mi vista hacia el sofá.

Daniel asintió varias veces.

—Sí... sí.

Nos sentamos para desnudarnos, o esa era mi intención, porque cuando tuve su rostro otra vez junto al mío, con esa mirada tan profunda, su precioso pelo y su boca abierta... rompí a besarle de nuevo. No podía apartarme de su lengua, era imposible. Estaba empezando a preocuparme. ¿Cómo iba a volver a trabajar? Tendría que llevarle conmigo, claro. Vendría a clase y cada cinco minutos le comería la boca contra el horno de las empanadillas.

Daniel parecía tener la cabeza más fría que yo en esos momentos porque, entre beso y beso, logró quitarme la camiseta y empezó a mordirme los pezones. ¡Jesús! Me iba a dar algo. Yo también conseguí quitársela y, no sé cómo ni cuándo, nos deshicimos de los pantalones y los calzoncillos. Él fue a acercar su mano hacia mí, pero, por alguna razón, se detuvo, y apretó el puño.

Se me quedó mirando unos instantes, como si yo fuese... no sé, guapo, o algo así.

Colocó finalmente su mano suavemente en mi pecho, pasando los dedos por mi vello ligeramente rizado. El corazón se me aceleró.

—Samu...

Tragué saliva, atontado por el sonido de mi nombre en su boca. De nuevo enterré mi boca en la suya, me tumbé y él lo hizo sobre mí. Sentir el peso de su cuerpo me enloqueció. Volvimos a besarnos, con nuestras erecciones juntas. El corazón me latía tan rápido y tan fuerte que creí que me iba a romper las costillas.

Empezamos entonces a mordernos: una nueva fase que duró... ¿minutos, horas? Quería masticarle, sentirle entre mis dientes, y luego lanzarme otra vez al precipicio de su boca. Y perderme en su interior.

Nos detuvimos para coger aliento y él aprovechó para coger algo de su cartera. Un condón. Y un sobre de lubricante. Qué práctico: ¡si es que Daniel era tan delicioso, tan inteligente y tan bonito! Acaricié su piel canela cuando se colocó de nuevo sobre mí. No tenía pectorales ni abdominales marcados, incluso noté una leve curvita en su barriga que me pareció adorable. Su vientre estaba dividido en dos por una línea de pelo fino y

oscuro que me dirigía hacia su vello púbico. Todo él era bellissimo. Y allí, espléndido y orgulloso, su miembro erecto.

—¿Quieres que yo...? —masculló.

—Sí, perfecto. —Yo mismo le puse el preservativo, deleitándome en el momento.

Daniel me acarició el trasero con una de sus manos y después jugueteó un poco con sus dedos, pero yo estaba impaciente. Me derretía de gusto solo con su mirada fija en mí.

—¿Cómo te gustaría hacerlo? —me preguntó.

—Contigo.

Él se ruborizó ante mi respuesta y eso me hizo agarrarle por la nuca y traerle hasta mi boca una vez más. Estaba guapísimo y le quería dentro de mí. Enseguida. Lo demás no tenía importancia.

Pensaba que entraría desde detrás, como me había confesado que era su postura favorita con Enzo, pero no. Se quedó encima de mí, cara a cara, colocando mis piernas en sus hombros: no sé por qué, me encantó. Cuando por fin le tuve dentro, podía contemplar su rostro frente a mí. Perderme en sus ojos. Respirar su aliento. Eso era lo que quería, justo eso.

Comenzó a moverse dentro de mí muy lentamente: era delicioso. Así debía ser estar en el paraíso. Podía notar cada pequeña sacudida de su cuerpo y yo solo tenía que alargar un poco el cuello para comerle la boca, y lo hice una y otra vez. Una y otra vez, mientras él entraba y salía muy despacio, con sus ojos clavados en los míos, provocando una descarga eléctrica que me recorría por completo. Quería decir su nombre. Gritarlo, como un demente, por la ventana.

—Daniel, Daniel...

Arqueé la espalda, con su cuerpo sobre el mío mientras él me mordía el cuello y la barbilla. Estaba excitadísimo, pero a la vez notaba un calor en el pecho, un cariño enorme por él cada vez que veía su rostro tímido, sus ojos decididos, su flequillo, o cuando escuchaba sus respiración ronca y contenida.

Dios mío, ¿qué había estado haciendo el resto de mi vida? ¿Qué era lo que había hecho con los otros chicos? Porque esto no era. Esto era otra cosa. *Follar*, me vino la respuesta. *Has estado follando*.

Y había estado muy bien, sin duda, pero esto... esto... Esto era sexy pero también emocionante, íntimo. Porque sentía que Daniel no solo estaba tomando mi cuerpo; me estaba tomando a mí. Estaba sumergiéndose de lleno dentro de mis miedos, mis sueños, mis secretos. Y sentía que me dejaba a mí hacer lo mismo. Estábamos al descubierto, indefensos. Y hasta cierto punto era aterrador, pero hermosísimo.

Hundí mi lengua en su boca. Él seguía moviéndose dentro de mí, de forma insoportablemente lenta pero maravillosamente placentera. Gemí con fuerza. Dios, dios.

–Estoy a punto de explotar –dijo Daniel, con voz áspera. Y solo oír eso hizo que mi miembro latiera de placer. Él se pasó la lengua por los labios:

– ¿Te importa que vaya más rápido...?

–Por favor. –Le urgí, besándole en los labios–. Por favor.

Se detuvo de pronto y noté cómo temblaba un momento, a punto de moverse, pero se contuvo. Me miró con ojos brillantes y un ligero rubor en las mejillas:

–Pídemelo otra vez.

Madre mía, me encantaba este hombre. Me encantaba. Le cogí por la nuca y le acerqué a mí.

–Por favor, –le susurré al oído–. Por favor, más rápido, Daniel.

Aumentó el ritmo. Cada vez más deprisa. Yo me aferré a su espalda y no dejé de respirar su aliento hasta que me corrí contra su vientre: un orgasmo que no terminó hasta que noté cómo él empezó a palpar dentro de mí con fuerza.

Salió de mí y nos quedamos tumbados gozosamente en el sofá, recuperando el aliento.

–Ha sido... –Susurré, con los ojos sonrientes.

–Lo sé. –Me besó–. He estado a punto de correrme una docena de veces.

Le besé.

–Y yo.

Me besó él de nuevo.

–Menos mal que me puse a pensar en la progresión de Fibonacci para distraerme. –Se colocó de lado, mirándome muy serio.

–¿De verdad? ¿Estabas pensando en eso...?

Se rio. Ya me había imaginado que era broma. Empezaba a conocerle, a él y a su peculiar sentido del humor. Muy inocente y friki, muy *naive*, sin maldad ninguna. Muy Daniel.

Bajó la mirada.

–La verdad es que... no podía ni pensar.

Volvimos a besarnos. Su boca encajaba tan perfectamente en la mía que me estaba dando miedo no poder despegarme de él. Nos quedamos tumbados de lado, contemplándonos. Acaricié el tatuaje del escudo de Capitán América en su hombro.

–Me encanta. Y me da envidia, ¿sabes? Nunca he sido capaz de hacerme uno de estos, porque tiene que doler mucho, ¿verdad?

Se lo miró y se encogió un poco de hombros.

–Algo duele, sí. Pero hay cosas en la vida que merecen la pena, aunque duelan.

De pronto, él dirigió la vista un poco más abajo y me señaló mi miembro. Estaba siendo una experiencia tan brutal que estaba otra vez medio empalmado.

–¿Y eso?

Me cubrí la cara con una mano, azorado. No sabía ni qué me pasaba.

–No sé, tiene vida propia.

–A lo mejor debí preguntarte más claramente. ¿No habrá sido una de esas posturas que decías que no te gustaban? –Frunció el ceño con preocupación.

–Eh. –le besé y le miré a los ojos– Para nada. Ha sido... exactamente lo que quería.

–Pero ella quiere más.

–Está un poco caprichosa.

Nos reímos.

–¿Te apetece que hagamos algo? –Sus mejillas se pusieron un poco rojas. Era tan tierno que notaba el estómago bailando como loco.

–Claro que me apetece. Lo que quieras.

–Muy bien.

Con un entusiasmo casi pueril se puso de rodillas y bajó hasta situar su cabeza sobre mi pelvis.

Ah, vale, que lo que quería era esto. Uau.

–Yo no me refería a esto... –Le aclaré, con la respiración agitada.

Él me sonrió ligeramente con mi pene frente a su boca. Era increíblemente sexy.

–Pero yo sí.

Jugueteó con ella usando solo los labios, haciendo un amago de introducísela, pero sin hacerlo finalmente. Deslizó la lengua arriba y abajo varias veces y después... Oh, dios. Era alucinante: no solo la felación, también contemplarle a él. Lo aplicado y minucioso que era Daniel con todo en la vida, lo era también con esto. Estaba muy serio, atento a cada pequeño espasmo involuntario de mi cuerpo, a cualquiera de mis gemidos, para aumentar la velocidad o cambiar de movimiento. Yo estaba maravillado.

Sin darme cuenta, coloqué mis manos en su cabeza. Pero al momento las aparté. ¿Y si le molestaba? ¿Y si pensaba que quería decirle cómo tenía que hacerlo?

Él se detuvo.

–¿Por qué las has quitado? –Cogió mis manos con dulzura y las volvió a poner en su cabeza– Me gusta, guíame.

Introduje (¡por fin!) mis dedos en su precioso cabello negro y me volví loco. Mi miembro dio un respingo dentro de su boca y le empujé la cabeza hacia abajo.

–Oh –Suspiré.

Él, atento a todo, se la metió hasta el fondo. Me iba a dar un ataque, el corazón me latía a toda velocidad. Empecé a moverme sin poder evitarlo, entrando y saliendo de su boca, presionando ligeramente su cabeza. Él iba cada vez más rápido, y yo ya estaba casi a punto. Entonces comenzó a succionarla. Al notarlo, empecé a gemir.

–Para, me voy, me voy...

Él la sacó un momento de su boca y yo noté cómo me latía, desesperada por volver a estar dentro de él.

–Pensaba que ese era el objetivo, que alcanzaras el orgasmo –dijo, muy serio y muy técnico.

Sí, ese era el objetivo, pero es que... me iba a correr dentro de su boca. ¿Era eso lo que...?

–¿Entonces, puedo...? –pregunté, con voz entrecortada.

–Sí –respondió. Y volvió a introducísela.

Perdí el control por completo. Él la tenía tan adentro que juraría que casi toqué su campanilla. Succionó una vez más, envolviéndola a la vez con su lengua y yo me corrí frenéticamente, entrando y saliendo de su boca.

Estallé como un volcán después de mil años dormido. Bueno, solo 32 años, pero sí.

¡Dios mío! Dios mío.

Intenté respirar hondo para recuperar fuerzas, con las piernas temblando. Daniel se tumbó a mi lado, evidentemente excitado, con su erección en la mano.

Me incorporé, dispuesto a hacerle llegar con la boca, pero él me detuvo.

–No tenemos tiempo, estoy... ardiendo. –Tragó saliva–. Tócamela.

Me agarró la mano y la colocó donde él quería. Yo le contemplé, tan sexy y adorable, con esos minúsculos gestos contenidos en sus labios y sus cejas, sus ojos apretados, mientras yo movía mi mano, masturbándole con energía. Se le escapó un suspiro levísimo y me lancé a su boca.

Daniel llegó al orgasmo mordiendo mi labio.

Nunca me había sentido tan cerca de alguien. Tuve ganas de llorar.

Nos quedamos tumbados en silencio el uno junto al otro, recuperando fuerzas. Al poco, Daniel se giró para tumbarse de lado y, con disimulo (o no con tanto disimulo, vaya, porque me di cuenta perfectamente) echó un vistazo a mi erección: había desaparecido.

Sonrió.

–¿Todo bien?

Me giré yo también, para quedar cara a cara con él.

–Mejor que bien –me permití retirarle el flequillo del rostro y él cerró los ojos un momento– Yo... todo esto está siendo...–suspiré–. Me siento de maravilla.

Frunció el ceño un momento, sonriente.

–¿También mi...?

Se me escapó una carcajada. Me hacía gracia lo mucho que se cohibía Daniel a la hora de expresarse con palabras.

–Sí, también –le contesté, con los ojos brillantes.

–Me alegra que te haya gustado.

–Gustado no es la palabra... –Estaba aturdido todavía por la fuerza del orgasmo y de todas las sensaciones– Ha sido GLORIOSO. Bestial. Lo haces increíble.

Bajó la mirada.

–Gracias, he estudiado mucho –dijo, ruborizado de orgullo.

Le planté un beso en la frente y dos más en las mejillas. Era para comérselo.

–Qué lindo eres.

Me sentí de nuevo abrumado por el afecto, el deseo y la conexión que sentía con él. Aguantando las lágrimas en mi garganta, que pugnaban por salir.

Pero la que empezó a llorar en ese momento fue Valentina.

–Ay, mi niña– Me levanté y me puse los calzoncillos a velocidad de la luz. Entré en mi dormitorio deprisa y la cogí en brazos para mecerla y darle un beso.

–Cariño, Valentina, mi pequeña, ya estoy aquí, ¿ves? Papá siempre está aquí para ti, nunca estás sola. Ven conmigo, chiquitita.

La mecí y le di biberón hasta que se tranquilizó y, unos minutos después, empezó a dormirse. Realmente, había sido un milagro que no se hubiera despertado en todo el rato que Daniel y yo habíamos estado juntos, no solía aguantar más de una hora sin despertarse.

Llevaba casi 20 minutos con ella cuando por fin se durmió del todo y la pude colocar de nuevo en su cunita. Acaricié su carita, tan hermosa. Había perdido ya su rostro de recién nacida y empezaba a parecer una niña pequeña. Tenía los ojos almendrados de mis hermanas y la sonrisa cautivadora de Estela. Mi pequeñita. Se me escaparon unas lágrimas; la noche había sido increíble y, entre Daniel y Valentina, me sentía rebosante de cariño y afecto que podía regalar a raudales.

¿Y ahora qué? Miré la hora en el reloj despertador de mi mesilla de noche: eran casi las doce.

¿Volvía con Daniel, o me quedaba ya aquí a dormir? No oía nada en el salón. ¿Se habría dormido? No sabía si sería maleducado quedarme aquí, o si volver a él -como me apetecía- sería poco apropiado porque no éramos pareja.

De repente, tuve la revelación de que esto que estaba pasando entre los dos era algo muy frágil.

Había sido bellissimo, sí, pero ¿era un rollo de una noche o algo más? Y luego estaba la niña, Enzo, la pandemia...y Enzo otra vez. Fuese lo que fuese lo que había entre ambos, estaba descansando sobre arenas movedizas.

Tapé a Valentina, aún sin saber qué hacer, cuando noté que Daniel estaba detrás de mí.

—¿Todo bien?

Me abrazó desde atrás y mi corazón empezó a irradiar algo cálido que se extendió por todo el cuerpo. Cerré los ojos, disfrutando de la sensación. Había venido a buscarme. Como si me hubiera leído la mente. Este hombre era *perfecto*. Le agarré una mano y le besé la palma. Me deshice del abrazo y me giré hacia él.

Nos quedamos ambos varios segundos con los ojos clavados en el otro.

—¿Estás cansado? —susurró—. ¿Quieres que te deje dormir?

Negué con la cabeza. Por alguna razón, no me salían las palabras. Tenía demasiadas sensaciones atoradas en la garganta.

Le cogí la mano y le arrastré hasta el sofá: me gustaba tomar la iniciativa con él. Nos tumbamos en la oscuridad el uno junto al otro, de tácito acuerdo. La energía era distinta, algo había cambiado, no sabría decir qué. Estábamos más serios y nos contemplábamos embelesados -o eso quise creer- como si el tiempo se hubiese detenido solo para nosotros.

Solo nos quedamos ahí tumbados, muy cerca, admirándonos. Reconociéndonos.

Le toqué su mejilla suavemente con los dedos. Él cerró los ojos. Seguí acariciándole el rostro, pasándole el dedo por la nariz, el perfil de sus labios, la barbilla. Como si me hubiese quedado ciego y quisiera grabar a fuego todos sus rasgos.

Él empezó a tocarme también: la línea de mi cuello, la oreja hasta el borde superior, terminando con sus dedos entre mi pelo. Todas mis terminaciones nerviosas estaban a flor de piel; cada átomo de mi cuerpo estaba alerta y suspirando por la caricia de Daniel.

Con los ojos también cerrados, sentí su mano en mi pecho, el vientre, y luego sobre la mía: durante minutos simplemente nos rozamos las palmas, los dorsos, entrelazábamos los dedos, como hechizados.

Luego pasé el dorso de mi mano por su cintura y el delicioso ángulo de su cadera. Me hubiera gustado quedarme a dormir allí, en ese hueco donde descubrí, en ese momento, el pequeño tatuaje de R2D2. Él resbaló su mano lentamente por mi muslo. La respiración me temblaba.

Estábamos como drogados el uno por el otro; o al menos yo. El cuerpo me quemaba. Nos acercamos más aún. Cogí su mano y besé suavemente la punta de sus dedos, uno a uno, con el corazón encogido hasta el punto de que casi me dolía. Nunca había sentido algo parecido.

Ya había descubierto que lo que hice con Álex y mis antiguos novios era follar. Y sabía -ahora sabía- que lo que había hecho antes con Daniel era hacer el amor.

Pero ¿esto que sentía ahora, qué demonios era?

¿Cómo se llama cuando miras a alguien a los ojos y sientes que estáis hablando sin palabras, cuando tu corazón es una pompa de jabón, henchido y tembloroso, tan frágil que podría estallar de felicidad? ¿Cómo se llama cuando toda tu piel es como un ser vivo que aletea y palpita con su roce?

Daniel deslizó entonces su dedo índice desde el interior de mi muñeca, dibujando un círculo en mi antebrazo que se quedó hormigueando, como si hubiera despertado todas las células a su paso. Deseé tatuarme el rastro de su dedo para no olvidar nunca que habíamos existido, que esto había sido real.

Seguimos acariciándonos, y el toque casual de nuestros miembros despertó otras sensaciones, que se sumaron a la marea que me azotaba por dentro.

Le susurré:

–Bésam...

Pero su boca ya estaba en la mía, hundiéndome en él y en el sabor milagroso de su lengua. Mi corazón se saltó un latido. Daniel, Daniel. ¡Dios mío! En un rápido movimiento, él atrapó mi trasero entre sus manos. Me encantaba cómo siempre tenía el control.

Comenzó a frotar su erección contra la mía. Una y otra vez, sin parar. Nos besamos con un hambre primitiva. Me sentía completamente borracho de él.

Llegamos al orgasmo respirando cada uno en la boca del otro.

Y entonces, lo supe, supe cómo se llamaba esto que nos pasaba.

Se llamaba él y yo.

Se llamaba Daniel y Samu.

Nosotros.

Capítulo 16

Y ahora ¿qué?

Después de la que había sido seguramente la mejor noche de mi vida, Valentina me despertó varias veces y, finalmente, ella y yo nos levantamos un poco antes de las 7 a.m. Estaba eufórico y lleno de energía, a pesar de la falta de sueño.

Lo bueno de despertarme tan temprano fue que me preparé un café y contemplé -de lejos- a Daniel dormido, medio tapado por la sábana. Un calor me ardió en el pecho y en las mejillas al volver a ver su cuerpo, su rostro inocente y descansado, su flequillo, las manos que me habían tocado y su boca entreabierta. Era precioso. Empecé a emocionarme pensando en que volvería a besarle en poco rato.

Dios, es que me MORÍA por besarle. ¿Eso era físicamente posible, morirse por no tener su boca junto a la mía? Temí que sí, de veras. Tenía el sabor de su lengua grabado a fuego en mi paladar. ¿Cómo iba a poder cocinar ahora? Todos los platos me sabrían a Daniel.

Lo malo de despertarme tan temprano fue que tuve demasiado tiempo libre para pensar.

¿Y ahora qué?

¿Se iría ahora Daniel a su casa? Porque no se iba a quedar a vivir conmigo después de habernos enrollado como si fuéramos un matrimonio, claro. Que a mí me encantaría, por supuesto, pero Daniel no era yo. Ni siquiera había vivido con Enzo tras nueve años juntos. Noté un dolor en el costado al percatarme de ese detalle.

¿Y qué había significado lo de ayer? ¿Era un rollo de una noche o algo más? Yo le había dejado clarísimo que me gustaba. Más aún: que me encantaba. Pero, ¿y él? Intuía que a él le había gustado, pero realmente no tenía ni idea. No había dicho nada. ¡Nada! Ay, Jesús. Tragué saliva con la boca seca. Ni una palabra, ni un piropo, ni un sentimiento. CERO.

Y yo anoche di por supuesto que sentíamos algo parecido. *Pero, ¿por qué seré TAN TONTO?*

Y luego estaba Enzo. Dios mío. ¿Qué iba a pensar de todo esto? Se me revolvió el estómago. No podía NI IMAGINAR que se enfadara conmigo y mucho menos que dejara de ser amigo mío por esto. Él siempre había estado ahí para mí y yo... yo iba y me enrollaba con su ex, con el que había cortado un par de semanas antes. Prácticamente el muerto estaba aún caliente. ¿Cómo había podido ser tan rastrero, tan traidor, tan... mala persona? Sentí arder mis mejillas de culpabilidad y vergüenza.

Ay, dios. Ay, dios. ¿Qué había hecho?

La cabeza me daba vueltas y notaba que empezaba a hiperventilar.

Tenía que tranquilizarme, por Valentina.

Y no quería otro ataque de ansiedad que obligase a Daniel a cuidar de mí. *Vale, Samu, tranquilo. Inspira, respira, inspira, respira...* Me concentré en Valentina. Le cambié el pañal, la bañé, le di el biberón, jugué con ella. Pero el monstruo había despertado. Ya no estaba seguro de nada (salvo de que Daniel me gustaba muchísimo, pero ya no sabía si era algo bueno, malo o, todo lo contrario).

Escuché la cafetera. Las nueve y media. Daniel estaría extrañado de no verme en el salón.

Entré con las rodillas temblando y la niña en brazos. Daniel, sentado en la mesa con su café en la mano, volvió la cabeza hacia nosotros y el corazón empezó a latirme en el pecho, como si hubiese estado parado durante toda la noche.

Di un paso hacia él: mi cuerpo le echaba de menos (y yo también, qué demonios).

Pero las dudas y el sentimiento de culpabilidad me tenían completamente tenso y al verle a él quieto, serio y expectante, se empezaron a confirmar mis temores. Ya no éramos el Daniel y Samu de la noche anterior. La magia se había roto. Sus ojos, por fin, me miraron con una expresión que no supe definir, pero desde luego no era deseo ni alegría, y me quedé congelado. Se me olvidó respirar.

Él exhaló aire con fuerza.

—Has visto los WhatsApp, ¿no?

—¿Los WhatsApp? —pregunté.

Coloqué a la niña en el capazo (el hecho de que Daniel no se hubiera lanzado a cogerla, como solía hacer, debió haberme dado una pista de que algo había cambiado irremediablemente) y eché un vistazo al móvil. Había una ristra de mensajes en el grupo de WhatsApp de la pandilla, que llevaba inactivo más de una semana (al parecer, yo era el principal motor de ese grupo y, distraído como estaba con Daniel, no le había echado mucha cuenta).

Leí los últimos.

Enzo: *Pues me siento bastante mal. Mucha fiebre. Y tos.*

Inés: *¿Como si te hubiera pasado un camión por encima? ¿Y no puedes ni arrastrarte a por un vaso de agua?*

Enzo: *Sí. Me duele hasta la luz del móvil en los ojos.*

Alberto: *Me parece que lo has cogido, tío. Vaya putada. ¿Estás ya en Madrid?*

Enzo: *Llegué anoche. Al menos estoy en casa.*

Inés: *Sí, parece coronavirus. ¿Has llamado al centro de Salud?*

Enzo: *Me han dicho que hay muchas posibilidades de que lo sea. Que me aíse y que, si tengo a alguien que me cuide, que lleve mascarilla.*

Inés: *Me imagino que Daniel está contigo, ¿no?*

Ahí se terminaba la conversación. Tragué saliva, la sien me latía tan fuerte que me hacía daño. Observé a Daniel, con la cabeza gacha y con cara de... ¿culpable? Sorbió café. Las lágrimas se me agolparon en la garganta, pero logré retenerlas.

—Vas a ir con Enzo —dije.

No era una pregunta. Estaba completamente seguro, tan seguro como pocas veces en mi vida. Se habían querido y habían sido inseparables durante ocho años. Se hecho, seguramente aún le quería.

Daniel abrió la boca y la cerró al momento, lo cual aceleró aún más mi pulso. Mierda. Ay, dios, ay, dios. Me mordí el labio.

—Pues... yo... La verdad es que... Enzo... —balbuceó, apartando la vista.

¡No podía mirarme a los ojos! Le costaba mucho lo que iba a decir. Dios mío, me dejaba. El corazón me dio un vuelco. A ver, por un lado, era completamente comprensible: por dios, habían sido pareja durante mucho tiempo, ¿cómo no iba a acudir cuando su vida estaba en peligro?

Pero no era solo eso, claro que no.

Si no, Daniel habría dicho: «Sí, pero solo voy a cuidarle». O «lo de anoche me gustó muchísimo». Algo. Una palabra. No ese silencio. Ese silencio que me estaba destrozando por dentro como la garra de Lobezno.

Ya sabías que esto iba a pasar, pensé, con un escalofrío.

Siempre iba a elegir a Enzo antes que a ti.

Decidí intentar salvaguardar un poco mi dignidad.

—Claro que vas a ir —repetí—. Enzo y tú sois... —. Se me quebró la voz—. Yo puedo arreglármelas aquí; ahora mis hermanas pueden echarme una mano, e Inés también. Tú no te preocupes. Y no te comas el coco con lo de anoche, estuvo... estuvo... —No; no pude definir con un «estuvo bien» la que había sido noche más hermosa de mi vida—. Bueno, fue lo que fue y ya está, no me quiero meter en vuestra relación. No debí, no está bien. Yo... no sé qué me pasó, lo siento. —Ya me había lanzado y no podía parar—. Enzo está mal, te necesita y eso es lo que importa.

Yo mismo saqué su mochila de debajo del sofá.

Y, efectivamente, él comenzó a doblar su ropa en silencio, algo aturdido. La camiseta de Wonder Woman, los vaqueros que llevaba anoche cuando se los quité. Yo no podía mirar. No podía ver esto. Tenía la garganta cerrada.

Cogí a la niña y le di biberón, sin levantar la vista ni una sola vez.

Me di cuenta de que Daniel había terminado porque se quedó en silencio, de pie, junto a la puerta. Con las gafas puestas, la maleta, la bolsa del portátil y el rostro imperturbable. *No llores, Samu, no llores, aguanta un poco.*

Me levanté.

—Muchas gracias por todo —Logré decir, aunque la voz me temblaba.

Vaya error lo de anoche, el mayor de mi vida. No solo iba a perder a Daniel y a sufrir un dolor colosal que ya estaba empezando a intuir; sino que quizá con mi metedura de pata también iba a perder a mi mejor amigo en el mundo entero, el hermano que me habría gustado tener y que había cuidado de mí como nadie. ¡No podía permitirlo! ¡No podía perderle a él también, además de a Daniel! Rápidamente, con el corazón en un puño, añadí:

—No le digas nada a Enzo, ¿vale? De lo de anoche.

Daniel pareció desconcertado, claro; no era normal que yo mintiera con ese descaro. Pero ya se lo diría yo a mi amigo, a su debido tiempo.

—Como quieras —dijo Daniel finalmente.

Se dio la vuelta y salió de mi casa y de mi vida, sin despedirse siquiera, cerrando la puerta con un golpe seco.

Por fin sollocé. Puse a la niña en el capazo y me apoyé en el sofá para dejar salir ya las lágrimas. ¿Cómo había pasado esto? ¿En unos minutos? Desde que había llegado al salón su rostro había estado serio, quizá incluso abochornado. Ni un gesto, ni una caricia, ni una palabra para mí. Ni un movimiento para acercarse y romper la invisible barrera entre los dos. Estaba claro que lo de anoche no había significado nada para él, solo un desahogo.

Yo fui quien había querido leer en eso algo distinto.

Había sido culpa mía. Yo sabía *SABÍA* que no era buena idea encapricharme de un hombre a quien acababan de dejar. No era culpa suya, estaba sensible y tan necesitado de cariño... Recordé su risa, sus bromas, sus explicaciones; cómo bañaba a la niña, lo orgulloso que estaba cuando hizo sus crepes, cómo temblaba en mis brazos cuando me habló de sus padres.

—No, no, no... —mascullé, atragantándome con mis propias lágrimas. Y cuando me empecé a tranquilizar, acaricié el sofá donde la noche anterior habíamos hecho el amor y volví a llorar de nuevo. Recordé su cuerpo sobre el mío, su voz pronunciando mi nombre, su rostro cuando llegó al orgasmo. Esa expresión que ya no volvería a ver más. Seguía teniendo su sabor en mi boca. Daniel, Daniel... Maldita sea. Maldita sea.

Siempre había tenido mala suerte con los chicos guapos.

Naturalmente, mi momento de autocompasión no pudo durar demasiado, porque tenía una hija de cerca de tres meses. Una hija que se merecía que estuviera con ella, que la divirtiera, la alimentara, la cuidara y le diera muchísimo amor. Así que, después de media mañana llorando sin parar, cuando ya me había quedado casi sin lágrimas, metí a la niña en el capazo y me lo llevé al baño para tenerla cerca mientras me daba una ducha. Quizá no fue una buena idea, porque eso me recordó... ya sabéis qué. Y lloré algo más. Pero también me sentí, en cierta forma, renovado, como si el agua pudiera dejar todo atrás.

Salí, triste, pero más tranquilo.

Hablé con mis hermanas y, después de la hora de comer (la llamo así por convención, porque en realidad tenía el estómago cerrado y no probé bocado), coloqué a la niña en el carrito, cogí una bolsa con todas sus cosas, me puse mi mascarilla y, bajando por las escaleras, salí a la calle con ella. El sol, los árboles y el sonido de los pájaros me despejó un poco.

—Mira, cariño, una paloma.

La niña estaba fascinada. Aunque la sacaba al balcón de vez en cuando, eso era diferente.

Íbamos con mucho cuidado, intentando apartarnos de las personas que nos cruzábamos por la acera; eran muchas, porque solo había una pequeña franja horaria para salir de casa, y, aunque llevaban mascarilla, no era prudente romper la distancia de seguridad.

Esperamos durante media hora a que se quedara una mesa libre al aire libre en el café de la plaza. Yo seguía embotado: notaba un peso muy grande y el corazón me dolía como si alguien lo hubiera aplastado entre sus dedos. Pero estaba más sereno, así que aproveché para llamar a Enzo: era mi amigo y estaba enfermo con una enfermedad que podía ser terrible, él no tenía ninguna culpa de lo que pasaba. Y necesitaba asegurarme de que estaba bien.

—Sammy... —El tono de su voz me asustó. Y las toses aún más.

—Dios mío, ¿sigues muy mal?

–Fatal. Más de 38 de fiebre. Menos mal, –tosió de nuevo–, que ha venido Daniel. Es una joya, Samu. Tengo que arreglarlo con él como sea.

Tragué saliva con mucho dolor. Notaba fuego en el estómago; de esta me iba a salir una úlcera, como mínimo.

–Claro que sí. Daniel... –noté las lágrimas resbalando por mi mejilla al pronunciar su nombre– Daniel te va a cuidar y te vas a poner bien. No eres grupo de riesgo, pero si te sientes muy mal ve al hospital, ¿vale? ¿Tienes el número de mi madre?

–Sí. –Más toses.

–Dáselo a Daniel por si acaso. Cuídate.

Colgué porque no podía seguir hablando. Mi amigo enfermo y yo llorando porque me había encaprichado de su novio, o exnovio, qué más daba. *Soy la peor persona del planeta*, pensé. Recordé sus palabras y sentí náuseas: «Tengo que arreglar lo nuestro como sea». Debía alegrarme por él, por ellos, pero... Qué egoísta era, por favor.

Menos mal que, a lo lejos, distinguí por fin la silueta de mis hermanas.

–¡Mi pequeña Valentina! –El grito de Lucía hizo sonreír a la niña. Aunque por supuesto no las reconocía, pareció gustarle que la cogieran y la abrazaran (con mascarillas, por supuesto).

Lorena acercó su silla de ruedas y pidió al camarero dos cafés. Lucía se sentó un poco apartada de mí, aún con la mascarilla.

–Tienes mala cara –dijo Lorena–. ¿No estás durmiendo bien? ¿Se fue Daniel al final, ahora que el confinamiento se ha terminado?

Intenté aguantar, de verdad, pero en cuanto me preguntó eso, me derrumbé y empecé a sollozar como un niño pequeño.

–¿Qué ha pasado?? –Lucía dejó a la niña con su hermana y me dio un abrazo, con las mascarillas puestas. Muy corto. Demasiado corto. Pero estábamos en pandemia.

–¡Todo! ¡Ha pasado todo! –Elevé mis brazos dramáticamente al cielo–. Enzo está enfermo. Daniel ha ido a cuidarle.

—¿Enzo con coronavirus? ¡Qué putada! —exclamó Lorena. Acunaba torpemente a la niña.

—Qué mono es Daniel, de verdad —dijo Lucía, removiendo el azúcar en el café que le acababan de traer—. ¿Tienes miedo de que vuelvan juntos? ¿Es eso?

—Es que... anoche... Daniel me besó y yo...acabamos haciendo el amor y...

—¡¿Qué qué...?! —

—Me debes 50 *lerus*, hermanita. ¡Yupi! —Lucía se quitó la mascarilla para tomar un sorbo de café y estaba sonriendo de oreja a oreja, con los ojos brillantes—. Lo sabía.

—No te alegres —dijo su hermana—. Mira, que Samu sigue llorando.

Lucía se volvió a poner la mascarilla.

—¿No fue bien?

—Igual es un desastre en la cama, —masculló Lorena—. Se le ve torpe.

—¡Tía! —Chistó Lucía a su hermana. Me acarició la mano—. ¿Tan mal fue?

Negué con la cabeza, intentando secarme las lágrimas. Pero era imposible. Me acordaba de sus besos y se me erizaban los pelos de la nuca y volvía a llorar.

—Fue... fue... —Cogí aire y logré mirarlas a los ojos—. Fue maravilloso. Nunca había sentido nada igual.

—Samu... —La voz de Lucía sonó muy dulce—. ¡Me alegro tanto! Te lo mereces. Y él también, ya sabía que vosotros dos...

—Sí, pero esta mañana se ha largado a cuidar a Enzo sin darme siquiera un beso de despedida, sin decirme nada, ni qué significó lo de anoche... ¡ni siquiera adiós! —Me encogí de hombros, aún lagrimeando—. Creo que él solo necesitaba un poco de cariño esa noche y yo estaba allí, y ya está. O quizá quería vengarse de Enzo acostándose conmigo, quién sabe.

—Hum —Masculló Lorena, pasando al bebé a Lucía, para poder tomar su café—. Vale, entonces, ¿a quién hay que matar, a Enzo o a Dani? Espero que a Dani, Enzo es bastante grande. Déjanos a nosotras, hermanito.

Me reí entre las lágrimas.

—Ha sido culpa mía. Me gustaba demasiado y acababa de romper con mi mejor amigo. De hecho, igual ni era una ruptura, sino una separación. Era mala idea de todas todas.

Lucía le hizo un arrumaco a la niña y le dio el bibi que yo le pasé.

—A lo mejor no te ha dicho nada simplemente porque estaba impactado por la idea de que Enzo pudiera, ya sabes... morirse. Ha sido su pareja muchos años.

—Odio decir esto —añadió su hermana, tomando un sorbo de café— pero la verdad es que le doy la razón a Lucía. Dale tiempo, el chaval se ve un poco *paradito*.

—Bueno —Me ruboricé—, eso es porque no lo visteis anoche. De «paradito» nada...

Las dos se rieron.

Es verdad que las penas en compañía son menos penas.

Pero una hora y media después, al subir a casa y encontrarla vacía, sin su mochila, sin su portátil, sin su voz, el dolor me volvió a partir como una espada al rojo vivo. Encontré uno de sus vasos de Coca-Cola en el fregadero y me negué a lavarlo. A ese extremo de ridículo había llegado. Sólo me faltaba ponerlo en un altar junto al bote de Fairy y plantarle una velita.

Esperé a bañar y dormir a Valentina para tumbarme en el sofá y llorar de nuevo. Allí me dormí y, al primer despertar de la niña, hora y media después, me fui a la cama con ella. Me arrastré hasta la noche como un zombi, solo disfrutando algunos momentos con mi hija.

Al día siguiente, fui yo el primero en escribir al grupo de WhatsApp de los amigos.

Yo: *Enzo, ¿cómo estás?*

Daniel: *Está dormido. Ahora mismo tiene menos fiebre.*

Solté el móvil de golpe. ¡Dios!

Noté un agujero que se abría en mi pecho al leerle, al darme cuenta de que estaba hablando con él. De que estaría sentado allí, en el sofá rojo, con sus gafitas, tal vez en calzoncillos, como tantas veces le había visto en casa de mi amigo. No tenía fuerzas para responderle... pero también quería asegurarme de que se estaba protegiendo. Eso era más importante; su vida era más importante que el dolor porque me hubiese rechazado.

Yo: Imagino que llevarás mascarilla todo el rato.

Daniel: *Por supuesto :)*

No, Daniel, no hagas eso, no te hagas el simpático, me hería incluso más. Estás en la casa de tu ex, él quiere recuperarte ... y tú a él. No tiene sentido intentar ser amable con tu rollo de una noche.

Me hice el loco, como si no hubiera habido ningún emoticono en la conversación.

Yo: Ventilad toda la casa, todo el rato. Ventanas abiertas. No uses el mismo cuarto de baño ni compartas habitación con él, ni, salvo cuando entres para...

Tragué saliva.

...cuidarle.

Me dolió físicamente escribir esa última palabra. Sólo imaginar sus manos sobre Enzo, acariciándole... fue como si la sangre abandonara mi cuerpo y sentí un escalofrío que me recorría de arriba abajo.

Daniel: *Eso haré.*

Daniel: *Tú eres el experto.*

Ahora sí empecé a llorar, ignorando los mensajes de Inés y el resto de la pandilla que empezaron a llegar.

Así que me mandaba mensajes amables aprovechando el grupo, pero ni un solo WhatsApp privado a mí. *No digo que me declare su amor ni nada de eso, pero un «qué tal con Valentina» o un «me gustó lo de anoche, espero que podamos ser amigos».* ¡Algo!

Pero no.

Tiré el móvil al suelo para hacerlo trizas...

...y rebotó gracias a la funda de goma.

—¡Maldita sea, no tengo suerte en nada!

Menos mal que en ese momento llamaron a la puerta. Miré por la mirilla. Me aparté. Miré de nuevo. Me froté los ojos.

Me puse la mascarilla y abrí la puerta a Álex.

—Hola, desconocido. —Me saludó, con ese tono de voz y esa mirada brillante que semanas antes me habría desarmado por completo.

Ahora me quedé allí contemplándole como un bobo, porque estaba completamente vacío. No sentía nada por esa persona. Casi no sabía quién era.

—Hola —dije finalmente, con mucho esfuerzo.

—Se te ve mala cara. —Parecía realmente preocupado— No contestas a mis mensajes desde hace bastante y quería... saber si estás bien. Ya veo que no.

—No, yo... —No podía contarle todo lo que había pasado, pero tampoco le quería mentir—. No, muy bien no estoy.

—¿Tu madre, o la niña...? —parecía sinceramente preocupado

—No, no, ellas están bien. Son temas personales.

—Lo siento. —Me apretó el brazo con afecto—. Si necesitas relajarte o tomar el aire, ya sabes dónde estoy. Podemos dar una vuelta, o vernos, ¿vale?

—Yo no estoy en un buen momento y... no quiero incomodarte, de verdad.

—No seas tonto. —Se acercó un poco más y bajó la voz—. Yo sé que muchas veces no os dais cuenta, pero soy algo más que una cara bonita, ¿sabes? También podemos simplemente hablar. Conocernos un poco.

Asentí. Cuando cerré la puerta y me senté intenté rebuscar dentro... pero nada. No me había removido nada. Álex había pasado a la historia.

La niña empezó a gimotear en el dormitorio.

—¡Voy, cariño!

Llegué hasta la cuna. Había hecho *cacota*; la cambié en el baño. Le puse la crema.

—Ya está limpita mi niña. —Le besé los piecitos preciosos. Esos momentos no los cambiaba por nada. Por nada.

La llevé al dormitorio y la mecí, cantándole una canción de Lana del Rey hasta que se durmió. El estómago me rugía. Me di cuenta de que no había comido en todo el día, ni prácticamente el anterior. Sólo el café de por la mañana y un par de galletas. Me acerqué a la cocina para hacerme una triste tortilla.

Miré el reloj del móvil: las siete y cuarto de la tarde. Y vi otra cosa, muchos mensajes en el grupo de WhatsApp. El último:

Daniel: *He llamado a la madre de Samu...*

¿Qué? ¿Qué había pasado? El corazón se me aceleró. Rápidamente leí toda la conversación, tuve un mal presentimiento. No, no, no. Por favor, no. Y acerté: Enzo estaba peor.

Daniel: *La fiebre le ha subido a casi 39°C. No para de toser.*

Alberto: *¿Tiene dificultad para respirar?*

Daniel: *No sabría decirte, apenas tiene fuerzas para hablar.*

Inés: *Llama a la madre de Samu, Daniel, date prisa.*

(Diez minutos después)

Daniel: *He llamado a la madre de Samu. Viene de camino con un aparato para medirle la saturación del oxígeno en sangre.*

Hacía cuarenta minutos de ese mensaje. Nadie había dicho NADA MÁS. Dios mío, Enzo. ¡Enzo! Aunque creí que se me habían agotado las lágrimas en las últimas 48 horas, empecé a llorar de nuevo.

Llamé corriendo a mi madre: no lo cogía. Otra vez... Nada.

La mano me temblaba en el móvil. Enzo no podía morir, eso no. ESO NO. Mi amigo, mi hermano... Recordé cómo me había protegido desde que éramos pequeños. Cómo discutíamos porque yo le consideraba Gryffindor, aunque él se veía Slytherin (conmigo no había dudas: Hufflepuff). Me

acordé de cómo siempre me revolvía el pelo y cómo con su sonrisa mis problemas parecían empequeñecer. Cómo me escuchaba y me daba consejos, por muy pesado que yo fuese. Y cuánto me había animado cuando me decidí a tener un hijo con Estela.

Enzo, Enzo.

Sin saber ni lo que hacía, me puse de rodillas y junté las palmas de las manos, y empecé a hablar entre lágrimas.

—Dios mío, Alá, Zeus, Universo, o quien quiera que dirija este departamento, por favor, no te lleves a Enzo. ¡No te lo lleves! —Estaba moqueando—. Me da igual que Dani vuelva con él, que se casen, sean felices y coman perdices... ¡pero déjale vivir, por favor!

No me daba igual, claro, pero entre dos horrores había que escoger el menos malo. Yo ya estaba acostumbrado a sufrir por los hombres (*No así, no como estás sufriendo por Dani*, me dijo mi vocecita, pero la ignoré) pero la muerte de Enzo era sencillamente INIMAGINABLE.

Hubiera dado cualquier cosa. Menos a Valentina, cualquier cosa.

—Por favor, Universo, sálvale, que se quede con Daniel o lo que quieras, pero sálvale... —Las lágrimas me cegaban y no sabía si realmente los sobornos funcionaban con el Universo o con el Ser supremo o lo que fuese, pero tenía que intentarlo. Y pensé en el pobre Daniel, lo mal que lo estaría pasando también, a punto de perder al hombre de su vida.

Y, por fin, sonó el móvil. Era mi madre.

—¡Mamá! —Di un bote—. ¿Cómo está?

—Creo que fuera de peligro, de momento.

Exhalé todo el aire que había estado conteniendo desde que leí los WhatsApp.

—¡Menos mal! ¡Menos mal! ¡Gracias! —Alcé las manos, no sabía ni a quién me dirigía.

—Ay, cariño. Lo habrás pasado fatal. Tranquilo, la saturación no está en niveles peligrosos. Y le ha bajado un poco la fiebre; afortunadamente es joven, fuerte y sano. Me voy a quedar aquí esta noche, dormiré en el sofá, por si acaso.

—¡Muchísimas gracias, mamá! —Era una santa, había que levantarle un monumento—. Ay, dios mío, qué detalle que te quedes. No sé qué haríamos sin ti.

—Enzo es como de la familia, aunque él y tú... en fin, parece que no hay manera. Ya veo que sigue con su novio.

El corazón se me paró. *A lo mejor solo lo dice porque Daniel está ahí con él*, no era probable que hubiera visto intimidades, y menos con Enzo enfermo.

Me di una torta a mí mismo. *¡Qué egoísta eres, Samu! ¿Acaso no acabas de pedirle al Universo que si hacía falta le diera a Daniel a cambio de salvarle? Pues ya está.*

Lo que importaba es que Enzo iba a vivir. Tenía que vivir.

Cuando mi madre colgó el teléfono tuve muchísimas ganas de llamar a alguien. Y sabía a quién, aunque hacía mucho que no hablábamos. No de verdad, al menos.

Le mandé un mensaje, para ver si estaba despierta. No sabía qué hora sería allí.

Yo: *Estela, ¿puedes hablar?*

Mientras esperaba a ver si contestaba, preparé unos biberones para la noche de Valentina y me di una vuelta para ver cómo estaba. Diez minutos después, me llegó un mensaje.

Estela: *Yo estoy deseando, Samu. La pregunta es si ya me has perdonado.*

Hice una llamada inmediatamente por WhatsApp.

—¿Cómo estás, *amore*? Disfrutando a la niña y siendo muy feliz, espero.

Noté una corriente de cariño instantáneo por ella y, al ir a contestar su pregunta, se me escapó un sollozo.

—¿Qué ha pasado? ¿Valentina? —Su voz sonaba preocupada. Eso me gustó.

—Ella está perfectamente. ¿Viste las fotos que te mandé ayer? Pero lo demás...—me sequé la lágrima—. ¿Tienes una hora?

—Aquí en Seattle es la hora de comer. Pediré un bocadillo al hotel. Son de algo parecido al queso y algo parecido a una suela de zapato, pero *whatever*... ¡Cuéntame!

Le resumí todo lo que pude (que era poquísimo porque me moría por darle detalles de todo lo que había pasado con Dani, la conexión cósmica y todo eso), y terminé con su espantada del día anterior y Enzo a punto de morirse.

—O sea, tío, ¿Daniel??? —Se rio bajito mientras masticaba—. No lo habría imaginado nunca, pero ahora que lo dices tiene sentido.

—¿¿Verdad??? —Me agarré a eso como a un clavo ardiendo.

—Pero, joder, Samu, Daniel tiene menos habilidades sociales que... ¿Cómo se llama ese personaje de Big Bang Theory que se queda mudo cuando habla con las mujeres?

—Raj. —Le contesté—. ¡Es increíble que seamos amigos si no conoces a los personajes de esa serie!

—Tío, lo que quiero decir que quedarse mudo está en la puñetera naturaleza de Daniel. No es muy bueno hablando de sentimientos, ¿no?

—Eso es verdad. —Sentí renacer una rendija de esperanza—. Pero Enzo ha dicho que quiere volver con él y Dani estaba muy dolido con la ruptura. Seguro que vuelven.

—Deberías hablar con él.

Se me fue toda la sangre de la cara.

—¡¿Qué dices?! ¡Si yo prácticamente me declaré la noche que nos acostamos! Le dije de todo. ¡Él ya sabe lo que yo siento! No puedo ponerme delante de él y decirle lo que ya sabe para que me devuelva silencio otra vez. No tengo la fuerza ni el valor.

Oí cómo se carcajeaba. Madre mía, cuánto la había echado de menos. Solo escuchar su risa y ya volvía a vivir mi vida como si fuese una sitcom de Netflix y no un documental de HBO.

—Es increíble el concepto que tienes de ti. —Me dijo, finalmente—. Eres como el león de El mago de Oz.

—¿Ese era el que no tenía cerebro? Porque suena bastante a mí, la verdad.

—¡No! El que creía que no tenía valor y era el más valiente de todos.

— Si soy un cobarde tremendo. —Ahora fui quien me reí—. ¿Yo, valiente? ¡Y me lo dices tú, que estás de gira en Estados Unidos con tu banda!

—Bueno, tuvimos una hija y adivina quién NO ha salido corriendo. Exacto, tú. Y vale que yo tenía una oportunidad de oro en mi carrera, pero ya me conoces y sabes que lo de la niña, toda esa responsabilidad, pues... era demasiado para mí.

»Y después, —siguió ella—, encuentras a un chico con el que haces *clic* por primera vez en tu vida, y le dices todo lo que piensas de él a la cara. Joder, Samu, ya me gustaría a mí ser igual de *cobarde* que tú.

—Te he echado de menos, —le solté, de pronto, inundado de cariño por mi amiga.

—¿Lo ves? Valiente. Has sido el primero en decirlo, *amore*. Llevo dos meses intentando que Ousmane o Sebas se cambien de acera porque te extrañaba a muerte.

—No me toques a Ousmane, que a Inés le da algo.

—Tranquilo, solo he follado con Sebas y con Raúl. Creo que Ousmane se siente un poco dejado de lado, pero que le den.

Nos reímos.

—Bueno, y también me acosté con Borja, —añadió, chascando la lengua—, pero eso fue un error que no voy a repetir.

—¿Con Borja, tu manager?? ¿El que vende canciones como si fueran yogures? ¡Si ni siquiera te cae bien!

—Ya ves. Me debió pillar con la guardia baja. Y ahora el muy tonto no sabe comportarse, como si no hubiera tenido un rollo de una noche en su vida. En fin.

—¿Y los conciertos? —Quise saber.

—Una PASADA, Samu. O sea, no tocamos ante dos mil personas como el último de Madrid, pero estamos en la cuna del rock y es increíble. Espera, que te paso fotos, y cuéntame tú de la niña. ¿Cómo está mi monita?

Definitivamente, recuperar a mi mejor amiga me ayudó mucho. Escuchar sus aventuras en la tierra del rock, sus opiniones sobre Daniel y yo... me distrajo. Pero a la mañana siguiente volví a levantarme y a entrar en el salón con la niña y a mirar la mesa donde solía estar Dani. Intenté no prestar atención al pinchazo que sentí en los pulmones y coloqué un cojín en el sitio donde él se había sentado esos dos meses.

Me puse un té. Valentina se había despertado y, mientras le daba el biberón de la noche sentado en el sofá, le leí uno de los cuentos que nos habían regalado. «Leer» era un eufemismo, porque era un librito solo con dibujos de animales y sus nombres. Empecé a imitar los sonidos para ella.

—Y el león hace «roarr». Y mira, aquí está el lorito, que dice «Hola».

Ella lo miraba todo con grandes ojos curiosos.

—Y el patito hace «cua-cua-cua» —imité lo mejor que pude su sonido.

Y de pronto sucedió. De su boca salió algo como:

—Jejejeje.

—¿Eso ha sido una risa, Valentina? El patito hace cua-cua-cua-cua —repetí, y ella volvió a ¡reírse! Me volví a mi izquierda—. Mira, Daniel, por fin...

Oh, Mierda.

El pinchazo volvió, multiplicado por tres. Oh, no. Me lancé a llorar como un bobo de nuevo.

Cubrir el espacio fingiendo que nunca había estado ahí no había servido de nada. De hecho, notaba el hueco que había dejado dentro de mí, que era mucho más difícil de disimular. Como si hubiera perdido el bazo o, mejor, el hígado (porque el bazo no tengo ni idea de para qué demonios sirve, y no sé ni siquiera dónde está).

Y recordé, como un flash, una de las lecciones de mi psicóloga cuando tuve ansiedad hace años: no había que tapar los sentimientos. Había que *sentir* los sentimientos, fueran cuales fueran. Ninguno era malo, lo que era malo era dejarlos dentro (o expresarlos haciendo daño a otras personas, claro).

Era un error intentar huir del dolor que estaba sintiendo. Tenía que rendirme a él y llevarlo con orgullo. Como dicen los americanos: *Own it, baby*. Ese era yo, un hombre con una hija y un gran dolor. *Pues sea*, pensé. Y se me ocurrió una idea loca.

Al día siguiente por la tarde, tras dejar a Valentina con mis hermanas en el parque, entré en un pequeño establecimiento de mi barrio. Temblaba de pies a cabeza; nunca había tenido el valor de hacer algo así, pero el dolor y la necesidad de sacar lo que llevaba dentro eran más fuertes. El chico que atendía llevaba mascarilla y yo también. Tenía todos los brazos y el cuello llenos de tatuajes, y las paredes estaban llenas de dibujos y de fotos de sus clientes. Uno de ellos con un gran tigre tatuado en la espalda.

Yo quería algo más simple.

Me senté donde me dijo y le expliqué.

—Quiero un círculo que imite como el rastro de un dedo manchado de pintura. Aquí.

—¿En el antebrazo, cerca del codo? Tío, es una zona muy sensible. Va a ser doloroso.

Noté un escalofrío en la espalda.

—No me importa el dolor. —Le dije, envalentonándome como nunca—. Ah, y lo decoras con unos números pequeñitos. Estos.

Le pasé un papel. Él hizo unos dibujos rápidos para que yo diera mi ok al diseño antes de tatuarlo en mi brazo. Me echó una crema para anestesiarlo un poco. Y cuando empezó, el dolor fue... TERRIBLE, como si te clavaran miles de agujas, porque parecía que no terminaba nunca. Pero me acordaba de Daniel y de su rostro y de su mano cuando dibujó ese círculo exactamente ahí (aún podía sentirlo) y... ese dolor era infinitamente mayor.

En la tienda sonó «Creep» de Radiohead. Por supuesto, estaba claro que el universo me iba a agasajar con una de las canciones de amor no correspondido más bonitas de la historia. Me centré en la letra:

You're just like an angel

*Your skin makes me cry.
I want a perfect body
I want a perfect soul
I want you to notice
When I'm not around
You're so fuckin' special
I wish I was special
But I'm a creep
I'm a weirdo
What the hell am I doin' here? ...*

Me dejé ir y lloré. Lloré todas mis lágrimas.

Sabía que el camino que tenía por delante era largo y sería difícil, pero esta era la única manera de seguir: sentir todo lo que tuviera que sentir y aceptar quién era yo.

OceanofPDF.com

Capítulo 17

Algo es mejor que nada

Los días siguientes fueron un borrón oscuro, en el que intenté crear una nueva rutina que me mantuviera en marcha a pesar que la mayoría del tiempo no sentía nada de nada. Me arrastraba como un muerto viviente de casa al trabajo (habían comenzado de nuevo las clases, con mascarilla y limitando el número de alumnos), a dar un paseo con la niña, o incluso a tomar café con mis hermanas.

Salvo contados momentos con mi hija en los que aparecía algo parecido a la alegría, el resto del tiempo era una bruma. Nada tenía sentido. No lloraba, ya había agotado ese departamento (o eso creía yo): simplemente había aceptado que nunca sentiría la felicidad de tener una pareja con la que conectara de forma tan perfecta.

Seguramente, no me lo merecía. Ni siquiera había sido un buen amigo.

Además, la semana siguiente a la marcha de Daniel, me llegaron algunos paquetes de Amazon que él debía haber dejado encargados antes de irse. Leche hidrolizada (justo cuando se me estaba acabando el bote), un nuevo libro, y un gimnasio para bebés que llegó en el momento exacto en el que Valentina empezó a girarse sobre sí misma para ponerse boca abajo. Cada paquete que recibía era una tortura y un recordatorio de lo perfecto que había sido estar con él.

Y de que lo había perdido. Ay, Jesús.

Mi hermana Lucía venía a cuidar a la niña cuando yo estaba en el trabajo, y unos días después, mi madre.

Enzo, tras esa noche fatídica, fue mejorando día a día, incluso más rápido que Inés.

—Oye, Sammy, quiero celebrarlo y he pensado que podemos encontrarnos todos por mi cumple, en el parque, al aire libre, ¿vale? Tengo ganas de veros a ti, a la niña, a Inés... a todos —me dijo un día por teléfono.

Todos. Eso incluiría a Daniel, claro. Aún no tenía noticias de él; ni un mensaje. Y sabía que no debía meterme donde no me llamaban, pero mi

curiosidad pudo más.

—¿Cómo van las cosas con Daniel? —El corazón se me iba a salir del pecho.

—Mucho mejor. —Fue su respuesta, que me dolió como una puñalada—. Estoy muy contento, Sammy, ¡la vida es maravillosa! Tenemos que aprovecharla mientras podamos.

—Sí, ya. Entonces... —Hice un cálculo mental de cuántos días faltaban para el infierno que sería el cumpleaños de Enzo—. ¿El domingo de la semana que viene quieres celebrarlo?

—Sí, al mediodía, unas cervecitas. Lo diré por el grupo de WhatsApp. Invita a tus hermanas si quieres que alguien te ayude con la niña, echo de menos a esas pequeñas granujas. Ah, y puedes traer a Álex, si quieres, faltaría más.

Solté una risa seca. En fin. Cuando terminamos de hablar, me quedé sentado, en silencio, mirando mi cocina, donde Daniel había fregado tantas veces, y había hecho café y... No tenía fuerzas ni para moverme. Suspiré y me acaricié el tatuaje del círculo en mi antebrazo.

—Cariño, —mi madre, que estaba con Valentina (y con su mascarilla puesta), se sentó a mi lado y me acarició el pelo—. Me tienes preocupada, nunca te había visto así. ¿Es ese vecino tuyo? Ya has tenido desamores antes, pero esto...

Me encogí de hombros.

—No, no es mi vecino. Se me pasará, no te preocupes. —Sonreí tristemente—. Antes o después. Y tengo a la luz de mi vida, —di un besito a Valentina, que gorjeó de felicidad y sentí el corazón calentito.

—¿Has pensado volver a la psicóloga?

Suspiré. La verdad es que se me había pasado por la cabeza. Me mordí el labio y le respondí:

—Si en unas semanas no me ves algo mejor, pediré cita.

—Así me gusta, cariño, hay que ser muy fuerte para pedir ayuda. —Me apretó la mano—. Vamos a bajar, que ya deben haber llegado tus hermanos.

Habíamos quedado ese viernes para merendar todos en la calle. De hecho, era la primera vez que mi hermano Pablo conocía a mi hija. Cuando nos sentamos en el bar, todos con mascarillas y guardando las distancias, la tomó en brazos. La niña le dedicó la mejor de sus sonrisas y él pareció conmoverse y todo.

—Es muy bonita. Lástima que esté creciendo sin madre.

Ya empezábamos. Y ni siquiera habíamos pedido los cafés. Tomé aire.

—Bueno, Pablo, hijo —dijo mi madre, intentando animar el ambiente—, está bien cuidada y querida y eso es lo importante.

—Yo solo digo —continuó mi hermano, aun meciendo a mi hija—, que es una pena, nada más. Una niña necesita a su madre, es obvio.

Trajeron los cafés y los té y yo me quedé en silencio.

—Vamos, Pablo, va, deja a Samu que está muy cansado. —Lucía intentó mediar también.

—Pues es culpa suya, —sentenció mi hermano, mirándome con severidad—, por haber tenido a la niña y haberla tenido con semejante irresponsable. Debería hablar con su amiga y ponerle los puntos sobre las íes.

No sé cómo explicar lo que me sucedió en ese momento. Tal vez me acordé de cuando Dani había hablado con mi hermano y se había plantado ante él; o quizá es que había llegado a mi límite; o seguramente es que estaba tan triste que todo, absolutamente todo (salvo mi hija) me importaba una soberana mierda.

Noté un fuego que me ardía dentro y, por una vez, lo dejé salir.

—Me la suda.

A mi hermana Lorena casi se le cayó el café de la impresión.

—¿Qué has dicho? —preguntó Pablo, alzando una ceja, incrédulo.

—Cariño, —mi madre me cogió el brazo—, cálmate. Tu hermano no lo dice con mala intención.

Dudé, pero solo un instante. Estaba harto de callarme y aguantar que me dijera cualquier cosa que se le pasaba por la cabeza.

Dejé que lo que llevaba dentro tomara el control.

–He dicho que me la suda, ¿me oyes? No, igual no me oyes porque estamos muy lejos. –Me levanté y le quité a la niña de sus brazos–. Me la suda, *querido*. ¿Esa es tu opinión? Muy bien. Nadie te la ha pedido. Esta es MI hija, y esta es MI vida. Mía. Mis decisiones las tomo yo y si quiero tu opinión, ya te lo haré saber.

–¡Uau! –exclamó Lucía, con una gran sonrisa.

–Es cómo ver a Clark Kent transformarse en Superman –dijo Lorena, con admiración.

–Y vosotras no digáis tonterías, por favor. –Me senté en mi silla y le pasé la niña a mi madre, que la esperaba con los brazos abiertos–. ¡Que yo soy de Marvel, no de DC!

–Bueno, perdona, –corrigió Lorena–, pues es como ver a Bruce Banner transformarse en el Increíble Hulk.

–Es verdad que los superhéroes de DC son bastante sosos, –añadió su hermana.

Yo por fin tomé mi café y Pablo no dijo nada más. Durante el resto de la tarde me sentí... liberado y poderoso. Como si un nuevo Samu hubiera nacido dentro de mí.

Claro que luego llegué a casa y me senté en el sofá donde el viejo Samu había hecho el amor con Daniel y me desinflé de nuevo.

Sentir los sentimientos, pensé, no hay más que hacer. Así que dormí a la niña y me puse canciones de amor para ayudar a que salieran las lágrimas.

Lo conseguí a la tercera «Into your arms» de Lemmonheads, que me traía además muchos recuerdos de mi adolescencia.

Dos días después, a la hora de cenar, ya cuando la niña se había dormido, Enzo preguntó, OTRA VEZ, por el grupo de WhatsApp qué tal me iba todo con Valentina.

A veces tenía la intuición de que era Daniel quien le sugería que me preguntara algo por el grupo, porque poco después solía entrar él en la conversación; los mensajes siempre llegaban a la hora en que la niña estaba durmiendo la siesta (y Daniel conocía perfectamente sus horarios) y,

además Enzo y yo solíamos llamarnos muy a menudo, no tenía sentido que me preguntase por WhatsApp.

Bueno, quizá más que intuición era deseo, porque sentir que Daniel no tenía ninguna necesidad de seguir en contacto conmigo era, sencillamente, el HORROR. Podía aceptar que era un chico necesitado de cariño que se acostó conmigo una noche porque tuvo un momento de debilidad. Vale. Pero pensar que no había establecido ningún tipo de conexión real conmigo, que toda la amabilidad y preocupación que mostró por mí durante nuestra convivencia no había significado nada y ya me había olvidado... eso me mataba.

Así que imaginar que estaba detrás de esos mensajes me devolvía a la vida por unos instantes. Me apresuré a contestar:

Yo: Todo sigue bien. Mi madre y Lucía me ayudan a cuidarla de día. ¡Y ya se ríe!

Inés: Ohhh, ya es una niña grande.

Enzo: ¡Manda un vídeo!

¿Enzo pidiendo un vídeo de la niña? Jamás me había pedido ni siquiera una foto. El corazón me aleteó de esperanza. Busqué en mi móvil alguno de los últimos, donde se vieran las preciosas carcajadas y gorjeos de Valentina.

Y esperé, con la respiración agitada.

Inés: (ojos con corazones) Me la como.

Alberto: A partir de ahora, prácticamente hará algo nuevo cada semana. Y cuando quieras darte cuenta la tienes gateando (risas).

Enzo: Qué graciosa.

Esperé. Y esperé. Diez minutos. Veinte minutos. Notaba las lágrimas en las mejillas. Vale, teoría fallida.

Estaba claro que yo no le había importado una mierda.

Por eso me sorprendió que, el lunes por la noche, mientras estábamos charlando en el grupo, cuando comenté que un par de días después iba a ponerle la vacuna a Valentina el primer mensaje fuera suyo.

Daniel: *¿Con quién vas?*

No sé qué me irritó más: que hubiera adivinado que -en el fondo- buscaba que alguien se ofreciera a acompañarme, o que no se le hubiese pasado por la cabeza ofrecerse venir conmigo.

Tuve un nuevo momento «increíble Hulk» y respondí, molesto:

Yo: Voy yo solo. No necesito ayuda de nadie para llevar a un bebé al centro médico. Ni siquiera pesa cinco kilos.

Él no dijo nada más, ni volvió a hablar en el grupo en dos días.

Supongo que fue eso lo que me convenció.

Ya sabía que tenía que dejarle atrás. Enzo me había dejado claro que las cosas se estaban arreglando entre ellos y Dani no me había dirigido la palabra siquiera desde aquella mañana que se fue de mi casa. La verdad, solo faltaban unas señales luminosas que dijeran «EH, QUE DANIEL PASA DE TI, ATONTAO». Estaba más que claro. Pero me había estado intentando agarrar a un clavo ardiendo.

Y ya estaba bien.

Lo hablé con Estela una noche por Zoom.

—Tío, solo tienes dos opciones. O le dices lo que sientes o pasas página, Samu.

—Ya le dije lo que sentía.

—Ah, ¿sí? ¿Le dijiste que le quieres?

Me atraganté.

—¿Pero a qué viene eso?! —exclamé, apurado— Me gustó muchísimo, sí. Pero yo no he hablado de amor.

Estela se sonrió mientras sorbía coca cola por una pajita.

—¿Sí? No sé, a mí me parece que no has hablado de otra cosa.

—No me jorobes, ¿qué sabrás tú de amor? —Mierda, no pretendí sonar así de amargado. Pero me había puesto muy nervioso—. Perdona, no quería decir eso.

Ella se encogió de hombros.

—No, si tienes razón. Llevo huyendo de las ataduras toda mi vida. Pero a mí me va bien, soy feliz con esta vida, de hecho, ¡me lo paso de puta madre! —Se rio, alegre.

A mí se me cambió la cara.

—¿Y Valentina? ¿Es otra «atadura» para ti? Porque es solo una niña muy pequeña...

—Lo sé. —Asintió—. Y ya te lo he reconocido, ¿no? Sé que tengo que trabajar mi mierda. Quiero... —carraspeó—, quiero... ser mejor que mi madre. Estoy dispuesta incluso a...—suspiró—, ir a terapia.

—¿En serio?

Era algo que yo siempre le había recomendado. Estela parecía no tener problemas porque era muy alegre y segura de sí misma, pero quienes la conocíamos (y quienes conocíamos a su madre) sabíamos que bajo la superficie había muchos conflictos por solucionar. Y lo que había pasado con Valentina era la prueba definitiva.

—En serio. En un par de semanas volvemos a España y estaré ahí para ti. Y para la niña. *Pinky promise*. ¿Vale?

—Vale —. Era lo más parecido a la alegría que había sentido en semanas—. Y ahora, ve a follarte a medio Houston, cariño.

—Ya he empezado, mira. —Giró la cámara y mostró a un chico negro, monísimo, dormido en la cama. Me guiñó un ojo. Joder con Estela—. Y tú, si no vas a hacer nada con Daniel, ponte las pilas con tu vecino, anda. Al menos para volver al mundo de los vivos, que me estás asustando. ¿Me lo prometes?

Asentí. Cuando terminamos la videoconferencia, escuché en bucle «Firework» de Katy Perry para animarme y mandé un mensaje a Álex.

Yo: *Si sigue en pie la oferta de salir contigo, ¿te apetecería el viernes por la noche?*

Su respuesta no se hizo esperar:

Álex: *Perfecto*.

Sí. Eso. Les demostraría a todos que yo, Samu, podía salir adelante. Iba a brillar en el cielo de la noche, dejarles anonadados y todo eso que decía la amiga Katy. Bueno, vale, seguramente tanto no: era consciente de que no iba a sentir con Álex lo mismo que con Daniel, pero necesitaba hacer algo. Y ducharme. Con urgencia.

No lo voy a negar: aunque me había puesto muy gallito en el WhatsApp con lo de ir a ponerle la vacuna a Valentina yo solo, cuando llegó el momento estaba temblando como gelatina recién hecha. Llevaba a la niña en la mochila de porteo, algo que nunca había probado hasta ese momento, y a Valentina le dio por llorar. Pobrecita, debía parecerle algo extraño.

Así me presenté en el centro médico, con la niña llorosa; yo apurado, asustado, mirando a todas partes a ver si la gente llevaba mascarillas (sí), si había muchos niños sin ellas (también), intentando apartarme y guardar cola. *Venga, Samu, tú puedes.* Respiré hondo.

Terminé cogiendo a la niña en brazos, buscando su tarjeta de la Seguridad Social en mi riñonera, mientras intentaba mecerla para que dejara de llorar. Todo el mundo me miraba. Yo estaba avergonzado y asustado y, por un momento, a punto de echarme a llorar yo también. Pero me contuve y guardé la calma.

—Valentina Medel Manzano —nos llamaron, cuando la niña ya se había relajado.

Entramos y en realidad, todo terminó muy rápido. La niña lloró un poco con el pinchazo, pero la calmé y enseguida estuvimos fuera. A salvo de virus. Nadie nos había tosido cerca.

El sol nos dio en la cara. Respiré hondo. La niña tomaba su biberón, ya serena.

—Vámonos a casa, mi niña. —La acaricié, sonriente

Lo logramos.

—Mamá, me llamas si necesitas cualquier cosa —Le dije el viernes por la noche, mientras terminaba de arreglarme. Eran casi las nueve y la niña

dormía plácidamente en su cuna. Las noches anteriores las había pasado con un poco de fiebre, por la vacuna, así que le dejé a mano el Apiretal.

—No quiero interrumpirte, hijo... ¡para un día que te veo un poco contento! —Me hizo volverme para echarme un vistazo de arriba abajo antes de salir— Samu, cariño, ¿así vas a ir? ¿Por qué no te pones más elegante para tu cita?

Había elegido unos vaqueros, una cazadora vaquera por si refrescaba y llevaba mi camiseta negra de Blade Runner (la versión clásica, la friki, no la de 2046).

—Pues sí, así voy a ir, mamá, —resoplé—, porque este soy yo. Y si no le gusto a Álex, pues... pues ya llegará otro a quien le guste, supongo, alguna década de estas, —dije tristemente.

—Mi niño... claro que llegará. ¡Si eres lo más bonito y bueno del mundo! —Me apretó el brazo—. Ojalá pudiera darte un beso.

Pero su mano en mi brazo ya me transmitía mucho calor.

—Por cierto, ¡me han dicho las compañeras del Gregorio Marañón que tu vecina ha salido de la UCI!

—Ohhhhhh ¿Por qué no me lo habías dicho antes? —Di un saltito de alegría.

¡Qué bien! ¡La señora Guzmán era una luchadora! Tenía que aprender de ella, me dije. De pronto, tuve un buen presentimiento, como si a partir de ese momento, o de esa noche, todo fuera a ir mejor.

Llamaron a la puerta.

Ahí estaba Álex, con su mascarilla y sus ojos brillantes.

—¿Puedo pasar un momento? —dijo. No tenía ni idea de lo que se proponía, pero, claro, le dejé entrar.

En tres largas zancadas estuvo en el salón y, con la seguridad que le caracterizaba, saludó a mi madre:

—Soy Álex, encantado.

Mi madre me agarró del brazo.

—¡Pero este chico es guapísimo! —me dijo al oído, pero no tan discretamente como ella pretendía. A Álex le brillaron los ojos, traviesos.

Tierra, trágame.

—Vale, mamá, ya nos vamos. Hasta luego... y llevo el móvil, recuerda, para lo que sea.

Nada de restaurantes caros en esta ocasión. No sentamos en una terraza de mi barrio y pedimos unas raciones. Ya cada uno en su asiento, bien alejaditos, nos quitamos la máscara (en el sentido literal y metafórico). Álex seguía siendo increíblemente hermoso y una mezcla de sentimientos me asaltó: orgullo, por estar allí con un hombre tan atractivo e interesante, pero a la vez, melancolía, porque no sentía lo mismo que había sentido con Daniel. Ni de lejos.

Mientras comíamos unas croquetas de carrillada y unos tacos de mero al limón, charlamos de cómo habíamos pasado el confinamiento. Yo le dije que había sido una experiencia reveladora. Y, sin contarle nada específicamente de Daniel, sí le hablé de cómo me había dado cuenta de que en mis relaciones no había estado siendo completamente «yo», y cómo había descubierto que, en realidad, no conocía bien a mis parejas ni había tenido mucho en común con ellos.

—No te enfades, —añadí, algo nervioso—, pero no volví a quedar contigo porque me di cuenta de que tú no me conocías, ni yo a ti.

Él se quedó en silencio un momento, como sopesando mis palabras. Se limpió la boca con la servilleta.

—No me enfado, lo que dices tiene mucho sentido. De hecho, puede haber sido también un poco culpa mía.

Eso me intrigó. Él soltó un largo suspiro.

—Estoy un poco cansado de tíos que solo se quieren enrollar conmigo por mi físico. Supongo que puede ser que quizá esté a la defensiva. Es... agotador intentar establecer otro tipo de relación y darte cuenta de que al otro no le interesas nada.

Jopé. ¿Estaba intentando darme pena porque era muy guapo? Eso no iba a funcionar conmigo. No, no, no, no, no: bueno, sí. Para mi sorpresa, le compadecí un poquito.

Dio un sorbo a la cerveza y, con el gel hidroalcohólico de una botellita que llevaba en el bolsillo, se limpió la mano derecha. Me la ofreció.

—Hola, soy Álex, Alejandro Serra. Nací en Valencia, tengo 35 años, y soy el mayor de tres hermanos. —Nos estrechamos las manos— Aunque soy arquitecto, de pequeño quería ser veterinario y mis padres no saben que soy gay.

—¿No lo saben? Uau —Me extrañó mucho, y más aún notar que crecía mi interés en él—. Se te ve tan seguro de ti mismo que cuesta creerlo.

—Ya ves, no todo es lo que parece. Son una familia muy conservadora y católica y mi infancia fue... —Carraspeó sin terminar la frase—. Por eso me da apuro conocer otras madres, bueno, apuro no: envidia. La tuya se ve muy maja, tienes suerte.

—Sí, mi madre es la mejor. Además, es enfermera jubilada y se presentó voluntaria para ayudar con la pandemia.

—¿No me digas? ¡Qué sentido del deber! Ya la adoro. —Sonrió, una sonrisa franca y amplia.

Y sentí... *algo*.

Algo era mejor que la nada que llevaba arrastrando desde que Daniel se fue. Y, sobre todo, algo podía ser el inicio de *algo más*. No lo que había sentido con Daniel, seguramente; pero quizá una relación real y bonita con un hombre estupendo. Y eso ya era más de lo que había tenido toda mi vida.

Señaló mi camiseta.

—¿Es parte de tu nueva actitud de enseñar quién eres?

—Ajá, así es, querido, este soy yo. Friki y elegante al 50% —Me reí, contento de ver cómo hablábamos DE VERDAD— ¿Conoces la película?

—Sí. No la he visto... —Me clavó los ojos intensamente— ...pero me encantaría verla contigo. Dicen que es espectacular.

—Es maravillosa. —Tomé otra croqueta.

Sentí como un atisbo de ilusión. Continuamos charlando durante más de media hora.

—¿Qué haces el domingo? —Me preguntó, ya muy relajado— Un amigo inaugura una exposición de acuarelas y me encantaría que vinieras conmigo.

—¿A qué hora? Al mediodía tengo el cumpleaños de mi mejor amigo, con toda la pandilla. No voy a faltar, es la primera vez en meses que nos vemos.

—La inauguración es a las cinco —contestó él, tomando un trago—. Si quieres, podemos ir primero a tu cumpleaños y luego a... —Reculó, al ver que se me había cambiado la cara—. Sólo si quieres que conozca a tus amigos, claro.

¿Llevar a Álex al cumpleaños de Enzo? El corazón se me aceleró, nervioso. Pero también me apetecía, mucho. Y podría conocerle mejor. Claro que allí estaría Daniel... pero vendría con Enzo. Porque la cosa entre ellos iba «mucho mejor». Se me encogió el estómago.

Recordar eso me decidió:

—Me parece bien.

Cuando llegué a casa, la niña seguía dormida y mi madre se despidió (no sin que antes le contase lo bien que había ido todo, claro). Yo me puse el pijama y, como me apetecía compartir las buenas noticias con todas las personas que estaban al tanto de mi vida, creé rápidamente un grupo:

Samu creó el grupo «*It's raining men*»

Lucía ha sido añadida al grupo.

Lorena ha sido añadida al grupo.

Estela ha sido añadida al grupo.

Yo: *Chicas, acabo de volver de la cita con Álex y la verdad es que ha ido bastante bien.*

Estela: *Espero que hayáis follado. Creo que un polvo te sentaría divinamente en tu situación. Y dicen que rejuvenece la piel.*

Yo: ¡No! Yo quería HABLAR y CONOCERLE,
¿recuerdas? Y ha estado interesante, he empezado
a sentir algo de... cariño por él. Eso es nuevo.
Quiere ver pelis conmigo y me ha invitado
a una exposición de un amigo suyo.

Lucía: ¡Hola, Estela! Te hemos echado de menos.

Lorena: Yo no.

Estela: (risas) Te adoro, Lore, muak.

Lucía: Ahora en serio, Samu, ¿a qué viene esto? ¿Es por lo de «un clavo
saca a otro clavo»? No me parece muy buena idea. Creo que deberías
hablar con Daniel y aclarar lo que os pasa.

Yo: Hablé con Enzo y me dijo que él y
Dani se estaban arreglando.

Lucía: Vaya... lo siento (Carita de pena). Pero aun así... Liarte con otro
hombre por despecho no creo que sea muy buena idea.

Yo: De verdad, te entiendo y no es eso.
Te lo juro. De hecho, le he contado
que quiero ir despacio y conocerle y
mostrarle quién soy yo de verdad.

Lucía: Bueno, si sientes lo mismo que con Dani... Fue algo muy especial,
¿no?

Me dolió físicamente recordarlo. Me acaricié el tatuaje.

Yo: De momento, desde luego, no siento nada
ni remotamente parecido, eso es verdad.
Pero quizá si conozco a Álex
pueda llegar a tener una conexión,
si no similar, al menos...

Lucía: «Al menos», eso no me gusta (carita vomitando).

Estela: A ver, chicas, yo no soy ninguna experta, pero creo que para que
Samu tenga una relación maravillosa no hace falta que el tipo sea fanático
del multiuniverso de Marvel ni del cine de zombis...

Yo: No te olvides de «Orgullo y prejuicio».

Estela: ¿A Daniel le gusta también «Orgullo y prejuicio»????

Lucía: Y hasta lloró con ella.

Estela: Joder, eso me hace replantearme mi argumento...

Estela: ¡No! No me lo replanteo. Mira a Nuria y Alberto: no les gustan las mismas pelis y son una pareja ideal. Dan hasta asco a veces.

Lorena: Buen punto. Y cosas como la conexión y el cariño pueden crecer cuando conozca más a Álex.

Yo: Es verdad, aunque lo que Lucía dice también tiene sentido, porque hay algo que...

Lucía: Venga, dilo. Haré un screenshot para restregárselo a Lorena por toda la eternidad.

Yo: Pues... una de las cosas más curiosas que sentí con Daniel es que, bueno, yo siempre he buscado hombres que me guiaran y como que... me protegieran, ¿sabéis?

Estela: Como Enzo.

Yo: ¡Exacto! Aunque en el caso de Enzo solo éramos amigos. Y con Daniel, efectivamente, me sentía cuidado y protegido.

Lorena: ¿En serio? ¿Este Daniel?

Yo: ¡Claro que en serio! Es muy detallista y muy sereno. Me dio un ataque de pánico y me abrazó, me tranquilizó... fue maravilloso. Y siempre me calmaba. Pero lo increíble es que... yo también tuve ganas de protegerle y de cuidar de él. Darle cariño y ayudarle. Era como... mi igual completo.

Lorena: La verdad es que eso es muy bonito.

Lucía: Voy a llorar (Carita llorando.)

Lucía: TIENES QUE LLAMARLE. ¡Dile algo, Samu! Te vas a arrepentir.

Yo: No.

Yo: No solo es por vergüenza (que también).

Yo: No me quiero meter más en su relación
con Enzo. Lo que hice no estuvo bien.

Lucía: ¡Pero si habían cortado!

Yo: Pero hacía muy poco No era una ruptura consolidada,
a la vista está. Y era mi mejor amigo. Es Daniel
quien tenía que decidir. Y ha decidido.

Lorena: Muy bonito todo lo que dices, pero a mí me sigue pareciendo
una excusa. Estás cagado de miedo y punto, hermanito.

Lucía: Bueno, el domingo lo verás y hablarás con él...

Yo: No creo. Álex va a venir.
Estaré con él casi todo el tiempo.

Lorena: ¿Que va a venir quién?

Estela: Jo jo jo.

Lucía: ¡Samu! ¿En serio te parece buena idea invitar a Álex?

Yo: ¿Por qué no? Daniel va a ir con Enzo
y él se ha autoinvitado.

Lorena: Joder, Bruce, se te está escapando el increíble Hulk de las
manos un poquito, ¿no?

Lorena: Claro que es lo que siempre pasa con Hulk, por otro lado
(Carita pensativa).

Estela: (risas) Llevaos palomitas, chicas, esto promete.

Yo: No digáis tonterías, somos adultos civilizados.
Charlaremos todos como amigos que somos. Álex, de
momento, no es nada más. Así le conocéis, veis lo majo
que es conmigo y yo veo cómo encaja en la pandilla.

Lorena: ¿Y ya está?

Yo: Y ya está, eso será todo.

Por supuesto, no podía estar más equivocado.

Como buen día de junio, el domingo amaneció perfecto y soleado. Yo me puse mi camiseta más friki, una de la peli «Tu madre se ha comido a mi perro» que me regaló Enzo hace milenios, gastada, pero que me encanta. Preparé a la niña, sus biberones, pañales, cremitas, etc. Y, a las 11'45h, como un reloj, Álex me esperaba en la puerta del edificio, a pie de calle.

Incluso con la mascarilla, estaba para morir: unos pantalones cortos tipo bermuda color beige que dejaban al aire sus perfectas piernas, unas *Sketchers* de colores, y una camisa clara con un estampado de flores muy discreto. Con las gafas de sol parecía una estrella de cine.

De repente, me puse nervioso. Mientras caminábamos, tenía el estómago revuelto, no sabía por qué. Se me disparó la cafetera de mi mente intentando averiguarlo. ¿Era porque me volvía a parecer atractivo? ¿Porque tenía miedo de no gustarle, con mi sencilla camiseta y mis pantalones *cargo*? ¿Porque temía que alguien me lo quitara o que mi pandilla no le cayese bien? Ni idea, pero no conseguía deshacerme de esa sensación, que iba aumentando por momentos cuanto más nos acercábamos al Parque del Oeste.

—He comprado una cosa —me dijo Álex, de repente.

—¿Para Enzo? ¡No tenías por qué! Ya le llevo yo una ginebra rosa.

—No es para Enzo.

Me alargó una bolsa y, cuando cruzamos el semáforo en Moncloa y entramos en el parque, detuve el carrito: dentro había un pequeño cuento para bebés con una jirafa azul en la portada. ¡Vaya!

—Es un detalle muy bonito, gracias, de verdad. —Lo cierto es que era encantador.

—¿Puedo decirte una cosa?

Me cogió un momento del brazo y yo me volví hacia él. Álex se subió las gafas para apoyarlas en la cabeza y tomó aire. ¿Qué pasaba?

—He estado dándole vueltas y, ya que te sinceraste conmigo el otro día, creo que lo correcto es que yo haga lo mismo. Aunque estemos empezando a vernos, quería que supieras que me gusta que tengas gustos poco

convencionales y que lo lleves con orgullo. Lo buena persona que eres y cómo has luchado por conseguir tu sueño de tener a tu hija. –Carraspeó–. Con todo esto lo que quiero decir es que... me gustaría conocerte más y ver a dónde nos lleva esto.

Uau. Me ruboricé un poco.

–Yo... No sé qué decir –Algo se me removió por dentro. Me sentí halagado, había sido MUY bonito. Este hombre de verdad merecía la pena.

–No hace falta que digas nada. Tienes una cara muy expresiva. –Me guiñó el ojo.

Nos reímos y así llegamos, un poco después de las 12h, al claro junto a la escultura «Puerta de Madrid» en el que habíamos quedado la pandilla.

Estaban ya todos allí. Mis hermanas, que se acercaron a coger la niña en cuanto nos vieron. Alberto y Nuria, que me saludaron con una gran sonrisa, agarrando al pequeño Otto para que no se acercara corriendo a besarme. ¡Inés, tan linda! Me dijo hola de lejos, sentada con un vaso de refresco.

En el centro del círculo que habían ido formando, manteniendo las distancias, había bebidas, y bolsas y tupperes de comida. Allí estaba Enzo, alto, guapo, orgulloso, feliz... la viva imagen de la salud. Me alegré de verlo, le había echado de menos de verdad. Y a su lado, sirviéndose una Coca-Cola en un vaso de plástico, mucho más bajo que Enzo, Daniel, con sus gafas de pasta, rascándose la barbilla, pensativo, en ese gesto tan suyo.

Tan adorable.

Me quedé completamente rígido.

Los músculos no me respondían y tenía la garganta cerrada. ¡Oh, dios! Esa era la sensación extraña que había sentido en el estómago todo el tiempo: sabía que iba a volver a ver a Daniel. No podía hablar ni moverme, ni apartar la vista de él.

¿Cómo iba a sobrevivir dos horas o más a ese cumpleaños?

Capítulo 18

Más importante que mis estúpidos miedos

Continué como un bobo contemplando a Daniel, su perfil, que había acariciado con mis dedos, su camiseta de Wonder Woman, la que había llevado también el día que llegó a mi casa, el tatuaje de Capitán América que tapaba su cicatriz y el flequillo negrísimo que le caía por la frente y que me había rozado las mejillas cuando nos besábamos. Casi pude sentir el sabor de su lengua en mi boca.

Le estaba diciendo a Enzo:

–Está científicamente comprobado que la mejor manera de colocar la comida en el campo... –Ay, dios, escuchar sus explicaciones hizo que se me erizara el pelo de la nuca. Enzo le interrumpió con cara de fastidio, pero a mí me parecía encantador cómo intentaba saber de tantos temas.

Había olvidado lo hermoso que era, con todas sus pequeñas y deliciosas imperfecciones.

En ese momento, él levantó la cabeza y me vio. Mejor dicho: me *miró*. Se me encendió algo dentro, como si de repente hubiera estallado el verano en mis pulmones.

Era como si estuviéramos los dos solos en el espacio, como si todo a nuestro alrededor hubiera desaparecido y flotáramos el uno frente al otro, unidos por un cordón invisible. En un universo paralelo, habríamos corrido el uno hacia el otro para besarnos como locos; en este, Enzo agarró a Daniel del brazo con cariño.

Mi corazón se estrelló contra el suelo y se resquebrajó.

Me quedé allí, inmóvil, pálido. Derrumbado.

–Ya te dije que no era buena idea –me susurró Lucía, tirando de mí para que apartara la mirada Enzo y Dani– Ven, al menos intenta disimular un poco.

–No puedo moverme, Luci –le dije bajito, dejándome llevar como un muñeco. No sentía nada, no veía nada. Parpadeé. Saludé a todos mis amigos de lejos, como drogado.

—¿Sigues durmiendo poco, Samu? —me preguntó Inés, preocupada—. Tienes mala cara.

—Yo... eh

No recordaba ni cómo conjugar los verbos. Álex estaba presentándose a Alberto y Nuria, perfecto y educado, a mi derecha. Y, por el rabillo del ojo, a mi izquierda, no podía dejar de estar atento a Dani. Él también se veía cortado, o eso parecía.

Seguro que se había dado cuenta de que yo estaba hecho trizas. Era un cadáver andante, vaya, *The walking dead* hecho persona. Y él no parecía saber cómo reaccionar, a lo mejor se sentía un poco culpable.

¿Y qué esperaba, hacerme el amor todo dulce y sensual una noche y que yo no sintiese nada al día siguiente? ¡Joder, ni que yo fuese un tío hetero!

—¿Te traigo una cerveza? —me pregunto Álex, solícito.

Asentí, aliviado por no tener que construir una frase completa.

—Mierda —susurré a mi hermana—. ¿Qué hago con Álex ahora... cómo voy a...?

—Sí, ya, odio repetirlo, pero...

—Ya me lo dijiste.

Debería haberle dicho que no a Álex cuando sugirió venir. Era demasiado pronto, yo estaba demasiado tocado emocionalmente. Tocado y hundido, de hecho. Lucía me miró con ternura:

—No es culpa tuya, hermanito, has vivido algo muy especial con Daniel y eso no es fácil de olvidar. Ni siquiera intentándolo con todas tus fuerzas. Ni siquiera ligándote a Chris Hemsworth.

—¿Verdad que se le parece? —Intenté bromear, pero seguía sintiendo la boca seca y el corazón apagado. Y cada vez que Enzo le decía algo a Dani - y se acercaba mucho a él para hacerlo- sentía náuseas.

—Si te sirve de algo —me dijo ella bajito—, Daniel se ha quedado blanco al ver a Álex.

—Normal, parece un puñetero dios griego. Si no se quedara obnubilado no sería gay.

—Yo no diría obnubilado. Más bien...

—¡Por favor, qué ricura de niña! —Nos interrumpieron Alberto y Nuria. Vale, tenía que concentrarme en esto. Me froté con la mano el ojo izquierdo para tapar EL MALDITO RABILLO DEL OJO y dejar de ver a Daniel.

—¡Está guapísima! —me decía Nuria—. Ojalá pudiera cogerla en brazos.

—¿Cómo estáis vosotros, ya habéis vuelto a trabajar? —pregunté, acordándome de los problemas que habían tenido durante el confinamiento.

—Sí y menos mal —respondió ella, mientras Alberto correteaba detrás de Otto—, porque estábamos a un paso del divorcio. A ti te estuvo ayudando Daniel, ¿no?

Tragué saliva, notaba cómo el rubor empezaba a subir. *Oh, no. Rápido, cambia de tema.*

—Yo... eh... Este es Álex. —Aproveché que volvía con la cerveza. Me la bebí en tres tragos y Lucía me dio un codazo.

Lorena seguía teniendo a Valentina en brazos en su silla de ruedas, mientras los demás se acercaban a conocerla. Inés se puso a mi lado y alargó el brazo: le agarré la mano y le lancé un beso desde la distancia.

—Estás un poco raro, Samu —dijo, y después, acercándose un poco y bajando la voz— ¿Quieres que hablemos?

Negué con la cabeza efusivamente.

—Aquí no. Por cierto, Estela vuelve dentro de diez días. Y Ousmane con ella. —Le guiñé un ojo—. Lo ha mantenido puro y virginal para ti.

—¡Qué tonterías decís! —Se puso colorada—. Si casi no le conozco.

—Pues es importante; conocerle, digo.

Ella también nos dejó para ver a la niña y, aunque yo estaba de pie junto a un hombre guapísimo, interesante, amable y sexy (que en ese momento hablaba con mi hermana Lucía), no podía dejar de observar cómo Enzo y Dani que se comportaban con la familiaridad de siempre. Y me reventaba por dentro. Además, ¡si no pegaban ni con cola, Enzo tan alto y Daniel que apenas le llegaba al hombro! Me sentí un poco sucio por pensar algo así, pero es que estaba estremecido de dolor.

En ese momento Enzo le revolvió el pelo y el estómago me dio un vuelco.

—Mierda, son pareja, seguro —mascullé, con un sabor a bilis en la boca.

—¿Qué? —dijo Álex, volviéndose hacia mí.

—Que...Que... ¡Que qué buena pareja hacen mis amigos! ¿Verdad? —Y se los señalé, con el rostro rojo como mermelada de cerezas. *Dios mío, márame, márame ya. Bueno, no, no me mates, que tengo una hija, pero tú me entiendes.*

Ay, mierda, necesitaba urgentemente revisar mis creencias religiosas.

Al señalar a Daniel y Enzo debieron abrirse las puertas del infierno o algo (yo tengo esa mala suerte) porque mi amigo decidió que ese era el momento perfecto para ACERCARSE A SALUDARME. Acompañado de Daniel, SU NOVIO, al que empujaba ligeramente por la espalda y que parecía tener más ganas de comerse su propio vómito que de venir a hablar conmigo.

El corazón se me iba a salir por la boca. Quería gritar, llorar y salir corriendo todo a la vez. Pero por supuesto me quedé allí, con cara de estúpido, incapaz de pronunciar dos sílabas seguidas.

—Sammy, pequeño, te he echado de menos. —En los ojos de Enzo veía verdadero cariño, el que nos hemos profesado toda la vida. Me agarró el hombro con afecto. Yo estaba abrumado y abochornado a partes iguales. E intentando olvidar que a su lado estaba Daniel.

Intenté decir, no sé... palabras. Pero solo pude forzar una sonrisa.

Ambos se presentaron a Álex, o eso creo, porque yo tenía la vista fija en mis zapatillas de deporte. Y una presión en la garganta que no me dejaba casi respirar.

—Te llevas al mejor —le decía Enzo.

—Lo sé —dijo Álex.

Yo no me sentía *el mejor*. En vez de eso me sentía:

1. Un saco de mierda por haber engañado a mi mejor amigo.

2. Enfermo y mareado por tener a Daniel tan cerca y no poder tocarle ni mirarle.

3. Un imbécil integral por sentir tantas cosas contradictorias al mismo tiempo y no ser capaz de hacer nada con ninguna de ellas.

Álex posó su brazo en mi hombro, acariciándome la nuca, sin tener ni idea del torbellino que me bullía en la cabeza. Yo estaba desesperado por volver con mis hermanas, a zona segura, libre de Enzos y sus novios. Pero entonces Dani dejó escapar un quejido, como de dolor. Nunca le había oído nada similar.

Y tuve que mirar. Qué error: tenía muy mala cara, pálido, casi verdoso. Algo debía haberle sentado muy mal. Se me encogió el corazón.

—¿Estás bien? —Di un paso hacia él sin darme cuenta.

—Sí —dijo él, dando un paso atrás.

Joder. Fue como si una bala me atravesara el cuerpo, desgarrándome las costillas a su paso.

—Lleva un rato algo indispuerto, pero seguro que no es nada. Se hizo una PCR hace dos días y está limpio —dijo Enzo—. Os traigo unas bebidas, esperad.

Se fueron ambos, y yo me quedé con el cuerpo helado. Sólo de pensar que todo TODO lo que había habido entre Daniel y yo había desaparecido (la conexión, la complicidad, incluso el cariño) me sentí más solo y abandonado que en toda mi vida.

Al menos Enzo parecía feliz, era mi único consuelo. Y esperaba que Daniel también.

Bebimos unos combinados. Algo fuerte para mí a esas horas, la verdad, pero necesitaba anestesiarme de alguna forma y aguantar un rato más allí. El círculo de amigos se hizo más pequeño: Nuria se fue con el niño y ahora tenía a Enzo y Daniel demasiado cerca. Mientras mi amigo bromeaba con mis hermanas, e Inés charlaba con Álex, yo me aparté un poco del grupo para cambiar el pañal a Valentina, tumbándola en el césped.

Vale, sí; desde ahí, de reajo, podía ver a Dani, no lo niego. Seguía dolido por cómo se había alejado de mí, como si yo tuviera algo contagioso. Pero

no podía evitar preocuparme por él: parecía completamente descompuesto, con la cara desencajada y la mirada perdida, como Frodo, tembloroso y pálido cuando ya siente el poder del anillo. Y Enzo, tan tranquilo, a su lado. Sin preguntarle nada, sin acariciarle, sin... cuidarle.

Daniel hizo ese gesto tan suyo de ajustarse las gafas y juro por dios que me dio un mareo. Yo casi estaba temblando de ganas de abrazarle y protegerle, sobre todo un momento en el que pareció perder un poco el equilibrio, como si estuviera a punto de desmayarse. Se me removió todo por dentro. Pero él no me quería cerca. Y ahora había vuelto con Enzo. Le tocaba a él ejercer ese papel.

Vi que Daniel le decía algo y, al momento, cogió su mochila y se fue. Debía haber decidido marcharse a casa, porque empezó a alejarse por el parque con paso tambaleante. Se me escapó una lágrima... que me sequé enseguida. Menos mal que solo Lucía, que no me perdía de vista, se había dado cuenta.

Regresé con los demás, clavando la mirada en Enzo, que seguía riéndose y bromeando. Ni siquiera lanzaba un vistazo a la figura de su novio marchándose. ¿Qué demonios le pasaba? Noté mi mandíbula tensa. Dejé a Valentina con mi hermana Lucía y, aunque sabía que era un error, que no tenía derecho a decir nada, le pregunté a Enzo:

—Dani parecía estar realmente mal... ¿No vas a acompañarle?

El corazón empezó a latirme con fuerza. No era normal que yo le dijera a mi amigo lo que tenía que hacer, nuestra relación siempre había sido a la inversa. Él se encogió de hombros, como si aquello no fuera de su incumbencia.

—No es nada, algo del estómago, por lo visto; el chico es fuerte.

No, no es tan fuerte, pensé, mordiéndome el labio. Tomé aire y noté que se abría paso como fuego en mi interior.

—No sé, creo que necesitaba un poco de compañía o afecto, me ha parecido que iba a perder el equilibrio, —continué, mientras mi hermana Lucía me miró con los ojos en blanco, claramente intentando decirme algo. Pero no le hice caso.

—¿A qué viene eso, Sammy? ¿Por qué estás tan preocupado? —me respondió, riéndose. ¡Riéndose! Apreté los puños.

— ¿Por qué no lo estás tú? Apenas te has ocupado de él.

Ahora sí se le cortó la sonrisa.

Escuché de fondo la voz de Lorena:

—Tranquilo, Bruce Banner...

Enzo alzó una ceja, sorprendido:

—Sammy, ¿qué dices?

Este siempre era el momento en el que, durante toda mi relación con él, yo decidía callarme, por miedo a tener una discusión. A que se enfadase conmigo. A perderle, en suma. Pero ahora no podía quedarme en silencio. ¿Dani le había elegido a él? De acuerdo, lo entendía. ¡Era Enzo, alto, atractivo, encantador y seguro de sí mismo! Pero él tenía que quererle más. Y quererle mejor.

—Te digo que ese chico necesita mucho calor humano, Enzo. Estaba casi desmayándose y no le has dado una caricia, ni un abrazo. ¡Casi ni le echabas cuenta!

—Pero, bueno, ¿qué pasa? ¿Te has hecho un experto en Daniel, así, de repente?

—De repente, no. —Me acerqué un poco a él, clavándole los ojos—. He estado viviendo con él dos meses y medio, he comido con él, le he visto dormido, alegre, triste, borracho...

—¿Borracho? ¿Daniel? —escuché a Alberto, incrédulo.

Yo ya había cogido carrerilla:

—... he cocinado para él, él ha cocinado para mí, le he ayudado con un problema de trabajo, hemos visto películas, nos hemos reído y hemos llorado, ¡se ha llenado la cara de mierda de Valentina, por el amor de dios!

—Y te has acostado con él —dijo Álex, de pronto.

Enrojecí brutalmente. Por supuesto, Álex había atado cabos. ¡Mierda!

—¿Cómo? —dijo Inés, con la boca muy abierta.

—Pásame las palomitas —escuché a Lorena.

Enzo ahora estaba al borde del enfado, lo veía en el rictus de sus labios y en el color que se acumulaba en sus mejillas.

—¿Que qué? Sammy, eso no es cierto, no te has acostado con él, ¿verdad?

Pude haberme librado. Eché un vistazo a Álex, que me miraba con cara de decepción. Las sienes me latían y notaba las manos sudorosas. Podría haber dicho que no, era muy fácil. Nadie lo habría sabido. Daniel no había dicho nada, sabe dios por qué.

Enzo seguiría siendo mi amigo. Álex podría ser mi novio. Mis amigos no se sentirían defraudados conmigo. La pandilla, mi refugio, no se rompería.

Tenía la boca seca.

Pero estaba cansado, dolido y enfadado. Y no quería seguir fingiendo para agradar a todos. Ya no. Y menos por este tema: de repente, me di cuenta de que ayudar a Daniel era mucho más importante que mis estúpidos miedos.

—Sí —dije bajando la mirada—, nos acostamos.

—¡Hostia! —Oí a Alberto.

Ahora Enzo se dirigió a mí, completamente rojo de ira:

—¿Qué cojones estás diciendo? ¿Te ligaste a MI NOVIO?

—¿Pero es su novio o su exnovio? Me he perdido —dijo Lorena. «Shhh», le chistó Lucía.

—A ver, no, —reulé un momento—. Yo no *me lo liqué*. De hecho, hice un esfuerzo SOBREHUMANO para no hacer nada. —Demasiado tarde recordé que Álex lo estaba escuchando todo, qué vergüenza—. Pero él me besó a mí.

—¡No me mientas, Sammy, joder! Sabes que no soporto la mentira. —Se pasó la mano por el pelo, cabreado—. Daniel no ha besado a nadie en su puta vida, siempre espera que le besen a él. Es un miedica.

Ahora noté cómo el estómago me ardía. Y, de repente, algo que debía llevar años queriendo salir, explotó.

—¡¿Crees que Daniel es miedica?! —grité, fuera de mí—, ¿pero tú has conocido de verdad a tu novio de nueve años? ¿Tú sabes por todo lo que ha

pasado? ¿Todo lo de sus padres, el bullying...? Y lo sereno que se mantiene a pesar de eso, ¡si es la persona más valiente que he conocido! –Noté que me resbalaba una lágrima, pero ya no podía parar–. Y todo eso de que es, ¿cómo era... «más frío que una caja de Magnums»? ¡Por favor! Es un chico súper sensible. ¡No sabes la suerte que tienes! Es el hombre más maravilloso, inteligente y atento que...

A Enzo se le cambió la cara. Se quedó lívido.

–Joder, hostia puta, Sammy, ¡me cago en todo! ¡ME CAGO EN TODO!

–¿Qué pasa? –pregunté, envalentonado por la rabia.

–¿Qué pasa? –resopló él–. ¡Que te has enamorado, coño!

–Yo...

Pero me callé: estaba en shock, la sangre me rugía furiosa y notaba el corazón latiéndome por todas partes.

¿Enamorado? Volví a escuchar las palabras de Estela: «No has hecho otra cosa que hablar de amor». Pero, pero... Recordé los ojos de Daniel cuando sonreía, su voz diciéndome «Gracias, he estudiado mucho», su expresión cuando intentaba encontrar el ángulo correcto para mecer a Valentina por primera vez, cómo me tranquilizó durante mi ataque de pánico; su cuerpo temblando en mis brazos cuando me habló de su pasado, el sabor de su piel, el ritmo de su corazón, como las olas del mar, sus ojos en los míos... Un estallido burbujeaba en mis venas, algo que me llenaba de energía y de calma al mismo tiempo.

–Le quiero... –murmuré. Sentí que se me erizaba todo el vello del cuerpo–. Le quiero.

–¿Qué has dicho? –exclamó Enzo.

–Que le quiere... –le respondió Inés, con voz llorosa, sonándose los mocos.

–Esto es mejor que un drama coreano– dijo Lorena.

–Tienes razón, Enzo, –me volví hacia él, con una serenidad que creo que jamás había sentido– ¡Estoy enamorado de Daniel! No fue culpa suya, que conste: él solo lo estaba pasando mal por vuestra ruptura y sé que... sé que lo que hice no estuvo bien, aunque quiero recalcar que, en aquel momento,

Daniel tenía *cero unidades* de novio. Pero lo importante es que él ¡te ha elegido a ti! Por eso... –Respiré hondo–, tienes que cuidar de él, ¿me oyes? Escucharle, darle mucho amor, mucho cariño. Tienes que darle lo que...

–Oye, mira, pequeñajo...

–¡No me llames «pequeñajo»! –exclamé con tanto ímpetu que incluso él se sobresaltó–. Tenemos la misma edad, querido, y a lo mejor ya es hora de que dejes de darme lecciones. O de que yo te dé una lección a ti.

–¡Bravo, Samu! –Mis hermanas aplaudieron, pero yo estaba tan acelerado, tan enamorado y embravecido que no veía ni prestaba atención a nada más.

–¿Y sabes qué? Me da igual que no te guste lo que te voy a decir y te enfades conmigo y no vuelvas a hablarme nunca más –exclamé–. ¡Ni vosotros tampoco!

–¿Qué hemos hecho nosotros? –preguntó Alberto.

–No sé –dijo Lorena.

–Mira, cállate, Sammy –exclamó Enzo, acalorado, dando un paso hacia mí–, cállate que lo estás jodiendo todo, pero bien.

Y, por supuesto, no le hice caso.

–¿Sabes por qué me acabo de dar cuenta de que estoy enamorado de Dani, Enzo? –Me sentía henchido de algo enorme y precioso, como si hubiese crecido veinte centímetros y fuese capaz de hablar a mi amigo de igual a igual–. No es solo porque es el hombre más inteligente, amable, y bueno que he conocido, tan considerado que se ha leído más libros que yo para ayudarme a cuidar a mi hija; no solo es porque le encanta *Interstellar* o *El señor de los anillos*, y llora con las películas de amor, ni porque a su lado me siento calmado y me hace confiar en la vida; no solo es por la forma adorable en que se rasca la nuca cuando se pone nervioso, ni porque aún me despierto con el sabor de su boca; ni porque hacer el amor con él ha sido la experiencia más hermosa y la conexión más grande que he tenido con otro ser humano...

–¡Uauuuuu! –exclamó Lucía.

—Sí, quiero a Daniel por todas esas razones, pero la razón por la que me he dado cuenta *ahora mismo* es porque deseo QUE ÉL SEA FELIZ incluso si eso significa que él no va a estar conmigo. —Suspiré largamente—. Yo no puedo hacerle feliz, Enzo, ¡no me ha elegido a mí! Pero tú puedes... puedes ser mejor para él, aprender a escucharle de verdad, darle cariño, muchos besos, ¡necesita millones! Por favor, llénale de amor, y disfrútalo, querido, porque ¡es un regalo que te ha hecho el puñetero universo! Yo daría lo que fuera... —Ya me notaba algunas lágrimas quemándome las mejillas— ...*lo que fuera* solo por poder dormir una noche más con él, pero yo no tengo suerte. Daniel te quiere a ti. Tú ganas, como siempre.

Tenía la garganta contraída, me dolía el llanto que estaba intentando controlar.

Por el rabillo del ojo, me di cuenta de que todos mis amigos miraban a un punto situado a mi derecha. Y entonces escuché un ruido de algo que caía al suelo. *Si esto fuese una película, me volvería y allí estaría Daniel y lo habría escuchado todo*, pensé.

Así que me giré.

Ya os dije que tenía mala suerte. Allí estaba él, mirándome con una expresión indescifrable y una bolsa de hielo caída a sus pies. O sea, que no se había ido a casa como imaginé, sino a hacer un recado.

Dios mío, dios mío, dios mío... ¿Lo había escuchado todo? ¡Me quería morir! Toda mi serenidad se fue al traste en un segundo. Estaba tan rojo que sentía la cara ardiendo y las lágrimas casi no me dejaban ver. ¡Esto no podía estar pasando!

Me volví hacia mis hermanas, que sostenían a Valentina. Lucía -que me conocía muy bien- me dijo que sí con la cabeza.

Y yo salí corriendo. Corrí tan rápido que pensaba que las rodillas se me iban a partir en dos.

Oí que me llamaban por mi nombre, pero yo ya estaba lejos. Lejos de allí. Lejos del mayor bochorno de mi vida.

Naturalmente, dejé de correr cuando llegué a la puerta del parque cinco minutos después. No hacía ejercicio desde hacía meses (y ni siquiera entonces de manera regular), así que los pulmones se me iban a salir por la boca. Llegué sin respiración a mi casa, caminando rápido, diez minutos más tarde. Allí me quité la mascarilla, me dejé caer en el sofá, en el que aún podía oler a Daniel, y lloré hasta que me dolieron los ojos.

Escuché notificaciones del móvil, pero lo apagué. En vez de eso, me puse varias canciones para llorar todo lo llorable. OTRA VEZ:

*You're beautiful
You're beautiful
You're beautiful, it's true
I saw your face in a crowded place
And I don't know what to do
Cause I'll never be with you...*

Cantaba James Blunt.

En ese momento entendí perfectamente por qué me había pasado la vida con novios guapos que no me llenaban del todo, por qué nunca había dejado que nadie llegara hasta mí de verdad, ni había llegado a abrirme y confiar realmente en ninguno.

Había estado evitando exactamente esto, este dolor que parecía no tener fin.

Ay, dios. ¡Ojalá no hubiera conocido a Dan...!

Un momento. Un momento.

No. ¡No!

Ese es el tipo de frase que usas cuando has estado saliendo con un gilipollas integral, con alguien que te ha usado, manipulado, o hecho daño. Y Daniel había sido amable y maravilloso conmigo, sencillamente es que no me quería. Pero eso no era culpa suya.

Y yo no habría cambiado por nada todas las semanas que viví con él y, especialmente, las últimas horas. Por nada.

Era verdad lo que él me había dicho: hay cosas en la vida que merecen la pena, aunque duelan.

En ese momento, me di cuenta del tremendo error que había sido toda mi vida amorosa. Estaba sufriendo como nunca, sí, pero agradecía haberle conocido, por todo lo que me había hecho sentir. Escondarse del amor no valía la pena. Había vivido a medias. Sólo recordar lo precioso que me parecía Daniel y la noche que habíamos pasado juntos hizo que me rebosara el corazón de alegría. Me sentía más tranquilo, casi en paz.

Era difícil que volviera sentir algo como lo que había sentido por Daniel. Pero quizá sí. Y, al menos, había tenido la oportunidad de disfrutarlo. Algunas personas se arrastran hasta la muerte sin llegar siquiera a dar un solo beso de amor real, sin llegar a sentirse tan colmado y vivo.

Mis hermanas llamaron en ese momento al portero automático y me subieron a Valentina.

Cogí a mi hija en brazos y me dejé invadir por el amor a ella. Le di varios besos.

—Gracias —Les dije—. Y perdonad que me haya ido así...

—No te preocupes. —Me tranquilizó Lorena.

—¿Cómo estás —dijo Lucía—, quieres hablar?

—No, no, por favor, —suspiré—. Necesito estar solo.

—Cuánto has cambiado —dijo Lore, con una mirada que no supe si era de preocupación o de orgullo: quizá ambas cosas. Era la primera vez que me habían oído decir esa frase.

Un par de horas después, con la niña ya dormida, y tras tomarme un té (porque tenía el estómago cerrado y no me entraba nada sólido) encendí por fin el móvil y me encontré 40 mensajes de WhatsApp sin leer. Muchos eran del grupo de la pandilla, charlando sobre lo que había pasado; otros de mis hermanas, preocupándose por mí, y por fin... un mensaje de Daniel.

El corazón me dio un salto.

Era solo una frase:

«Samu, ¿por qué te has ido?»

Maldita sea.

¿ESO QUÉ DEMONIOS QUERÍA DECIR, A VER?

¿Estaba preocupado por mí? ¿O solo tenía CURIOSIDAD? Daniel me había explicado tres veces la teoría de los vasos comunicantes para mostrarme por qué la bañera de Valentina no se vaciaba si el tubo del desagüe quedaba por encima del nivel del agua: ese hombre era capaz de tener solo *curiosidad* por saber qué me había hecho largarme.

¿Significaba eso que quizá no había oído que le amaba? Sentí un halo de esperanza. ¿Cuáles habían sido mis últimas palabras? «*Darí­a lo que fuera solo por poder dormir una noche más con él, pero... yo no tengo suerte. Daniel te quiere a ti. Tú ganas, como siempre*».

Vale, seguro que se había enterado de que estaba loco por él. Incluso si solo había oído los últimos cinco segundos. ¡Qué vergüenza, por favor! ¿De verdad había dicho todo eso, a Enzo, delante de mis amigos, y de Álex, Y DE DANIEL? ¿Que me despertaba con el sabor de su boca? ¿Que cuando se rascaba la nuca me parecía adorable? ¿Toda esa cursilada de la conexión...? Ay, Jesús, me ponía rojo otra vez solo de recordarlo.

¿Por qué seré tan imbécil, *Yahoo respuestas*?

(Nota mental: preguntar a Yahoo en mi cabeza no ayuda, precisamente).

En ese momento me llegó otra notificación y el móvil casi se me cae de las manos del susto. Pero no era de Daniel.

Inés te ha añadido al grupo: «*Samu ♥ Daniel*»

Estela ha sido añadida al grupo.

Lorena ha sido añadida al grupo.

Lucía ha sido añadida al grupo.

Yo: ¿*No teníamos ya un grupo para hablar de esto?*

Lorena: Sí, pero este lo ha creado *Inés*. Duh.

Estela: Amore, me han contado tu momentazo Hugh Grant, ¡cómo me habría gustado verte!

Lucía: *¿Tú no estabas apostando por Álex?*

Estela: *Pero por una declaración romántica bajo la lluvia, ¡cambio mi voto! Ahora soy #TeamDaniel.*

Yo: *Siento estropear la fantasía, Estela, pero estamos en junio y había un sol radiante. Y ha sido el momento más vergonzoso de mi vida, y encima lo oyó Daniel... y Álex. Quiero enterrar la cabeza bajo un árbol y no sacarla más.*

Lorena: *Tranquilo. Álex se fue en cuanto confesaste que te habías acostado con Daniel.*

Menos mal, un poco de suerte, por fin.

Inés: *Samu... voy a pasar por alto lo dolida que estoy de enterarme de que te estabas enamorando y no me has dicho nada (llores). Aparte de eso, tengo que decirte que ha sido la escena de amor más bonita y emocionante que he visto en la vida real. Y en bastantes pelis. Y sabes que he visto miles.*

Yo: *Lo siento, cariño. No quería que tuvieras que guardar mi secreto y mentir a Enzo. Y que la pandilla se fuera a la mierda... y al final es lo que he conseguido. Seguro que estáis todos enfadados conmigo.*

Inés: *¡Yo no! Y Alberto creo que tampoco, estaba patidifuso, claro. Pero Enzo es otra cosa. Echaba humo.*

Lucía: *¡Chicas! Vamos a lo importante, ¿no habéis visto el nombre del grupo?*

Lucía: *Samu, ¿tú eres consciente de que Daniel salió corriendo detrás de ti cuando te largaste?*

Yo: *¿En serio? ¿Corrió tras de mí? ¿Y por qué no me alcanzó? ¿Tan rápido soy? Jopé, la vergüenza debe dar súper poderes.*

Lorena: *No te alcanzó porque Enzo fue detrás de él y le cogió antes.*

Yo: *Un momento, ¿Enzo detrás de Daniel? ¿Y por qué me seguía Daniel? No entiendo nada.*

Me estaba mareando.

Inés: *Fue increíble, como una escena de «La boda de mi mejor amigo» mezclada con «Crazy Rich Asians», en versión gay.*

Lorena: ¡Compro!

Estela: ¿No has hablado con Daniel? Quizá podrías, no sé, **PREGUNTÁRSELO**.

Yo: ¡No! Me muero de vergüenza. No podría ni mirarle a los ojos ahora mismo, después de todo lo que le he dicho y de que él haya vuelto con Enzo.

Lorena: ¿Y cómo sabes que ha vuelto con Enzo? ¿Te lo ha dicho alguno de ellos?

Yo: No hacía falta, ya les visteis allí, estaban juntos, Enzo le tocaba como siempre, le acariciaba el pelo... Y me dijo eso de «¿Te ligaste a mi novio?»

Lorena: Yo creo que eso se refería al pasado, a cuando estabais confinados.

Lucía: Voy a soltar una teoría muy loca.

Estela: No sé yo si eso va a ayudar a Samu, corazones.

Lucía: Me parece que Enzo y Daniel no han vuelto juntos y si estaban hablando mucho en el picnic es porque realmente Daniel no tiene tanta confianza con ninguna de nosotras. Y ¿no os fijasteis cómo cambió su actitud cuando apareció Samu con Álex? Se puso blanco y fue a partir de ese momento cuando empezó a sentirse mal.

Lorena: Totalmente. Se puso blanco y después verde (risas).

Estela: Cambio de opinión, ¡en realidad esa teoría tiene todo el sentido!

Lucía: Esa no es mi teoría loca, eso es **OBVIO** para cualquiera que tuviera ojos en la cara.

Lucía: Mi teoría loca es que Daniel está in love contigo desde que estabais confinados, **COMO YA TE DIJE**. Que él solo fue a ayudar a Enzo porque era su ex y ya está. Y que tú y él no habéis sido capaces de hablar

claro porque sois los dos unos completos ineptos ligando como no se ha visto jamás en la faz de la Tierra.

Yo: Eso no puede ser. Porque eso significaría que yo le gusto más que Enzo. Eso es IMPENSABLE. Enzo es el sueño húmedo de cualquier chico gay.

Lorena: A ver, yo no soy gay, pero ¿no es eso un poco...?

Lucía: ¿Tópico?

Inés: ¿Prejuicioso?

Estela: ¿Estúpido?

Yo: En serio, Enzo es alto y fornido, atractivo, masculino, seguro de sí mismo, seductor, pícaro, baila increíble, tiene unas manos enormes, unos ojos azules matadores... ¿Sigo?

Lorena: Es verdad que tiene las manos muy grandes, me pregunto...

Yo: Spoiler: lo tiene TODO muy grande.

Estela: Glub.

Estela: Vale. Es un punto a su favor, PERO Enzo tiene también sus cosillas...

Lorena: Es verdad. Tiene otra cosa muy grande: un ego del tamaño de Saturno.

Lucía: Y es demasiado extravertido y fiestero para Daniel.

Estela: Y, vamos a decirlo ya: a veces es un grano en el culo.

Inés: Samu, Enzo no le gusta a todos los tíos, para empezar no te gusta A TI.

Inés: Y Daniel puede preferirte a ti porque eres un chico dulce, lindo, responsable, buen padre, que siempre ayuda a sus amigos...

Yo: Suena súper sexy.

Inés: Y tenéis muchísimas cosas en común y tú eres muy cariñoso. Tú mismo le dijiste a Enzo que Daniel necesitaba toneladas de besos y abrazos... eso jamás se lo va a dar él. Pero tú sí.

Lucía: *Resumiendo: ¡Tenéis que hablar!*

Yo: *¡Yo creo que ya lo he dicho TODO,
más claro no lo he podido dejar!
¿No te acuerdas de lo de la conexión
y la noche más hermosa y... y... daría lo
que fuera por dormir con él y todo eso?*

Lucía: *¡Exacto! Y él escuchó todo eso y salió corriendo detrás de ti y tú
no te detuviste. ¿No te ha llamado después ni te ha dicho nada?*

Yo: *¡No!*

Ups.

Yo: *Vale, un momento. Me mandó
un WhatsApp hace unas cuantas horas.*

Lorena: *Te mato.*

Inés: *¿Qué dice? ¿Te ama también? Ay, qué nervios.*

Yo: *NO ME AMA, por supuesto. Solo decía
«por qué te has ido». Dani es un tío al que le
pueden los misterios. Seguramente tiene curiosidad.*

Lucía: *Sí, seguro, lol ¿Y tú qué le has contestado?*

Yo: *Hum... Yo... pues...*

Lorena: *Te mato. Otra vez.*

Yo: *... es que, jopé, yo ya le he dicho todo y más.
¿Y él? Nunca dice NADA, solo manda ese mensaje,
que ni siquiera es claro. Si yo le gustara me lo diría también,
¿no? Y más después de saber lo que siento.*

Lucía: *Bueno, Daniel no es de mucho hablar, eso está claro. Pero creo
que te ha demostrado lo que siente de otras maneras.*

Yo: *¡Sí, claro! ¿Qué otras maneras hay?*

Lorena: *No sé, hermanito, ¿irse a vivir contigo dos meses? ¿Comprarse
libros de bebés y solucionarte miles de problemas? ¿Aprender a cocinar?
¿Ayudarte con tu ataque de pánico? ¿Ponerse celoso de Álex? Y no olvides
lo del beso.*

Yo: *Aquel primer beso no cuenta,
estaba borracho, o dormido.*

Estela: *¿Encima te besó dormido? Jajajaja. Me puto encantáis, amore.*

Lorena: *Me refiero a cuando te besó la famosa noche de la conexión máxima. Enzo dijo que Dani nunca besaba a los tíos primero, y contigo lo hizo. Se arriesgó. Ahora te toca a ti. Y lo sabes.*

Yo: *Pero, ¿cómo que me toca? Si yo me he declarado.
Dos veces. Una en público. Y con lágrimas.
No me puede tocar a mí. Es trampa.*

Lucía: *Vale, es verdad, igual no te toca. Pero solo tienes que contestar un WhatsApp. ¿Tan difícil es?*

Estela: *Está cagado de miedo.*

Inés: *¡Pero si es solo un mensaje... que a lo mejor puede significar empezar una relación con el hombre de su vida!*

Estela: *Pues de eso tiene miedo.*

Estela: *Sé de lo que hablo.*

Estela: *Amore... si nos quieres y confías en nosotras, contesta a ese mensaje cuanto antes.*

Estaba mareado, agotado y sudoroso. Contestar a Daniel era totalmente lo opuesto a un win-win:

Si estaba de nuevo saliendo con Enzo y solo me había escrito porque se compadecía de mí, ese nuevo rechazo sería dolorosísimo.

Y si no había vuelto con él y había una posibilidad de iniciar una relación... bueno, ya lo había dicho Estela: podía herirme otra vez más. En el futuro. Nunca sabría cuándo iba caer esa espada de Damocles. Ni si yo sería capaz de soportarlo.

Yo: *Lo pensaré.*

Yo: *Aunque no sé qué más puedo decir que no sepa, la verdad.*

Lorena: *Llámame adivina, pero me parece que la respuesta a esa pregunta que te ha hecho no la sabe.*

Estela: *¡Ya sé! Puedes decirle: «Soy una chica, parada delante de un chico, pidiéndole que la quier...». Oh, joder, malditas comedias románticas heteros.*

Suspiré y me quedé mirando el móvil.

OceanofPDF.com

Capítulo 19

Así que esto es el orgullo

Me costó mucho dormir y me distraje con algunas cosas del trabajo. Al día siguiente tenía clase presencial, lo cual me alegraba, pero aún tenía la espinita clavada por no haber conseguido cumplir lo que les prometí: una visita y una comida en el restaurante de Masterchef. Era algo simbólico, claro, pero ¡les había hecho tanta ilusión la idea! Y Carmen, la directora, la había rechazado de plano. Menos mal que tenía esa preocupación para mantener mi cerebro ocupado, porque ya no me quedaban lágrimas ni dignidad para seguir pensando en Daniel.

Así que, a la mañana siguiente, al entrar al instituto (tras haber dejado a mi hija en casa de mi madre con ella y mis hermanas) veinte minutos antes de mi hora, fui directamente a hablar con Carmen.

—¿Qué ocurre, Samuel? Estoy ocupada ahora mismo. —Me lanzó una mirada ceñuda. Dudé, ¿debía volver luego? Pero había una fuerza dentro de mí que parecía haber tomado los mandos, como uno de los pilotos de Pacific Rim. ¿Qué harían Enzo o Daniel en esta situación? Enzo se cabrearía, Dani presentaría los datos con una lógica irrefutable. Ninguno se echaría atrás, estaba seguro. ¿Qué ejemplo iba a darle a mi hija si yo ni siquiera lo intentaba? *Adelante, Samu*, dijo mi vocecita. Me envalentoné.

—Sólo será un momento —le contesté. Le alargué unos papeles que había impreso en una papelería antes de entrar.

—¿Qué es esto?

—El presupuesto de actividades extraescolares de todas las asignaturas desde el 2017. Como ves, he marcado la mía en rojo: ha sido el más bajo de todo el centro durante tres años seguidos. —Exhalé una gran bocanada de aire—. Los tres años que llevo yo aquí.

Estaba nervioso, pero había soltado la pelota. ¿Estaba arriesgando por esto mi puesto de trabajo? Madre mía, esperaba que no. A los funcionarios no nos echan, ¿verdad? Pero algo tenía que hacer.

—Pues no sé —dijo ella, lanzando los papeles sobre la mesa con desprecio—, tendría que mirarlo.

–¿Hay algún problema conmigo, Carmen? –le pregunté, tragando saliva con fuerza–. ¿Es porque soy... homosexual?

–¿Qué? ¡No! ¡Para nada! –Abrió los ojos horrorizada. Parecía sincera–. Es que, sencillamente, siempre has pedido menos que otros profesores.

Quise creerla: lo que había dicho era totalmente cierto, yo siempre acababa echándome para atrás. *Vamos, Samu. Tú siempre sabes qué hacer.*

–Pues ahora estoy pidiendo más. –Di un paso adelante, aunque por dentro estaba como un flan–. Me imagino que podrá ser posible, aunque sea para compensar lo de años anteriores.

Ella carraspeó.

–Supongo que podría intentarlo, tendría que recortar el presupuesto de fin de curso de Jardinería y de...

–Perfecto. –Me di la vuelta para salir– Me alegra que hayamos podido solucionarlo.

Cuando salí del despacho me sentía eufórico, mareado, con una sonrisa de oreja a oreja... Cualquiera que me viese pensaría que iba drogado, como mínimo.

Era raro: después de todo lo que me había pasado, algo bueno había salido de ello. Me sentía más fuerte, más seguro; como si todos estos problemas fueran poca cosa, comparado con los problemas de verdad como una pandemia que podía haberse llevado por delante a mis amigos, o que algo malo le pudiera sucederle a mi hija.

O comparado con sentir el horrible dolor de querer a alguien que no te quiere.

Aunque, en realidad, eso último no tenía por qué ser cierto, ¿no?

Fue como si alguien descorriera las cortinas y me diera de bruces con toda la luz de la mañana. ¿Qué demonios me estaba deteniendo?

Y, horrorizado, pensé: ¿Qué iba a aprender mi hija de mí con respecto al amor si no era capaz ni de contestar a un mensaje? Todavía con el *subidón* de adrenalina tras el enfrentamiento con Carmen, abrí el mensaje de Daniel del día anterior y lo releí:

Daniel: *Samu, ¿por qué te fuiste?*

Sin apenas pensar (no tenía que reflexionar mucho para escribir la verdad) contesté:

Yo: Porque estaba muerto de vergüenza, Daniel. Espero que todo lo que dije no te haya molestado a ti ni te haya complicado la vida con Enzo.

Yo: Perdóname si ha sido así.

Yo: No tengo más excusa que esta: todo lo que dije era lo que sentía de verdad.

Iba a repasarlo (quizá para borrarlo) pero en el último momento, no lo hice. Todo era cierto, y ya había dejado atrás al viejo Samu que intentaba complacer a sus posibles novios fingiendo ser quien no era. O al menos estaba en camino de dejarle atrás (no seamos demasiado optimistas).

Y eso me recordaba que tenía varias cosas pendientes, abrí el WhatsApp de nuevo para escribir:

Yo: Álex, siento muchísimo todo lo que pasó ayer. Solo quería decirte que cuando quedé contigo y acepté llevarte al cumpleaños lo hice de forma sincera, me gustabas y deseaba conocerte más y sentir todo eso por ti. Eres un hombre estupendo, pero por desgracia estoy enamorado de otra persona, ahora lo sé. Te deseo toda la felicidad del mundo, es lo que te mereces.

Y, con las fuerzas que aún me quedaban, escribí un mensaje aún más difícil.

Yo: Enzo, debes odiarme ahora mismo. Y seguramente lo merezco. No he sido un buen amigo. Debí haberte contado lo que sucedía mucho antes. Lo siento. Ojalá me des la oportunidad de volver a ser amigos. Te quiero.

Ahora sí, lleno de energía, casi como si fuese invencible, entré en clase.

—¡Hola, chicos! —estaba presente solo la mitad de ellos, para no saturar la clase y todos con mascarillas— Tengo buenas noticias. Cuando pase la pandemia, vamos al restaurante de Masterchef, como os prometí.

Sus gritos de alegría compensaron casi todos los malos tragos. Noté una sensación extraña, como una mezcla de energía y seguridad que me hormigueaba por dentro. *Así que esto es el orgullo*, pensé.

Me gustó. Tenía que intentar sentirlo más a menudo.

Dos horas después, estábamos saliendo del centro: los chicos iban preguntándome por la niña y Berlín me pidió que les enseñase fotos nuevas.

Saqué el móvil y le mostré una en la que Valentina levantaba ya su cabecita, con cara de concentración. Estaba lindísima, cada vez parecía más una niña y menos un bebé. Me dio un poco de nostalgia y todo.

—Qué bonita es —dijo Elena—. Ya se la ve muy grande.

—Sí, es preciosa mi pequeñita.

No pude evitar ojear para ver si el mensaje que había enviado a Daniel había recibido contestación:

Nada.

Se me abrió un agujero en el pecho. Mierda. Lo superaría (o eso deseaba) algún día, pero había esperado que... En fin. A lo mejor había sido culpa mía, por haber tardado tanto en responder. Quizá Daniel habría esperado otro tipo de respuesta. Quizá sí que estaba con Enzo y solo había salido detrás de mí porque me tenía pena...

Cerré los ojos un momento. ¡Qué más daba! Empezaba a notar las lágrimas que me subían por la garganta. Era lo malo de tener esperanza, que después te podías llevar un supremo batacazo.

Salimos a la calle. Era cerca de la una de la tarde y el sol de junio empezaba a picar.

—Nos vemos mañana, chicos.

Les sonreí tristemente, volviéndome para empezar a caminar hacia casa de mi madre y recoger allí a la niña. Otro día más. Suspiré.

—Samu. —Escuché una voz a mi izquierda.

El corazón me dio un vuelco. No podía ser. Tenía que estar alucinando. ¿Pero sería...? Levanté la vista.

Allí estaba Daniel. Ay.

Con sus gafas, su mochila, su mascarilla de Star Wars y una expresión expectante y tímida. Sonreía con los ojos. Se me aceleró el pulso y sentí las mejillas coloradas. ¿Cómo había podido pensar alguna vez que era solo «un chico mono»? Por favor, era precioso. Y estaba aquí, esperándome.

—Daniel —respondí, en el mismo tono.

Por el rabillo del ojo vi que algunos de mis alumnos, en vez de irse, se habían quedado observándonos con curiosidad, y cuchicheaban entre ellos. Mierda, ¡me iban a perder todo el respeto si me veían balbuceando como un chiquillo enamorado! Qué vergüenza, por Dios.

Daniel finalmente dio unos pasos hasta quedar frente a mí. Se quitó la mascarilla y yo hice lo mismo. Intenté controlar la intensidad de mi sonrisa; después de todo, no sabía para qué había venido a verme (aunque, conociéndole, esperaba que no fuese tan mezquino de presentarse en persona para decirme «olvídate de mí»: él tampoco era un Slytherin, estaba claro que era Ravenclaw). Algo parecido a la ilusión me latió repentinamente en el pecho.

—He... he leído tu mensaje —dijo finalmente Daniel—. Quería decirte algo.

Asentí. El momento de la verdad había llegado. Noté mi respiración agitada.

—Dime.

—¿Cómo? ¿Aquí? —Miró alrededor (y a mis alumnos) con sorpresa.

Abrí la boca decirle que nos fuéramos a algún sitio a solas, era lo más lógico; pero de repente, Daniel cogió aire, como para decidirse y, para mi sorpresa, dijo:

—Bueno, vale. Pues aquí.

Me pareció tan valiente que le dejé hacer. Pero se quedó callado. Más murmullos de Berlín, Mateo, Elena y Sara. Debería decirles que se fueran, pero estaba literalmente petrificado (bueno, literalmente no, ya me entendéis).

—Ibas a decirme algo... —La curiosidad me iba a matar. O a provocarme la famosa úlcera, como mínimo—. Si quieres nos vamos a otro lado...

—No, no... —respondió, rascándose la nuca, nervioso e increíblemente lindo.

¡Y seguía sin decir nada! Ay, madre mía, eso no podía ser bueno. Me iba a mandar a freír espárragos un chico divino y espectacularmente torpe con las palabras.

Ya no pude más:

—Daniel, mira, si lo que quieres es decirme que...—cogí aire—. Si quieres decirme que eres feliz con Enzo y que debo echarme a un lado, no te preocupes, yo...

—No, ¡no! No estoy con Enzo. —Bajó la mirada—. Perdona, soy malísimo en estas cosas.

—No hace falta que lo jures...—masculló uno de mis alumnos.

Yo casi ni lo oí, flotando como estaba en una nube. ¡Daniel no estaba con Enzo! ¿Y eso significaba... qué? Volví a preguntarle:

—¿Y por qué estás aquí?

Madre mía, se lo iba a tener que sacar todo con calzador. ¡Palabra a palabra! Pero estaba mereciendo la pena, ver su rostro y sus gestos, escuchar su voz, dulce y nerviosa, sobre todo si él finalmente me decía, si me decía...

—Porque escuché lo que dijiste ayer y... —Se mordió el labio—. Yo... me gustó mucho, o sea, tú me gustas mucho, es decir... —Miró hacia abajo de nuevo, turbado—, quiero estar contigo. Si te parece bien, claro.

—¡Sí! —Se me escapó enseguida, con el corazón cálido y la sonrisa más boba del mundo.

Todos mis alumnos vitorearon y aplaudieron, yo empecé a reírme de pura felicidad y Daniel también.

Estaba guapísimo.

Cuando mis alumnos se fueron, Daniel y yo empezamos a caminar hacia mi barrio.

Me sentía extrañamente cohibido. Era rarísimo: habíamos convivido durante dos meses 24 horas al día, habíamos pasado una noche maravillosa juntos y ahora era casi como estar de nuevo con un desconocido.

Además, no se me había escapado que en su «declaración» (si es que podía llamarse así a esas cuatro frases atropelladas) Daniel había dicho que yo «le gustaba» y no que «me quería». A ver, no soy tonto, sé que a veces ese tipo de sentimientos tardan en desarrollarse, o en decirse en voz alta, pero me preocupaba que la conexión que yo había sentido aquella noche no fuese correspondida. ¿Y si a él yo solo le gustaba un poco? ¿Era eso lo que yo quería, empezar una relación con alguien que siente por mí mucho menos de lo que siento yo por él?

—¿Tienes algo que hacer ahora? —le pregunté, torpemente.

—Sigo teletrabajando y anoche no dormí mucho, —carraspeó—, así que me puse a adelantar trabajo. O sea, que... no tengo nada más que hacer, —me lanzó una mirada tímida—, en todo el día.

Glub. Me dio un salto el corazón. No solo el corazón. Bueno, quiero decir, que eso pintaba muy bien.

—¿Has comido? Podemos tomarnos algo —sugerí.

Había decidido que lo mejor sería ir poco a poco. Ni siquiera nos habíamos besado. Qué digo, ni nos habíamos tocado. Quién sabe si recuperaríamos el *feeling* que había entre ambos. Inspiré y espiré una gran bocanada de aire.

—Estás nervioso —dijo él, mientras nos sentábamos en la terraza de un bar—. Estás haciendo eso que haces con la respiración.

Madre mía, me conocía tan bien que daba hasta miedo.

—Un poco, —reconocí.

—Yo también, un poco, —agregó, con una cara que me pareció muy dulce.

Cuando llegó la camarera, pedí una cerveza para mí y una Coca-Cola para él.

—Voy a decirle a mi madre que no voy por Valentina todavía, ¿vale?

Le escribí un mensaje preguntándole si podían quedarse con la niña esta tarde. Su contestación no se hizo esperar.

Mamá: *¡Pues claro, cariño! Relájate. De hecho, deberías hacerlo más a menudo. Aquí ella está cuidada y querida, ya lo sabes. Y tú tienes que tener tiempo para ti. Así podrás cuidar mejor de ella.*

Casi se me escapa una lágrima.

Entonces vi otros mensajes, del grupo «Samu ♥ Daniel».

Estela: *¿Contestaste al mensaje de Daniel?*

Lucía: *¿Cómo va todo, alguna novedad?*

Lorena: *No responde. O está tirado en casa llorando o está follando con Daniel hasta perder el sentido. Apuesto por lo segundo.*

(Lorena está escribiendo)

Lorena: *Ahora mismo Samu está conectado a WhatsApp, o sea, que follando no está. Jo. La opción de los lloros vuelve a ganar puntos.*

Escribí atropelladamente.

Yo: *Todo va bien, más o menos. Estoy con Daniel.*

Lucía: *¿¿Con Daniel?? ¿¿Ha ido a verte?? ¡Espero que se te haya declarado a lo grande!*

Estela: *Sí, como mínimo te habrá dicho lo de «Soy una chica delante de un chico» etcétera.*

Inés: *¡¡Qué alegría, Samu!! Quiero ser la primera en tener los detalles esta vez, ¿eh?*

Lorena: *¿Qué significa «va bien, más o menos»? Este hermano mío me va a matar a sustos.*

En ese momento, la camarera nos trajo las bebidas y le pedimos un par de sándwiches.

—¿Cómo está Valentina? —me preguntó, ajustándose las gafas—. Según mi app, debería ser ya hasta capaz de mirarse su propia mano.

—Eso no lo he visto. —Le contesté—. ¿Pero sabes que ya se ríe?

—¡Qué bien! Yo... ojalá...

Oh, ¡le daba pena habérselo perdido! Pude ver en sus ojos que la había echado de menos, aunque no lo dijera con palabras. Era verdad que expresaba las cosas a su manera, sólo había que saber mirar. Y eso me recordó otra cosa:

—Me llegaron unos pedidos tuyos por Amazon, la leche hidrolizada y la mantita de juegos, que llegó en el momento justo en que ella empezó a levantar la cabeza e intentar agarrar cosas. Gracias —le dije, acalorado.

—No hay de qué. Cuando me fui de casa de Enzo me acordaba mucho de ti, de... vosotros y de lo que podíais necesitar y lo fui comprando.

Ah, o sea, ¿que no eran cosas que había dejado encargadas antes de irse? ¡Había pensado en mí! ¡Y en Valentina! Qué bonito, por favor.

De pronto, me fijé en su camiseta. En letras de época, decía: «*Buscando a Darcy en un mundo de Wickhams*».

—Ohhh, ¡muy fan de tu camiseta! —Que llevara algo de *Orgullo y Prejuicio* ¡me pareció un detalle tan bonito! Quise ver muchas cosas en él (aunque quizá era solo mi imaginación disparada). Que algo de lo que yo le había enseñado a él le había gustado. Que se sentía orgulloso de haber llorado con ella. Y, quizá, solo quizá, se alegraba de haber compartido ese momento conmigo.

—Me alegro de que te guste —dijo, un poco avergonzado—, porque tengo otra para ti.

—¿En serio??? —Buah. «*Daniel expresa amor a su manera*», vino la voz de mi hermana Lucía a recordarme a mi cabeza.

Sacó una camiseta azul claro que ponía: «*Talk Darcy to me*». Me sonreí. Y ahora me avergoncé un poco yo, por la clara referencia al sexo.

Menos mal que llegaron los sándwiches y creo que él no se dio cuenta.

—Es un juego de palabras, —me explicó—, con «*Talk dirty to me*» ...

—Lo he pillado—. Tomé un bocado.

—Lo siento, —se quitó las gafas un momento—, no pretendía ir de sabelotodo. Me pasa mucho, perdona.

En un arranque de valentía, le toqué el brazo.

—Hey, no. Me encanta que me expliques cosas, de verdad.

—Vale, —sonrió ahora él y seguimos comiendo.

—Hablando de lo cual... —Aproveché para coger el toro por los cuernos: hoy era el día que tocaba hacer mucho de eso, por lo visto—. Me gustaría saber... ¿por qué no me escribiste ni un mensaje cuando te fuiste a cuidar a Enzo? O sea, me compraste cosas, pero... ¿ni un WhatsApp?

Él bebió de su refresco, se le notaba nervioso.

—Tú tampoco me escribiste.

—Sí, pero... —Jopé, era verdad—. Pero tú te habías ido a cuidar de tu novio.

—De mi exnovio. Que estaba muy enfermo. No era... —Bajó la mirada—. Era solo...

—Te creo —le corté, rápidamente—. Pero, ¿por qué no me dijiste eso aquella mañana antes de irte?

¡Madre mía, todo lo que nos habríamos ahorrado!

—Yo... bueno. —Respiró hondo, apartando la vista—. Después de nuestra noche, la verdad es que yo pensé que, al día siguiente, yo seguiría en tu casa y de forma natural, bueno, sin decir nada, pues, tú y yo empezaríamos...ya sabes. —Las mejillas se le colorearon un poco—. Pero Enzo se puso enfermo, yo sentía que debía ir a cuidarle y de repente había que...

—¿Hablar? —levanté una ceja.

Oh, dios. Hablar de sentimientos, lo que peor se le da. Y yo lo sabía. Y me lo había dicho Estela. Y las mellis. Todo el mundo, vamos. Pero yo me negaba a verlo.

Daniel se encogió de hombros.

—Y tú prácticamente me echaste de tu casa, me dijiste que no me preocupara por lo que habíamos hecho y que no se lo dijera a Enzo. No sabía si yo solo había sido... otro Juanma. Creía que no, pero...

—¡Oh! —Ahora fue mi turno de ponerme rojo, viéndolo desde su punto de vista— ¿Eso te dije? ¡Oh! Sí, quizá... Vale, estaba tan convencido de que

estabas sufriendo por la ruptura y que querías volver con él, que...—Me di una palmada en la frente. Qué desastre. Mis puñeteros miedos.

—Lo siento, fue una metedura de pata —dijo.

Él corrió la silla con un chirrido agudo para levantarse y sentí un escalofrío en la columna vertebral.

—Yo... creo que...—Tartamudeó—. A lo mejor no deberíamos...

—¿Qué pasa, Daniel?

Agachó la cabeza, para evitar mis ojos.

—Yo no soy como crees que soy. Todo eso que le dijiste a Enzo de mí era demasiado...

Le agarré la mano.

—Todo lo que dije es la verdad. Tú eres esa persona. Y yo también metí la pata. De hecho, —resoplé, nervioso—, me parece que buena parte ha sido culpa mía. Me sentía tan culpable y tenía tanto miedo de perder a Enzo que seguramente te habría apartado de mí a la menor excusa.

Me quedé con su mano en la mía. Estaba cálida y suave. Él ni se atrevía a mirarme a la cara. Pero lo que sí vio fue mi tatuaje.

—¿Y eso? —preguntó, ajustándose las gafas y acercándose para verlo mejor—. Siempre te han dado mucho miedo.

—Estoy aprendiendo a superar mis miedos, supongo.

Me encogí de hombros, inquieto. ¿Se daría cuenta de lo que era, se acordaría?

—Pero, ¿qué es? —Su nariz casi tocaba mi antebrazo—. ¿Y esos números? ¿La progresión de Fibonacci? Ah, ya veo...

Se quedó pensativo, con las mejillas sonrojadas. ¿Le habría gustado? Su mano seguía en la mía. De pronto, sin decir nada, entrelazó sus dedos con los míos y a mí se me puso la piel de gallina.

—Oye, ¿y si nos tomamos el café en mi casa? —le propuse, nervioso.

—Claro.

No fue valentía lo que me llevó a invitarle, en realidad. O sí, en parte. Pero también fue... necesitaba comprobar una cosa. Y no podía esperar.

Quería saber si la conexión que sentí aquella famosa noche había sido imaginación mía o había sido real. Si había sido real para *ambos*, quiero decir. No estaba seguro de iniciar una relación con una persona que no sintiese lo mismo que yo.

¿Había mayor llamada al desastre que esa?

Comprobación o no, no podía evitar estar emocionado. Solo soy un ser humano y el hombre por el que había llorado durante las últimas tres semanas estaba a mi lado.

Cuando llegamos, fui al servicio con la excusa de hacer un pis, y, en realidad me puse a lavarme bien por todas partes. ¿De verdad iba a hacer el amor con Daniel? No me lo podía creer. Sólo de volver a recordar aquella noche se me ponían los pelos de punta. Estaba hecho un manojo de nervios, tanto que me lavé los dientes con el Serum Revitalizante (luego lo hice con la pasta de dientes, claro: era un Serum de baba de caracol).

Al volver al salón, sentí una bofetada de nostalgia al encontrarme su mochila, colgada exactamente en la misma silla de siempre, y a él, fregando unas tazas, como le había visto hacer casi cada día. Y descubrí que se había tomado al pie de la letra lo de tomarnos un café y había puesto una cafetera DE VERDAD. Ay, qué inocente y qué lindo era, por dios. Sonreí sintiendo una oleada de cariño que me sorprendió.

—Deja, no tienes que limpiar nada —le dije, casi sin darme cuenta, como tantas veces.

—Ya sabes que no me importa. —Se encogió de hombros, frotando con más brío—. De hecho, me gusta; el movimiento repetitivo estimula las ondas alfa del cerebro y ayuda a pensar mejor.

¿Es que yo le veía con buenos ojos o esa era la frase más sexy jamás pronunciada?

Tragué saliva. Tenía unas ganas terribles de arrancarle el estropajo de la mano, besarle frenéticamente y hacerle el amor allí, contra el estante de las especias que él mismo había organizado por orden alfabético.

Pero me sentía todavía muy cohibido. Sólo habíamos estado juntos una noche y después habíamos vivido la versión resumida de las siete temporadas que Ross tarda en volver con Rachel. Así que ahora no sabía cómo comportarme con él. Y el hecho de que Daniel tuviera todavía menos habilidades sociales que yo no ayudaba, precisamente.

—¿Qué hacemos? —preguntó cuando por fin cerró el grifo.

Nos quedamos los dos esperando que la cafetera hirviera, como dos imbéciles.

Oh, dios mío. ¿Y SI NO CONSEGUÍAMOS ENROLLARNOS JAMÁS entre su torpeza y mi miedo? ¿Sería esta mi vida sexual a partir de ahora? ¿Viviríamos juntos soñando con hacer el amor mientras limpiábamos el polvo y barríamos, mirándonos los delantales de reojo?

POR FAVOR SOCORRO.

—¡Voy a probarme mi camiseta nueva! —exclamé, con bastante más entusiasmo del que normalmente sentiría por una ponerme una prenda de ropa. Él asintió y la sacó de su mochila.

Yo empecé a desabrocharme mi camisa.

—¿Aquí? —preguntó Daniel, con los ojos muy abiertos y la cara arrebolada.

Dios mío, teníamos un problema. Serio.

—Sí, aquí. —Menos mal que me había pillado en el día en que se había despertado mi valentía—. Daniel, tú y yo nos hemos visto... ejem, todo.

¡Vaya valentía la mía! Si ni siquiera me atrevía a decir en voz alta la palabra «desnudos» no sé si conseguiríamos usar un condón en un futuro próximo.

Vale, céntrate, Samu. Estamos nerviosos, pero pasito a pasito lo conseguiremos.

Y, si no, todavía tenía ahí la media botella de ron añejo que sobró de su borrachera.

Me tranquiliza tener un plan B.

Sin embargo, finalmente no hizo falta recurrir al alcohol. Al dejar mi pecho al descubierto, Daniel se quedó mirándolo muy intensamente. Yo empecé a notar cómo me subía la temperatura, como si sus ojos lanzaran el rayo láser de Cíclope.

Y, de repente, su mano derecha hizo un ligero movimiento involuntario, como para acercarse a tocarme. Fue tan leve que casi me pareció imaginarlo, porque, un momento después, Daniel la había retenido y había cerrado el puño. Pero yo decidí jugármela (por aquello de la valentía y porque, jopé, me había dicho que yo le gustaba mucho, ¿no? Seguramente eso implicaba un cierto grado de atracción sexual). Le cogí la mano, sosteniendo sus dedos lacios y dóciles. Y la posé sobre mi pecho. Estaba fresca y suave y el corazón se me aceleró.

Daniel frunció el ceño un momento, como sorprendido por sus propias sensaciones, y empezó a respirar con los labios entreabiertos. Y de pronto noté otra vez esa fuerza gravitatoria que me arrastraba hasta él, como la nave de Interestelar atraída por el horizonte de sucesos del agujero negro.

Quería estar más cerca de él y había demasiadas cosas entre los dos, como, no sé... ropa, aire. Centímetros.

—Voy a quitarte tu camiseta— le dije, con voz ronca.

Él asintió.

—Si es un prerequisite necesario...

Oh, dios. Me lancé a su boca, enloquecido, y sus labios se abrieron con avidez. Me sumergí de nuevo ese sabor, el sabor de su lengua con la mía que me mareaba. Su mano subió por mi pecho hasta detenerse en mi cuello. Me agarró para acercarme más a él. Madre mía, se me empalmó al instante. Y no podía dejar de besarle. Me perdí de nuevo entre sus labios. Le quité la camiseta por fin y él pegó su pecho al mío, apoyando mi espalda en la pared, como la primera noche.

Yo le besaba con urgencia, al ritmo de los latidos de mi corazón. Sus labios me embrujaban. Sentía su erección presionando la mía a través del pantalón y me estaba volviendo loco. Sus manos descendieron por mi espalda, provocándome un estremecimiento y terminaron aferrándose a mi

trasero. Como siempre, Daniel estaba en total control de la situación. Y me encantaba.

—Samu...—dijo en mi oreja.

Se me puso tan dura que casi me dolía. Me apreté contra él: me iba a dar algo.

—Si dices mi nombre así voy a correrme.

—Samu —repitió, mordiéndome el lóbulo y el cuello—. Samu...

Le agarré yo también a él, a través del pantalón. Volvió a mi boca, como sabía que me gustaba. Todo me daba vueltas: sólo sentía su lengua ávida y dulce, sus manos y su erección presionando y moviéndose contra la mía.

—Dios mío, dios mío, sí... —exclamé, alucinado.

Noté un orgasmo feroz mientras me corría contra su cuerpo. Creí notar también espasmos en el suyo, pero no estaba seguro de nada. Ni de mi propio nombre.

—¿Qué ha pasado? —pregunté. Me pitaban los oídos.

Daniel, con la respiración agitada, se ajustó las gafas:

—Creo que el término técnico es que hemos alcanzado el clímax.

Me reí.

—Dios mío, qué vergüenza, como un chaval de 15 años. Lo siento —le dije—. Es que tenía tantas... tantas...

—Yo también.

Me encantó oírlo. De la emoción, escondí el rostro en su cuello y, con su mano en mi cintura, le susurré.

—Ahora probamos de nuevo.

Sus uñas se clavaron en mi piel en lo que pareció un sutil espasmo de placer. Cuando me miró, sonreía.

—Pero quizá deberíamos arreglar esto antes, ¿no?

Nos reímos y nos quitamos los pantalones y los calzoncillos húmedos. Mientras nos desnudábamos y nos limpiábamos con toallitas. Y se me ocurrió pensar que lo que habíamos hecho no me había aclarado

absolutamente nada sobre lo que él podría sentir. Ni siquiera le había mirado a los ojos durante el sexo. Mierda.

—¿Nos duchamos? —sugerí atropelladamente. Quería crear un clima más íntimo y propicio para los sentimientos. Algo parecido a lo que sucedió la última vez que estuvimos juntos, cuando nos rozábamos y besábamos simplemente por el placer de tocar al otro.

—Si no te importa —dijo él, quitándose las gafas y dejándolas en el lavabo—, preferiría en la cama.

—Sí, claro, no hay problema —respondí. Pero sentí un frío en el pecho. *Seguro que con Enzo lo ha hecho muchas veces en la ducha.*

Mientras nos dirigíamos a la cama, se me vino la imagen de los dos follando como bestias bajo el agua, con el cuerpo enorme de Enzo cogiendo a Daniel a peso y empotrándole contra los azulejos.

Eso no lo podría hacer yo. A lo mejor era verdad que Daniel solo estaba conmigo porque yo podía darle todo el cariño que Enzo le había negado. Se me encogió el estómago. ¿Dónde me estaba metiendo? No parecía buena idea seguir adelante con él si esa era la situación.

Llegamos los dos a mi cama, pero no hubo besos ni arranques de pasión. Nos sentamos ambos, yo aún inquieto y él mirándome.

—Estás abstraído —me dijo— ¿Te lo estás pensando mejor? ¿Quieres que lo dejemos?

—No, no, —solté enseguida.

Una parte de mí quería sacar todos mis miedos a la luz, pero otra me decía que podrían ser paranoias sin sentido. ¿Todo esto porque no había querido ducharse conmigo? ¿De verdad? Podía ser una tontería. Seguro que lo era: no quería estropear esto. El nuevo Samu, el que se había enfrentado a la directora del instituto, a su hermano Pablo y a Enzo *sabía* que debía confiar en Daniel, pero ¡me costaba tanto! Respiré agitadamente.

Daniel estaba aún más encogido sobre sí mismo. De pronto, resopló con fuerza.

—Mira, ya sé que soy un *cortarrollos* y un aburrido —exclamó, con una expresión trágica en su cara.

—Dani... ¡No! ¿Aburrido? En absoluto. —Le acaricié el pelo. Su precioso pelo—. No digas eso, por favor.

—Es que... —Me dirigió una mirada compungida—. ¡Simplemente no me gusta hacerlo en la ducha! Es muy peligroso. ¿Sabes que una de cada quince muertes en el mundo tienen lugar en el cuarto de baño? Es muy fácil resbalarse.

Me quedé en shock. Y después empecé a reírme de pura alegría.

—Lo siento, no me río de ti. —Le aclaré, eufórico—. Es que... Yo ¡siempre he pensado exactamente EXACTAMENTE lo mismo! Bueno, sin las estadísticas, pero ¡pienso igual!

Su mirada de alivio se me clavó en lo más hondo. Era increíblemente tierno.

Noté cómo algo muy grande se me despertaba por dentro: cariño, deseo, admiración, ...quería cuidarle y que me cuidara, quería darle todo el amor que se me derramaba por los poros. Y de repente, me daba igual si él me quería de la misma forma o no. Deseaba que recibiera todo ese cariño, a toneladas; él lo necesitaba muchísimo y a mí me sobraba. Mientras él me tratara bien y fuéramos felices, el resto eran solo... palabras, nombres, etiquetas que no importaban en absoluto.

—Daniel... —Desbordado por la fuerza de lo que sentía, empecé a darle besos en la cara sin parar. Le tumbé en la cama mientras mis labios seguían recorriendo su rostro, sus mejillas, su frente.

Y de pronto, algo brotó dentro de mí, irreprimible:

—Te quiero —le dije. Y volví a darle un suave beso, bajo la oreja—. Te quiero, Daniel, eres tan hermoso y tan inteligente, y tan deliciosamente torpe y tan bueno... — Mis labios se posaron en su cuello, y después en su barbilla y tanteé el sabor de su boca —Dios, te quiero, te quiero...

Se puso rígido.

—Para, Samu, para, por favor. Por favor, para.

Me quedé helado. Me separé de su cuerpo. Y entonces vi que estaba tiritando.

—¿Estás bien?

Negó con la cabeza gacha, sin mirarme a los ojos.

—No, solo... necesito un momento.

¿Le castañeaban los dientes? Pero, ¿qué le pasaba? ¿Sería un ataque de pánico? A mí no se me manifestaba de esa forma, pero quizá a él sí. Me acerqué para abrazarle.

—No me toques, que es peor, Samu.

Noté un dolor agudo en el estómago. Madre mía, a lo mejor esto de que él no me quisiera como yo le quería era más grave de lo que yo pensaba. A lo mejor mi amor no iba a ser suficiente para los dos.

Se me escapó una lágrima.

Me senté en la cama, dejándole un poco de espacio mientras él seguía respirando agitadamente; estaba tumbado, dándome la espalda y encogido sobre sí mismo.

—Lo siento, Daniel, pensaba que te estaba gustando. Si te ha molestado que te diga que te quiero, yo...

—No... no... —dijo con voz temblorosa—. Es que... siento cosas.

Me acerqué un poco a él, quedando de rodillas a su lado. Me moría de ganas de abrazarle al verle ahí tumbado, indefenso como un pajarito, con la cara oculta bajo un brazo... Ay, Daniel.

—¿Y por qué... —me atreví a acariciarle un poco la cabeza—... por qué no las sacas fuera?

—¿Sacarlas? —Por primera vez, se destapó la cara y me miró—. ¿Y que las vea todo el mundo?

Tuve que aguantarme una risita.

—No hay mucho «mundo» aquí que digamos... —Le acaricié la cabeza con ternura. Por dios, cómo le amaba.

Él negó con la cabeza.

—Lo siento, estoy estropeándolo todo. Te estarás arrepintiendo. Seguro que ya no te gusto.

Madre mía, se me estaba partiendo el alma.

—No estás estropeando nada, me encanta estar aquí para ti. ¿Puedo... darte un beso? —Asintió muy levemente y le besé la mejilla sólo una vez, con el corazón lleno de calor—. Daniel, no sé qué es eso que no quieres sacar, pero te conozco: eres precioso y estoy seguro de que tus sentimientos son preciosos también.

Dejé caer mi frente contra su hombro. Él tiritó más fuertemente todavía.

—No q-quiero montar una escena. Me muero de la vergüenza de que me veas así.

Algo empezó a abrirse paso en mi mente, como una luz. Recordé lo que me había dicho cuando me contó lo de sus padres, que había sido «una escena vergonzosa», y cómo su padre se burlaba de él cuando mostraba lo que sentía y le llamaba «nenaza». Me estaba muriendo de pena.

— Ya veo. Tú crees que si muestras lo que sientes vas a volverte... *inquerible*.

—Esa palabra no existe —murmuró. Me alegró que protestara: se encontraba mejor.

—Pero Daniel, cuando se te escapó una lágrima viendo aquella peli, o cuando te derrumbaste hablando de tus padres... —. Le di otro besito con mucho mimo— ¿Tú crees que me gustaste menos? Porque fue al contrario: me gustaste más. De hecho, me parece que justo esos momentos son lo que me han vuelto loco por ti. Son... tú. Una ventanita al Daniel más vulnerable, más real. Y más hermoso también. Me siento privilegiado de que me dejes verlo.

Me sentía extraño: fuerte y confiado, capaz de derrotar dragones y enfrentar ejércitos con mis manos desnudas, como Jon Snow en la Batalla de los Bastardos. Era maravilloso intentar devolverle a Daniel algo de la seguridad que él me había ayudado a conseguir.

Él se revolvió un poco antes de decir, con voz ronca:

—Vale. —Aspiró aire con fuerza, mientras recolocaba su cuerpo con su cabeza en mis rodillas—. Creo que puedo intentar... sacar una cosa.

Me puse nervioso: su voz sonaba muy baja y miraba hacia otro lado. ¿Qué querría decirme? ¿Sería algo que le alejara de mí?

—Es la primera vez que estoy con alguien que...

Se quedó callado. Oh, no, ¡otra vez! Intenté ayudarlo.

—¿Alguien que casi te mata a besos? —sugerí, en broma. Él negó y cogió aire de nuevo.

—La primera vez que estoy con un hombre con quien...

—¿Estás a gusto?

—...con quien...siento...

—¿Con quién sientes que puedes hablar de cosas como est...

De repente se incorporó y me tapó la boca, poniéndose de rodillas a mi lado. Nos quedamos los dos muy cerca, él retiró su mano de mis labios, y su cara tenía la expresión de quien sabe que va a cometer un error terrible. Tuve miedo, quise callar su boca a besos. Pero él necesitaba sacar lo que fuese que llevaba dentro, y ayudarlo era más importante.

Daniel dejó caer su cabeza en mi hombro y yo le abracé, muy fuerte. Aunque aún tiritaba un poco, pareció gustarle porque se apretó contra mí. Notaba su aliento en mi cuello y me estremecí. Me preparé para lo peor.

—Samu... —Su voz fue un susurro muy dulce, casi inaudible—...es posible que... me parece... creo que... estoy enamorado de ti.

El corazón se me detuvo, impactado por un rayo.

Y entonces sentí un calor que crecía desde mi pecho, llenándome de luz, como si todos los órganos de mi cuerpo estuviesen floreciendo a la vez.

Dios mío, dios mío. Muy suavemente, cogí su rostro entre mis manos. Él no quería mirarme. Jamás había visto a nadie tan avergonzado.

—Daniel, —le besé los párpados con delicadeza—, eres lo más bonito que he visto en mi vida.

Él abrió unos ojos llorosos. Yo le acaricié la cara y le dije:

—Sigue hablando, por favor, dime todo lo que quieras —Volví a besarlo la frente y los labios, introduciendo mis dedos entre su cabello—. Sácalo todo, cielo, déjate llevar. Conmigo estás a salvo. Te quiero.

—¿Sí? No sé... Yo...

Le tumbé a mi lado y, desnudos como estábamos, le abracé con todo mi cuerpo, rodeándole también con mis piernas, para que se sintiera seguro.

Él bajó la mirada.

—Tus manos... me encantan—. Tragó saliva ruidosamente.

Sonreí. Era tan hermoso y tan torpe y adorable que se me saltaban las lágrimas. Atropelladamente, mientras yo le cubría de besos, él me iba susurrando cosas, con voz ahogada.

—Me gustan tus ojos dulces. Tu cuello, tu cuello es... demasiado sexy. — Se atragantó. Le besé en los labios—. Y tu boca, no puedo dejar de besarte, yo... no entiendo nada.

—Yo tampoco. —Le atraje hacia mí de nuevo—. Y me da igual. Quiero besarte hasta que Harry Potter declare su amor a Draco Malfoy.

Nos reímos. Nos abrazamos.

—Ya veo que solo te gusto por mi despampanante físico, —bromeé.

—Samu, —se sentó en la cama, con los ojos abiertos de espanto—, no pienses eso, por favor. Eres inteligente, divertido, generoso y además... sabes hacer pizza con piña y estás preparado para el apocalipsis.

No pude evitar una carcajada, inundado de ternura.

—Estaba bromeando, Dani, aunque ya veo que te has olvidado de mis pecas. —Le guiñé un ojo y le besé.

Él respondió con sus labios pegados a los míos y los ojos cerrados:

—Tus pecas son lo que más quiero en el mundo.

Bum. El corazón me dio un vuelco y me separé de su boca, impactado.

—Oh, mierda —dijo él, separándose de mí y cubriéndose la cara toda ruborizada—. Ya he dicho algo estúpido, lo siento, no he debido, no he debido empezar a hablar...

—¿Qué dices? —Me acerqué a abrazarle y a besarle—. Es lo más dulce que me han dicho nunca. Si ves una plasta pegajosa derretida en medio de las sábanas es mi corazón.

Sonrió y abrió los ojos.

—¿También te vas a tatuar la frase de las pecas? —Bromeaba, pero le brillaban los ojos.

—A lo mejor... —Apoyé mi frente en la suya y respiré cerca de su boca. Volví a besarle con avidez. Todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo estaban a flor de piel. Hicimos el amor sin prisa, como si el tiempo hubiese sido creado solo para nosotros.

Al caer la noche, Lucía trajo a Valentina a casa. Mi hija se rio y gorjeó al verme y yo la saqué del cochecito y la abracé. ¡Mi pequeña!

—Estás medio desnudo y tienes una sonrisa de bobo monumental, —señaló mi hermana, desde la puerta de mi piso—, o sea que imagino que todo ha ido genial con Daniel.

Me reí, sonrojado.

—Mejor que genial. —Me mordí el labio, avergonzado y orgulloso—. Muchas gracias. Por todo.

—Las gracias están bien, pero queremos los detalles guarros en el grupo de WhatsApp, pequeño Padawan, —guiñó el ojo. Me reí y se lo prometí.

Cuando se fue, Daniel, apareció ya vestido en el salón. Se le iluminó la cara al ver a la niña y yo noté el corazón aleteando de alegría y afecto de ver el cariño que sentía por mi hija.

—¿Quieres cambiarla tú?

—Si te parece bien...

Pasamos una hora con la pequeña, jugamos con ella, le dimos el biberón y se durmió, finalmente. La contemplé en mis brazos, completamente arrobado: siempre la cuidaría y la protegería. Nosotros cenamos y, tras acostar a la niña en la cuna de colecho, Daniel se fue a la cama, agotado por la marea de emociones.

Y aquí estoy ahora: me bebo un descafeinado, sonriente. Sabe a gloria. En mi antebrazo, junto a mi tatuaje, Daniel ha escrito con un rotulador negro: «Tus pecas son lo que más quiero del mundo». Se me eriza el vello de la nuca al leerlo.

Entonces, aunque es tremendamente temprano, decido volver a la cama yo también. Me acuesto vuelto hacia Valentina, dejando que me agarre el dedo con su manita. Daniel se acomoda detrás de mí. Y todo es, simplemente, perfecto. («*De momento*», me dice la vocecita de mi cabeza. «*Cállate, estúpida*», le respondo, al calor de la piel de Daniel).

—¿Todo bien? —murmura, y me da un besito somnoliento en el cuello.

—Me siento raro, —confieso, acostados después el uno en los brazos del otro. Al notar que él se incorpora, inquieto, le aclaro—: Raro en plan bien. Quiero decir, que no estoy preocupado por nada, ni por mi hija, ni por la pandemia, —confieso, atónito—, ni por el trabajo, ni... ni siquiera estoy preguntándome cuando acabará lo nuestro.

—Menos mal, porque acaba de empezar —dice él, con la cabeza apoyada en mi pecho.

—Y tengo una sensación extraña, —continúo—, como... una alegría mezclada con una serenidad muy grande y mucho, mucho, amor. Me parece que estas semanas he agotado el amor de todo el planeta entero yo solo. —Me río—. No sé lo que es, pero en este momento parece como si nada pudiera salir mal.

Daniel se rasca la cabeza y frunce el ceño, apretando los labios. Ya le conozco, es su «cara de pensar». Qué mono es.

—Hum, sin preocupaciones, con alegría, serenidad y mucho amor... Podría ser felicidad.

—¿Felicidad?

¿En serio? Pero eso ¿es posible siquiera? ¿No es una canción de Disney o algo así?

—Bueno —Daniel sigue reflexionando— Parece que cuadra bastante bien con la definición, pero si quieres podemos comprobarlo en Google.

¡Ay, que me lo como! Le detengo, sonriente, cuando alarga su brazo para buscar el móvil.

—Deja, me fío de ti —le digo y me doy cuenta de que la frase tiene muchos sentidos y es cierta en todos ellos—. Ahora que la niña está

descansando, prefiero que aprovechemos el tiempo para cosas más importantes.

–¿Como dormir? –sugiere.

–Oh, dios mío, TE AMO –. No sé cómo consigue siempre saber lo que necesito.

Bajo la persiana mientras él coloca la almohada como a mí me gusta y nos tumbamos en la cama. Yo tomo la manita de Valentina y Daniel, detrás de mí, me acaricia el pelo con mucho cariño.

Su cuerpo me envuelve y todo está en paz. Y entonces nos dormimos los tres.

OceanofPDF.com

Primer Epílogo

Dos meses después, estoy en la plaza cerca de mi casa explicándole a Estela, OTRA VEZ, cómo se acciona el freno del carrito. Es sábado y pleno verano: hay bastante gente desayunando en el bar, y otros paseando, al igual que nosotros, con mascarilla.

–De verdad, no es tan difícil. –Se lo vuelvo a mostrar, es una palanca y un botoncito–. A Daniel no tuve ni que decirle nada.

–Por favor, *amore*, la comparación es muy injusta –me responde Estela–. Él es informático.

–Diseña software no hardware, –le respondo.

–¡Exacto, gracias! –Se ríe mi amiga, obviamente sin entender lo que he querido decir.

–Mis hermanas también lo pillaron enseguida. –Suspiro–. Es importante que lo domines, ¿vale?

Por fin parece que ya sabe hacerlo. Valentina nos mira con curiosidad, succionando su chupete.

–Bueno, ¿lo tienes todo? –le pregunto, revisando la bolsa del carrito yo mismo; estoy nerviosa porque es la primera vez que se va a llevar a la niña ella sola; hasta ahora siempre he estado yo también. Estela me aparta el carro:

–Lo tengo todo, tranquilo: biberones, pañales, crema, un recambio de ropa... y la pequeña monita. –Le sonrío a nuestra hija–. ¿Quieres ir de paseo con mamá?

Valentina gorjea y a mí se me alegra el corazón al ver cómo empiezan a conectar.

–¿Revisaste el horario que te pasé?

–Que sí, pesado. Me parece bien: yo me quedaré con ella por las mañanas los días laborables y todos los fines de semana pasaremos una tarde los cuatro juntos.

Pero no estoy tranquilo aún. Para Estela el término «mañana» es tan vago que puede abarcar hasta las tres de la tarde. Acaricio a mi hija.

—Sabes que tendrás que madrugar, ¿no?

—¡No! ¿En serio? —Abre los ojos exageradamente con pánico fingido—. ¡Samu, por favor! Sé que entras a trabajar a las diez y que Daniel vuelve también a su empresa. Estaré ahí. Y las tardes y noches estará con vosotros: sus *papis* —Lo dice con tono de guasa, pero con cariño— ¿Somos la familia más moderna de Madrid o qué? Tengo que hacernos un vídeo de Tik Tok un día de estos, se me ocurren un par de ideas GENIALES.

Ay, madre. Aunque la gira de *Everbliss* se ha suspendido por la pandemia, el grupo sigue generando contenido *online*. Intento respirar hondo, mientras miro a todos lados, muy consciente de que en una iglesia cercana han dado la señal de que son las diez y media.

—¿Quedaste al final con Enzo? —pregunta mi amiga, apretándome el brazo con afecto. Yo asiento.

—Sí, ahora viene. Es la primera vez que nos vamos a ver desde...

—Desde que le quitaste al novio.

—¡Estela! —exclamo, escandalizado.

—Las cosas como son, *amore*. —Me guiña un ojo—. ¿Vendrá Daniel también? Porque se puede liar una buena...

—No, no —se me encoge el estómago solo de pensarlo— He quedado después con él para... —No sé si decírselo— Bueno, para ver un piso.

—¿Vais a vivir juntos? —Le brillan los ojos y da un pequeño saltito—. Ay, por favor, sois MONÍSIMOS.

—No adelantemos acontecimientos. De hecho, ni siquiera he hablado con Daniel de alquilar algo juntos. En teoría solo viene a acompañarme a mí. A lo mejor no quiere...

—Sí, claro. Desde que le declaraste tu amor no se ha despegado de tu lado ni una sola noche... ¿y ahora no va a querer alquilar algo contigo? —Suelta una carcajada.

—Es verdad que no se ha ido de mi casa, pero tampoco ha trasladado todas sus cosas, solo lo mínimo. —Le informo, con un deje de tristeza en la voz—. Y ni siquiera ha querido hacerse su propia copia de la llave. Pero, de todas formas, se lo diré. Es lo que siento.

—¡Uau! —Estela me contempla con ojos brillantes— El combo amor y maternidad te ha sentado de maravilla. Mírate: el León del Mago de Oz ha recuperado su valor.

Me río tras la mascarilla y, de pronto, a lo lejos aparece una figura alta que se nos acerca. ¡Enzo! El corazón empieza a palpitarme muy fuerte.

—Huy, ya viene, os dejo solos, *amore*. ¡Nos vemos en unas horas! —Mi amiga me abraza y yo despido a Valentina con un torrente de besitos.

—Mucho cuidado, —le recuerdo a Estela—, pon siempre el freno. ¡Siempre! Las aceras a veces están un poco inclinadas y el carrito tiene vida propia.

Me quedo observando cómo ella se va por un lado de la calle y, por el otro, se acerca la figura de mi amigo. Noto una corriente de afecto mezclada con la culpabilidad que me late en las sienes, amenazando con provocarme un dolor de cabeza

Cuando llega hasta mi altura, Enzo se queda a medio metro de mí: clava sus ojos azul oscuro en los míos, escrutándome, tratando tal vez de decidir si soy su amigo de siempre. O si me puede perdonar. Yo respiro hondo, más tenso que cuando Katniss Everdeen va a disparar su arco y a decidir su futuro en *Los juegos del hambre*.

Finalmente, él me agarra el hombro con una mano y me señala el bar.

—¿Un café?

Asiento, aún incapaz de decir nada. Recuerdo las palabras de Daniel: su relación con Enzo estaba condenada desde meses antes, y fue él quien rompió con Enzo. Lo mío solo reafirmó el proceso.

Nos sentamos en una mesa y pedimos. Se quita la mascarilla y distingo un atisbo de sonrisa:

—¿Cómo estás, Sammy?

Siento un gran alivio al escuchar que me llama con mi apodo cariñoso de siempre.

—Enzo, ¡qué alegría verte! —Sonrío de oreja a oreja—. Tenía tantas ganas de hablar contigo... de pedirte disculpas por lo que te dije y por cualquier

cosa que...—Me sale todo atropellado— te haya podido doler, de verdad, lo siento. ¿Cómo estás? ¿Todo bien? ¿El trabajo bien?

Él suelta una risotada y de pronto es como si no hubiera sucedido nada entre nosotros. El cielo es más azul y el café que nos traen en ese momento es simplemente delicioso.

—Estoy bien —dice mi amigo—. Ya sabes que necesito un tiempo para digerir las cosas. Y no te voy a engañar, pequeño, he estado muy cabreado. Bueno, todavía lo estoy un poco. —Frunce el ceño, tomando un sorbo de su taza—. Joder, es que fue todo tan rápido. ¡Y en público, coño! A quién se le ocurre.

Me ruborizo violentamente.

—Lo siento. No fue mi intención. Me salió así. —El corazón se me va a salir por la boca de nervios.

—Mira, pequeño, —Enzo respira con fuerza—, ya te digo, he tenido tiempo para pensar. Y aquí la hemos cagado todos. Me imagino que Daniel te contó que rompió conmigo cuando traje a ese chico a casa... —Carraspea—. Me acusó de querer forzar la situación para que surgiera hacer un trío y yo lo negué, pero no sé. Quizá... puede ser que se me pasase por la cabeza.

—Uau, —dejo escapar, impactado. Ahora entiendo que Daniel cortara con él tan bruscamente—. Pues no sabía nada. ¿Qué sentías...? ¿Por qué...?

—Ya te digo, —me corta, colocando la mano en la mesa—, no sé qué me pasa. Llevo hecho un lío desde hace meses.

—Si quieres hablar, aquí me tienes, como siempre —le aprieto la mano un momento—. Ya sé que no lo necesitas, pero si te apetece...

—Bueno, tal vez más adelante —Me interrumpe, otra vez—. Cada vez que me acuerdo de la escenita del parque, es que lo veo todo rojo y me dan ganas de... —Resopla y vuelve a beber de su taza—. La verdad es que hay otra cosa... Dándole vueltas estos días a lo vuestro, estoy casi seguro de que hace diez años, cuando Daniel se acercó a nuestro grupito en aquella fiesta, le interesabas tú. Pero tú estabas encoñado con aquel actor guaperas, Fran...y luego Daniel empezó a salir conmigo.

¡Uau! ¿Qué? Madre mía, esto es muy fuerte.

—Pero ¿no pensarás que salió contigo para estar cerca de mí? —bajo la voz inconscientemente, como si pudiera oírme.

—No, ¡tío! —Enzo se ríe a carcajadas—. Dame un poco de crédito, hombre, estoy muy bueno y soy increíblemente encantador, sé que se volvió loco por mí. —Me guiña un ojo y ahora el que me río soy yo: el ego de Enzo es imbatible—. Además, fui yo el que le persiguió durante meses, él no hizo nada. No, no pienso eso para nada. —Acompaña la afirmación con un movimiento de cabeza—. Y no me arrepiento de estos años con él, que conste. Pero darme cuenta de algo así, jode. Jode un montón.

—Te entiendo, te entiendo perfectamente —digo con torpeza, e intentando ocultar el calorcito que siento en el pecho al pensar que Daniel se fijó en mí hace tantos años. Y que le gusté antes que Enzo.

Charlamos un poco de su familia y de Valentina, y de la vuelta al trabajo. Al rato veo que Enzo echa miradas en dirección a mi calle.

—Por cierto, ¿has vuelto a ver a tu vecinito? —pregunta.

—¿Álex? —Frunzo el ceño, sorprendido— La verdad es que salimos poco de casa, por precaución, y no me he cruzado con él. Me disculpé en un mensaje y me respondió con educación, pero nada más. —Noto cómo me sube el rubor— Me siento fatal por todo lo que pasó. La verdad es que es un hombre estupendo.

—¡Y estaba estupendo también! —Le brillan los ojos y una sonrisa enigmática asoma a la comisura de sus labios— Yo sí me lo crucé hace poco, salía del gimnasio de mi calle y me recomendó que me apuntase a yoga, dijo que me vendría bien para controlar la ira. ¿Te imaginas yo haciendo esas posturitas?

Nos reímos los dos con ganas. Pero... un momento, un momento: ¿¿Le gusta Álex?? Echando la vista atrás, recuerdo que a Enzo siempre le pareció guapísimo, que tenía curiosidad por saber cómo era en la cama y que le hizo mucha gracia que quisiera jugar a atarme... ¡Bah! Lo aparto todo de mi mente en cuanto me acuerdo de Daniel y sus ojos oscuros y serenos. Es perfecto para mí, y si Enzo encuentra a alguien que le haga la mitad de feliz sería afortunado.

Y eso me recuerda que en media hora he quedado con él. Me despido de mi amigo con un fuerte abrazo (con mascarillas) y sin mencionar ni una sola vez el nombre de su exnovio; creo que es lo correcto.

Cuando entro en el metro, noto que se me ha quitado un enorme peso de encima.

Cuarenta minutos después, estamos Daniel y yo esperando a la mujer de la agencia inmobiliaria bajo un edificio moderno y bonito en una calle arbolada y con una librería muy cerca. He mandado un mensaje a Estela para confirmar que todo sigue bien con Valentina. Sé que las veremos dentro de un rato para comer, pero me pongo nervioso si no me contesta.

—Tranquilo, no es probable que pase nada —me dice Daniel, acariciándome el brazo— Por lo visto está demostrado que a las madres les surgen habilidades extraordinarias cuando se trata de proteger a su hijo. Por las hormonas, —concluye, ajustándose las gafas.

Le sonrío y le doy un beso en la mejilla. Me encanta cómo siempre me calma, incluso cuando yo mismo ni me he dado cuenta de que me estaba empezando a preocupar.

Él vuelve a dirigir la atención a su móvil, con expresión hierática (muy Daniel, todo hay que decirlo). No es fácil leerle, ni siquiera aún para mí. ¿Cómo le plantearé que me gustaría que alquiláramos este piso los dos juntos?

Tras la noche en que nos dijimos «te quiero» ha sucedido lo que él había previsto que tendría que haber pasado después de nuestra primera vez: simplemente él se quedó en mi casa, se ha ido trayendo algunas cosas (mudas de ropa y libros) y llevamos dos meses allí.

Aunque no hemos llegado a hablar oficialmente de nuestra situación ni le hemos puesto nombre. Lo cual a él le viene fantástico. De hecho, después de su descarga de sentimientos de aquella noche apenas ha vuelto a dejar salir nada más (vale, literalmente *nada más*). En general, no me importa, ya sé lo que siente y confío en él... Pero claro, para alquilar un piso los dos juntos es necesario, definitivamente, hablar.

Llega la mujer, Almudena y nos saluda con un apretón de manos. Es alta y enérgica:

—¿Subimos? ¡Os va a encantar este piso! Es una de mis joyas —declara, mientras abre la puerta a un bonito recibidor con varias macetas de ficus.

Subimos hasta la séptima planta y, nada más entrar, siento el corazón acelerado: me encantaría vivir aquí. No sé si es por el sol que entra a raudales por las grandes ventanas, el espacioso salón (vale, son 16 metros, pero ¡mayor que el de mi apartamento actual!), la alegre cocina blanca, ¡con sus paredes y su puerta! Un cuarto de baño con bañera y sitio suficiente para el cambiador de Valentina (creo), dos habitaciones y una terraza, pequeña pero suficiente para poner una mesita y tomar un café con mi novio y mi hija.

—¿Os gusta? —nos pregunta Almudena— Y el precio, para ser Chamberí, está estupendo. No sé si conocéis el barrio.

—Sí, vivimos a dos paradas.

Este es el momento en el que debería preguntarle a Daniel qué le parece, mientras está echando un vistazo a los armarios empotrados. Pero, ¿pensará que es muy precipitado? ¿O que firmar un contrato significa un compromiso demasiado grande, si ni siquiera aún se ha hecho una copia de mi llave?

—Estás dándole vueltas a algo, ¿no? —me dice Daniel, sin mirarme, mientras saca un metro del bolsillo. Ojalá yo fuese tan bueno leyendo sus señales como él las mías. Soy muy transparente, no lo puedo evitar.

—No. O sea, sí —No tiene sentido ocultarle nada, a veces parece el puñetero Yoda—. Yo... me *flipa* este piso.

—¿Y cuál es el problema? —pregunta otra vez, mientras toma unas medidas en el baño— La bañera de Valentina entra perfectamente.

Sonrío, emocionado. ¡Siempre está en todo!

—¿Entonces, os lo quedáis? Tengo a otra pareja interesada...—nos dice la señora, con la voz astuta que tantas veces he oído a Enzo en su faceta de vendedor—. Pero es imprescindible presentar un contrato fijo y que el salario sea al menos el triple que el precio del alquiler. Requisitos del dueño.

¿El *triple*? El mío apenas lo supera. Oh, mierda. Noto cómo me tiemblan las rodillas por un segundo. Daniel ancla sus ojos en los míos y siento una calma que me inunda de la cabeza a los pies. Su voz suena muy clara y segura:

—No hay problema. Con nuestros dos contratos llegamos.

—¿Los dos...? —pregunto, con voz ilusionada.

—Claro —Daniel se rasca la nuca— ¿No es eso lo que hacemos aquí? Llevas hablando de alquilar otro piso varias semanas porque no cabemos en el tuyo; ni siquiera caben todas mis cosas y por eso no me he hecho copia de la llave. Pero a lo mejor me estoy precipitando...

Contemplo su rostro deliciosamente ruborizado y me lanzo a sus brazos, enterrando la cabeza en su cuello, en su olor y después me pierdo en su boca. Es él. Somos *nosotros*. Por supuesto que iba a salir bien.

Almudena carraspea y pregunta:

—Entonces, ¿os lo quedáis?

Los dos nos separamos y nos reímos a la vez. Juntos.

En nuestra casa.

Segundo Epílogo

Diez años antes - Daniel

—Tío, alegra esa cara, que vamos a una fiesta —le dijo Rafa mientras se adentraban en el campus esa noche de viernes. Daniel escuchó la música de lejos y el bullicio lejano de decenas -o quizá cientos- de universitarios charlando y riendo. Soltó un bufido.

Rafa, que estrenaba una camisa hawaiana de manga corta, insistió:

—Somos jóvenes y estamos en la Universidad, ¡vamos a divertirnos! Habrá cerveza, baile, chicas...

—Ya me has convencido —respondió Daniel, con mucha ironía, deteniéndose en mitad del césped— No bebo alcohol, no sé bailar, no me gustan las chicas...

—¡También habrá chicos! —Rafa tiró de su brazo y Daniel se dejó arrastrar— Venga, tienes que olvidar ya a Sergio. ¿Y cómo que no sabes bailar? ¡Si no hay que saber nada! Solo escucha la música y déjate llevar.

Exactamente, pensó Daniel, con resignación. Eso es lo que no sabía hacer, dejarse llevar. Se lo habían dicho muchas veces, sus amigos, su novio Sergio; bueno, ahora era su exnovio, porque hacía dos meses que de repente le había soltado las tres palabras más horribles del vocabulario: «Tenemos que hablar». Al pensar en él notó un sabor amargo en la boca. Nunca estuvo enamorado de Sergio, pero le había querido, a su manera. Y la ruptura le dolió y le trajo malos recuerdos, de otros rechazos. Como el de su familia.

Mientras avanzaban rodeando el edificio de la facultad de Periodismo, Daniel y Rafa empezaron a cruzarse con chicos y chicas bebiendo cerveza en vasos de plástico.

Y por fin llegaron a la zona del campus donde estaba la fiesta: la Dj estaba pinchando algo de rock y el volumen era atronador, incluso al aire libre. Había algunos focos de luces de colores, la gente reía a carcajadas, demasiado alto, según Daniel, y chillaban para hacerse oír. Charlaban todos con todos, como si se conocieran desde siempre: parecían dominar un código que para él siempre había resultado un misterio. ¿Cómo lo hacían? Él tenía el estómago revuelto solo de pensar que tendría que hablar con alguien a quien no conociera de nada.

—¡Qué guay! —exclamó Rafa con los ojos brillantes, al mismo tiempo que Daniel decía:

—¡Qué horror!

—Oh, vamos, —Rafa empezó a tirar de él otra vez—. Va, necesitas un polvo. Y lo más importante: yo también.

Le puso ojitos a una chica pelirroja que le miró de arriba abajo y pasó de él. Rafa no era feo, para nada, pero, al igual que Daniel, era un informático friki y se le notaba de lejos. Con camisa hawaiana o sin ella. Aun así, no se desanimó:

—¿Qué puede ser más divertido para un viernes por la noche?

A Daniel se le ocurrían muchas cosas: para empezar, jugar al *Dead Space* en la Playstation, que era lo que estaba haciendo cuando Rafa entró en su habitación del piso de estudiantes y le sacó a rastras esa noche. Y la lista podía alargarse hasta el infinito, o casi (leer, ver *Misfits* o *The walking dead*, ducharse, organizar su armario, incluso estudiar) porque las fiestas eran uno de los lugares del mundo en los que se sentía más incómodo. Tenían todo lo que él odiaba: alboroto, gente desconocida, bebidas alcohólicas, descontrol. Y encima tenías que fingir que te lo pasabas bien.

Para Daniel era el infierno en vida.

—Voy por algo de beber —le gritó Rafa, dejándole solo mientras se acercaba a la barra. Lo que faltaba: Daniel se vio rodeado de chicos y chicas de primer curso: bailoteaban y hablaban a gritos, logrando que se sintiera demasiado mayor y demasiado serio.

De pronto, alguien le empujó -sin querer, seguramente-. Él perdió el equilibrio y cayó al suelo, en medio de las risas de los chavales.

Se ruborizó violentamente, con el estómago encogido. La visión de los pies de los chicos y el sonido de las carcajadas le trajeron a la memoria las palizas que le daban en el instituto: sintió ganas de llorar.

¿Qué estaba haciendo allí? Tenía que irse. Tenía que irse ahora mismo.

—¿Estás bien?

Alguien se agachó a su lado: un chico con una camiseta de R2D2, sonrisa franca y la cara pecosa. Y los ojos castaños más dulces que había visto nunca: ojos de buena persona, incapaz de hacer daño a nadie. Ojos de un alma Jedi.

—Ehm...—masculló Daniel, atolondrado— Eso creo.

El chico de las pecas le dio la mano y le ayudó a levantarse. La forma en la que siguió sosteniendo su mano cuando él ya estaba de pie, sin apartar los ojos de los suyos, le hizo pensar que también era gay, que le estaba tanteando.

—¿Seguro que estás bien? —volvió a preguntarle, con otra sonrisa, acariciándole el brazo con cariño. A Daniel se le puso la carne de gallina.

Me gusta, pensó. Y el corazón le latió con fuerza. *Que no lo note, que no lo note.*

No quería espantarle si él no sentía lo mismo, cosa que era bastante probable.

–Estoy bien, sí –respondió finalmente Daniel, alzando la voz para que el otro le oyera.

–Muy bien, me tengo que ir –dijo él, señalando la «cabina» de la DJ, por alguna razón que a Daniel se le escapaba.

Le siguió con la vista. *Si se vuelve a mirarme, significa que yo también le gusto, será el destino.* Y el chico lo hizo (¡lo hizo!), volvió la cabeza hacia él con ojos sonrientes, apenas una décima de segundo, y Daniel apartó la mirada, turbado. ¿Había sucedido de verdad? Después, oculto entre la multitud, le observó durante un rato, mientras el corazón le retumbaba en el pecho.

En los diez minutos que aún tardó Rafa en regresar, vio al chico de las pecas dando abrazos por doquier: parecía tener muchos amigos y amigas. Sonreía sin cesar. Irradiaba como una luz: parecía *feliz*.

Le vio llevando una bebida a la DJ, una chica rubia que fumaba; a ella también le dio un abrazo, obviamente se conocían. Le vio charlar, tocar y abrazar también a un chico alto, moreno y con aire seductor. *Debe ser su novio*, pensó Daniel con el corazón encogido. Y sobre todo le vio bailar, entusiasmado, sin vergüenza, dejándose llevar por las canciones como un surfista que cabalga las olas.

Daniel notó un pinchazo de deseo. No era algo sexual: era el deseo recibir ese torrente de afecto, esas risas sin dobleces, el deseo de que ese chico le cogiera de la mano para poder también él dejarse llevar, sin pudor, por el ritmo de la música. Saltar y reír con él, electrizado de alegría, como si el mundo fuese un lugar hermoso y perfecto en el que ellos serían jóvenes para siempre.

Rafa, que acababa de llegar a su lado, le alargó una Coca-Cola y le preguntó:

–¿Ese tío te mola? Parece un actor de cine. –Obviamente pensaba que Daniel se había fijado en el chico alto y atractivo.

—No, a ese le vi en la fiesta de cumpleaños de tu amigo Nacho, hace unas semanas, no me llama la atención, —tragó saliva, y se ruborizó—. Prefiero a su colega.

—Vale. —Rafa empezó a empujarle hacia el grupo de amigos—. Vamos para allá.

—¿Qué? No, no... —protestó Daniel, pero, por alguna razón, se dejó arrastrar—. ¿Y qué le digo?

—¡Cualquier cosa, hombre! Dile que su cara te suena.

—¿Seguro? No parece muy buena táctica usar la frase que dicen para ligar en el 95% de las películas.

—La usan en las pelis y en la vida real también, porque funciona. —Rafa le miró con curiosidad—. ¿Pero tú con cuántos hombres has estado?

—Con varios —contestó Daniel, apartando la mirada. *Con tres*, pensó. Pero no lo dijo en voz alta porque, a sus 22 años, le parecía una cifra bochornosa. ¡Qué le iba a hacer, si era tímido e introvertido y le costaba encontrar chicos con los que se sintiera a gusto!

Cuando se quiso dar cuenta, ya estaban junto a la DJ. Daniel contuvo el aliento: su chico de las pecas y la camiseta de Star Wars bailaba con una de sus amigas.

Rafa le dio un codazo y él empezó a sudar. ¿De verdad iba a acercarse a él? Dio un paso titubeante. Pero, con el pulso latiéndole enfervorecido, cambió el rumbo y se dirigió al chico alto y moreno que quizá era su novio.

Hablar con él le costaría trabajo (era un desconocido, después de todo), pero no le costaría tanto como acercarse a quien verdaderamente le gustaba. Sólo de pensar en moverse hacia el chico de las pecas los músculos se le agarrotaban.

Carraspeó.

—¿Nos conocemos? —le dijo al moreno alto, sin apenas dirigirle la mirada—. Tu cara me suena.

Él le echó un vistazo de arriba abajo: tenía los ojos azules, muy vivos, y le dedicó una sonrisa traviesa.

—No nos conocemos, pero ya me gustaría. Soy Lorenzo, Enzo. —Le dio dos besos, el segundo muy cerca del cuello.

Daniel se quedó blanco. No se esperaba que le tirasen fichas, y menos el posible novio del chico que le molaba. A su lado, Rafa soltó una risita sin disimulo ninguno.

—¿Estudias Periodismo? ¿Cómo te llamas? ¿Eres de aquí? —Enzo había girado todo su cuerpo hacia él, comiéndoselo con los ojos. Mierda.

—Ehm, yo... soy Daniel. Estudio Informática, —se ajustó las gafas.

—¡Hola! —de repente el chico de las pecas apareció a su lado y a Daniel casi se le cayó el vaso de la Coca-Cola del susto—. ¡Estás aquí!

No supo qué decir, algo que le pasaba muy a menudo cuando le gustaba alguien. La verdad es que, si lo pensaba bien, era incluso un milagro que se hubiese liado con tres chicos.

Enzo le dio un codazo al otro:

—Cuídamelo, pequeñajo, que voy a recargar la copa, necesito algo de energía, que la noche ha traído sorpresas... —Le guiñó el ojo a Daniel—. Y traeré otro para ti.

Él le dijo que no, pero Enzo solo se rio y desapareció. Menos mal. Sintió alivio y luego nervios cuando se dio cuenta de que estaba solo con el chico de las pecas.

—Soy Samu, —se presentó también con dos besos—. ¡Me encanta el Catán!

Samu estaba señalando la camiseta de Daniel. ¿Además *jugaba al Catán*? Era demasiado perfecto. ¿Y cómo podían brillarle tanto los ojos? Se estaba mareando.

Ah, que tenía que responder algo.

—Es fascinante el uso de las estadísticas que se hace en el juego.

Oh, no. ¿Se había puesto a hablar de estadísticas? Qué horror, siempre le pasaba igual. En realidad, lo que quería decirle a Samu es que le parecía guapísimo, dulce y sexy. Que le habría gustado bailar con él. Perderse en sus brazos toda la noche. Probar el sabor de su boca.

Pero esas palabras jamás saldrían de sus labios.

Menos mal que Samu se tomó bien su respuesta. Al parecer, hasta le hizo gracia.

—¡Seguro que sí! —Se rio con ganas y las pecas se le movieron de una forma deliciosa— No sé nada de estadísticas, pero es un juego fascinante. ¿A qué estás jugando estos días?

Bien. Una pregunta fácil. Sus músculos empezaron a relajarse.

—A un videojuego, el *Dead Space*. Es como zombis en el espacio.

—Me cago de miedo con los zombis... —Samu puso una cara de susto muy cómica que a Daniel le despertó una súbita ternura—. ¿Has visto «28 días después»? Tuve pesadillas durante meses...

Resultó que era facilísimo hablar con él. Tenían mucho en común: eran fans de Star Wars y de Star Trek, les gustaban los mismos juegos, las mismas series, y también las películas de ciencia ficción... Además, Samu charlaba mucho, lo cual a Daniel le venía estupendamente, porque era más introvertido y callado y solo tenía que dejar que él llevase el peso de la conversación.

Enzo regresó bebiendo un combinado en un vaso de plástico, alargó otro a Daniel -que rechazó- e intentó meter baza en su charla con Samu, pero estaba claro que no encajaba. Ellos sí. Samu y Daniel encajaban. Era obvio para cualquiera que tuviera ojos en la cara. De hecho, Enzo incluso se apartó y les dejó solos cuando empezaron a hablar, emocionados, de la serie Black Mirror.

Pero, por supuesto, no todo podía ser tan fácil.

Enzo se metió de repente entre los dos:

—Mira quién ha venido, pequeño —le dijo a Samu.

—¡Fran! —Era obvio por el rubor y la expresión de su cara que era alguien que le molaba. Y cuando Daniel miró hacia ese tal Fran que acababa de llegar, se le cayó el alma a los pies: era un tipo muy guapo, atlético y seguro de sí mismo. Y debía tener como 30 años.

El tío agarró la mano de Samu y empezó a bailar con confianza y acercándose mucho a él. A Daniel se le retorció el estómago. Se sintió pequeño, estúpido y avergonzado: no pegaba en una fiesta, no sabía ligar y

jamás podría gustarle a alguien tan sociable, interesante y encantador como Samu. ¿Cómo se le había ocurrido intentarlo siquiera?

Hundido como estaba, dejó que Enzo se acercara a él y desplegara todos sus encantos, que eran muchos. De hecho, si no hubiera conocido a Samu, seguramente Enzo le habría parecido bastante atractivo. Y, además, por alguna extraña razón, hasta parecía interesado en él.

Pero había conocido a Samu.

No podía dejar de mirarle de reajo mientras Enzo hablaba con él, y cuando Samu se marchó con su novio -diciéndole adiós de forma apresurada- Daniel sintió ganas de vomitar.

Dejó que Enzo se despidiera de él dándole un beso en los labios y huyó de allí sin esperar siquiera a Rafa. La música le estaba provocando mareos y odiaba estar rodeado de tanta gente feliz. Se prometió que jamás volvería a una fiesta. ¡Cómo las odiaba!

Y después se prometió que jamás volvería a fijarse en un hombre de quien pudiera enamorarse. Era más seguro salir con alguien con quien no pudiera sentir nada parecido. O incluso no salir con nadie en absoluto.

Cuando había llegado a la puerta del campus, camino de su piso de estudiantes, Rafa le alcanzó casi a la carrera:

—Pero, ¿qué ha pasado? Parecía que todo iba bien con ese tipo moreno, ¿no? Me ha pedido tu móvil...

Daniel se volvió hacia él, lívido:

—¿Y se lo has dado?

Rafa se encogió de hombros. ¡No podía ser cierto! Daniel se dio la vuelta y echó a andar de nuevo.

—¡Lo siento, pensé que te gustaba! ¡No te vayas, anda! —su amigo le agarró del brazo— Mañana no hay que madrugar y a lo mejor conoces a otro chico.

«Otro» chico. Como si fuera tan fácil conseguir una conexión como la que había tenido con Samu.

—Mañana yo sí tengo que madrugar —le dijo, simplemente—. Me voy a hacer otro tatuaje.

—¿Otro? ¡Si ya tienes uno! ¡Nada menos que el Capitán América!

Ahora el que se encogió de hombros fue Daniel. Se deshizo de la mano de su amigo y se fue, mientras Rafa, resignado, volvía a la fiesta.

Daniel siguió andando, con el corazón reseco y triste. La soledad le pesaba en los hombros como plomo. Para no deprimirse demasiado, se concentró en la idea del tatuaje, que se le había ocurrido en ese mismo momento. Sí, le gustaba la idea. Además, sabía exactamente qué se tatuaría: era un consuelo, un recuerdo.

De un chico que irradiaba luz y que jamás sería para él.

Otoño 2020

Daniel abre los ojos. Ha estado soñando con la noche en la que conoció a Samu, cuando pensó que jamás volvería a verle. Lo ha sentido tan real que, por un instante, se estremece. Aún adormilado, se da la vuelta, buscando el cuerpo de Samu tumbado a su lado.

No está.

—¡Buenos días! —La voz de Samu le llega clara y tranquilizadora. Y cuando aparece por la puerta nota un temblor en el pecho, ese que siempre siente cuando contempla su rostro pecoso.

Daniel se incorpora perezosamente. Está deseando abrazar a Samu pero se contiene y espera, con el corazón en un puño, que sea él quien le dé un beso. Se deja llevar durante unos segundos en su boca, su lugar favorito del mundo.

—¿Dónde está la niña? —corta él mismo el beso, antes de perder el control. Samu le rodea el cuerpo con los brazos, y él se empapa de su olor a jabón y a colonia de bebé.

—Se la llevó mi madre esta mañana temprano, —apoya la frente en el hombro de Daniel— Me apetecía tener un sábado para los dos. —De repente, levanta la cabeza—. Te parece buena idea, ¿verdad?

Daniel siente el corazón cálido. Tiene ganas de decirle que le encanta, que lo estaba deseando, pero lo que único que le sale es:

—Me parece bien.

—¡Genial! —Samu se incorpora casi de un salto, sonriente— Estoy haciendo tortitas. Terminó y desayunamos, ¿vale?

Sale del dormitorio, ese lugar aún extraño, en el piso nuevo, que están empezando a decorar para hacer suyo. Daniel se lava la cara en el nuevo y enorme cuarto de baño y llega por fin al salón, grande, luminoso: en la mesa frente al sofá, Samu está terminando de preparar los platos, mientras baila escuchando música en su móvil.

Nota un pinchazo de amor y de envidia, a partes iguales, ante la visión de Samu dejándose llevar caprichosamente por el ritmo de la canción, meneando la cadera y el pelo al mismo tiempo que coloca tortitas. ¡Cuánto le gustaría unirse a él, bailar pegado a su cuerpo como, diez años antes, había hecho el tal Fran con tanta seguridad!

Daniel permite que su pie marque el ritmo y ordena a su cuerpo que siga el movimiento, pero este se niega a obedecerle. Samu le observa por el rabillo del ojo y sigue con los platos.

Daniel se le queda mirando como un tonto mientras el aire se llena de olor a harina y a canela. El corazón le tiembla al perderse en sus ojos dulces. Le invade por Samu un hambre inaudita: quiere sentir toda su piel contra la suya, besarle una y otra vez, emborracharse del sabor de su boca. Es vergonzoso cuánto desea estar junto a él.

En un impulso, deja que su mano se aproxime un poco a Samu, pero la frena. No, no. Mejor no hacerlo.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Samu, extrañado, mirando hacia la mano de Daniel— Lo haces mucho.

—¿El qué? —Se encoge de hombros, disimulando. *Que no lo note, que no lo note.*

—A veces parece que vas a tocarme y te detienes.

—Yo... No sé... —titubea Daniel, con su rostro vuelto hacia otro lado. Su cuerpo se tensa, como la noche que empezó a tiritar porque sentía cosas y se

las guardaba. La noche más embarazosa de su vida. Está seguro de que es un milagro que Samu siga con él después de eso.

Se sienta en el sofá, con la mirada gacha. Comienza una nueva canción en el móvil de Samu, más roquera, de estos grupos alternativos que a él le gustan.

—Daniel, —Samu se sienta a su lado y le acaricia la mejilla—, cuando aquel día me dijiste que te contenías lo que sentías no te referías solamente a contener *palabras*, ¿verdad?

No quiere responder. Se rasca la cabeza, nervioso.

—Yo... no sé... quiero... a veces quiero... hacer c-cosas... —tartamudea estúpidamente.

—¿Cosas? —Samu frunce el ceño de forma adorable— ¿Quieres decir en plan 50 sombras de Grey? Porque, a ver, unos azotes, en fin... si son suaves y de mutuo acuerdo pueden ser excitantes, supongo. Aunque yo nunca...

—¡No, nada de azotes, Samu! —Daniel, ruborizado, respira hondo—. Cosas como acariciarte, tocarte, besarte...

—¿Pero no hemos estado haciendo ya todo eso? —Él le observa con verdadera curiosidad. Qué vergüenza, por favor. Debe estar pensando que es imbécil.

—Déjalo, no importa.

¿Cómo explicarle? ¿Cómo decirle que tiene miedo de que si empieza a besarle sin freno perderá el control y no podrá detenerse? ¿Y que también teme que a Samu le parezca *demasiado*? Después de todo, se ha enamorado de un Daniel muy seco y contenido. ¿Y si no le gusta lo que late por debajo, ese torrente de sentimientos que amenaza romper los diques y desbordarse?

—Cielo...—dice Samu, con la voz más dulce del mundo. Y Daniel le mira y se deshace por dentro, como cada vez que le llama así.

¡Cuánto le ama! Todas las vísceras de su cuerpo laten al mismo tiempo y siente algo tan descomunal que no le cabe dentro del cuerpo. Tiene miedo de que se le resquebraje la piel. ¡Pero no debe dejarse ir! Si lo hace no podrá detenerse, y Samu lo verá todo, ¡qué horror!

Traga saliva. Mueve un poco la mano hacia Samu y este la coge, la coloca sobre su corazón y le dice muy bajito al oído.

—Me muero por ver cómo te dejas llevar del todo.

A Daniel el corazón le da un vuelco y eso le decide. Se lanza a abrazarle y le besa con un ansia gigantesca, como si no le hubiera visto en meses. Y de pronto su boca está por todas partes, en la barbilla de Samu, en sus orejas, en sus mejillas, mordiéndole, besándole... Le da un increíble lametazo en el cuello que le hace ruborizarse de bochorno. Mierda. ¿Cómo ha podido dejarse llevar así y hacer esa tontería? Pero Samu deja escapar un gemido de placer.

—¡Madre mía, fuera de control eres más sexy aún! —exclama con voz ahogada.

Daniel se detiene, mareado por el sonido de su voz, su olor, el sabor de su boca. Samu susurra su nombre en el oído y le dice que le quiere, que no se detenga. Daniel siente su corazón a punto de explotar, se va a romper en mil pedazos, está seguro. Y cuando mira a Samu es como si le salieran estrellas de los ojos. Tiene ganas de saltar.

Y, como si le oyera, el móvil de Samu comienza a reproducir un tema de Abba.

—¿Quieres que volvamos a la cama? —le pregunta Samu, empezando a quitarle su camiseta. Daniel le detiene, en un impulso, cogiéndole las manos. Se levanta, atontado por la adrenalina que devora su cuerpo, y tira de Samu.

—Creo que quiero... —Se mueve torpemente, con las mejillas rojas.

—¡Ay, dios! ¡Claro que sí! —Samu se levanta emocionado y empieza a bailar rebosante de felicidad— Vamos...

Y es él quien tira ahora de las manos de Daniel que, poco a poco, sigue el ritmo de la canción, dejándose guiar, muy cerca el uno del otro.

Daniel se ríe, borracho de Samu y de la música; se le pone toda la piel de gallina. El sol del otoño entra a raudales por la ventana y, por un momento, siente que también él está lleno de luz.

OceanofPDF.com

Muchas gracias por haber llegado hasta aquí.

Si has disfrutado la historia de Samu y Daniel, puedes dejar una reseña en Amazon (¡sin spoilers, por favor!) .

Además, como estoy trabajando ya en el segundo libro de la saga, aprovecha y dime qué personajes te gustaría conocer más.

¿Qué historia quieres seguir? ¿La de Enzo, la de Estela, la de Álex, la de Inés, la de Lorena o Lucía...?

¡Cuéntamelo en Amazon!

OceanofPDF.com